

Marchando hacia la madurez espiritual

Comunión

Conducta

Conflicto

Madurez



J. Dwight Pentecost

PRIMERA PARTE:

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

I. EL PROPÓSITO DE DIOS PARA SUS HIJOS (1 Corintios 6:19-20)

El tema más sublime en que puede ocuparse la mente y el corazón de los hijos de Dios, es el tema de la gloria de Dios. Nuestro Padre celestial que nos ha sido impartido en la Persona de Jesucristo, y revelado a sí mismo en su Hijo, se nos ha revelado como un Dios de gloria. La gloria de Dios centra su atención en los cielos, y la tierra fue creada para la manifestación y revelación de la gloria de Dios. También creó inteligencias espirituales que reconocen la perfección de la Persona de Dios, sus atributos y su carácter, y que le glorifican cuando le sirven, honran, adoran y alaban. Y por ello hemos de notar de manera especial que «la razón de ser del hombre es glorificar a Dios, y gozarse en El eternamente».

El tema de la gloria de Dios se manifiesta a través de toda la Palabra de Dios. El método que Dios usa para revelar su gloria, es el de usar cosas insignificantes, cosas que carecen de gloria, y transformarlas y usarlas como instrumentos para revelar su gloria, para que El sea glorificado. Dios puede usar tanto cosas materiales, como cosas creadas, como puede usar a su propio Hijo con el propósito de glorificar su nombre.

LA CREACIÓN

Cuando consideramos la creación, encontramos que fue designada para honrar y glorificar a Dios. El salmo 19:1 aclama y exalta a Dios: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». El apóstol Pablo, escribiendo a los colosenses (1:16), nos recuerda: «Porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de El y para El».

Nótese las últimas palabras de este versículo: «todo fue creado *por medio de El y para El*». La creación vino a ser no sólo para el provecho de las criaturas que más tarde andarían sobre la faz de la tierra, sino también para la gloria de Dios. El Universo fue creado para dar testimonio y reflejar la gloria de un Dios lleno de gloria. Mucho es lo que el hombre puede aprender del poder y la sabiduría de Dios por medio de la Creación.

EN EL EDÉN

Si miramos en los primeros capítulos del Génesis, nos damos cuenta de que la creación no sólo fue designada para la gloria de Dios, sino que Dios también se manifestó personalmente a Adán en el huerto del Edén. En Génesis 3:8 leemos: «Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto». Si entendemos correctamente Génesis 3:8, Adán y Eva se habían dado cuenta de la presencia personal de Dios entre ellos, no solamente por el sonido de su voz, sino también por la manifestación visual de su gloria. Vemos en las Escrituras que cuando Dios se revelaba a los hombres, demostraba su presencia con la manifestación de su gloria Shekiná, el resplandor refulgente de la luz de la presencia de su propia Persona. Parece haber sido el propósito de Dios; el entrar en el huerto para manifestarse a Adán y Eva, a fin de que le reconocieran como el Dios glorioso, y como resultado le adoraran y le glorificaran dando así satisfacción a su corazón.

Pero esta manera de manifestar su gloria y de recibir gloria tenía un carácter temporal en su duración. Adán y Eva se rebelaron contra el mandato de Dios y fueron expulsados del huerto del Edén.

Ya no eran aptos para la presencia de Dios, y tampoco eran aptos para residir en el lugar donde la gloria de Dios se había manifestado. Leemos en Génesis 3:23-24: «Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida».

Parece como si Dios hubiera establecido un lugar de sacrificio fuera del jardín. Al igual que más tarde querubines cubrirían el propiciatorio, aquí los querubines vigilaban este lugar del encuentro entre Dios y el hombre. Fue en este lugar sacrificial que se vio la espada encendida, una manifestación de la gloria de Dios, en cuyo resplandor habían caminado antes de caer, y para que tuvieran presente que estaban separados de la gloria de Dios por un instrumento de castigo y muerte.

MOISÉS

En Éxodo (capítulo 33) leemos cómo Dios escogió a un hombre humilde llamado Moisés y lo transformó de tal manera por medio de la manifestación de su gloria, que fue convertido en un instrumento para revelar la gloria de Dios. Leemos en Éxodo 33:18 que Moisés, después de haber recibido la más grande revelación de la gloria de Dios desde la caída, hizo a Dios la siguiente petición: «Te ruego que me muestres tu gloria», y Dios le respondió: «Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro». La manifestación de la mismísima bondad de Dios sería la manifestación de su gloria, lo cual daría gloria a Dios. Dios dijo: «Y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente». Lo que glorificaría a Dios sería la manifestación de su gracia y misericordia como le fue revelada a Moisés y a un pueblo culpable de pecado.

«Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aun Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro» (Éxodo 33: 20-23). El poder del significado de este versículo puede apreciarse más si leemos lo que dijo Dios de esta manera: «Después apartaré mi mano, y verás el destello que deja mi resplandor», o también podría leerse: «Verás mi resplandor y refulgencia, pero no verás mi faz».

Cuando Moisés pidió a Dios por la manifestación de su gloria, Dios dijo que cubriría a su siervo poniéndole en una hendidura de la peña para que no viese el rostro de Dios, pero separaría sus dedos para que la luz de la gloria de Dios pudiera brillar a través de ellos. Seguimos leyendo en Éxodo 34:5: «Y Jehová descendió de la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová». Al contemplar su bondad, su misericordia y su gracia, el nombre del Señor fue manifestado a Moisés. Y éste correspondería glorificando a Dios.

El resultado de esta revelación fue la transformación de Moisés, la cual leemos en Éxodo 34:29-30: «Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios. Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y he aquí la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él». Esta gloria no era inherente en Moisés, sino que era la manifestación de la gloria de Dios, que se había traslucido en Moisés. Reflejaba la gloria de Dios que había contemplado cuando Dios separó sus dedos y reveló su fulgor o el destello que deja su refulgencia.

«Y cuando acabó Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro. Cuando venía

Moisés delante de Jehová para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía; y saliendo, decía a los hijos de Israel lo que era mandado. Y al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Dios» (versículos 33-35). Había una comunión a cara descubierta entre Dios y Moisés, pero Moisés se cubría el rostro para hablar con los demás.

El apóstol Pablo nos habla de esto en 2.^a Corintios 3:13: «Y no como Moisés que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido». Pablo nos cuenta por qué Moisés cubría su rostro. No se trataba de que Israel no pudiera contemplar la gloria de Dios, sino que esta gloria reflejada en el rostro de Moisés, era una manifestación pasajera, transitoria y provisional de la gloria de Dios. Moisés se daba cuenta que aquella gloria perecería, y cubrió su rostro para que Israel no se percatara de aquella gloria transitoria.

EL TABERNÁCULO

Pasado algún tiempo, el rostro de Moisés ya no reflejaba la gloria de Dios. Dios dejó de usar a esta persona transformada como instrumento para la manifestación de su gloria. Ahora usaría el tabernáculo, que fue construido de acuerdo con sus instrucciones como el instrumento que utilizaría para manifestar su gloria. Cuando se terminó su construcción, «entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba» (Éxodo 40:34-35). El tabernáculo no poseía belleza exterior alguna. Por fuera estaba cubierto de pieles de animales, que pronto quedaban descoloridas y abatidas por el tiempo, era carente de atractivo a los ojos de la gente. Pero Dios usó algo carente de atractivo y de gloria como el medio por el cual revelaría su gloria a la nación de Israel.

Cuando Dios manifestaba su gloria, el resplandor era tal que la irradiación de la misma no podía ocultarse. Cuando el sacerdote entraba en el lugar santo y pasaba a través del velo al lugar santísimo, su atención no quedaba cautivada por la belleza de la tapa del propiciatorio, que raramente podía atraerle. Lo que llamaría su atención sería la gloria Shekiná de Dios manifestada entre los querubines. Y era porque estaba presente, en el lugar donde la gloria de Dios estaba siendo manifestada, que todo lo demás era insignificante, en el momento ritual del ofrecimiento de sacrificios.

Cuando los israelitas miraban al tabernáculo podían ser transformados por la gloria Shekiná que habitaba en éste. Su belleza y atraktividad no residía en las cubiertas de pieles de animales, sino en la gloria manifestada de Dios.

EL TEMPLO

Cuando el tabernáculo ya no suplía las necesidades del pueblo de Dios, después de haberse establecido como habitantes de la tierra prometida, David se ocupa de construir un templo para el Señor. Sin embargo, Dios no permitió que David construyera el templo, porque había sido un hombre de guerra. Dios dijo a David que el templo sería construido por su hijo, que le nacería y se llamaría Salomón, y que sería un hombre de paz. David recogió materiales para construir el templo y dio instrucciones referentes a «la casa que se ha de edificar a Jehová». Y también dijo: «ha de ser magnífica por excelencia, para renombre y honra en todas las tierras» (1. Crónicas 22:5).

El relato de la dedicación del templo se encuentra en 1. Reyes 8, donde leemos en los

versículos 10 y 11, lo siguiente: «Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová». Dios en su gracia condescendiente, se dignó habitar.

En este edificio hecho con manos humanas, y usarlo como un lugar en el que manifestar su gloria. El templo de Salomón hubo de haber sido uno de los edificios más espectaculares jamás construidos, porque Salomón usó una enorme fortuna, en peso de oro, para adornarlo. Pero aun así no eran la arquitectura, ni el oro y plata empleados, ni las piedras preciosas que glorificaban a Dios, sino la manifestación de la presencia de Dios en la gloria Shekiná.

El relato de la reacción de la reina de Saba a la belleza del templo se indica en 2. Crónicas 9:3-6: «Y viendo la reina de Saba la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado... y la escalinata por donde subía a la casa de Jehová, se quedó asombrada. Y dijo al rey: Verdad es lo que había oído en mi tierra acerca de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no creía las palabras de ellos, hasta que he venido, y mis ojos han visto; y he aquí que ni aun la mitad de la grandeza de tu sabiduría me había sido dicha; porque tú superas la fama que yo había oído». El templo que fue erigido para ser un lugar donde Dios manifestara su gloria, degeneró en un lugar donde se manifestaba la sabiduría y el honor de Salomón. Por lo tanto, fue necesario que Dios juzgara aquel lugar antes designado para su gloria y que ahora se había prostituido para mostrar solamente la gloria del constructor, en lugar de dar la gloria a Dios que allí se había manifestado.

Cuando miramos la profecía de Ezequiel encontramos el relato de la desaparición de la gloria de Dios de la nación de Israel. El profeta es llevado al templo, y en el lugar que había de ocupar el altar del sacrificio; el lugar de encuentro entre Dios y hombre, había erigido lo que el profeta llama «aquella imagen de celo». Luego Ezequiel es llamado a mirar dentro del templo, en el santuario. Encontrando allí las paredes decoradas por los ídolos paganos de las naciones vecinas. Al escuchar, el profeta oye el llanto de las mujeres de Tamuz que siguen las prácticas de los adoradores de los dioses babilónicos, asirios, fenicios y egipcios. El templo que había sido separado para dar gloria a Dios, estaba ahora dedicado a dar gloria a Belial.

En Ezequiel 10:3-4 leemos: «Y los querubines estaban a la mano derecha de la casa cuando este varón entró, y la nube llenaba el atrio de adentro. Entonces la gloria de Jehová se elevó de encima del querubín al umbral de la puerta; y la casa fue llena de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria de Jehová». La gloria Shekiná que vino a ocupar el santuario del templo había partido del santuario, y fue vista sobre el atrio de la misma puerta del templo. Luego la gloria desapareció del atrio, para ser vista de nuevo en la puerta oriental como lo describen los versículos 18 y 19: «Entonces la gloria de Jehová se elevó de encima del umbral de la casa, y se puso sobre los querubines. Y alzando los querubines sus alas, se levantaron de la tierra delante de mis ojos; cuando ellos salieron, también las ruedas se alzaron al lado de ellos; y se pararon a la entrada de la puerta oriental de la casa de Jehová, y la gloria del Dios de Israel estaba por encima de ellos».

Otro aspecto de la desaparición de la gloria de Dios se relata en Ezequiel 11:22-23, cuando leemos lo que Ezequiel vio: «Después alzaron los querubines sus alas, y las ruedas en pos de ellos; y la gloria del Dios de Israel estaba con ellos. Y la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad, y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad». De allí la gloria marchó al monte de los olivos, fuera de la ciudad y enteramente fuera del santuario.

Luego el profeta ve la gloria de su presencia dejar aquella tierra totalmente y marchar hacia la Tierra de los caldeos (versículo 24). Sobre la ciudad y el santuario podría escribirse Icabod, que sig-

nifica «la gloria ha partido».

Después que el pueblo fue exiliado, un remanente volvió a su tierra, y construyó otro templo: un edificio humilde comparado con el de Salomón. Entonces Dios les habló por medio de la boca de su profeta Hageo, diciendo: «De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos» (Hageo 2:6-9).

Fue de esta manera que Dios prometió que la gloria que había partido del templo volvería nuevamente al templo que habían erigido, y verían de nuevo la manifestación de la gloria Shekiná de Dios habitar en medio de ellos.

LA PERSONA DE CRISTO

Es solamente cuando volvemos al Nuevo Testamento que leemos sobre la venida de su gloria al pueblo de Dios. En Juan 1:14, éste testifica que «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros [y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre], lleno de gracia y de verdad». ¿De que nos habla Juan cuando dice «vimos su gloria»? La respuesta la encontramos en Lucas 9:28-36, donde leemos que Pedro, Santiago y Juan subieron al monte a orar con el Señor: «Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que oraban con él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús». Pedro nos da testimonio de ello en su segunda epístola (1:16-18) de que contempló la gloria de Dios manifestada en la *Persona* de Jesucristo.

Pero aun esto sería solamente una manifestación transitoria, porque leemos que Moisés y Elías «hablaban de su partida» (Le. 9:31): la muerte del Señor Jesucristo que tendría lugar en Jerusalén, y mediante la cual se convertiría en el sacrificio expiatorio por los pecados del mundo. Elías no hablaba de las glorias de la profecía, y Moisés no hablaba de los triunfos y fallos de la ley. Hablaban con el Señor de su muerte, «que iba Jesús a cumplir en Jerusalén». De la misma manera que la creación y el Edén eran algo temporal en la manifestación de la gloria de Dios, y Moisés fue usado como instrumento transitorio para manifestar la gloria de Dios; y tal como el tabernáculo y más tarde el templo fueron usados como manifestaciones temporales de la gloria de Dios, así también la vida del Señor Jesucristo, en la carne, entre los hombres, fue una manifestación temporal de la gloria de Dios.

LA IGLESIA

Pero aun después de la misma muerte, resurrección y ascensión de Cristo, Dios no se quedó sin un medio por el cual manifestar su gloria. El apóstol nos recuerda en Efesios 2:21-22 que «en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en Espíritu». La función del templo y el tabernáculo de llevar a cabo la manifestación de la gloria de Dios, ha sido asignada ahora a los creyentes que están incorporados en la iglesia. El propósito que Dios tenía para la existencia de la iglesia era que manifestaría a través de la iglesia la múltiple sabiduría, gracia y poder de Dios; y con el fin de que los creyentes fueran instrumentos para darle alabanza, honor y gloria.

Esto es lo que el apóstol tenía en mente al escribir 2.^a Corintios 4:6-7: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros». Dios ha escogido a aquellos que en sí mismos no tenían nada, para dar gloria a Dios; y por medio de ellos, a través del poder transformador del Espíritu Santo, traer gloria a su nombre y al nombre de su Hijo Jesucristo.

El apóstol recapacita una vez más sobre el tema en Efesios 1 cuando habla de la obra del Padre en nuestra redención. En los versículos 1-5 nos dice que todo lo que el Padre ha hecho, lo ha hecho «para la alabanza de la gloria de su gracia» (versículo 6). En los versículos 7 al 11 habla de la obra del Padre a través del Hijo en nuestra redención. ¿Por qué nos ha redimido? «A fin de que seamos para la alabanza de su gloria» (versículo 12). En los versículos 13 y 14, el apóstol habla de la obra del Padre en nuestra redención por medio del Espíritu. ¿Con qué fin? «Para la alabanza de su gloria».

Por eso Pablo dice en Colosenses 1:27 que «es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria». No es el individuo quien manifiesta la gloria de Dios; es la presencia transformadora de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo, que vienen a residir en el Hijo de Dios, quienes manifestarán la gloria de Dios.

Aun así, esta manifestación de la gloria de Dios es temporal, porque nuestro Señor Jesucristo llamará a todos los creyentes a través de la gloriosa experiencia de la resurrección y transformación, y la iglesia ya no existirá en la tierra como el templo que manifiesta la gloria de Dios. (Véanse Juan 14:3 y 1.^a Tesalonicenses 4:13-17.).

LA PRESENCIA PERSONAL DE CRISTO

Cuando todos los creyentes hayan sido arrebatados al cielo, entonces los que estén en la tierra verán el cumplimiento de las palabras de nuestro Señor en Mateo 24:30: «Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo;...y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes en el cielo, con poder y gran gloria». Esta manifestación de la gloria de Cristo será tan importante, que las naciones de la tierra unidas, al final de la campaña del Armagedón, olvidarán su animosidad natural de guerra existente entre ellos y se unirán en una gran federación de naciones para prevenir la aparición del Hijo de Dios, y su reinado sobre la tierra. Pero esta acción será frustrada, y El hará sucumbir a todos sus enemigos. El Hijo de Dios reinará, como Rey de reyes y Señor de señores, sentado en el trono de gloria como leemos en Mateo 25:31: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con El, entonces se sentará en *su trono de gloria*». Dios manifestará su gloria a la tierra cuando el Hijo de Dios, que es también el Hijo del hombre, reciba el cetro del trono de David, y reine en gran poder y gloria. Dios será nuevamente glorificado en la presencia personal de su Hijo, sobre la Tierra, como Rey de reyes y Señor de señores.

El apóstol Pablo nos cuenta en Colosenses 3:4 que «cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria». La frase «en gloria» ha sido interpretada por muchos como sinónimo de *cielo*, como si el apóstol escribiera: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces seréis manifestados con El en los cielos». Pero esto no es lo que Pablo está diciendo. La frase «en gloria» describe la condición del hijo de Dios cuando el Señor Jesucristo venga. Permítanme leerlo así: «Cuando Cristo vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados gloriosamente, o como glorificados». Seréis transformados de tal manera por el Hijo de Dios, que seremos instrumentos de su alabanza, para dar gloria a Dios,

mientras el Hijo de Dios manifiesta su gloria durante su reinado milenial sobre la tierra, y a lo largo de las edades interminables de la eternidad.

En Apocalipsis 7:9-12 se nos presenta una figura de la alabanza y la gloria que será dada al Hijo de Dios, cuando El derrote a todos sus enemigos en la tierra, y ésta sea sujeta a su autoridad: «Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con pítimas en las manos; y clamaban a gran voz diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén». ¿Por qué aclaman gloria a Dios, y al Cordero las multitudes? Porque «han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero» (versículo 14).

Apocalipsis 21:10-11 y 23-24 nos describe el lugar donde los redimidos habitarán cuando vengan con Cristo a la tierra para reinar con El, y del que participarán desde entonces por los siglos de los siglos, y toda la eternidad. Escribe Juan: «Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo toda la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal...; la ciudad no tiene necesidad de] sol ni de luna brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieran sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella».

La morada celestial que el novio preparará para la novia será un lugar caracterizado por la presencia de la gloria de Dios. En aquel lugar, los redimidos por la sangre del Cordero manifestarán la gloria de Dios, y tanto el lugar como sus habitantes se convertirán en algo sublime, que dará gloria a Dios a lo largo de las edades del Reino del Señor, y de la eternidad sin fin. A pesar de todo lo que la Escritura tiene que decirnos concerniente a la glorificación de Cristo, la Palabra de Dios centra su énfasis en aquella gloria que le rodeará cuando seamos arrebatados a su presencia. El escritor de un himno lo expresa así:

*Cuando ya en el cielo, miraré,
A los ojos de la novia, y no a su vestido,
El rostro del Novio amado contemplaré;
Y no el resplandor de su gloria,
A mi Rey de gracia adoraré,
Al posar sobre mi tez, la corona de victoria,
Sus manos horadadas contemplaré.
Porque en la tierra de Emmanuel,
Digno es el Cordero de toda la gloria.*

Dios ha escogido a creyentes en nuestros días para realizar aquello para lo cual la tierra fue creada, por lo que Moisés fue transformado, por lo que el tabernáculo fue erigido, y por lo que el templo fue construido, por lo cual Cristo vino a este mundo, por primera vez. Nos ha escogido para que seamos instrumentos para la gloria de Dios. Es por esto que el apóstol Pablo podía decir: «...Ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte». El motivo compeltador en la vida del hijo de Dios ha de ser el de glorificar a Dios.

II. ¿QUÉ ES LA COMUNIÓN CON DIOS? (1 Juan 1:1-10)

El propósito supremo del hombre es glorificar a Dios y gozarse en El eternamente. Dios ha revelado su gloria a los hombres, y éstos deben corresponder a esta revelación aclamando la gloria, majestad, supremacía y poder del Dios glorioso. La verdad descrita en Colosenses 1:16 («Porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de El y para El») nos da la razón para creer que la creación no es un accidente casual. Todas las cosas fueron creadas con el propósito de glorificar a Dios.

La pregunta que surge en nuestras mentes es: ¿Cómo podemos glorificar a Dios? En la comunión con Dios. Fuimos creados con objeto de tener comunión con Dios, y por medio de la comunión dar gloria a Dios. El apóstol Juan nos relata en su primera epístola, el porqué escribió la misma: «Para que... tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión es verdaderamente con el Padre, y con su Hijo Jesucristo».

Debido a que el concepto de la comunión contenido en las Escrituras ha sido ambiguo para muchos creyentes, consideremos varias porciones de la Palabra de Dios, que nos ayudarán a comprender lo que constituye la comunión.

EL HOMBRE HECHO A LA IMAGEN DE DIOS

En el primer capítulo del libro del Génesis, el propósito de Dios en la creación del hombre se indica en los versículos 26 y 27: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó». Cuatro veces leemos en estos dos versículos sobre el propósito de Dios de crear al hombre a su imagen. Con el fin de entender el concepto bíblico de la comunión, debemos examinar estas expresiones, y considerar lo que constituye la imagen de Dios reflejada en Adán.

Si buscamos indicios de estas palabras «imagen» y «semejanza», a través de las Escrituras, encontramos primeramente que son usadas para mostrar la relación esencial que existe, entre Dios el Padre y Dios el Hijo. Nos dice el apóstol Pablo en 2.^a Corintios 4:4 que «En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios». Aquí el apóstol confirma el hecho de que Jesucristo en la esencia de su Ser es la imagen de Dios. La misma verdad es confirmada de nuevo en Colosenses 1:15, donde hablando de Jesucristo, el apóstol dice que Cristo es la imagen del Dios invisible. La misma palabra usada para describir la relación entre Padre e Hijo, se usa para expresar la relación existente entre Dios y el hombre, en el tiempo de la creación en Génesis 1:26-27, donde leemos que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. La misma verdad es reafirmada en el Nuevo Testamento, porque en 1.^a Corintios 11:7 Pablo menciona que el hombre no debe cubrirse la cabeza «pues él es imagen y gloria de Dios». El apóstol Pablo podría decir que la humanidad lleva la imagen de Dios.

La palabra «imagen» o «semejanza» enfatiza el significado de parecido, la afinidad entre una cosa y otra. La palabra traducida «semejanza» nos da la interesante representación de una moneda que ha sido puesta en un troquel, y lo que hay en el cuño queda marcado en la moneda. Cuando

examinamos la moneda vemos lo que se había grabado en el troquel, porque la moneda lleva la imagen del troquel que la ha prensado. Las Escrituras afirman que el hombre ha sido creado a la semejanza de Dios; con ello no dice que el hombre sea un pequeño dios, más bien nos dice de manera representativa y manifestadora de que en el hombre hay, de lo que hay en Dios, y lo que hay en Dios se manifestó en Adán al ser creado, y en Jesucristo en su humanidad.

¿En qué lleva el hombre la imagen y semejanza de Dios? Se nos dan varias explicaciones. Una explicación muy común es que Adán tenía una semejanza física a Dios, y que el cuerpo de Adán fue diseñado a la semejanza de Dios y en su estructura física y configuración se parecía a Dios. Pero esto no nos parece una explicación muy convincente. El apóstol Pablo, escribiendo sobre el cuerpo en su forma física en 1.^a Corintios 15:49, contrasta el cuerpo que ahora poseemos con el cuerpo que tendremos por medio de la resurrección y glorificación. Pablo dice: «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial». Nos dice que la imagen que el hombre refleja en su cuerpo no es la imagen celestial, sino la terrenal. No será hasta la resurrección que nuestro cuerpo llevará la imagen de la semejanza del cuerpo espiritual. En 1.^a Corintios 15, Pablo nos habla de que existen distintos tipos de cuerpos. Hay un cuerpo celestial, y hay un cuerpo terrenal. Hay un cuerpo adaptado para la vida celestial, y hay un cuerpo adaptado para la vida terrenal. Luego contrasta los dos. Concluye diciendo que la semejanza y la imagen que había en Adán no era una semejanza física, y no podemos saber el parecido de Dios mirándonos a nosotros mismos, o tratando de imaginar cuál era el parecido de Adán en su estado de inocencia.

La segunda explicación que se da frecuentemente, es que Adán fue creado en la imagen moral o ética de la semejanza de Dios. Lo que hubiera dado a Adán una imagen de semejanza espiritual y no física. Adán en lo íntimo de su ser poseía una semejanza al Dios que lo creó. Y aun así mientras que esta explicación mejora la anterior, no creemos que sea una explicación bíblica y satisfactoria. Adán no fue creado santo. La santidad es una cualidad inmutable, inviolable, inalterable, incorruptible del Ser de Dios. Dios no podía pecar. Dios, que es Santo, no podía convertirse en impío. Si Adán hubiera sido creado santo, pecar hubiera sido imposible para él. Adán fue creado con una inocencia sin probar. Adán poseía la capacidad de escoger; podía escoger el pecado, u obedecer a Dios. Pero decir que la semejanza de Adán con Dios era moral o ética, equivaldría a decir que Dios puede pecar, que Dios se mantiene alejado del pecado por el mero hecho de elegir el bien y que, por lo tanto, podía haber escogido de otra manera, y hacerse pecador. ¡Imposible! Porque Dios es un Dios Santo.

LA PERSONALIDAD DADA AL HOMBRE

Por lo tanto, ¿qué es lo que puede explicarnos la semejanza, o la imagen en el hombre que refleja lo que Dios es, y a la vez podamos interpretar correctamente las Escrituras? Cuando examinamos el relato que se nos da de la creación, en los primeros capítulos del libro del Génesis, descubrimos que Dios hizo con Adán lo que no hizo con el resto de la creación. Dios no sopló aliento de vida o espíritu en ningún animal. Adán fue dotado con capacidades que le diferenciaban de toda la creación animal. Dios dio a Adán una personalidad a fin de que Adán, como persona, pudiera tener comunión con Dios, que es una Persona. Dios creó la materia; la sustancia material está desposeída de personalidad, por lo que Dios no podía comunicarse con la materia. Dios creó el reino vegetal, pero el reino vegetal no posee la capacidad de relacionarse con Dios. Dios también creó el reino animal, pero los animales no podían glorificar a Dios y tener comunión con El porque están desposeídos de personalidad. Pero cuando Dios creó a Adán lo hizo a la imagen y semejanza de sí mismo, como persona y con todos los componentes esenciales de la personalidad, para que Adán pudiera entrar en comunión con Dios y glorificarle.

¿Cuáles eran las capacidades que Dios dio a Adán y a la raza humana para que ambos pudieran disfrutar de la comunión con el Creador? Sabemos que Dios posee una mente, y que una parte de su personalidad es su capacidad intelectual. ¡Dios sabe y conoce! Dios posee sabiduría infinita. Teológicamente nos referimos a esto como omnisciencia. Dios posee la capacidad de amar. Dios ama. Y posee la capacidad de la voluntad; Dios puede escoger, puede obrar. Las Escrituras muestran que Dios es una persona en el sentido más amplio y significativo de la palabra, porque éstas nos revelan cómo Dios ha mostrado su personalidad. Dios conoce, ama, actúa, decide y escoge. Cuando Dios hizo a Adán a su semejanza, le capacitó con las mismas características de personalidad que El mismo posee. Cuando Adán fue creado a la imagen y semejanza de Dios, le fue dada una mente con la aptitud de conocer, un corazón con el que pudiera amar; una voluntad con la cual podría decidir obedecer a Dios. En el huerto del Edén Adán tuvo la oportunidad de ejercitar estas capacidades.

Adán tuvo la oportunidad de ejercer su mente cuando recibió la responsabilidad de nombrar a todos los animales. Examinó a los animales para ponerles nombres adecuados. Adán descubría cada vez algo nuevo sobre la creación de Dios, si bien fuera fauna o flora, ejercitaba su mente y aprendía algo más acerca de Dios, porque Dios se reveló a Adán a través de la Creación.

Cuando Dios dio una esposa a Adán, el corazón de Adán se centró en el regalo que Dios le había dado y ejercitó su capacidad para amar en una nueva relación. La capacidad de amar de Adán sería ejercida como una responsabilidad, bajo la autoridad de Dios, hacia su esposa, y hacia Dios, que se había revelado como un Dios de amor.

Cuando Dios situó el árbol de la ciencia del bien y del mal en el huerto del Edén, dijo: «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gn. 2:17). El árbol de la ciencia del bien y del mal fue plantado en el Edén para probar la relación entre la voluntad de Adán y la voluntad de Dios. Si no hubiera existido la prueba de la obediencia de Adán, no hubiera podido existir esta relación entre la voluntad del hombre y la voluntad de Dios. Por esto vemos que cuando Dios creó a Adán le hizo un ser que poseía todas las capacidades de personalidad. Así Dios hizo posible la relación entre la mente de Adán y la mente de Dios, el corazón de Adán y el corazón de Dios, y la voluntad de Adán y la voluntad de Dios. Para Adán la comunión espiritual significaba el uso de estas tres capacidades de la personalidad siendo ejercitadas hacia Dios. Adán no podía disfrutar de esta comunión si ejercitaba su mente y corazón hacia Dios, pero no su voluntad. La comunión tampoco sería completa si ejercitaba su mente y su voluntad hacia Dios pero no su corazón. Ni podría disfrutar una comunión total con Dios si ejercitaba su corazón y voluntad hacia Dios pero no su mente. La comunión existente entre Dios y Adán en el huerto del Edén consistía en la mente de Adán estando en armonía con la mente de Dios, el corazón de Adán con el corazón de Dios, y la voluntad de Adán con la voluntad de Dios.

LOS EFECTOS DE LA CAÍDA

No sabemos el tiempo que tardó Adán en ejercitar su voluntad en contra de la voluntad de Dios, quebrando así inmediata y completamente la comunión que existía entre Adán y Dios. ¡El pecado privó a la criatura de su comunión con el Creador! Y los efectos del pecado de Adán tienen un alcance enorme. En el primer capítulo del libro a los Romanos, el apóstol Pablo muestra los efectos del pecado de Adán. Primeramente, el apóstol muestra cómo el intelecto del hombre fue entenebrecido por la caída, y por ello no podía llegar a conocer a Dios con su intelecto. Romanos 1:19-20 declara: «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la

creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa». Por medio de estos versículos aprendemos que la creación es la revelación de la sabiduría de Dios, y que la naturaleza es un libro abierto en el que podemos ver dos cosas: el poder eterno de Dios y su Deidad o Divinidad. Pero aun cuando los hombres podían aprender algo de esta revelación sobre Dios, ¿cómo correspondieron? «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido» (Romanos 1:21). En Efesios 4:17 se afirma la misma verdad: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón». El apóstol aquí confirma lo que enseñó en Romanos 1, que el corazón del hombre natural está entenebrecido a causa del pecado. No dice que la mente esté cubierta con una venda, sino que más bien dice que está ciega. Si alguien tiene los ojos vendados, todo lo que necesita para ver es quitarse la venda. Pablo nos dice que los hombres han sido cegados por el pecado. Y no poseen la capacidad de ver. El resultado inmediato del pecado de Adán es que el intelecto del hombre fue entenebrecido. No solamente fue su intelecto entenebrecido, sino que también se degradó su capacidad emocional. «...Dios los entregó a inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas...» (Romanos 1:24-26). En Efesios 4:19 leemos: «Los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza». No es que el hombre perdiera su capacidad emocional, sino que ésta estaba tan pervertida y prostituida, que no podía ejercitarse hacia Dios. De esta manera el hombre natural no puede experimentar comunión entre su corazón y el corazón de Dios.

Romanos 1 termina mostrándonos otro resultado de la caída de Adán: la voluntad del hombre quedó incapacitada para ser ejercida hacia Dios. En el versículo 32 se nos da a conocer «quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican». Y en Romanos 7:18, Pablo dice: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo». El hombre natural está marcado por la muerte de su voluntad hacia Dios. En Romanos 8:7, el apóstol dice: «Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede». Y en Gálatas 5:17 el apóstol añade nuevamente su testimonio: «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis». Cuando se comparan estos dos pasajes, encontramos que Pablo enseña de manera consistente que mientras el hombre tenga voluntad y pueda escoger, su voluntad será una voluntad esclavizada por el pecado, una voluntad que no puede ni podrá ejercitarse hacia Dios, una voluntad que desea solamente aquello que es iniquidad.

A causa de la caída de Adán, el hombre ha sido convocado a juicio bajo una maldición, pero sigue siendo humano. No ha perdido su personalidad; no ha sido degradado al nivel de los animales. Pero es imposible para el hombre ejercer las capacidades que Dios le ha dado píamente. El inconverso tiene un intelecto que ha sido oscurecido por el pecado y no puede conocer a Dios; posee una capacidad emocional, pero no puede amar a Dios porque ha sido degradada; posee una voluntad que se rebela contra Dios y no puede ni quiere obedecerle. A pesar de que Dios nos creó para que tuviéramos comunión con El, este propósito no puede cumplirse en el hombre natural. El hombre todavía posee la imagen de Dios y las partes componen su personalidad, pero ha sido limitado, y esclavizado de tal manera que no puede ejercitarla píamente y para la gloria de Dios.

LA NUEVA CREACIÓN

Con el fin de que el propósito de Dios se cumpla en el hombre, Dios planeó una nueva creación: en Cristo Jesús. En 2.^a Corintios 5:17, el apóstol Pablo dice: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es». Por el milagro de la nueva creación, Dios ha engrandecido la capacidad del creyente en Cristo convirtiéndole en un hijo de Dios para que pueda tener comunión con Dios y glorificar a Dios nuevamente. Hay varios pasajes que muestran que el propósito de Dios en la nueva creación es que de nuevo manifestemos la imagen de Dios. El apóstol también dice: «Por tanto, nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2.^a Corintios 3:18). Nota esto, ¡somos transformados *en la misma* imagen! Y de nuevo en Colosenses 3:10, el apóstol dice: «Y revestidos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno». Dios obra en la nueva creación con el propósito que la nueva criatura refleje la imagen de Aquél que le creó. En Romanos 8:29, Pablo dice: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo».

¿Qué es lo que Dios ha hecho para que nosotros, que hemos sido recreados en la imagen de El, podamos glorificarle en la intimidad de la comunión con El?

En primer lugar, Dios nos ha dado una *nueva mente*. En 1.^a Corintios 2:16 el apóstol nos cuenta que «tenemos la mente de Cristo». Esto no se refiere a la renovación de la mente vieja, se refiere a la implantación de una nueva capacidad en la mente de regenerar al hijo de Dios, para que éste pueda gozarse de la comunión con Dios. Por ello notamos en 1.^a Corintios 1:30 que «Cristo Jesús nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención». Primeramente, Jesucristo nos ha sido hecho sabiduría. Dios nos ha dado una nueva mente para que podamos apropiarnos la verdad de que en Cristo hay justicia, santificación y redención. El programa de Dios para nosotros, según 1.^a Corintios 1:30, empieza con la nueva mente que nos es impartida para que le conozcamos.

En segundo lugar, se nos ha dado una *nueva capacidad de corazón*. Dios no ha tratado de renovar o purificar la vieja capacidad condenada por su juicio, sino que nos ha concedido una nueva capacidad para que por medio de ella podamos amarle. Hablando a los discípulos en el aposento alto en Juan 15, Cristo presentó esta prueba trascendente del discipulado: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13:35). Escribiendo a sus hijos espirituales, el apóstol Juan dijo: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1.^a Juan 3:14). En el capítulo 4 de la misma epístola, versículos 7-10, dice: «Amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor...; en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados». Nuestro corazón ha recibido una nueva capacidad para que pueda servir a Dios.

En tercer lugar, hemos recibido una *nueva voluntad* para obedecer a Dios. Pedro dice en 2.^a Pedro 1:4 que los creyentes son partícipes de la naturaleza divina. Por lo que ahora el hijo de Dios tiene una nueva relación con la voluntad de Dios, por la nueva naturaleza que le ha sido dada por medio del nuevo nacimiento. En Efesios 6:6, Pablo exhortaba a quienes escribía a cumplir la voluntad de Dios de corazón, algo que es totalmente imposible para el que no conoce la gracia de Dios. De nuevo en Colosenses 1:9, Pablo oró para que los creyentes «seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual». En el capítulo 4 versículo 12, habla a

Epafras, el cual oraba por los cristianos en Colosas para que permanecieran «firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere». El apóstol, escribiendo a los hebreos, también termina esta gran epístola orando: «Y el Dios de paz... os haga aptos en toda buena obra para que hagáis su voluntad» (13:20).

Lo que hemos tratado de aclarar es que cuando el hombre fue creado a la imagen de Dios, fue dotado con las capacidades de la personalidad para que pudiera tener comunión con Dios, que es una persona. Dios le dio una mente para conocerle, un corazón con que amarle, una voluntad que pueda obedecerle. Adán desobedeció y por ello la raza o descendencia de Adán fue condenada y separada de la comunión con Dios. Los hijos de Adán todavía poseían la personalidad, pero su intelecto estaba entenebrecido, sus emociones degradadas y su voluntad corrompida. Y como resultado final no había comunión entre el pecador y Dios. Así, pues, Dios ha hecho de los nuevos creyentes en Cristo una nueva creación. Nos ha dado una nueva mente para conocerle, un nuevo corazón para amarle, y una nueva voluntad para obedecerle. Cuando tú, como hijo de Dios, ejerces tu mente hacia Dios para conocerle, y tu corazón para amarle, y tu voluntad para obedecerle, entonces estás en comunión con Dios. Pero si alguna parte de tu personalidad no está en armonía con la Persona de Dios, entonces no estás gozando la comunión que es el propósito por el cual has sido creado y por el cual has sido recreado en su imagen.

En esta comunión con Dios ha de haber crecimiento. Los creyentes han de crecer en el conocimiento. Esto es porque el apóstol Pedro dijo en 2.^a Pedro 3:18: «Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo...». Han de crecer en amor. Por esto Pablo ora por los creyentes en Filipos incluyendo esta petición: «Que vuestro amor abunde aún más y más». Los creyentes han de escoger el camino de la obediencia completa a la voluntad de Dios. En Juan 14:21 y 23, el Señor enfatiza la necesidad de la obediencia cuando dice: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama... El que me ama, mis palabras guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él».

Los creyentes glorifican a Dios por el crecimiento y fructividad al habitar en Cristo, al tener sus mentes, sus corazones y sus voluntades en armonía y comunión con la mente, corazón y voluntad del Redentor. Este es el propósito de Dios en la Creación, y en tu recreación en Cristo.

III. LA MENTE CARNAL (1 Corintios 1:18-31)

Dios, como Persona, posee mente. Con esta mente conoce y piensa. Como persona posee corazón, y con este corazón ama. Y también como Persona posee voluntad y por ella se mueve, decide y obra. Cuando Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Dios le dotó de una mente para saber, un corazón para amar y una voluntad con que obedecer. El propósito era que el hombre usara su mente para recibir la verdad de Dios y conocerle para que pudiera recibir el amor de Dios y amarle recíprocamente, recibir la revelación de la voluntad de Dios y obedecerle. La comunión que Adán disfrutó con Dios en el jardín del Edén era una comunión entre la mente del hombre y la de Dios, su corazón y el de Dios, su voluntad y la voluntad de Dios.

El gozo de la intimidad de esta comunión perduró solamente un corto tiempo, según Génesis 3, porque Adán se rebeló contra Dios, escogió desobedecerle, traduciendo así su elección en un acto de declarada desobediencia. A causa del pecado la mente de Adán fue entenebrecida de tal forma que ya no conocía a Dios; sus sentimientos tan degradados, que no amaba a Dios; su voluntad corrompida de tal manera, que no podía obedecer a Dios. Todos los descendientes de Adán nacen incapacitados para tener una comunión personal con Dios. Es nuestro propósito el considerar con el lector, en los estudios siguientes, los efectos del pecado de Adán sobre estas tres partes tan importantes de la personalidad humana, y luego seguir con otro estudio de la obra de Dios, que trata de la recreación y la provisión de una nueva capacidad que nos predisponga para entrar en comunión con Dios.

Queremos dirigir tu atención al tema de «la mente carnal» y considerar las capacidades del intelecto con las cuales han nacido todos los hombres como resultado del pecado de Adán. Reconocemos que el pensamiento es el padre de la palabra y obra. No podemos hablar sin antes pensar lo que vamos a decir. No podemos obrar sin antes concebir lo que vamos a hacer. Las palabras y acciones de los hombres tienen su origen en la mente de los mismos. Vamos, pues, a considerar lo que es básico de toda conducta, al examinar la enseñanza bíblica de «la vieja mente», es decir, la mente natural después de la caída.

LA MENTE DE ADÁN

Empecemos recordando que la mente de Adán antes de la caída podía gozar de la comunión espiritual con la mente de Dios. Dios dio a Adán ciertas responsabilidades que hacían que ejercitara la capacidad mental que Dios le había dado. En Génesis 2:19 leemos: «Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre». Pero la única manera en que Adán podía dar un nombre adecuado a las cosas creadas, era usando la capacidad mental concedida por Dios para descubrir las características de cada criatura, y luego darles un nombre que estuviera de acuerdo con su carácter. Dios pudo haber nombrado a los animales y sus géneros, y hacer así que Adán sólo tuviera que recordarlos. Sin embargo, Dios le dijo: «Nombra tú a todos los animales». Indirectamente, al estudiar Adán a cada una de las criaturas, para distinguir sus características peculiares, Adán estaba aprendiendo más de Dios y de las cosas creadas que revelaban a Adán el poder, la sabiduría y la gloria de Dios. La comunión con Dios en el huerto del Edén se estaba engrandeciendo porque sus facultades mentales se habían desarrollado, y por ello entendía más y más la Persona del Creador.

También descubrimos en el segundo capítulo del Génesis, que la mente de Adán se ocupó no

solamente en nombrar a los animales, sino también en nombrar a su esposa después que Dios la formara de una de las costillas de Adán. En el versículo 22 leemos: «Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada varona, porque del varón fue tomada». Al llamar a su esposa «varona» o «mujer». Adán enfatizó su origen. Discernió el hecho de que habiendo sido formada del hombre y su cuerpo, había sido físicamente formada del cuerpo del hombre, era adecuado y propio que se llamase «mujer» para recordar su origen, porque provenía de Adán. En el capítulo 3, versículo 20, leemos: «Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes». La llamó Eva en relación con su destino; estaba destinada a ser la madre progenitora de todos los hombres y mujeres. Nuevamente, vemos aquí un ejercicio mental: el nombre de Eva es el resultado de que Adán usara su capacidad porque Dios le había creado a su propia semejanza.

En el primer capítulo de Romanos, el apóstol afirma que al principio la mente humana era ejercitada hacia Dios. Dice en el versículo 19: «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó». Pero este conocimiento que tenían, acerca de la verdad de Dios, estaba reprimido (sujeto o apagado). En su impiedad e injusticia, rehusaron la verdad. No querían conocer a Dios. Por esta razón, «la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad» (Romanos 1:18). ¿Cómo puede Dios justificar la revelación de su ira contra la impiedad e injusticia de los hombres, incluso aquellos que nunca han oído el evangelio, y nunca han oído de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo? El apóstol nos muestra que la ira de Dios es justa, porque hay una revelación que han recibido todos los hombres. ¿Cuál es esta revelación en que se basa la condenación universal? La encontramos leyendo el versículo 20: «Porque las cosas invisibles de El. Su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa». Lo que Pablo nos dice es que hay dos hechos discernibles que todo hombre debería conocer, que le hacen objeto del castigo divino. Estos dos hechos son: el poder de Dios y su deidad. Todo lo creado por la mano de Dios es una evidencia a los seres racionales que Dios es un Dios de poder, un Dios que ha de ser obedecido. Su poder y deidad se ven claramente por las cosas creadas. La revelación de Dios a Adán por medio de la creación estaba destinada a poner a Adán en un plano de comunión con Dios. El jardín del Edén, con todo lo que Dios había puesto allí, estaba diseñado para traer la mente de Adán en comunión con la mente de Dios, y a la vez que Adán engrandecería su conocimiento descubriendo la creación, por lo cual entraría en una comunión con Dios más profunda.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA MENTE NATURAL

Descubrimos por las Escrituras que hubo un cambio radical en la mente humana a causa de la caída. Consideramos un número de pasajes en la Biblia que muestra las características de la mente natural. Primeramente, en Romanos 1, versículos 21 y siguientes, descubrimos que la mente en su estado natural, está envuelta en *tinieblas*: «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido». ¡Sus poderes de percepción fueron entenebrecidos! La misma verdad es revelada en Efesios 4:17, cuando el apóstol Pablo se refiere a los gentiles que andan «en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido». Por el uso de esta palabra, «entenebrecido», el apóstol enfatiza el hecho de que la mente del hombre natural, en sí misma, no tiene poder para recibir la luz. No puede recibir revelaciones divinas. De la misma manera que un pez nacido en la cueva Mammoth de Kentucky sin capacidad visual no puede reaccionar a la luz, no importa lo intensa que ésta sea, pues no posee dicha percepción sensorial; así también los seres nacidos en este mundo, no pueden de sí mismo responder a la luz de Dios porque su intelecto ha sido entenebrecido en cuanto a la verdad

divina.

Nuevamente, un pasaje del Génesis 6:5 muestra que no sólo la mente del hombre está entenebrecida, sino que es *malvada*. «Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente al mal». La palabra «corazón», tal como se emplea en este pasaje, representa el centro de los procesos del pensamiento, o el intelecto. ¿Nota la universalidad del entenebrecimiento de la mente? *Todos los* pensamientos del corazón del hombre eran malos *continuamente*. El intelecto no está solamente entenebrecido en relación a la verdad divina, sino que, además, todo lo que produce es malo a los ojos de Dios.

Volviendo a Romanos capítulo 1, descubrimos que el hombre natural se distingue por su inclinación a la *adoración pagana*. La mente natural reconoce la responsabilidad de adorar *algún dios*. Su estado mental no ha suprimido la responsabilidad. La mente natural, al ser entenebrecida y malvada, no podía ejercer la piedad hacia Dios, por lo cual creó sus propios dioses. Pablo dice en Romanos 1:22: «Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles». Se hicieron dioses para sí mismos. Consideraron esto un acto de sabiduría, que Dios califica de necedad absoluta. Esto está bien ilustrado en Génesis 11 donde encontramos la primera forma de falsa religión organizada que existió sobre la tierra. Parecía una acción sabia el construir un templo como lugar de reunión para la raza humana que estaba en rebelión contra Dios. Llamaron ese templo Babel, «puerta de Dios». Dios, en su sabiduría divina, lo llamó Babel, o «confusión». La mente natural se caracteriza por su desviada adoración.

Además, la mente natural está en estado *de guerra contra Dios*. En Romanos 8:6-7, el apóstol escribe: «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede». Nótese nuevamente que la mente natural se distingue no solamente por su antagonismo, sino también por su incapacidad espiritual. *¡No puede* sujetarse a la ley de Dios! ¿Por qué? Por «la ignorancia que en ellos hay» (Efesios 4:18). Cuando el apóstol dice que la mente carnal es enemistad contra Dios, representa hombres que habiendo tenido la revelación de Dios, de su poder infinito y deidad, rehusaron el someterse a El. Habiendo declarado la guerra a Dios, existen en un estado de perpetua enemistad y guerrilla contra Dios, y en su ceguera e ignorancia, hicieron dioses para complacerse a sí mismos.

Encontramos también aquí que la mente natural se distingue por su *incapacidad de recibir la verdad de Dios*. En 1.^a Corintios 2:14 leemos: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locuras, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». La verdad espiritual, sólo puede ser descubierta y apropiada por una naturaleza espiritual. Y ya que la mente natural no posee una mente espiritual, no tiene la capacidad de recibir la verdad divina. Y debido a ello está marcada con la ignorancia y no puede ser educada en la verdad divina. Se requiere una capacidad enteramente nueva para recibir dicha verdad.

Dios califica la mente natural del hombre como *reprobada*, según Romanos 1:28. «Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios [tener en cuenta, "conocer", es decir, el conocimiento o la capacidad intelectual que Dios les dio. La expresión "tener en cuenta" se traduce "conocimiento" en otras versiones], Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen». La mente reprobada es una mente que no sólo se dirige al mal, sino que gravita hacia el mal, al igual que la masa de un cuerpo material es atraído hacia el centro de la tierra. La mente reprobada está entregada totalmente al mal.

En Efesios 4:17 Pablo dice que la mente del hombre natural es una mente *vacía*. «Andan en la vanidad [en el vacío] de su mente.» Pablo no quiere decir que la mente no esté llena. La mente nunca está vacía. En la mente siempre tiene lugar algo. Pero cuando Dios mira a la mente natural del hombre, ve que está desposeída de intenciones piadosas y que no tiene a Dios en sus pensamientos. Dios está completamente olvidado en lo que pasa por esta mente, y carece de contenido espiritual. En este sentido está vacía, y se caracteriza por la vanidad.

«La mente *carnal*» es una frase usada por el apóstol Pablo en Romanos 8:7: «La mente carnal es enemistad contra Dios». El mismo pensamiento se refleja en Colosenses 2:18, donde el apóstol dice: «Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su mente carnal». Es decir, la mente carnal o corporal, está centrada en cosas sensuales, todo lo que se relaciona con la vida y su existencia. Cuando la mente natural está funcionando, nunca se dirige hacia las cosas de Dios, las cosas del más allá, concernientes al destino eterno de la vida. Se ocupa siempre de cosas relacionadas con el cuerpo, la gratificación y satisfacción de sus deseos y apetitos.

En el mismo versículo el apóstol dice que la mente está «vanamente hinchada». O bien, una mente *engreída*, una mente que piensa bien de sí misma. Esta es la característica a la que el apóstol se refiere en Romanos 12:3: «Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener». El apóstol exhortaba a sus hermanos cristianos a no pensar como el hombre natural a fin de que no sean engreídos consigo mismos. El hombre envanecido ama el considerarse superior y por encima de aquellos que le rodean. Se ve a sí mismo en una posición superior. Al pensar así, refleja el pecado del primer pecador, Satanás, quien con su envanecida mente, se rebeló contra Dios y rehusó a permanecer en su lugar de sumisión a la benévola autoridad. Todos aquellos partícipes del reino de Satanás se caracterizan por la misma mente vanal, engreída, pensando altivamente de sí mismos.

La mente *corrompida* se menciona en Tito 1:15 por el apóstol Pablo, donde dice: «Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas». La mente corrompida es referida como una mente, que está sujeta de tal manera a la influencia del pecado, que no puede pensar en nada limpio, puro, y por ello en todas las situaciones es conducida a lo perverso. Muy cerca de esto le sigue, la mente *corrupta de entendimiento* de la que el apóstol nos habla: «Disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad» (1.^a Tim. 6:5). La mente corrupta se ha pervertido de tal forma que ya no puede ejercer la función por la que fue dada al hombre. La mente de éste es imaginativa en lo que concierne al pecado, pero no puede ser imaginativa en las cosas de Dios, ni tampoco puede ejercitarse hacia Dios.

En Filipenses 3:19 leemos sobre la mente *terrenal*. Allí el apóstol nos habla de ciertos pecadores, «el fin de los cuales será perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria es la vergüenza, que sólo piensa en lo terrenal». Habla a una persona sobre bienes materiales y te comprende; de hecho, sabe mucho más que ti mismo. Pero cuando empiezas a hablar de cosas espirituales, acerca del cielo, de las cosas de la eternidad, es como si estuvieras hablando a un hombre que es completamente sordo, porque no tiene comprensión alguna. Los científicos frecuentemente justifican su rechazo de Dios, porque dicen que no pueden aceptar la existencia de lo que no ven, tocan, gustan, sienten o miden. Se interesan por cosas terrenales pero no tienen noción de las cosas celestiales.

En 2.^a Corintios 4:4 Pablo dice que la mente del hombre natural está *cegada*, «en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios». El hombre natural no está vendado por el pecado, ya que lo único que se requeriría hacer en este caso, es quitar la venda de los ojos, sino que padece de ceguera espiritual: la inhabilidad de ver.

Y, finalmente, la mente espiritual se caracteriza por su condición espiritual *muerta*. En Romanos 8:6 el apóstol dice que: «porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del espíritu es vida y paz». Uno está físicamente muerto cuando ya no puede realizar funciones físicas. El hombre está espiritualmente muerto cuando no funciona hacia Dios. La mente del hombre está muerta, cuando éste no puede realizar la función por la cual le fue dada por el Creador, a saber, recibir la verdad de Dios, apropiarse y asimilar esta verdad, conocer a Dios, que se reveló a Sí mismo en verdad, y por medio de esta revelación que ha hecho, glorificarle.

Ya que la mente espiritual está señalada y designada como una mente reprobada, carnal, vacía, engreída, corrompida, corrupta, terrenal, ciega y espiritualmente muerta, ¿comprendéis ahora hijos de Dios, el porqué es tan difícil, para vosotros el controlar vuestros pensamientos? No os engañéis creyendo que porque habéis nacido de nuevo en la familia de Dios, vuestra mente ha cambiado. Lo que hemos visto hasta aquí en la Escritura es lo que se describe como la mente que poseéis, que habéis recibido de Adán por medio del nacimiento. Dentro de vosotros poseéis la capacidad de ser carnales, vanos, perversos, corrompidos, de estar enemistados con Dios y dar vuestra atención a todas las cosas terrenales y materiales que os caracterizaban antes de que nacierais en la familia de Dios. Y si a la mente vieja se la deja obrar, esta mente acogerá palabras y acciones que son propias de corrupción, perversidad, ceguera y muerte espiritual, que Dios nos dice caracterizan la mente del hombre que no ha sido salvo. Doy gracias a Dios que esta mente vieja fue juzgada en la cruz. Dios no trató de mejorarla, de limpiarla, de cambiar su distorsión y perversión. La juzgó en la cruz. E impartió a todos los que creen en Cristo, una nueva mente en Cristo, con el fin de manifestarse hacia Dios, y tener comunión con El.

IV. LA MENTE ESPIRITUAL (1 Corintios 2:7-16)

Al hombre que ha experimentado el nuevo nacimiento, y que es una nueva creación en Cristo Jesús, le ha sido dada la mente espiritual. A todos los que han creído en Cristo, Dios les ha dado una nueva vida, por medio de lo que se llama el nuevo nacimiento en Juan 3, y una nueva creación, en 2.^a Co. 5:17. Dios no rehace las capacidades del hombre natural, ni cambia las características básicas de su personalidad al ser hecha una nueva criatura en Cristo Jesús. Sino que Dios otorga por medio de la nueva creación, espiritualmente hablando, una nueva capacidad de la mente, y del corazón y de la voluntad. Con la nueva mente espiritual el hombre puede conocer a Dios, con el nuevo corazón puede amarle, y con la nueva voluntad puede obedecerle.

Es nuestro propósito en nuestro estudio examinar las Escrituras sobre este tema de la capacidad de la nueva mente espiritual. Mientras que en nuestro estudio anterior hemos analizado la enseñanza de la palabra de Dios con respecto al estado de la mente después de la caída, de aquella que llamamos «la vieja mente».

Dios no usa la vieja mente, sino que imparte al hombre una nueva mente, con capacidad de recibir la verdad divina, dedicarse a Dios, y disfrutar de la comunión con Dios en el reino de la verdad espiritual. El apóstol enfatiza este hecho en 1.^a Corintios 2:16 cuando dice: «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». Pablo recuerda a sus lectores que Dios ha revelado una serie de verdades por medio del Espíritu Santo. Pero según el versículo 9, el ojo natural no ve, el oído natural no oye, ni tampoco han penetrado en los procesos del pensamiento del hombre natural, las cosas que Dios ha preparado para aquellos que le aman. El versículo 14 explica la ignorancia de la mente natural cuando dice: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente». El hombre natural no posee la capacidad espiritual en el plano de la mente. Este tiene solamente lo que llamamos «la mente carnal», y ésta no puede recibir ni discernir la verdad divina. Pero el apóstol dice que la revelación que la mente natural no puede recibir, puede ser recibida por aquellos que tienen la mente de Cristo. A la persona que ha recibido a Jesucristo como su salvador le ha sido concedida una nueva capacidad, que al ser ejercitada, puede aprender la verdad de Dios, y apropiarse la revelación que Dios ha hecho de sí mismo, y como resultado disfrutar de la comunión con Dios: la mente del creyente en armonía con la mente de Dios.

En Romanos 12:1-2 aprendemos algo más sobre la obra de Dios en cuanto al aspecto mental. El apóstol dice: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento. La palabra traducida «renovación» es la palabra usada en Tito 3:5, donde leemos: «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo». Para nosotros la palabra *renovar* significa rejuvenecer, modernizar, actualizar. Hablamos de renovar muebles o restaurar una antigüedad, cuando reparamos una silla que se cae a pedazos, la arreglamos, le damos una capa de barniz para tapar los defectos, o le damos una capa de pintura para cubrir las señales y desperfectos. Pero éste no es el significado de la palabra *renovar*. La palabra griega traducida «renovar» significa «hacer algo nuevo desde lo alto». Esto es lo que Dios hace cuando crea una nueva criatura en Cristo Jesús. Mira a la mente natural y la ve tal como es; profanada, malvada, reprobada y espiritualmente muerta. En lugar de rehacer la mente carnal, Dios imparte una capacidad enteramente nueva: una nueva mente.

Cuando el Espíritu Santo empieza su obra de enseñar e instruir en las cosas de Cristo, nunca

apela a la vieja mente. No trata de enseñar la verdad al hombre natural, con su capacidad natural. La nueva mente en Cristo es el vehículo por el cual la verdad divina es aprendida y asimilada. Nuestro Señor dijo a los discípulos: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho» (Juan 14:26), y, nuevamente en Juan 16:12-15, nuestro Señor dice: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar, pero cuando venga el Espíritu de verdad, El os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir... Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber». No fue hasta que Cristo murió, y vino el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para habitar en el cuerpo de los creyentes y hacer su obra de enseñanza, que hubo una nueva mente en los creyentes, que pudiera ser receptora de la verdad divina, y un Maestro para impartir esta verdad. Pero desde entonces todos cuantos son nuevas criaturas en Cristo Jesús tienen una nueva mente, y Dios, a través del Espíritu Santo puede enseñarnos las verdades de Cristo.

EL CONFLICTO

Debido a la nueva mente que ahora posee el creyente, con capacidad de recibir la verdad divina y responder a la revelación de Dios al tener comunión con El y glorificarle, el creyente está envuelto en un conflicto de lucha constante. Hay una guerra constante, perpetua, entre la mente de Cristo y la mente natural del hombre. A menudo nos referimos a estas dos naturalezas existentes en el hijo de Dios. Y cuando lo hacemos, no estamos sugiriendo que haya dos personas distintas en el hijo de Dios, o que posee dos personalidades. La Palabra de Dios no nos enseña este concepto. Sin embargo, mentalmente el hombre tiene dos capacidades: la capacidad para las cosas espirituales a través de la *nueva* mente, y la capacidad para las cosas carnales, pecaminosas y muertas de la *vieja* mente. Siempre habrá una constante, incesante, oposición sin tregua, entre la vieja mente y la nueva mente que busca glorificar a Dios.

En Romanos 8:5-8 vemos este conflicto, cuando el apóstol Pablo dice: «Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne [o literalmente, tienen una mente para las cosas de la carne], pero los que son del Espíritu [tienen la mente para], las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque [la mente carnal] no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios». ¿Te das cuenta de lo que el apóstol está diciendo? Que los que son de la carne, tienen una mente para las cosas de la carne; pero los que buscan las cosas del Espíritu, aquellos que tienen una nueva mente la ejercen para las cosas del Espíritu. Dice que la mente natural está en guerra contra Dios, pero la mente espiritual se ocupa en las cosas caracterizadas por vida y paz.

También vemos este conflicto en Romanos 7:14, cuando el apóstol dice: «...Mas yo soy carnal vendido a sujeción de pecado». El apóstol no dice: «Yo hago cosas carnales y mundanas», sino que dice: «Está en mi naturaleza esencial». Es decir, «mentalmente todavía soy carnal. Porque aunque poseo una nueva mente en Cristo, todavía tengo la vieja capacidad de la mente natural. Por lo tanto, estoy mentalmente caracterizado como una persona carnal, porque la vieja mente no ha sido eliminada; no ha sido cambiada». Después de hablarnos de su naturaleza esencial nos dice en el versículo 14: «Veo otra ley en mis miembros, que se revela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros... Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado» (versículos 23-25). Si se me permite, daré una paráfrasis de la última parte del versículo 25: «Con la nueva mente sirvo a la ley de Dios, pero con la mente carnal sirvo a la ley del pecado». He aquí, el principio que el apóstol Pablo está tratando de establecer: Mentalmente todos los hijos de Dios pueden ser clasificados como carnales, es decir,

todavía tienen la vieja capacidad que puede manifestarse en pecado, ignorancia, corrupción, perversidad y muerte espiritual, experimentan una continua batalla mental: la nueva mente contra la vieja, la vieja contra la nueva.

En la vida del creyente, la vieja mente y la nueva nunca estarán de acuerdo en nada. Nunca llegará el momento en que estas dos entidades concordarán en pensamiento, palabra o acción en su vida. En la mente del creyente tiene lugar una guerra constante y sin tregua.

TRANSFORMACIÓN

Debido a este conflicto mental, el apóstol da varias exhortaciones a los creyentes. Podemos dirigir nuestra atención brevemente a varias de ellas.

Pablo nos dice, primeramente, en Efesios 4:23, exhortando a los creyentes: «Y renovaos en el espíritu de vuestra mente». Pablo no les ordena que OBTENGAN una nueva mente. Como creyentes, *ya* poseían una nueva mente. Pero tenían que permitir que la nueva mente hiciera su obra de renovación transformando sus vidas. Cuando se permite que la vieja mente domine al hijo de Dios, el resultado será pecado, contaminación y corrupción. Pero cuando la nueva mente domina o controla al hijo de Dios, su vida tendrá la manifestación que proviene de la santidad, rectitud y justicia de Dios.

En Romanos 12:2 leemos una segunda exhortación: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos». El apóstol está hablando de una vida cambiada, y el cambio de vida del hijo de Dios proviene de la renovación de su mente. La mente vieja produce frutos de corrupción; pero la nueva manifiesta por sí misma justicia y verdadera santidad. En Colosenses 3:5-7, Pablo nos presenta un catálogo de pecados. Cada uno de ellos es una manifestación de la mente natural. El apóstol incluye: «fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría..., ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas». Ahora bien, no pensemos que estos pecados son imposibles para el creyente. Estos pecados nunca los cometerá la nueva mente, pero si se permite que la mente vieja controle al hijo de Dios, este es exactamente el fruto que producirá de manera continua. Después de catalogar los pecados que la vieja mente puede cometer, el apóstol dice en los versículos 9 y 10: «No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre en sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va RENOVANDO HASTA EL CONOCIMIENTO PLENO». Cuando Dios creó al hombre lo creó conforme a su imagen y le dio una mente con la capacidad de conocerle. Desde la caída de Adán, las mentes de todos los hombres que nacen en este mundo están entenebrecidas por el pecado. A fin de que nosotros pudiésemos conocer a Dios hemos venido a ser nuevas criaturas. Somos «conforme a la imagen del que los creó renovados hasta el conocimiento pleno». Así que la nueva criatura en Cristo Jesús es una persona que ha sido recreada a la imagen de Dios y dotada de la capacidad de entrar en comunión con Dios. Por eso debe desechar los frutos de la vieja mente, y permanecer en los frutos de la nueva mente, porque su entendimiento ha sido renovado.

En Filipenses 2:5, el apóstol Pablo nos da este mandamiento sobre la nueva mente: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». O, más literalmente: «Haya, pues, en vosotros esta mente». Pablo no dice: «Obtened esta mente». De decir esto el apóstol, sabríamos inmediatamente que estaba escribiendo a inconversos. Pero ya que dijo «haya, pues, en vosotros esta mente [o tened la misma mente; manera de pensar] que hubo también en Cristo Jesús», sabemos que escribía a los creyentes, exhortándoles a manifestar los frutos de la nueva mente, en lugar de los frutos de la mente carnal.

Ahora bien, ¿qué caracterizó la mente de Jesucristo? En este pasaje glorioso, el apóstol habla de la humillación de Cristo, quien «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». La mente de Cristo se caracterizó por la sumisión a la voluntad de Dios. Podemos ver cómo la mente de Cristo conocía a Dios, y percibía la voluntad de Dios, y se sometía voluntariamente a la voluntad de Dios.

El apóstol, en Filipenses 4:8, habla del uso de la nueva mente y exhorta a los creyentes: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay alguna virtud, si algo digno de alabanza, en esto pensad». La nueva mente debe centrarse en aquellas cosas que se caracterizan por la verdad, justicia, amor y buen testimonio.

RESPONSABILIDAD

Así, pues, ¿qué nos dice la Palabra de Dios sobre la responsabilidad de los creyentes en el uso de esta nueva capacidad que les ha sido dada por Aquél que ha renovado su mente, conforme a la imagen del que lo creó en Cristo Jesús?

Primeramente, la mente del hijo de Dios ha de *ocuparse en Cristo*. Pienso en lo que ocuparse en Cristo significa, en relación con lo que dice (Filipenses 4:8), porque Jesucristo es el único en quien todas las bienaventuranzas han sido plenamente cumplidas. «Todo lo que es verdadero», se refiere a Cristo, porque Jesucristo es el único que pudo decir de sí mismo: «Yo soy el camino, la *verdad*, y la vida». «Todo lo que es honesto», se refiere también a El, porque se ha dicho de El que no hay engaño en sus labios. «Todo lo justo» se refiere a El. Recuerda lo que dijo el centurión que mirándole desde el pie de la cruz dijo: « ¡Verdaderamente, éste era un hombre justo! ¡Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios!» «Todo lo que es puro», se refiere a Cristo, porque en El no hubo pecado. «Todo lo que es amable», también se refiere a El, porque es el amado del Altísimo. «Todo lo que es de buen nombre», se aplica a El, porque esta frase significa: «Todo lo que es digno de alabanza, y ciertamente el Señor Jesucristo es digno de toda alabanza y honor. Cuando ejercitamos nuestras mentes para gozar de la comunión con Dios, ésta debe centrarse en la persona del Señor Jesucristo. Tan pronto nuestra mente se aparte de El, se manifestará como lo que realmente es una cloaca. La nueva mente fue concedida al creyente para que pudiese conocer al Padre. El propósito de Dios no era hacer una nueva creación para que el hombre pudiera entender historia, matemáticas, física, idiomas o medicina. La vieja mente era suficiente para ello. La nueva mente fue dada para que supla esta incapacidad espiritual de la mente; su inhabilidad de ejercer la mente hacia Dios. Si el hijo de Dios no ejerce su mente hacia Dios, no puede tener comunión con El, y no puede cumplir el propósito por el cual fue recreado en Cristo Jesús.

Pablo en Filipenses 3:10, muestra un gran ejemplo de esta ejercitación de la mente, la fuerza que impulsaba y compelia su vida: «...a fin de *conocerle*». ¿Cómo? ¿Con la vieja mente? ¡De ninguna manera! El tenía la nueva mente que estaba ocupada en Cristo. El creyente nunca cumplirá el propósito por el cual fue creado nuevamente en Cristo, hasta que ejercite su mente hacia Dios.

En segundo lugar, la Palabra de Dios revela lo que será el *sustento* de la nueva mente. En 1.^a Pedro 2:2, el apóstol dice: «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación». La Palabra de Dios es la comida espiritual que promueve

el crecimiento. El profeta Jeremías nos presenta esta misma verdad cuando dice: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová de los ejércitos» (Jeremías 15:16). Los hijos de Dios que saturan su mente con la Palabra de Dios serán fortalecidos interiormente de tal manera, que la vieja mente no podrá controlar sus pensamientos y acciones. Por ello dice el salmista: «En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti». No son las palabras encuadradas en una atractiva cubierta de color negro que ayudarán al creyente, ni tampoco las palabras meramente subrayadas en la Biblia, que le sostendrán y protegerán, sino la Palabra de la cual tiene que hacer abundante provisión en su mente para que sea sustentado en el día de la tentación. La mente ha de ser sustentada por la Palabra de Dios.

En tercer lugar, el apóstol habla de la *defensa* de la mente. Nos dice: «Por nada estéis afanosos, si no sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios que sobrepasa a todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4:6-7). ¡La paz de Dios guardará vuestras MENTES! ¿Qué significa esto? El hijo de Dios al sustentar su mente con la Palabra de Dios, el conocimiento que ha obtenido por la Palabra de Dios le defenderá en la hora de la tentación, en el día de desaliento, el día de la prueba, en el momento de duda. Vemos la relación que existe entre el conocimiento y la fe en Romanos 10:17, cuando el apóstol Pablo dice: «La fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». No podemos creer en algo que no conocemos, ni tampoco creer en un hecho que ignoramos. Cuando el hijo de Dios es puesto en una experiencia de prueba, la verdad de Dios que le ha sido revelada a través de la Palabra de Dios en su nueva mente, le sustentará, defenderá, protegerá y sostendrá. Muchos hijos de Dios han caminado confiadamente por el valle de sombra de muerte con la Palabra de Dios en sus labios. ¿Por qué? La Palabra de Dios sustenta y defiende la nueva mente del hijo de Dios.

En cuarto lugar, encontramos que la nueva mente ha sido *liberada del dominio de la vieja mente*. En 2.^a Timoteo 1:7 leemos: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio». Dios nos ha dado dominio propio; o sea, una *mente sana*. La «mente sana» que Dios nos ha dado es una característica de la nueva mente, ya que ésta se distingue como una mente sana. Esto significa que ahora puede realizar la función para la cual la mente fue creada originalmente, es decir, conocer a Dios y tener comunión con El. Pablo ilustra esta verdad en Romanos 7:25: «Con la mente [es decir, la nueva mente en Cristo] sirvo a la ley de Dios». Comunión con Dios, la recepción de la verdad divina, gozar de Dios porque hemos podido conocerle, son las grandiosas posibilidades a todos cuantos son una nueva criatura en Cristo Jesús.

Finalmente, en 2.^a Corintios 10:3-5 encontramos algunas enseñanzas muy prácticas concernientes al uso de la nueva mente: «Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne...; refutando argumentos [aquellos procesos del pensamiento, que emanan de la mente vieja], y toda altivez [toda manifestación de la mente vieja] que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo». Tenemos que poner bajo sujeción toda manifestación de la vieja mente con su pecado, licenciosidad, codicia, enemistad y corrupción. Tenemos que traer todo pensamiento a la sujeción de la obediencia a Cristo. Reconocemos que el hombre por sí mismo, no puede conseguir esto. Solamente el Espíritu de Dios puede frenar e impedir que salgan las pasiones de la naturaleza pecaminosa que está dentro de cada uno de nosotros. Dios nos ha dado esta responsabilidad de subyugar nuestros pensamientos y ponerlos bajo sujeción de Jesucristo. Nuestras mentes pasan rápidamente de una cosa a otra, y estamos rodeados todo el día por cosas que tienden a estimular la vieja mente: carteleros, periódicos, revistas, televisión y expresiones que vienen a nuestros oídos cuando transitamos por la calle. Todos experimentamos cosas que apelan a la vieja mente. Dios dice que estos pensamientos no han de retenerse y acogerse,

sino que cada uno de ellos debe sujetarse a la autoridad de Cristo, a fin de que podamos manifestar a Cristo Jesús a través de nuestra mente.

Es de suma importancia el darse cuenta que el primer recipiente o depositario de la verdad divina no es el corazón, sino la mente. Si nuestras mentes están envueltas con manifestaciones de la vieja mente, la nueva mente no podrá surgir por sí misma, seguiremos siendo carnales, ignorantes de la verdad divina, y aunque hayamos nacido de nuevo en la familia de Dios, continuaremos tropezando y vacilando. Seguiremos siendo bebés en Cristo, hasta que nos dejemos controlar por la mente de Cristo.

V. EL VIEJO CORAZÓN (Romanos 1:18-32)

En nuestro estudio anterior, hemos considerado la vieja mente y la obra que Dios ha realizado para darnos una nueva mente en Cristo, a fin de que podamos disfrutar de la comunión con El. Ahora queremos dirigir la atención a la segunda faceta de la nueva creación: el corazón.

El término «corazón» tal como es usado en la Palabra de Dios tiene un significado muy amplio. Puede ser usado para describir cada una de las partes de la personalidad total. En primer lugar, el corazón es descrito en las Escrituras como la base de la *capacidad intelectual* o de la mente. En 2.^a Corintios 4:6, el apóstol dice: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». Al mismo tiempo que la luz brilló en el corazón, este resplandor nos trajo el conocimiento de la gloria de Dios. Ahora bien, la función de la mente es la recepción del conocimiento. No obstante, en este pasaje se dice que es el corazón el que recibe la revelación del conocimiento de Dios. Esto nos muestra que el término «corazón» y «mente» pueden ser intercambiables. Y esto es verdad también en 1.^a Corintios 2:9-11, donde el apóstol escribe: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido *en corazón* de hombre, son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman... Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que SEPAMOS lo que Dios nos ha concedido». «El corazón del hombre» al que se refiere la Escritura es parte de la personalidad que recibe conocimiento, porque con el corazón sabemos las cosas que provienen de Dios y nos han sido dadas gratuitamente. Así que vemos que la palabra «corazón» en este amplio sentido, es usada primeramente como el intelecto de la personalidad.

En segundo lugar, el término «corazón» se usa como la base donde residen los *sentimientos* de la personalidad. En 2.^a Tesalonicenses 3:5, Pablo escribe: «Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo». En 1.^a P. 1:22 leemos: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia de la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro». En ambos pasajes el corazón es considerado como la parte de la personalidad que siente emoción y amor.

En tercer lugar, descubrimos en 2.^a Corintios 9:7, que el término «corazón» es usado para describir donde reside la *voluntad*. «Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad; porque Dios ama al dador alegre». Por lo tanto, el término «corazón» puede ser usado como el lugar donde se aloja la mente, los afectos o la voluntad. Así que, cuando el apóstol habla del corazón del hombre, está hablando de toda la personalidad. El pensamiento parece ser éste; los afectos controlan a todo el hombre y sus acciones. Lo que un hombre conoce o bien lo ama y lo odia; y lo que él ama u odia resulta una acción de su voluntad. De consiguiente, la base de los sentimientos tiene que ver con todo el ser. Pero a la vez *que* discutimos sobre la vieja capacidad del corazón, y hablando particularmente del ámbito de las emociones, entendemos que la palabra no puede limitarse en su uso, sino que abarca todo el ser.

Sabemos por la Palabra de Dios, que Dios ama. En 1.^a Juan 4:8, el apóstol Juan acuña la expresión «Dios es amor». Con ello nos da una grande y categórica afirmación acerca de la persona de Dios. No sólo su intelecto es infinito, sino su compasión es infinita. Dios es amor.

Una de las manifestaciones del amor de Dios sobre la cual leemos en las Escrituras, es que Dios ama a su Hijo. En el momento en que Jesucristo fue bautizado por Juan el Bautista, y abrieron

los cielos y se oyó la voz de Dios diciendo: «Este es mi Hijo AMADO, en quien tengo contentamiento». Cuando Cristo se transfiguró, nuevamente la voz de Dios vino de los cielos diciendo: «Este es mi Hijo AMADO; a El oíd». Dios el Padre ha amado a su Hijo desde toda la eternidad. Dios no empezó a amar a su Hijo en su encarnación, en su bautismo, en su transfiguración o en su crucifixión. El Padre eterno ama a su Hijo eternamente.

Dios no solamente ama a su Hijo, quien es digno de ser amado, sino que también ama a los pecadores, los cuales no son dignos de su amor. Jesús mismo enfatizó este testimonio de amor cuando dijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

EL CORAZÓN DE ADÁN

Cuando Dios creó al hombre a su imagen, le dio no sólo una mente con la cual pudiese pensar y conocer, sino también un corazón con el cual pudiese amar. En Génesis 2:21-24, leemos sobre la creación de Eva: «Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar, y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Y dijo entonces Adán: Este es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». En la última expresión, donde Dios nos da el principio divino del matrimonio, encontramos que el corazón de Adán respondió a Eva, y Eva al mismo tiempo correspondió a su afecto. Cuando Dios le entregó a Eva para amarla, el hombre fue capaz de usar la capacidad de amar que Dios le dio.

Siguiendo la Palabra de Dios, descubrimos que el pecado de Adán no solamente entenebreció su mente, sino también los sentimientos de su corazón, y la capacidad emotiva de Adán fue degradada por el pecado. En el primer capítulo de Romanos se nos da una clara y admirable descripción de la degradación emotiva del pecador. Aquí tenemos y encontramos el corazón natural como Dios lo describe. Si lees este pasaje y con entendimiento, discerniendo la verdad que Dios nos ha dado, hallarás la contaminación. Uno no puede mirar al retrato del corazón natural aquí representado sin darse cuenta de la capacidad para el mal que hay dentro del corazón humano. No podrás comprender muchos de los pensamientos, deseos y afectos que atenazan tu corazón hasta que veas el resultado que el pecado de Adán ha producido en el ámbito de las emociones, y consideres la descripción divina del corazón humano.

LOS EFECTOS DE LA CAÍDA

En Romanos 1:21, el apóstol dice: «Pues habiendo [esto es, aquellos que recibieron la revelación de Dios] conocido a Dios [con la mente], no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias». En otras palabras, el hombre natural recibe la revelación de Dios, pero su entendimiento está ciego y no puede recibir, apropiarse y responder a la revelación que Dios le ha dado. Al contrario, «se envanecieron en sus razonamientos [esto es, el proceso del pensamiento], y su necio corazón fue entenebrecido». Ahora bien, «corazón», en el versículo 21, puede referirse a la capacidad de la mente para recibir la verdad, o referirse a la capacidad emotiva de la mente para recibir la verdad, o también puede referirse a la forma emotiva que responde a la verdad que ha sido revelada. En cualquier caso, la primera descripción del corazón natural, que encontramos en este versículo, es que es *necio*. Un necio no es necesariamente una persona con un bajo coeficiente mental, y aquí se refiere a alguien que aparta a Dios de su conciencia. (El salmo 14:1 dice: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios».) El necio es el hombre que no toma en consideración a Dios en ningún aspecto de su vida. Cuando Pablo dice «el necio corazón», se refiere al corazón que decide

ignorar a Dios. Dicho hombre se contenta seguir viviendo sin la presencia de Dios, sin experimentar el amor de Dios.

Continuando con Romanos 1, leemos: «Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles» (versículos 22-23). Notamos que el hombre no ha perdido la razón como resultado de la caída. Ni ha sido privado de la capacidad de razonar. Puede razonar, y su racionalismo le indica que es responsable delante de alguna deidad. Pero rehusó adorar y servir a Dios, que se había revelado a sí mismo, y en su lugar hizo dioses para sí mismo. Fabricando deidades en la imagen de hombres corruptibles, y aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles, por lo cual demuestra que su capacidad racional funciona pero no propiamente.

Después el apóstol nos muestra la influencia que el pensamiento corrompido tiene sobre las emociones, «por lo cual Dios también los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones». Vemos una doble característica del corazón en el versículo 24: esto es, un corazón *inmundo* y *concupiscente*. Los insaciables deseos del corazón inmundo excluyen todo deseo piadoso, y de Dios. El corazón degradado posee deseos insaciables de la carne.

Leemos en el versículo 25: «Ya que cambiaron la verdad de Dios [o, literalmente, falsificaron la verdad] por la mentira». En el versículo siguiente leemos: «Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas». El viejo corazón, o corazón natural es el centro de las *pasiones vergonzosas*. Ahora bien. Dios dispuso que en la relación existente entre esposo y esposa, se expresara la capacidad de amar que Dios les había dado, pero vemos en los versículos 26 y 27 cómo el apóstol muestra, que como resultado de la caída, y debido a la degradación del corazón natural, el hombre y la mujer no ejercen sus sentimientos en la forma que Dios ordenó. Por el contrario, inventaron maneras perversas de manifestar sus emociones en las formas y prácticas más degradadas. Y por lo que dice el apóstol Pablo, es muy claro que la sodomía, la homosexualidad, y la perversión libertina de hoy día, son un resultado directo de la degradación de la capacidad emotiva. En el versículo 29, Pablo menciona algunas cosas concretas que son manifestaciones de degradación de la capacidad emotiva. El hombre está lleno de iniquidad, fornicación, malicia, avaricia, maldad, envidia y desobediencia a los padres, y sin afecto natural. La complacencia pública y la abierta manifestación de esta degradación, son evidencia clara de la iniquidad del corazón humano.

CARACTERÍSTICAS DEL CORAZÓN NATURAL

El Nuevo Testamento nos describe otros aspectos del estado del corazón natural. En Romanos 2:5, el apóstol dice: «Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y la revelación del justo juicio de Dios». El corazón es *duro* y *no arrepentido*. La palabra *duro*, cuando es usada refiriéndose al corazón, es una traducción de la palabra «calloso». Por supuesto, quien ha visto a alguien con una mano callosa, tan insensible que incluso la piel atravesada por una aguja no puede sentir. ¿Por qué? Porque la piel endurecida no es sensible al estímulo externo. Y el corazón del hombre natural se ha endurecido de tal modo que no es sensible a ningún estímulo de la justicia divina, por lo tanto, es impenitente. La Palabra de Dios le puede ser predicada, la justicia de Dios revelada y el juicio de Dios declarado, pero no afectar al pecador en lo más mínimo. No tiene convicción de la enormidad de su pecado, y sigue complacido en su degradación, perversión e inmoralidad. ¿Por qué? Porque su corazón está caracterizado por la dureza, lo que explica su impenitencia. ¿Por qué es tan difícil alcanzar a la gente con el evangelio de Jesucristo? Puedes vivir con ellos, testificar, darles la Palabra de Dios, pero ellos la desecharán, la barrerán fuera de su camino. ¿Por qué? Porque son insensibles al estímulo externo y resisten la verdad de Dios, de manera que su corazón se endurece aún más y se hace más impenitente. No debería sorprenderte que

los hombres rechacen el evangelio cuando tienen un corazón que se distingue por la dureza.

En Efesios 4:18 Pablo dice que los gentiles, «teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón». El corazón está *ciego*, y no meramente vendado. Uno que está vendado sólo necesita que le quiten la venda y podrá ver. Pero alguien que se ha vuelto ciego ha perdido la capacidad de ver. El apóstol no dice que el corazón del hombre natural ha sido vendado, sino cegado. Como embajadores de Cristo al presentar el evangelio, no intentemos quitar las vendas de los corazones de los hombres, que no pueden ver la verdad divina por la ceguera de sus corazones. Nos encontramos cara a cara con el hecho de que nosotros no podemos hacer ver a los hombres, no podemos convencerles del poder salvador de Cristo. *Solamente Cristo*, por su Espíritu, es quien puede realizar el milagro de que un corazón vea, se perciba de lo que Cristo es y así reciba vida eterna.

En Hebreos 3:10-12, tenemos dos descripciones más del corazón natural del hombre. El escritor sagrado hace referencia al Antiguo Testamento. Nos cuenta lo que Dios dijo del pueblo de Israel cuando estaban en el desierto: «A causa de lo cual me disgusté con esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: no entrarán en mi reposo». El corazón natural divaga *erróneamente*. Cuando los hombres siguen la tendencia natural de sus corazones, se equivocan, y siguen por caminos que están muy alejados de los caminos de Dios. En el versículo 12, el escritor nos advierte: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo».

El corazón natural es un corazón *malo*. Nuestro Señor presentó la maldad del corazón humano al responder a la pregunta de los fariseos de por qué sus discípulos no habían cumplido la práctica tradicional de lavarse las manos. La filosofía farisaica era que el hombre era básicamente puro interiormente y que sólo necesitaba limpieza externa. Cristo corrigió esta errónea ideología cuando les enseñó que la contaminación no es externa sino interna. Delineó muy claramente todo lo que procede del corazón del hombre. Dijo: «Porque de dentro del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre». Recuerda que Cristo no necesitaba que nadie le dijese lo que hay en el hombre, porque El sabía lo que había en el hombre. Lo que dijo es una revelación divina de lo que Dios ve en el corazón humano. El corazón natural es malo. Y es sobre la condición de este corazón que el apóstol escribe en Hebreos 3:12.

Santiago también nos dice que el corazón es engañoso: «Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón la religión del tal es vana» (Santiago 1:26). Un corazón *engañoso* establece una falsa norma de vida y se convence a sí mismo de haber alcanzado el nivel que se ha estipulado. ¿Puedes concebir a un hombre que osadamente piense haber alcanzado el nivel de la justicia de Dios? ¿O un pecador que se convence a sí mismo que es santo como Dios es Santo? Pero el pecador puede engañarse en la creencia de que puede ser aceptable a Dios en su estado pecaminoso por sus buenas obras, hechas con sus manos. Lo cual es un acto de decepción propia: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9).

Finalmente, en Romanos 1:31, Pablo dice que el corazón natural es «sin afecto natural». Usa la misma expresión que en 2.^a Timoteo 3:2, cuando dice: «Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos». Esto, por supuesto, creará un problema, porque conoces personas inconvertidas que devota e intensamente aman a sus esposas. Que adoran a sus hijos. Que aman a su país. Lo que te hará decir;

« ¿Qué quiere decir la Escritura cuando habla de que hay hombres sin afecto natural, siendo que hay inconversos que manifiestan tal clase de afecto? » El apóstol se está refiriendo en este pasaje al hecho que el corazón del hombre, a causa de la degradación producida por la caída, no puede realizar la función emotiva que le fue dada mediante la creación. Recuerda que la primera función emotiva no fue amar a su mujer; tampoco amar a sus hijos; o amar su hogar; o su país. El propósito primario de la capacidad emotiva fue amar a Dios. Y los hombres no poseen este afecto natural: la capacidad de amar primeramente a Dios.

Cuando sintetizamos todos estos pasajes para ver la conducta del corazón humano, rechazamos y nos rebelamos contra la revelación que Dios ha hecho. Permíteme recordar el hecho que aun cuando hemos sido hechos una nueva creación en Cristo Jesús, y que se nos ha dado una nueva capacidad de corazón, la vieja naturaleza no ha cambiado ni pizca. Todo cuanto hemos dicho acerca del corazón natural del hombre se aplica a ti, aunque hayas nacido de nuevo en Cristo Jesús. Tu corazón todavía es sensual, vil, necio, duro, sin arrepentimiento, ciego, descarriado, malo, engañoso y sin afecto natural. No creas, por lo tanto, que al haber sido hecho una nueva criatura en Cristo Jesús ya no posees la capacidad de manifestar la vieja concupiscencia, el viejo deseo, la pasada inmoralidad, porque esas capacidades yacen latentes. Pero posees una nueva capacidad emotiva y puedes someterte al control del Espíritu de Dios. Y a menos que la nueva capacidad sea vigorizada por el Espíritu de Dios, la vieja naturaleza se manifestará a sí misma. No podremos tener la victoria sobre el viejo corazón hasta que entendamos las capacidades mencionadas, y hasta que nos apropiemos de la provisión que Dios ha hecho, para obtener la victoria.

VI. EL NUEVO CORAZÓN (1 Juan 4:7-21)

Los hijos de Dios han recibido un nuevo corazón. Por medio de la nueva creación ha sido dada al creyente una nueva capacidad emotiva, que hace posible que cumpla el propósito para el cual fue creado.

En 1.^a Juan 4:19, el apóstol dice: «Nosotros le amamos a El porque El nos amó primero». Vivíamos en afecto natural hasta que nos fue dada esta nueva capacidad. No podíamos conocer el amor de Dios ni responder a ese amor, y, sin embargo, si el apóstol puede afirmar que «le amamos a El» en 1.^a Juan 4:19 es porque hemos nacido de nuevo. El hecho de que le amamos demuestra que hemos recibido un nuevo corazón, o una nueva capacidad. Esta verdad es afirmada en numerosos pasajes. Por ejemplo, en Romanos 5:5, Pablo dice: «Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado». El apóstol no hace énfasis en que el amor de Dios ha sido manifestado *por medio* de nosotros sino más bien *a* nosotros por el Espíritu Santo, que es el don de Dios para nosotros.

En 2.^a Corintios 4:6, el apóstol indica la misma verdad, cuando dice: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». Frecuentemente, la Escritura nos enseña que Dios viene a nosotros a través de la mente, y de la mente pasa al corazón, y del corazón a la voluntad. Pero en el versículo 6 el apóstol sugiere que Dios hace su entrada en nosotros a través del corazón. El corazón recibe el amor de Dios, y la revelación del corazón pasa así a la mente del creyente. Nota que el apóstol dice que Dios ordenó que «de las tinieblas resplandeciese la luz, y resplandeciese *en nuestros corazones para la iluminación del* conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo».

Pablo escribe en el primer capítulo de esta epístola: «El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (versículo 22). El sello es el Espíritu de Dios, y ha venido a habitar en el corazón del creyente, donde residen sus emociones. Como resultado, la persona que habitualmente era vil, sensual, necia, dura, impenitente, ahora tiene un nuevo corazón.

En 2.^a Corintios 3:2-3, el apóstol nos dice, nuevamente: «Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas de todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra sino en tablas de carne del corazón». Aquí el apóstol afirma que la verdad que llegó a ellos por medio del evangelio ha penetrado al corazón. La prueba de que habían recibido la verdad que les fue dada por los apóstoles se veía en sus vidas transformadas.

UNA NUEVA CAPACIDAD DE AMAR

Nuestro Señor, hablando a sus discípulos en el aposento alto, les habló anticipadamente de una nueva capacidad de amar que surgiría como resultado de la nueva creación, pues les dijo: «Este es mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis las cosas que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:12-15). Cuando nuestro Señor usó la palabra *amigo*, enfatizaba que establecía una relación de corazón a corazón. Habían sido sus siervos y El había sido su maestro. Pero ahora, la relación de siervo y maestro había sido superada por una relación íntima basada en el

afecto.

Ahora bien, este amor mostrado en la Palabra de Dios, no se refiere a la purificación del viejo corazón; no se trata de la remodelación, reconstrucción o de la vieja capacidad emotiva. Sino que en el ámbito de las emociones. Dios, por la nueva creación, o nuevo nacimiento, nos da una nueva capacidad con la cual podemos amar a Dios, recibir el amor de Dios y amar al prójimo. En la Palabra de Dios, y en original griego, encontramos dos expresiones distintas que han sido traducidas a nuestro idioma con una sola palabra: *amor*. La primera palabra es *phileo*. *Phileo* es el amor que responde a algo que es atractivo. El hombre natural, con su viejo corazón, responde a lo atractivo. Puede amar a su mujer, a sus hijos, su hogar, su país, el lujo y demás. Ama lo que resulta atractivo. Pero cuando se refiere al *amor de Dios* casi sin excepción, la Escritura usa la segunda expresión griega, *agapao*. *Agapao* no se refiere al amor que responde a lo que es atractivo, sino que se manifiesta por sí mismo, porque desea amar voluntariamente. Dios amó al mundo. ¿Por qué? ¿Acaso el mundo le era atractivo? ¡Jamás! El pecado, y un mundo condenado no pueden ser agradables a sus ojos. Dios ama al pecador porque quiere amarle. El énfasis en la primera palabra consta en *recibir*; pero el énfasis en la segunda palabra consta en *dar*. Es con estas dos palabras en mente que descubrimos por qué el amor se muestra en aquel que ha nacido de nuevo en la familia de Dios. El hombre natural muestra el amor *phileo*, respondiendo a lo atractivo, pero sólo los hijos de Dios, en quienes el Espíritu Santo reproduce el amor de Dios, pueden manifestar el amor *agapao*. La prueba de que el creyente ha nacido de nuevo en la familia de Dios, es que ama con el amor de Dios sin interesarle lo atractivo, sino que más bien ama lo que quizás es inatractivo porque desea amar. Tal clase de amor revela la nueva capacidad de amar que Dios concede a los creyentes en Cristo Jesús.

UN NUEVO CONFLICTO

Debido a la presencia de la vieja y de la nueva capacidades existentes en el creyente, hay un conflicto constante en la vida del hijo de Dios. Este conflicto está ausente en el inconverso debido a que no ha tenido, o no ha sido dotado de la nueva capacidad emotiva que se le opongá. El inconverso quizá tenga conflicto *dentro* de su propia naturaleza, pero no puede tenerlos *entre* la vieja y nueva naturalezas. Pero debido a que tú y yo, como nuevas criaturas en Cristo, hemos venido a poseer una nueva capacidad, estamos envueltos en una batalla constante dentro del territorio de las emociones, o sea, que el viejo corazón puede manifestar sus frutos, así como los puede manifestar el nuevo corazón. En 1.^a Juan 2:9-11, vemos este conflicto: «El que dice que está en luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe adonde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos». Nuevamente en el versículo 4:20, leemos: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» Habréis notado que en estos dos versículos se mencionan dos manifestaciones de los sentimientos. En 1.^a Juan 2:9, el apóstol se refiere al hombre «que dice que está en luz, y aborrece a su hermano». El odio mencionado procede de la vieja naturaleza. El odio no puede proceder bajo ninguna circunstancia de la nueva naturaleza que nos ha sido dada por el nuevo nacimiento. El apóstol dice que el que odia a su hermano no está en tinieblas. Tal hombre manifiesta los frutos de su vieja capacidad. Pero el que ama a su hermano está en luz. Ese amor no procede del viejo hombre, pero sí de la nueva naturaleza. Así que Juan nos dice que existen dentro de nosotros mismos dos potencialidades: *amor* y *odio*. Ambas vienen del interior del mismo corazón. El viejo corazón manifiesta por sí mismo odio, rencor, amargura, malicia; pero el nuevo corazón, el amor de Dios por medio del individuo. Una constante batalla se libra entre el viejo y el nuevo corazón dentro de los hijos de Dios.

Nos será de gran ayuda para comprender los problemas que tenemos que afrontar en el ámbito

de nuestros sentimientos, si entendemos nuestra conducta, nuestros pensamientos y afectos. Debemos examinar cada manifestación de los afectos con el fin de descubrir su origen. Si esa manifestación sale del viejo corazón, sabremos inmediatamente que no es correcta. Pero si descubrimos que proviene de la nueva capacidad, entonces el Espíritu de Dios está manifestando su fruto por medio de nosotros. Pero nunca debemos pensar que el viejo corazón cambiará de tal manera que ya no manifestará sus frutos corruptos. Tenemos que vivir con un conflicto diario no solamente en el campo de los pensamientos, porque la vieja mente batalla contra la nueva y la nueva contra la vieja, sino también en el ámbito del corazón, el viejo lucha contra el nuevo, y éste contra el viejo. Como veremos en los estudios siguientes, el mismo conflicto tiene lugar en el ámbito de la voluntad, la vieja batalla contra la nueva voluntad y la nueva contra la vieja. La persona que es una nueva criatura en Cristo experimentará continua, inexorable e incesantemente guerra en todas las áreas de su persona.

LOS NUEVOS AFECTOS

Ya que la Palabra de Dios tiene bastante que decir acerca de los sentimientos de los hijos de Dios, permíteme examinar algunos pasajes de la Escritura que nos dan exhortaciones sobre el dominio del corazón. Sin embargo, no quiero ser agotador al hacerlo, porque la Palabra de Dios tiene mucho que decir; por eso seré selectivo.

En primer lugar, notamos que hay ciertos mandamientos expresados en forma negativa, cosa que debemos dejar, y hay ciertas exhortaciones positivas, que los creyentes tenemos que obedecer. Miremos, primeramente, los mandamientos en forma negativa.

En 1.^a Juan 2:15, el apóstol nos da un mandamiento que tiene que ver con la relación del creyente en el mundo: «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». El apóstol Juan dice en la última parte de este versículo que si alguno ama al mundo, es porque está manifestando la vieja naturaleza, porque no es el amor del Padre el que ama al mundo a través de él. Así que Juan nos dice que el hombre que ama al mundo no lo hace con el nuevo corazón. De aquí la prohibición: «No améis al mundo».

Santiago 4:4 nos presenta la misma verdad: « ¡Oh, almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios».

Lo que Santiago y Juan nos presentan en los dos pasajes que hemos citado es que la capacidad que Dios nos ha dado para amar, puede ser prostituida. Los hijos de Dios, a través de su vieja capacidad, pueden poner sus afectos en lo que es desagradable y repugnante delante de Dios, y amar al mundo. Por lo tanto, ordena al creyente a abstenerse de esta clase de prostitución espiritual, la cual es evidencia de la perversión de sus afectos.

Si miramos en el capítulo quinto de Efesios, empezando en el versículo 3, vemos que en el reino de los afectos, hay un segundo y amplio aspecto, que tiene que ver con el mandamiento que se da a los hijos de Dios: «Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia». Con palabras muy claras el apóstol dice que los hijos de Dios no tienen derecho alguno a manifestar sus afectos en actos, palabras o pensamientos inmorales, aunque en su viejo corazón existe el potencial de practicar

todas estas cosas. Por ello los hijos de Dios no deben dar lugar al diablo y manifestar sus afectos en esa dirección. Pablo dice en 1.^a Tesalonicenses 4:3-7: «Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación». En muy someras palabras, el apóstol ordena a los creyentes que se abstengan de fornicación, ya que habían practicado tal hecho en el nombre de la religión que profesaban antes de conocer a Jesucristo como Salvador. Todavía poseen la facultad de manifestar los viejos afectos en toda clase de inmoralidad. Pero esto es inconcebible, porque Dios nos ha llamado a la santidad.

¿Qué dice la Palabra de Dios en cuanto a la manifestación del nuevo corazón en Cristo Jesús? En Colosenses 3:2-3, Pablo dice: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». Luego, en Romanos 12:9-10, Pablo escribe: «El amor sea sin fingimiento [o, literalmente, sin hipocresía]. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros». Aquí vemos que la genuina manifestación de la nueva capacidad es amor sin hipocresía. No es una vana muestra de afecto, no vanas y cariñosas palabras como la gente de negocios suele usar para obtener simpatía del cliente, sino una abundante y genuina manifestación del amor de Cristo es dada a quienes Cristo ama. Amor sin fingimiento, verdadero y hermanable amor.

En Romanos 13:8, el apóstol habla nuevamente sobre ello: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros». Esta es una obligación como las que son descontadas de la paga mensual. Es un deber semanal, diario, de cada hora y de cada momento, el por así decirlo, pagar la deuda que hemos contraído con Dios. Nos manda manifestar constantemente la nueva capacidad, amándonos continuamente unos a otros.

El apóstol Pedro escribe en el mismo tono: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro» (1.^a Pedro 1:22). Aquí Dios manda nuevamente a sus hijos que se amen unos a otros. ¿Cómo? Amándose con un corazón puro, con ferviente amor. Aquí se habla de un amor ardiente, que purifica a la persona por medio de ese afecto en que están unidos por el evangelio. Pedro dice también en 2:17: «Amad a los hermanos». Juan es conocido como el apóstol del amor, y ha dedicado la mayor parte de sus epístolas a dicho tema. En 1.^a Juan 2:10 dice: «El que ama a su hermano permanece en la luz, y en él no hay tropiezo». Y luego, en 3:11-12, dice: «Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que en su maldad asesinó a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas», y en el versículo 14, dice: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos». Según se desprende de la Palabra de Dios, vemos que el primer crimen cometido públicamente después de la caída, del cual tenemos nota, fue un crimen contra el amor. Caín mató a su hermano Abel, y al hacerlo pecó contra el amor. El apóstol, consciente de esta primera manifestación del viejo corazón, dice que hemos nacido en la familia de Dios y debemos ser muy cuidadosos en no repetir en forma alguna el pecado de Caín, es decir, el pecado contra el amor. La evidencia de que has pasado de muerte a vida está en que amas a tu hermano.

Cinco de las epístolas del Nuevo Testamento concluyen con la exhortación a los creyentes de saludarse o darse la bienvenida con ósculo santo. ¿Por qué? Los hermanos se saludan con un ósculo, como prueba de un puro, ardiente amor, y las hermanas reciben a las hermanas con un ósculo, como

prueba de que se aman con amor puro y corazón ferviente. No es suficiente decir: «Yo te amo». El amor tenía que manifestarse. A menudo los cristianos dejan de demostrar unos a otros su amor en Cristo, son reticentes en mostrar sus afectos a Dios, quien les ha amado con amor eterno. Hoy en día se considera una debilidad mostrar los sentimientos, pero Dios ha dado a sus hijos una nueva capacidad de amar, por lo que deben manifestar el amor de Dios entre los hermanos. La Palabra de Dios dice que amemos a Dios porque El nos amó *primero* (1.^a Juan 4:19). También nos da este mandamiento: «El que ama a Dios ama también a su hermano».

Pero ya que cada momento del día estamos envueltos en una batalla, el viejo corazón quiere manifestarse con toda su fuerza. Quiere dirigir los afectos a todo lo que Dios odia. Sin embargo, el Espíritu Santo nos ha sido dado para vigorizarnos, y para que, como nuevas criaturas en Cristo, podamos producir los frutos del amor de Dios, y para que el propósito de Dios en darnos la capacidad de los sentimientos se cumpla, y podamos entrar en comunión con el corazón de Dios y entonces manifestar ese amor entre nosotros.

VII. LA VIEJA VOLUNTAD (Juan 6:35-45 y 60-65)

Parece ser que cada maestro tiene sus propias idiosincrasias. Algunos maestros más que otros. Estoy seguro que una de las clases del seminario donde enseñé pensó que me pasaba de la raya, cuando mis alumnos leyeron una de las preguntas del examen final. La pregunta era: «¿En qué te diferencias tú de un caballo?» No trataba de ser gracioso. Quería que los estudiantes entendiesen que cuando Dios creó al hombre hizo una obra diferente a todo animal de la creación. Dios dotó al hombre con todas las capacidades de la personalidad de tal modo que pudiese entrar en comunión con El. Ninguno de los animales de la creación fue dotado con mentalidad para responder a la mente de Dios. Ni ningún animal fue dotado de corazón con el cual pudiese corresponder al amor de Dios. Ni tampoco dotó Dios a ningún animal de la creación con voluntad, con la cual pudiese obedecer a Dios. Pero Dios dio una mente, un corazón y una voluntad al hombre, y cuando Adán cayó el hombre sufrió los efectos de la caída, en cada uno de los aspectos de su personalidad total. Primeramente, es nuestro propósito dirigir tu atención al área de la mente. Queremos considerar la voluntad tal como era en el tiempo de la creación, y luego los resultados de la caída y sus efectos en la voluntad, de tal manera que podamos entender las características de la voluntad del hombre natural. Tal estudio nos mostrará la voluntad del hombre natural separada de la nueva criatura en Cristo Jesús.

LA VOLUNTAD DE ADÁN

Con frecuencia hemos meditado en el relato de la creación presentado en los dos primeros capítulos del Génesis, donde Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...; y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:26-27). En el capítulo 2 leemos: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieras, ciertamente morirás» (versículos 15-17). Hemos visto en nuestro estudio anterior que Adán recibió en el jardín del Edén la capacidad de ejercer cada parte de su personalidad para adorar a Dios de tal modo que Adán disfrutara plenamente de la comunión con Dios. A Adán le fue dada la responsabilidad de nombrar a todos los animales. Lo cual fue un ejercicio mental. Adán, con el uso de su mente, fue penetrando más y más profundamente en la grandeza del poder de Dios y su sabiduría y, como resultado, en la comunión con Dios. Era la costumbre de Dios venir al jardín en el fresco del día, para dar a Adán una oportunidad de ejercitar su corazón en la adoración a Dios y poder disfrutar de una comunión íntima de corazón a corazón, y de mente a mente. Si tal como vemos. Adán disfrutó de la comunión con Dios, en la totalidad de su persona, hubo de haber algo en el ámbito de la voluntad que hiciera posible que se sujetara a la voluntad de Dios, de tal modo que la voluntad de Dios y la de Adán disfrutaran juntamente de la comunión. Esta es la razón por la que leemos en Génesis 2:15-17, que Dios separó un árbol especial prohibiendo a Adán participar de su fruto.

La creación de Dios era perfecta. No había nada venenoso en el fruto del árbol que pudiera dañarle físicamente. No hubo nada en el fruto que pudiese contaminar a Adán. Sin embargo. Dios prohibió a Adán comer del fruto del árbol para probar su obediencia a la voluntad de Dios, así que a través del ejercicio de la voluntad. Dios y Adán podían tener comunión en el ámbito de la voluntad. En el caso de que la *mente* de Adán estuviera en comunión con la mente de Dios, y su *corazón* en comunión con el corazón de Dios, y su *voluntad* no pudiera ser ejercida hacia Dios, no hubiera existido plena comunión entre la criatura y el Creador. Y fue por eso, para que Dios y Adán pudieran

gozar plenamente de mutua comunión, que Dios separó el árbol del conocimiento del bien y del mal para probar a Adán. Cuando Dios prohibió a Adán participar del fruto del árbol, no lo hizo para privarle de alguna bendición o privilegio, sino para concederle la más grande bendición posible para Adán, traerle a una perfecta comunión con Dios.

En Génesis 3 tenemos el relato de como Adán fue disuadido y desencaminado de una perfecta obediencia a la voluntad de Dios, y como consecuencia perdió toda la comunión con Dios. En Génesis 3:1 encontramos que la tentación apeló a la mente de Adán primeramente. Satanás comenzó incitando una pregunta en la mente de Eva. Vino la serpiente y dijo a la mujer: «¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» Pregunta que incitó a controvertir los hechos. Era un desafío que empezó por la mente. Acto seguido. Satanás se dirige de la mente al corazón, al decirles: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios [o, literalmente, seréis semejantes a Elohim], sabiendo el bien y el mal». Sutil tentación para hacerles dudar del amor de Dios, de su bondad. Satanás había plantado sutilmente la semilla de la duda en la mente de Eva a través de su pregunta; es decir, Dios no era el Dios de amor, el Dios bueno, que pretendía ser, porque si realmente amaba a Eva no les hubiera impedido que comiesen de aquello que les haría ser como El mismo. Cuando uno está celoso, guarda para sí aquello que reclama como exclusivo. Los celos son un pecado contra el amor, y Satán dijo a Eva que Dios estaba celoso y era egoísta. Satanás les dijo esto insinuando que Dios, en sus celos y egoísmos, había guardado para sí algo grandemente bueno. De esta manera condujo a Eva a dudar del amor de Dios.

Así, pues, cuando uno mantiene el pensamiento en la mente, y luego deja que éste penetre al corazón, llegando a amar aquella cosa o idea, pronto actúa en la voluntad. Así que «vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella» (Génesis 3:6). Podrás notar que la caída no fue cuando la mujer pensó, y vio y reconoció que el árbol era bueno para comer. La caída no tuvo lugar cuando las emociones de Eva fueron agitadas, y al ver que era agradable a los ojos. La caída tampoco tuvo lugar cuando la mujer acarició en su pensamiento la sugerencia de Satanás para comer el fruto del árbol, y así alcanzar la sabiduría. La caída tuvo lugar cuando Eva *tomó* el fruto y lo *comió*. El pecado no consistió en la mirada de Eva, en evaluar y considerar, sino en ejercer su voluntad, alargar su mano, coger el fruto y comerlo en desobediencia al mandamiento de Dios.

LOS EFECTOS DE LA CAÍDA

Debido a este acto de la voluntad que Adán y Eva cometieron, habría consecuencias trascendentales. Ya hemos descubierto que a causa de este pecado la mente fue entenebrecida; sin embargo, el hombre no perdió su habilidad de pensar, pero no podía *conocer a Dios*. En el dominio del corazón, las emociones fueron degradadas, aunque el hombre no perdió la capacidad de amar, su capacidad emotiva fue degradada en el sentido de no poder *amar a Dios*. Grande fue el efecto que tuvo en el corazón y la mente, pero aún más grande en la voluntad, según la enseñanza de la Palabra de Dios. Por el pecado de Adán, la voluntad del hombre es una voluntad esclava del pecado, ama el pecado y vive para el pecado; en otras palabras, es una voluntad que está bajo el dominio del pecado. En Romanos 6:14, Pablo dice: «El pecado no se enseñoreará [no tendrá dominio] sobre vosotros». La palabra *dominio* es la palabra empleada para describir la autoridad de un maestro o soberano y su control sobre el individuo. Pablo, en este versículo, está describiendo a los creyentes para decirles que el pecado ya no tiene el dominio que sobre ellos tenía, «pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». En esta afirmación dirigida a los creyentes, descubrimos la relación que existe entre el incrédulo y el pecado en el plano de la voluntad. El pecado tiene dominio sobre el incrédulo. Es señor de los incrédulos, es su capataz. Los tiene bajo cautividad. Nuevamente en Romanos 6:16-20,

Pablo dice: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea, de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia». Estos versículos describen la relación del individuo con el pecado como principio. El individuo es como siervo; no es libre de hacer lo que le plazca; es esclavo del pecado.

Un sirviente verdadero deja su propia voluntad a un lado, y se espera de él cumplir la voluntad de su señor inmediatamente. No tiene derecho a disputar las órdenes dadas por su señor. Pablo dice que nosotros antes de conocer al Señor Jesucristo como Salvador, éramos esclavos del pecado, sin voluntad propia, ni poder decidir sobre el asunto. Seguíamos los dictados del pecado; el pecado era nuestro soberano.

LA LIBERTAD DE LA VOLUNTAD

Frecuentemente, oímos que se debate el tema de la libertad de la voluntad. Para ello necesitamos comprender la enseñanza bíblica de esta doctrina. Hemos de definir, primeramente, lo que significa *libertad de la voluntad*. Nos gusta creer que libertad es poder hacer con nuestras naturalezas licenciosas lo que nos plazca, sin restricción exterior alguna, y sin obligación alguna hacia los demás, sólo a nosotros mismos. Este concepto de libertad no se encuentra en ninguna parte en la Palabra de Dios. Esta es la filosofía y práctica de Satanás. En el sentido bíblico de la Palabra, un ser es libre cuando puede desarrollarse en su elemento nativo, cuando puede cumplir la función por la cual fue creado. El pez es libre mientras puede moverse dentro del mar, pero si el pescador lo saca del mar, ha perdido su libertad. El pájaro es libre mientras puede volar en el aire, porque es el elemento natural del pájaro. Un animal es libre mientras puede correr por el bosque, a través de la pradera, porque ambos son su elemento natural. Dios creó al hombre para sí mismo, para la comunión con Dios. A causa de la caída el hombre fue expulsado de su elemento nativo, y dejó de ser libre. A veces decimos que el hombre tiene una libre voluntad. Pero desde la caída, el hombre no es libre. Es libre de la misma manera que un pájaro enjaulado. Este es libre de moverse dentro de la jaula, pero su vida está limitada a la misma. Sería una burla, si al coger un pájaro volando libremente en el aire, lo pusiéramos en una jaula y luego le dijéramos: «Eres libre». Porque sería solamente libre de moverse dentro de un espacio limitado, dentro de ciertos límites y restricciones; no sería libre de moverse en su elemento natural. Igualmente el hombre natural es libre de moverse dentro de su elemento natural, el pecado. El pecado es su fundamento, y su dosel. La vida total del hombre apartada de Jesucristo es vivida en el elemento del pecado y en la esfera del pecado. Por lo tanto, ya que el hombre no es libre de vivir en su elemento natural, no podemos decir que es libre. Un hombre no es libre hasta que puede desarrollarse en el área por la cual fue creado, y esta área es la de complacer a Dios, porque todas las cosas, el hombre inclusive, fueron creadas para Dios. Pablo indica esto en Colosenses 1:16: «Porque en El fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de El y para El».

Todo individuo goza de cierto grado de libertad. Al vestirme esta mañana podías elegir la clase de corbata que ibas a usar, azul, negra o roja. Eres también libre de escoger el color del coche que quieres comprar, pero esto no es libertad en el sentido bíblico de la palabra. El Dr. Donaid Grey Barnhouse solía decir que un hombre es libre de saltar de la decimoquinta planta de un edificio, pero no posee la libertad de saltar hacia arriba otra vez. Esta es una ilustración gráfica de las limitaciones de nuestra libertad. Hay varios pasajes de la Palabra de Dios que nos muestran las restricciones de la libertad del hombre. En Gálatas 5:17 está escrito: «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis».

Nota la última parte del versículo 17: «Para que no hagáis lo que quisiereis». Aquí vemos que hay algunas cosas que no podéis hacer. Luego leemos en el versículo 19: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son:...». La lista de las obras de la carne son manifestación de la voluntad del hombre natural. Cuando la voluntad del hombre natural actúa, elige o decide, lo hace dentro del dominio del pecado, porque todas las obras de la carne según los versículos 19 y 21 son pecados.

En Romanos 7:23, el apóstol dice: «Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». La frase «que me lleva cautivo a la ley del pecado» muestra que el hombre está cautivo, esclavizado por el pecado. El pecado es su señor. En Romanos 5:12 el apóstol nos recuerda: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre [es decir, Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». Estamos muertos en aquello que no podemos cumplir y para lo cual fuimos creados por Dios, es decir, disfrutar de su comunión. Pablo dice en el versículo 17: «Pues si por la trasgresión de uno solo reinó la muerte». En los versículos 20 y 21 dice: «Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro». Podrás observar la palabra *reinó* en los versículos 17 y 21. Aquí el pecado es visto como un potentado, un dictador, o si lo prefieres, de alguien que manifiesta su voluntad inexorablemente a todos los siervos que están bajo su dominio. El pecado tiene dominio sobre los inconversos en la misma manera que un monarca sobre sus súbditos.

En Efesios 2:2, leemos de nuevo: «En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás». Observa la expresión «anduvisteis» y «nosotros también vivimos». Ahora bien, el andar o manera de vivir son manifestaciones externas de los actos de la voluntad, y cuando la misma actúa dentro del individuo, produce la concupiscencia de la carne, y los deseos de la carne y de la mente son contrarios a la naturaleza y el carácter de Dios.

Se desprende claramente de estos pasajes que debido al pecado de Adán, la voluntad de la criatura murió espiritualmente, y con respecto a Dios. El hombre natural no puede obedecer a Dios. Ni tiene deseos de obedecerle. Es rebelde por naturaleza. Es licencioso y manifiesta su desobediencia y rebelión contra Dios, viviendo bajo el dominio del pecado, sirviéndole como su vasallo.

Esta es la opinión que el Señor tiene de la voluntad del hombre tal como se revela en el sexto capítulo del Evangelio de Juan. Nuestro Señor había presentado pruebas de ser el Hijo de Dios, el Mesías. Por medio de sus palabras y sus obras trató de convencer a una nación incrédula de que había venido a traer la luz y vida al mundo. Pero aquellos a quienes vino le rechazaron, no creyeron en El. Cristo nos demuestra que la incredulidad de Israel no fue debida a que Jesucristo no hubiese autenticado su Persona o no hubiese probado la validez de sus palabras. Había otra explicación para la incredulidad de la nación. El Señor dijo, en el versículo 38: «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió». El Señor está contrastando en este versículo su voluntad con la de aquellos incrédulos. Deseaban hacer su propia voluntad. Su voluntad se rebelaba contra la voluntad de Dios. La voluntad de Jesús no era igual a la voluntad del hombre caído, porque vino a hacer la voluntad del que le envió. También el Señor dijo en el versículo 44: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero». También dijo: «Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre» (versículo 65). Ahora bien, ¿por qué habla el Señor de la imposibilidad total del hombre para

venir a El, a menos que el Padre le trajese? Habló así porque Cristo conocía que la voluntad del hombre natural está con respecto a Dios espiritualmente muerta, que el hombre natural está sometido y esclavizado por el pecado, vive bajo su dominio, obedece sus órdenes, y sirve al pecado. El pecado nunca conducirá al hombre a Jesucristo, ni desistirá de su reinado sobre el individuo. Es solamente cuando Jesucristo rompe las cadenas del pecado y libera al cautivo, que el individuo responderá a la invitación de Cristo de venir a El, y encontrar luz y vida. Así explicó Cristo la incredulidad de la nación de Israel en términos de una voluntad que estaba cautiva y esclava del pecado.

Un hombre cuya voluntad esté espiritualmente muerta hacia Dios, puede hacer cosas moral y éticamente aceptables y aprobadas por la sociedad. Pero, sin embargo, no puede hacer nunca algo que agrade a Dios, porque cuanto hace, lo hace instigado por los mandatos del pecado, su señor. Dios no puede aceptar ni aceptará la obediencia al pecado como algo aceptable. Esta parte de nuestro estudio parece dejar una nota un tanto sombría y grave. No nos gozamos al tener que manifestarte esta verdad de la Palabra de Dios, que el hombre está esclavizado por el pecado, pero nos regocijamos en el mensaje del Evangelio, porque el que cree en Cristo será hecho una nueva creación y llegará a poseer una nueva voluntad con la cual podrá obedecer la Palabra de Dios.

VIII. LA NUEVA VOLUNTAD (Colosenses 3:1-15)

El hombre natural es un esclavo congénito del pecado. Según Romanos 6:14, está bajo el dominio del pecado, que es su dueño y señor. Esto enfatiza la relación existente entre el pecado y el individuo. El apóstol dice en Romanos 6:16-17 que éramos esclavos del pecado. Esta era la relación de la persona con el pecado. Pero ahora el creyente en el Señor Jesucristo disfruta de una libertad gloriosa por medio de la nueva creación (2.^a Corintios 5:17). Las cadenas del pecado que le sujetaban han sido rotas. La puerta que le separaba de la libertad, ha sido abierta y ha sido liberado del pecado, que como dueño, estaba obligado a obedecer. Esta es la verdad que queremos examinar seguidamente.

LIBERTAD EN CRISTO

Pablo expone el tema que trata de la gloriosa libertad de los hijos de Dios en el sexto capítulo de la Epístola a los Romanos. Descubrimos en los versículos 12 y 13 que Dios ha concedido al creyente, libertad de la servidumbre del pecado como su dueño y señor. El apóstol dice: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal para que le obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad. Sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia».

El apóstol puede hacer apelaciones tales como «no reine, pues, el pecado» y «ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad», sólo y debido a la libertad de la esclavitud que nos ha sido dada al nacer de nuevo en Cristo Jesús. Pablo cuando apela «no dejéis que el pecado continúe reinando en vuestro cuerpo mortal», se basa en una libertad que ya ha sido alcanzada. Se basa en la impartición de una nueva capacidad en ámbito de la voluntad, porque se apela al creyente que haga algo que agrada a Dios; nunca apela a la vieja voluntad. Dios nunca apela a la mente carnal, al viejo corazón, a la vieja voluntad. Dios nunca espera que la vieja mente carnal pueda recibir verdades espirituales o la revelación divina. Tampoco espera que el viejo corazón reciba y responda al amor de Dios. Ni tampoco espera de la vieja voluntad que obre de manera aceptable a Dios, o que le obedezca. Dios conoce las limitaciones de la vieja personalidad y nunca exige nada de ella. Así que cuando el apóstol apela al hijo de Dios, como en los versículos 12 y 13, apela a la nueva capacidad impartida por el milagro de la nueva creación, lo que hace posible que el hijo de Dios responda a lo que se espera de él.

Pablo, en el versículo 18, dice: «Y libertados del pecado...». Notemos cuidadosamente que aquí el apóstol no dice: «Has sido libertado del pecado sin ninguna posibilidad de cometer pecado nuevamente». Tampoco dice: «Has sido librado de la posibilidad de que la vieja voluntad obedezca al pecado nunca más». Pero sí nos dice: «Has sido libertado de la obligación de obedecer la naturaleza pecaminosa y de obedecer los dictados de la vieja voluntad».

¿Cómo puede uno ser librado del pecado? Solamente por medio de la libertad obtenida a través del nuevo nacimiento en Cristo Jesús. Entonces es librado de la esclavitud de la vieja voluntad porque como hijo de Dios le ha sido impartida una nueva capacidad. Lo mismo es afirmado en el versículo 22 de este pasaje, cuando el apóstol dice: «Mas ahora que habéis sido libertados del pecado... [Venís a ser] siervos de Dios». Eráis siervos del pecado, y le servíais voluntariamente. Pero ahora habéis sido libertados y venidos a ser siervos, o esclavos de Dios. Ahora hay la capacidad de la voluntad para elegir. Una elección que tienda a complacer la vieja voluntad resultará en pecado, una

elección de acuerdo con la nueva voluntad resultará en obediencia y rectitud y santidad.

El apóstol nos enseña esta misma verdad en Romanos 8:2, cuando dice: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Un principio que operaba dentro de mí, como inconverso, aquí referido como principio de pecado y de muerte. Y es llamado principio de pecado y de muerte porque el pecado es su carácter y la muerte su resultado. Mientras que yo antes servía a este principio como dueño y señor, porque no tenía otra posibilidad, ahora por el Espíritu Santo, que Pablo llama la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, he sido librado de la ley del pecado y de la muerte. De nuevo afirmamos el hecho de que el apóstol no dice que la posibilidad de pecar ha sido extirpada de nosotros. Lo cual significaría que la vieja mente, el viejo corazón y la vieja voluntad fueron erradicadas. No; lo que el apóstol nos dice es que hay una emancipación de la servidumbre a la vieja capacidad porque se nos ha impartido una nueva capacidad a través del nuevo nacimiento: «Porque lo que era imposible a la ley por cuanto era débil a la carne. Dios enviando a su hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó [juzgó] al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al Espíritu». El propósito de Dios es producir justicia en sus hijos. Pero la justicia y rectitud no provienen de la función de la vieja mente, corazón o voluntad. Sino que la justicia y rectitud vienen a la vez que el Espíritu Santo vigoriza la nueva mente, el nuevo corazón y la nueva voluntad.

El principio que el apóstol afirma en Gálatas 5:1, acerca de la ley, es un principio válido relacionado con la vieja naturaleza de los hijos de Dios. En el Cáp. 4 de Gálatas, el apóstol trata de la relación existente entre la persona y la ley de Moisés. La ley no puede salvar, ni santificar. Pablo nos ha mostrado que la fe en el Señor Jesucristo nos libra de esclavitud de la ley: «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud». A aquellos que consideraban la idea de someterse a la ley de Moisés como principio guiador para el cumplimiento de los requerimientos de la vida cristiana, el apóstol dirige la siguiente pregunta: «¿Por qué aquellos que han sido liberados del yugo de la ley, quieren someterse de nuevo a su esclavitud?» Afirma la gloriosa verdad de la liberación de la obligación de servir a la ley de Moisés, o la ley del pecado (la vieja naturaleza) que mora en nosotros.

CONFLICTO CONTINUO

Debido a la impartición de una nueva capacidad a la voluntad, los hijos de Dios viven en un constante conflicto. Hay dentro de ellos una continua e inexorable guerra. Guerra que se describe muy claramente en Gálatas 5:17, donde el apóstol dice: «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis». La palabra *carne* en Gálatas 5:17 se refiere a la personalidad del individuo en su totalidad: su mente, su corazón, su voluntad, todo ello corrompido por la caída. La palabra *Espíritu* en Gálatas 5:17 se refiere al Espíritu Santo que mora en los creyentes manifestándose por medio de la nueva creación —las nuevas capacidades de la mente, el corazón y la voluntad—. En el ámbito mental hay guerra constante. Lo que la mente vieja o carnal ama, la nueva odia; lo que la nueva o espiritual desea, la vieja desecha. Este mismo conflicto tiene lugar en el corazón. Lo que el viejo corazón desea y codicia, el nuevo odia y desprecia, lo que el nuevo anhela el viejo repudia de manera absoluta. El mismo conflicto se libra en la voluntad. Aquello que la vieja voluntad desea servir, la nueva se resiste en obedecer; lo que la nueva desea hacer, la vieja odia totalmente. Por lo tanto existe una guerra constante en todas y cada una de las partes de la personalidad. Así, pues, bajo ninguna circunstancia, la vieja y nueva capacidad estarán de acuerdo en ningún pensamiento, palabra u obra. La vieja mente carnal nunca estará de acuerdo con la nueva mente espiritual. Ni el viejo corazón con el nuevo. Ni siquiera la vieja voluntad de acuerdo con la nueva. Si la vieja propone algo,

la nueva lo contradice, y si la nueva pone algo en acción, la vieja busca inmediatamente de contravenir. Por esto es que, como creyente, estás continua e incesantemente afrontando una guerra sin tregua en el campo de la mente, corazón y voluntad, y la tendrás en cada momento de tu vida.

En Romanos 7:22-23, nos da el testimonio de Pablo concerniente a esta lucha que tiene lugar dentro de sí mismo: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». El apóstol enfatiza de nuevo este hecho de la constante guerra interior. Cuando dice «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios», se está refiriendo a la suma total de estas nuevas capacidades recibidas por medio del nuevo nacimiento. Pablo nos dice que su nueva mente se goza en la verdad de Dios, que su nuevo corazón ama la Persona de Dios y su nueva voluntad se deleita en obedecer la voluntad de Dios. Pero cuando él con su nueva mente conoce, ama y sirve a Dios, inmediatamente se declara guerra y el conflicto empieza entre la vieja y nueva mentes. La vieja mente lucha contra la verdad de Dios, y el viejo corazón contra el nuevo, y la vieja voluntad contra la obediencia de Dios. No comprenderemos nunca el conflicto que los creyentes en Cristo Jesús afrontamos día a día, momento tras momento, hasta que asimilemos esta verdad de la lucha que sucede en cada uno de los ámbitos de nuestra personalidad. Tal como sucedió a Pablo tenemos que afrontar desaliento, derrota, frustración. Nos habla de su experiencia sobre ese conflicto en Romanos 7:15: «Porque lo que hago [la vieja naturaleza] no lo entiendo [la nueva]; pues no hago [la nueva] lo que quiero [la vieja], sino lo que aborrezco [la nueva], eso hago [la vieja]. Y si lo que no quiero [la nueva], eso hago, apruebo que la ley es buena [porque me condena]. De manera que ya no soy yo [la nueva], quien hace aquello [ese pensamiento impío, ese falso sentimiento, ese acto de desobediencia], sino el pecado [la vieja naturaleza] que mora en mí. Porque yo sé que en mí, en mi carne [en mi mente, corazón y voluntad carnales], no mora el bien; porque el querer el bien está en mí [porque poseo una nueva voluntad en mi naturaleza espiritual], pero no el hacerlo. Porque no hago [la vieja] el bien que quiero [la nueva], sino el mal que no quiero [la nueva], eso hago [la vieja]. Y si hago lo que no quiero [la nueva], ya no lo hago yo [la nueva naturaleza], sino el pecado [la vieja naturaleza] que mora en mí». De esta manera Pablo nos explica el origen de este conflicto. No es un conflicto externo, sino interno. Pablo sigue con la explicación de la forma siguiente: «Pero veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente [la nueva mente], y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros [es decir, la vieja naturaleza]». De acuerdo con el razonamiento humano, hubiera sido maravilloso si al momento de convertirnos la vieja naturaleza fuera extirpada de nosotros o también si cuando alcanzamos cierto nivel de madurez espiritual o santificación la vieja naturaleza desapareciera, dejándonos así con el nuevo corazón, voluntad y mente. Pero la Palabra de Dios nos dice que hasta que no llegue la hora de ser trasladados a su presencia, y el momento de nuestra glorificación, seguiremos poseyendo ambas naturalezas, la vieja y la nueva. Consecuentemente afrontamos un conflicto que perdurará durante toda nuestras vidas. Podemos estar muy agradecidos que la enseñanza de la Palabra de Dios establece claramente los principios por los cuales podemos vencer a la vieja naturaleza. La Palabra de Dios nos enseña de manera muy clara cómo hemos de hacerlo para entrar triunfalmente en el tren de su victoria.

APELACIÓN A LA VOLUNTAD

Es nuestro propósito examinar en estudios sucesivos aquellas porciones de la Palabra de Dios que nos dan instrucciones referentes al poder que el Espíritu Santo provee a fin de que nosotros, como hijos de Dios, podamos vivir como a El le agrada. Ya que concluimos este estudio sobre la nueva voluntad, es oportuno considerar varios pasajes de las Escrituras en los que Pablo apela directamente al individuo. Hago este énfasis para que nos demos cuenta que la vida cristiana no es una vida pasiva sino activa. Es verdad que la vida cristiana es una vida de reposo espiritual, una vida de confianza, lo cual también examinaremos a la luz de la Palabra de Dios, en cuanto a la vida de

descanso en la fe. Pero Dios nos ha dado una nueva voluntad que espera que ejercitemos. Se nos ha ordenado de ejercer la nueva voluntad píamente, en las cosas de Dios. Pablo dice en Romanos 6:13: «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia». La palabra *presentéis* significa «entregarse». Cuando tú te presentas, significa que te entregas completamente al control de otra persona. Al creyente se le manda entregarse a sí mismo al Señor Jesucristo, para ser controlado por el Espíritu Santo a fin de que la justicia y la virtud puedan ser reproducidas en él por el poder del Espíritu.

Cuando Pablo da el mandamiento «Presentaos vosotros mismos a Dios como instrumentos», y exhorta al creyente «Presentaos vosotros mismos a Dios», apela a la voluntad de la nueva naturaleza.

Esto es, a algo que los hijos de Dios pueden hacer, que no podían hacer antes de ser salvos. Pero ahora poseen esta nueva capacidad, que pueden ejercitar con la guía del Espíritu. Así que cuando Pablo les exhorta que no dejen que el pecado siga reinando en sus vidas, y que no dejen que sus miembros sean controlados por el pecado, sino que se presenten a Dios como instrumentos de justicia, está llamando que actúe la nueva voluntad. En el versículo 16 afirma la misma verdad cuando pregunta: « ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?» Pablo nos muestra la capacidad que tiene el hijo de Dios de presentarse a sí mismo como siervo obediente a Dios, de tal modo que los frutos de justicia puedan ser reproducidos en él.

En Efesios 4:24, el apóstol nos habla de la justicia de Dios, como objetivo en la nueva creación: «Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». Exhorta así al creyente a dejar la antigua manera de vivir (versículo 22). Este dejar es un acto de la voluntad. Es dejar el viejo hombre y vestir su desnudez con el nuevo hombre; si antes mentía, ahora quiere hablar la verdad; si antes se airaba, ahora lo hace sin llegar a pecar; ha dejado de robar; ya no quiere murmurar, y así podemos mencionar otros cambios. Ahora bien, esta acción de dejar cosas pasadas y de revestirse de nuevas, es un acto de la voluntad. La voluntad de la vieja naturaleza no podrá nunca dejar las cosas carnales, pero, sin embargo, la nueva voluntad puede obedecer a Dios en estas cosas.

En Colosenses 3:9-10, el apóstol Pablo nos presenta la misma verdad. Nos dice que la obra divina ha sido realizada en nosotros a través del nuevo nacimiento: «Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo». El viejo hombre del cual tienes que despojarte son: la vieja *mente*, *corazón* y *voluntad*. El nuevo hombre con el cual tienes que revestirte es aquel que te ha sido impartido por medio de la nueva creación. ¿Qué es lo que tienes que hacer después de venir a ser una nueva criatura en Cristo Jesús? Pablo dice a los creyentes: «Dejad estas cosas», y seguidamente menciona pecados de la carne que hay que dejar. En el versículo 12 dice: «Vestíos, pues, como escogidos de Dios», y luego menciona los frutos que el Espíritu producirá en la nueva criatura. Cuando Pablo dice «dejad» y «vestíos» (versículos 8 y 12), está haciendo una apelación a la nueva voluntad, la cual puede estar en sujeción al Espíritu de Dios. Y por medio de El la virtud de Cristo se reproducirá en el creyente.

Al mencionar estos versículos que apelan a la voluntad, no queremos significar que la vida cristiana se vive porque alguien mediante su propia determinación, sus propias fuerzas, llegue a manifestar una nueva mente, un nuevo corazón y una nueva voluntad. ¡De ninguna manera! Sin el poder del Espíritu de Dios el creyente no puede «dejar» ni «vestirse». Al creyente se le da una orden, un mandamiento o una exhortación porque la esclavitud del pecado ha sido quebrantada y ya libre de su yugo posee una nueva capacidad, la nueva voluntad con la cual puede cumplir los mandatos de

Dios. Aquellos que una vez eran siervos y esclavos han sido libertados. ¡Las cadenas del pecado han sido rotas! Y no solamente la condenación del pecado ha sido abolida, sino también las argollas del pecado han sido sacadas. Ahora podemos gozar de la libertad que pertenece a los hijos de Dios, y gozarnos en la plena comunión con El.

Hace algunos años, cuando era estudiante en el seminario, vivíamos gran parte de nuestra vida en el dormitorio, donde uno de mis amigos tenía un canario. Cuando mi amigo estudiaba cerraba la puerta de su habitación y abría la puertecilla de la jaula para que el canario volase a su alrededor. El canario volaba alegremente de un lugar a otro de la habitación y cantaba como si su corazón fuera a estallar. Disfrutaba de una nueva libertad. En una ocasión, poco después de soltar al canario de su jaula, llamaron a mi amigo. Uno de mis amigos entró en la habitación y notó que el ambiente era bastante sofocante. Así que se dirigió a las ventanas y las abrió de par en par. El pajarillo voló hacia una libertad que jamás había conocido. Mi amigo se entristeció cuando descubrió que el canario se había ido. Entonces encendió todas las luces de su habitación, puso la jaula al borde de la ventana, abrió la puerta de la jaula tanto como pudo, llenó la comedora con grano fresco, puso pedacitos de lechuga alrededor de la jaula con la esperanza de que ello invitaría al pajarillo a volver. Pero no volvió. Cuando pregunté a mi amigo si había vuelto a ver su canario, me respondió: —No. Creo que está disfrutando tanto del nuevo descubrimiento de la libertad, que no quiere regresar otra vez a las limitaciones de la jaula.

¡Oh, hijos de Dios, qué tragedia sería si nosotros que hemos sido libertados del dominio del pecado, quisiéramos volver otra vez a la esclavitud, a la vieja servidumbre, y voluntariamente quisiéramos someternos otra vez al viejo dueño! Gracias a Dios que nosotros no tenemos que volver. No tenemos necesidad de someternos a las demandas del pecado. Podemos caminar como nuevas criaturas de Jesucristo en la luz, en el amor, y la libertad que nos han sido dadas en Cristo Jesús.

IX. ¿QUÉ ES EL HOMBRE? (Romanos 8:1-8)

Uno de los secretos más importantes para obtener la victoria en cualquier conflicto, es conocer a tu enemigo. Ningún comandante envía sus tropas a la batalla sin antes enterarse, en todo lo posible, acerca del adversario contra el cual está luchando. Ningún equipo participa en una competición atlética sin tratar de descubrir las tácticas que empleará el equipo contrario. Ni tampoco ningún comerciante introducirá un producto competitivo en el mercado, sin descubrir primeramente lo que su competidor ofrecerá al público. Así que para tener éxito en cualquier empresa, es necesario que estemos bien informados de nuestros competidores y adversarios.

Muchos hijos de Dios quedan totalmente derrotados en su vida cristiana porque no comprenden el alcance del conflicto en que están envueltos ni el adversario contra el cual están luchando. Han sido traicionados por tácticas divisorias. Han centrado su atención en los dardos del maligno, Satanás, sin darse cuenta de que el gran enemigo con el cual se enfrentan es *ellos mismos*, el adversario interior.

El Nuevo Testamento usa tres palabras o frases para describir al hombre. Se le denomina como «la carne», «el viejo hombre» y como «pecado». Queremos examinar estas tres palabras para entendernos a nosotros mismos, y así ver la naturaleza del conflicto en el que estamos envueltos. Tal estudio naturalmente no es muy popular porque ¿quién puede gozar de esta visión de las fuerzas del mal dentro de sí mismo? No tratamos de presentar un mensaje acogedor, sino el de la verdad de Dios, para que puedas entender la naturaleza de este conflicto. Y también así podrás apreciar plenamente la gloriosa provisión que Dios ha hecho para sus hijos, a fin de que puedan vencer a su enemigo interior.

EL TÉRMINO “LA CARNE”

La primera y más importante de estas palabras a las cuales queremos dirigir tu atención es la denominada *carne*. Esta palabra en el Nuevo Testamento se usa en un sentido no teológico, o no ético, y también en un sentido teológico y ético.

La palabra o expresión «carne» en su primer uso que no es teológico, *se refiere al cuerpo físico en que la persona mora*. A través del cuerpo expresa su pensamiento, sus emociones y su voluntad que constituyen su personalidad. Por ejemplo, en 1.^a Corintios 15:39, el apóstol dice: «No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves». Aquí el apóstol destaca el hecho de que Dios en la creación no dio a todos los seres el mismo tipo de cuerpo. En ese uso de la palabra, no hay una referencia ética. Se refiere solamente al cuerpo compuesto de carne y sangre.

En su segundo uso no teológico, la palabra «carne» *describe o diferencia las clases de hombres*. Encontramos que se aplica a judíos y a gentiles, como clases o grupos. Por ejemplo, en Romanos 1:3: «Acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne». Aquí la expresión «carne» hace una designación nacional. En su encarnación Jesucristo nació de la simiente de Abraham, por lo tanto era de raza judía. En Efesios 2:11, Pablo escribe a los gentiles y les dice: «Por tanto, acordaos de que en otro tiempo, vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne». Aquí, Pablo usa el término *carne* sin significado ético. Se refiere a los gentiles en cuanto a la carne, como una clasificación de la raza humana.

El tercer uso no teológico de esta palabra *se refiere a toda clase de hombres*. En Romanos 3:20, Pablo dice: «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él». La expresión «ser humano» significa toda la raza humana creada por Dios, los seres que poseen cuerpos de carne y sangre. Ahora bien, cuando el hombre se menciona como carne, el término enfatiza su flaqueza, su corruptibilidad, su mortalidad; característica del cuerpo, que a causa del pecado es perecedor.

Pero cuando llegamos al uso teológico de la palabra «carne», encontramos que se usa para mostrar lo que somos en los ojos de Dios como resultado del pecado de Adán. Y es por el uso teológico de esta palabra que podemos visualizar una clara representación de lo que somos, y tener una comprensión de la naturaleza del enemigo que mora dentro de nosotros.

En primer lugar, la palabra «carne», usada en el sentido ético o teológico, *hace referencia al esfuerzo personal e independiente de Dios*. Se refiere a lo que hace sin la ayuda, guía y poder divinos. En Romanos 4:1, Pablo dice: «¿Qué pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?» Pregunta que podemos parafrasear de la forma siguiente: «¿Qué pues, diremos de Abraham, nuestro padre, de los que él consiguió y realizó con su propio poder y fuerzas, y sin la ayuda de Dios?» La respuesta es, por supuesto, «nada». En Filipenses 3:3, el apóstol usa nuevamente la palabra *carne* en el mismo sentido cuando dice: «Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne». Nosotros no confiamos en la carne. ¿Por qué? Porque la carne representa al esfuerzo humano sin contar con la ayuda y protección divinas. Pablo, en Gálatas 3:3, usa esta palabra con la misma fuerza: «¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» Podrás apreciar en este pasaje que la carne se sobrepone al Espíritu Santo, y por ello la carne aquí representa todo lo que el hombre realiza por sí mismo sin la ayuda divina. Así, pues, la carne es la naturaleza humana, la personalidad humana en su totalidad que, como consecuencia de la caída, es corrupta; con una mentalidad entenebrecida, con una capacidad emocional degradada, y con una voluntad que rehúsa obedecer a Dios. Las palabras «según la carne» o «por la carne», describen obras, méritos o rectitud producida por el hombre natural, y realizadas sin la ayuda de Dios, con el esfuerzo de su propia mente, emoción y voluntad. Y forzosamente, todo lo que es de la carne está bajo el juicio y condenación divinas.

El segundo uso teológico de la palabra «carne» *enfatiza debilidad, flaqueza e impotencia*. Leemos en Romanos 8:3: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne [o era débil porque dependía en la carne, que es débil en sí misma]...». También dice el apóstol en Romanos 6:19: «Hablo como humano, por vuestra humana debilidad [flaqueza o impotencia]». Pablo califica la carne como la base de la debilidad e inhabilidad. Se refiere al hombre, no en el estado de inocencia como salió de las manos de Dios en la creación, sino después de la caída, porque debido a la caída, porque la fortaleza moral que le fue dada al hombre en la creación fue extirpada, y siendo carnal quedó caracterizado por la debilidad, impotencia e incapacidad espiritual.

Una tercera interpretación de la palabra «carne» está caracterizada en Romanos 7:5: «Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte». Ahora bien, cuando Pablo dice «estábamos *en* la carne», no quiere decir «cuando vivíamos», y que ya hemos dejado la tierra de los vivientes. Más bien, usa el término «carne» como *ámbito o estado en el que pasábamos nuestra existencia*. Estar en la carne, es estar en pecado. Estar en la carne es estar en un estado degenerado de perdición. Estar en la carne es estar controlado por el pecado que usa este cuerpo mortal como vehículo por el cual convierte sus

deseos en acciones, y sus afectos en obras. El apóstol nos dice que la carne no solamente representa nuestro esfuerzo personal, sin contar con Dios, y marcado por la debilidad e impotencia; por esto la carne es un estado, una condición en la cual viven todos los hombres sin regenerar.

Hay un cuarto concepto de la palabra «carne» que deberíamos considerar, y que se nos presenta en Romanos 7:18, donde Pablo dice: «Y yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien». El apóstol está usando la palabra «carne» aquí para *describir la vieja naturaleza en su totalidad que el hombre posee como resultado de la caída*. La carne representa la vieja mente, corazón y voluntad. Observarás que en el versículo 18, el apóstol hace una distinción entre la carne y sí mismo. El esencialmente no es su carne, pero está caracterizado por la carne. El apóstol Pablo, por medio de la salvación, es una nueva criatura en Cristo Jesús, y por lo tanto no puede ser equiparado con la carne. Ni siquiera un inconverso puede ser equiparado con la carne, porque ésta está desposeída de personalidad. Pero el hombre es carnal porque está dominado y controlado por la carne.

En Romanos 8:3 encontramos otra referencia a la palabra *carne*. Aquí el apóstol nos dice que Dios envió a su propio Hijo en «semejanza de carne de pecado». El pecado no es inherente a la carne, es decir, en lo corporal, o en el cuerpo físico que poseemos. Los agnósticos de los tiempos de Pablo enseñaron que Jesucristo no podía tener un cuerpo físico, debido a la filosofía prevalente entre los griegos quienes sostenían que todas las cosas materiales son corruptas y malas, y que solamente el espíritu es incorrupto, pero ello significaría que Jesucristo hubiera poseído un cuerpo pecaminoso, porque el pecado residiría en la misma carne. Pablo nos enseña en Romanos 8:3 que el cuerpo físico de Cristo no era pecaminoso. Pues fue enviado «en *semejanza* de carne de pecado». Adán fue creado con un cuerpo físico, pero no fue creado en la condición de pecador. Antes de la caída Adán vivió en su cuerpo físico en el jardín del Edén, pero no había pecado en Adán por el mero hecho de poseer un cuerpo físico. Cuando Jesucristo vino al mundo mediante el milagro de su nacimiento virginal, poseía una verdadera y completa humanidad. Poseía un cuerpo humano, pero no un cuerpo pecaminoso.

Lo que intentamos demostrarte, es que tu cuerpo físico no es en sí pecaminoso, pero sí es el vehículo a través del cual obra el pecado y convierte deseos en hechos. El hecho de poseer un cuerpo físico, no nos autoriza a practicar el pecado porque el pecado no es inherente de la carne. Pero obra a través del cuerpo como Pablo clarifica en otros pasajes. Por ejemplo, en Romanos 13:14, Pablo escribe: «...y no proveáis para los deseos de la carne». ¿Cómo obra el pecado? Lo hace a través del cuerpo. Vemos lo mismo en Romanos 6:12-19: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal [es decir, vuestra carne] de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad: ...Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros: ...que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia [es decir, la parte física del cuerpo humano] y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia». El apóstol, en el quinto capítulo de Gálatas, muestra claramente que los frutos de la naturaleza pecaminosa se manifiestan mediante el cuerpo físico. Esto no significa que no existen pecados de la mente, porque por ejemplo, el orgullo es un pecado de la mente. La codicia puede ser un pecado de la mente. Pero el apóstol dice que cuando estos pecados de la mente se exteriorizan, lo hacen a través de alguna parte del cuerpo.

Esto nos conduce a la conclusión de que el cuerpo carnal es el vehículo por el cual opera el pecado, y aparte de este cuerpo, y sin él, el pecado no podría manifestarse abiertamente. Nos regocijamos en la redención que ha sido provista en Cristo Jesús. Bien dice el himno: «Con qué gozo puedo proclamar que soy redimido» ¡Cómo alabamos a Dios por la redención que es en Cristo! Pero la redención no es completa todavía. No quiero decir que no somos salvos. Pablo nos enseña que hay una parte de la redención que no está acabada. Dice en Romanos 8:3 que «Dios... condenó al pecado

en la carne». Ahora bien, mientras que el pecado ha sido condenado en la carne, no significa que el creyente ha sido libertado de la posibilidad de pecar, y luego, en los versículos 22 y 23, dice: «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo [o la redención de nuestra carne]». Aquí el apóstol está anticipando la resurrección. Y no será hasta que recibamos la glorificación de nuestros cuerpos resucitados que la redención será completa. Mientras vivamos en este cuerpo mortal, viviremos en un cuerpo sin redimir, vivimos en un cuerpo carnal que es vehículo del pecado.

El apóstol hace una afirmación muy perpleja en Romanos 7:14 cuando dice: «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado». La frase «yo soy carnal» podría traducirse «yo soy mundano». ¿Qué quería decir el apóstol? Hay quienes dicen que Pablo había experimentado la salvación, tal como testifica de este hecho en el capítulo seis de Romanos, pero que entró de pleno en la experiencia de la salvación hasta después del capítulo siete. Afirman que él, cuando escribió el capítulo siete, vivía en debilidad, ignorancia e inmadurez. Que vivía en pecado. Que no conocía el secreto de la victoria sobre el pecado, y ya que practica el pecado, era carnal. No estoy de acuerdo con los que sostienen este punto de vista. Esta opinión sugiere que una persona no puede alcanzar la espiritualidad, excepto a través de un prolongado, difícil y monótono proceso, que la carnalidad es una parte esencial de nuestro desarrollo y crecimiento. El apóstol no está hablando de su *experiencia* en Romanos 7:14. No nos cuenta que practica la carnalidad, ni que él hace esto, aquello o lo otro que puede clasificarse de carnal. Sino que nos está diciendo lo que *es*, y nos dice: «Yo soy carnal». Con lo cual quiere decir que ha experimentado la redención del pecado y es libre de su esclavitud, pero que todavía habita en un cuerpo hecho de carne con todas sus debilidades, impotencias y flaquezas a las que la carne tiende, y que mientras exista en esta tierra será un ser carnal. No dijo: «Mientras yo viva en la tierra practicaré la carnalidad». Pero sí dijo: «Mientras viva en este cuerpo, seré carnal; y soy un ser carnal con todas las potencialidades y posibilidades innatas de la carne». Necesitamos conocer exactamente las propensiones de la carne con la cual estamos íntimamente relacionados, porque sólo por medio de la resurrección o transposición, tendrá lugar la liberación final de nuestro cuerpo carnal. Mientras la persona ha sido redimida, la carne no ha sido redimida, y tenemos que decir, como Pablo, que «somos carnales». Vivimos en la carne cada momento de nuestras vidas; es imposible despojarnos de ella. Es algo con lo que tenemos que aprender a vivir, y la provisión que Dios ha hecho para nosotros, en la victoria que es nuestra en Cristo, considera plenamente lo que la carne es. Aun así la provisión de Dios es suficiente para que podamos triunfar sobre la carne.

EL VIEJO HOMBRE

La segunda palabra o frase que usa el apóstol para describir al hombre sin regenerar es *el viejo hombre*.

En Romanos 6:6, Pablo dice: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue [ha sido] crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». ¡Nuestro viejo hombre ha sido crucificado! De nuevo, el apóstol usa la expresión «el viejo hombre» en Efesios 4:22, donde Pablo exhorta a los creyentes; «En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos». Y de nuevo en Colosenses 3:9 dice: «No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos». Ahora bien, el viejo hombre es la vieja naturaleza pecaminosa, a toda la personalidad, corrompida por la caída de Adán. La expresión *el viejo hombre* enfatiza la fuente u origen de la corrupción, y nos hace volver a Adán, nuestro primer padre, cuya naturaleza fue

corrompida por su desobediencia, naturaleza que han heredado todos sus descendientes. «El viejo hombre» se refiere a la persona sin regenerar en su totalidad, y la naturaleza que ha recibido por su relación con Adán, y por ser hijo de Adán. El término «el viejo hombre», al igual que el término «carne», se refiere al *yo* sin regenerar; la vieja mente, el viejo corazón, y la vieja voluntad, que son corruptas, ciegas, reprobadas e injustas. El viejo hombre se refiere a lo que éramos antes que Dios por medio de la salvación hiciera de cada pecador arrepentido una nueva criatura en Cristo Jesús. «El viejo hombre» nos relaciona con Adán, de la misma manera que «el nuevo hombre» nos relaciona con Jesucristo.

EL TÉRMINO “PECADO”

La tercera palabra que se usa para describir al hombre no regenerado es la palabra *pecado*; ésta se refiere en muchas ocasiones a los actos que fluyen de la naturaleza pecaminosa. Generalmente, nos referíamos a éstos usando el plural «pecados». La palabra *pecado* puede también referirse al estado en que han nacido todos los hombres por causa de Adán. David dice: «En pecado me concibió mi madre» (Salmo 51:5). Pero además la palabra *pecado* se utiliza con referencia a la naturaleza básica que los hombres poseen como seres humanos. La misma palabra se usa un número considerable de veces en Romanos seis para describir la cualidad de la naturaleza humana, y para referirse a la persona tal como es sin la obra salvadora de Jesucristo. En Romanos 6:6 dice: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». Aquí el apóstol no habla de una condición, porque no se puede servir al pecado como una condición o estado. Tampoco está hablando de acciones individuales, porque no se convierte uno en siervo por un solo acto individual. Sino que está hablando de la naturaleza esencial que existe dentro de nosotros, y usa la palabra *pecado* para describir la cualidad, la clase o tipo de naturaleza que poseemos. Leemos en el versículo 7: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado [es decir, libre de la necesidad de servir a la naturaleza del pecado]». Y en el versículo 10 sigue: «Porque en cuanto murió, al pecado murió [o sea, morir al control de la naturaleza del pecado] una vez por todas». Y en el versículo 11 nos dice: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado». Pablo no dice que nosotros no podemos cometer pecado, más bien nos dice: «Tened por cierto que habéis muerto a la necesidad u obligación de ser controlados por la naturaleza pecaminosa». Así, pues, Pablo enfatiza una y otra vez en este pasaje el hecho de que el incrédulo es descrito por Dios como «pecado». En 1.^a Juan 1:8, el apóstol dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Aquí Juan usa la palabra *pecado*, como Pablo la usa en el sexto capítulo de Romanos, para enfatizar el hecho de que poseemos dentro de nosotros una naturaleza que Dios califica y llama pecado, y que nosotros denominamos «naturaleza de pecado».

Al relacionar estos tres conceptos de las expresiones —«carne», «el viejo hombre» y «pecado»—, entonces contemplas el cuadro completo del adversario contra el cual hemos sido llamados a guerrear. Moramos en un cuerpo corrupto, marcado por la debilidad. Nuestra carne es un medio por el cual se manifiesta el pecado. Procedemos de Adán, nuestro primer padre, por lo que podemos ser referidos como «el viejo hombre». Dios llama pecado a la naturaleza que hay dentro de nosotros, porque todo lo que fluye de ella es pecaminoso. Por esto en Gálatas 5:19-21, donde el apóstol escribe referente a los pecados que se manifiestan en el hombre, les llama «las obras de la carne». En primer lugar, notará que las obras de la carne son sensuales —adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia—. En segundo lugar, las obras de la carne son pervertidas en relación a las cosas espirituales, haciendo que los hombres se entreguen a la idolatría y la hechicería. En tercer lugar, las obras de la carne son básicamente egoístas, odios, pleitos, iras y contiendas. Y cuarto, la carne es esencialmente destemplada, porque el hombre se entrega a la rebeldía y cosas semejantes. Notarás que algunas de las obras de la carne son materiales y otras son subjetivas. Algunas están

profundamente arraigadas en la mente, y otras son transformadas en acciones; algunas obras de la carne son mentales, y otras son físicas. Sin duda, esto nos muestra un cuadro muy oscuro. Lo suficiente para traer desánimo y desesperación cuando tratamos de inquirir en el concepto divino del individuo.

Pero a pesar de ello la Palabra de Dios hace mucho más que darnos una representación exacta de lo que nosotros somos. También nos trae el glorioso mensaje de la liberación de la carne, del viejo hombre, y del pecado. Y es sobre esta liberación que queremos cautivar tu atención en capítulos siguientes. El presente estudio no es consolador ni halagador y, sin embargo, es esencial, porque a menos que nos demos cuenta de que vivimos cada momento de nuestra vida con un adversario dentro de nosotros que busca la manera de manifestar su naturaleza básica por medio de la carne, no estaremos preparados para volver a Dios para recibir de El lo que ha provisto a través de la muerte de Jesucristo y por medio del Espíritu Santo para una vida de victoria y triunfo sobre la carne, el viejo hombre y el pecado.

X. EL JUICIO EN LA CRUZ (Colosenses 2:9-17)

¿Cómo puede el hombre experimentar la libertad del pecado, la libertad del dominio de la naturaleza pecaminosa, la libertad de la práctica del pecado, y la liberación del poder de Satanás, príncipe del poder de las tinieblas? La respuesta es: por medio del juicio tripartito de la cruz.

La cruz de nuestro Señor Jesucristo es tipificada en las Escrituras, no solamente como lo que a menudo consideramos un emblema del amor de Dios, sino más bien como un emblema que representa el juicio de Dios sobre el pecado. Cuando las Escrituras nos presentan el amor de Dios hacia el mundo, ese amor se describe en términos de la dádiva de su Hijo, la venida del Salvador, el don de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Pero la cruz también surge como símbolo de la santidad de Dios, su justicia y rectitud. Porque fue en la cruz que el Señor Jesucristo fue juzgado, para que nosotros pudiéramos ser libres del pecado, y libertados del poder de Satanás.

Me gustaría enfatizar tres aspectos del juicio realizado en la cruz, que representan la base por la cual, los que aceptamos a Jesucristo como nuestro Salvador, somos liberados del pecado en nuestra experiencia diaria. Si como cristianos queremos vivir la vida de nuestro Señor Jesucristo, por el poder del Espíritu Santo, debemos de ser librados del poder de Satanás, de la sujeción a la naturaleza del pecado, y de las consecuencias del pecado. Dios obró precisamente de tal forma en la cruz del Calvario contra Satanás y la naturaleza del pecado, que los creyentes pueden ser librados de ambos y andar en novedad de vida. En la cruz tuvo lugar un juicio tripartito: el juicio contra *Satanás*, el juicio contra el *pecado* y el juicio contra la *naturaleza pecaminosa*.

EL JUICIO DE SATANÁS

Al leer el capítulo 12 de Juan, vemos que Cristo anticipaba su muerte y resurrección. Contó a sus discípulos en el versículo 24 de que era necesario que muriese, a fin de que, por medio de su muerte y nuestra liberación, andemos en novedad de vida. Según el versículo 31, también era necesario que El muriese, para que pudiera pronunciar juicio contra el príncipe de este mundo en la cruz. Nos dice: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera». El juicio del príncipe de este mundo, Satanás, es mencionado nuevamente en Juan 16:11. Aquí Cristo anticipa nuevamente los frutos de su muerte, nos dice que el Espíritu convencerá al mundo de juicio porque el príncipe de este mundo es juzgado.

Cuando nacimos por vez primera, por medio de nuestro nacimiento físico, nacimos en un mundo que es dominio de Satanás. ¿Cómo se convirtió en dominio de Satanás? La autoridad soberana sobre este mundo fue entregada por Dios a Adán en la creación. Pero Adán, por su deliberada desobediencia, perdió su derecho a gobernar; y Satanás, el tentador, se convirtió por un acto de usurpación en dios de este mundo. Así es descrito por el apóstol Pablo en 2.^a Corintios 4:4. En Efesios 2:2, Satanás es descrito como el príncipe del poder del aire y, como rey, rige sobre una hueste innumerable de ángeles caídos, ordenados en jerarquías bajo su autoridad. El hombre que no está en Cristo, está bajo el dominio de Satanás. Y aunque éste es un usurpador, gobierna a sus súbditos como un monarca absoluto.

Entonces la pregunta que se nos plantea es: ¿Tiene Satanás el derecho de gobernar? Ya que ha gobernado desde el tiempo de la caída hasta nuestros días, ¿significa esto que tiene o ha adquirido el derecho permanente de gobernar? Si Satanás tiene el derecho absoluto e irreversible de gobernar, entonces no poseemos ningún derecho a esperar a ser librados del pecado y su esclavitud. Suponien-

do que haya adquirido el derecho a gobernar, en tal caso erramos en desobedecerle y en buscar una vida que agrade a Dios, en lugar de vivir una vida que complazca al dictador de este mundo. El Antiguo Testamento anticipó un tiempo cuando el Señor Jesucristo, como el Rey enviado de Dios, vendría a instituir un reino en la tierra. Profetizó un tiempo en que haría sucumbir a sus enemigos y sujetaría toda autoridad a sí mismo. Mira hacia el futuro cuando venga el día en que la justicia de Cristo henchirá la tierra como las aguas cubren el mar. Todas estas profecías anticipan el juicio de Satanás, la derrota de su reino y la liberación de sus súbditos. Pero los hombres no comprendieron cómo podía realizarse esta liberación hasta que Cristo Jesús vino a este mundo para morir en la cruz del Calvario. Con la muerte de Cristo, Dios sentenció al usurpador. Y así, Dios ha declarado, por medio de aquellos que predicán a Cristo, que los hombres pueden ser liberados de aquél que ha mantenido a los hombres cautivos bajo su reinado por tan largo tiempo. Aun así Satanás no ha adquirido el derecho a la obediencia de los hombres. Por lo que no goza del derecho inexorable de gobernarles.

En Colosenses 2:15, Pablo describe muy claramente de que Jesucristo por su muerte: «despojando a los principados y a las potestades». La palabra «despojando» significa coger los despojos, es decir, apropiarse de las posesiones de otras personas. Mediante el juicio de la cruz, Jesucristo incautó el cetro de Satanás que éste pretendía poseer permanentemente. Y a la vez quitó los poderes que las principalidades bajo Satanás pretendían tener. Triunfando sobre ellos y exponiéndoles abiertamente. Fue mediante su muerte, que Jesucristo desposeyó a los poderes satánicos de su autoridad, y fue por medio de la resurrección, que probó que este juicio es válido, porque triunfó sobre los poderes del infierno y de la muerte. El mismo infierno se concentró con toda su fuerza en la tumba de Cristo, para mirar de poner sus garras en Aquél que había vencido a la muerte. Pero la muerte no pudo arrebatarlo, y Jesucristo, por su resurrección, demostró la validez del juicio y condenación que recayó sobre Satanás en la cruz.

Aunque Satanás fue juzgado en la cruz, la ejecución de este juicio fue pospuesto o postergado para tener lugar cuando Jesucristo venga por segunda vez a reinar en la tierra. Será entonces que Satanás estará sujeto, y permanecerá sujeto durante los mil años del reinado de nuestro Señor en la tierra. Y también no será hasta que Satanás sea librado por última vez, y por un breve tiempo después del período o era milenial, que éste será echado al lago de fuego para siempre. Satanás, aunque ya ha sido juzgado, permanece libre de actuar. Por ello gobierna en nuestros días y, como siempre, lo ha hecho estando al acecho. Sin embargo, la gran diferencia es que, antes de que el juicio fuera librado sobre Satanás, nadie podía tener la seguridad de poder ser librado del dominio y poder de Satanás. Pero ya que Dios ha pasado juicio sobre él en la cruz, los que confían en Jesucristo como su Salvador, pueden estar seguros de que Satanás no puede forzar a los hijos de Dios a obedecerle. Cuando Satanás viene a tentar a los hijos de Dios, éstos tienen el derecho de rechazar al tentador, y luchar contra él recordándole de que su juicio ha sido ya librado sobre él, y como monarca depuesto, no tiene derecho alguno de seguir mandando en la vida del creyente como si éste estuviera todavía bajo su dominio. El creyente descansa enteramente en su vida diaria, en esta liberación del pecado y la declaración del juicio sobre Satanás revelado en la cruz.

EL JUICIO SOBRE EL PECADO

En segundo lugar. Dios juzgó los pecados del mundo en la cruz. En nuestro estudio hemos descubierto mediante las Escrituras que el hombre no solamente está cautivo a Satanás por el mero hecho del nacimiento natural, sino que también está esclavizado por el pecado. Todos los hechos u obras que surgen de su vida están caracterizados y categorizados por Dios como pecaminosos. Las obras de la carne son pecaminosas en los ojos de Dios. Cuando Jesucristo fue a la cruz del Calvario, fue con el propósito de que Dios ejecutara juicio sobre el pecado del mundo. Los pecados en su

forma de hechos, obras o transgresiones fueron sujetos al juicio y condenación divinos. Juan el Bautista lo describió claramente cuando dijo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Y el apóstol Juan dijo de El: «Y El es la propiciación [es decir, el recubrimiento] por nuestros pecados [los de los creyentes]; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1.^a Juan 2:2). El escritor de la Epístola a los Hebreos nos dice: «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (Hebreos 2:9). El mérito de la muerte de Cristo es para aquellos que le aceptan personalmente como su Salvador. Cuando Cristo murió en el Calvario para que los pecados fueran juzgados en su cuerpo sobre el madero, los pecados del mundo estaban siendo castigados por Dios. Cuando el apóstol definía el evangelio que predicaba, dijo: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras» (1.^a Corintios 15:3). El punto principal del evangelio de Pablo es que Cristo murió por nuestros pecados. El pecador había incurrido en una deuda que le era imposible pagar. La eternidad misma sería demasiado corta como plazo para pagar su deuda a Dios. Al morir en la cruz Cristo cargó nuestros pecados sobre su cuerpo (1.^a Pedro 2:24), y mientras colgaba en la cruz, pronunció: «Consumado es». La palabra traducida «Consumado es», era usada en las transacciones comerciales de aquel tiempo, y significa «pagado» (pago completo). Unos arqueólogos que descubrieron la oficina de un cobrador de impuestos, hallaron varias declaraciones de impuestos que tenían esta palabra escrita a lo largo de las mismas, lo cual significaba que el impuesto había sido pagado. Cuando nuestro Señor dijo «Consumado es», con ello declaraba que la deuda del pecado había sido pagada y anulada, porque el pecado había sido juzgado.

El apóstol resalta esta verdad en Colosenses 2:14, al decir que Jesucristo anuló la demanda: «Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz». Ningún ciudadano podía ser encarcelado en aquel entonces, sin que el sumario con la lista de sus crímenes fuese presentado, para que el acusado pudiese verlo y comprobar su veracidad. En caso de ser culpable, era procesado y encarcelado; a la vez, era la costumbre clavar el sumario en la puerta de la celda, con el fin de que cualquier visitante pudiera ver y saber exactamente por qué el hombre estaba preso. Tal sumario equivale al «acta de los decretos». Cuando el reo había cumplido su tiempo y pagado la culpa de su crimen, el carcelero sacaría el acta de la puerta de su celda y escribiría sobre ella indicando que la deuda había sido pagada mediante el cumplimiento de la condena. Después entregaría dicha acta al prisionero que, ya de vuelta a su casa, la clavaría en la puerta. En caso de que alguien tuviera alguna duda u objeción en cuanto a su derecho de estar libre, podía señalar al sumario. El apóstol nos dice que existe un sumario contra nosotros, en el que consta una relación de nuestros pecados, transgresiones, iniquidades e injusticia. Debido a que no podíamos cancelar esta deuda por nosotros mismos, el Señor Jesús la tomó consigo a la cruz para que si alguien pasara por delante de Cristo y preguntara «¿Por qué estás ahí?», El pudiera contestar señalando a tu sumario y al mío y decir: «Este es el porqué estoy en la cruz». Cuando Jesucristo murió escribió en tu sumario y en el mío: «Consumado es»; la deuda ha sido pagada. Por lo tanto, todo pecador arrepentido posee el derecho de clavar en su puerta el sumario que ha sido firmado con la sangre de Jesucristo, declarando que son libres porque El ha pagado el precio de la libertad.

En segundo lugar, la base fundamental por la cual el creyente es librado del pecado en su vida diaria, para que pueda andar en novedad de vida, es que los pecados fueron juzgados en la cruz.

JUICIO SOBRE LA NATURALEZA PECAMINOSA

Un tercer aspecto del juicio de la cruz es que la naturaleza pecaminosa ha sido juzgada. Esta

fue juzgada en la cruz. Pablo afirma en Romanos 8:3: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne. Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó [juzgó] al pecado en la carne». En la cruz Dios juzgó al pecado (es decir, la naturaleza pecaminosa) en la carne (a saber, en el Señor Jesucristo). La misma verdad se confirma en Romanos 6:6, donde Pablo dice: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre [las palabras «viejo hombre» en este versículo pueden ser sustituidas por «naturaleza pecaminosa» sin perjudicar el significado del texto] fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido [anulado], a fin de que no sirvamos más al pecado». La naturaleza pecaminosa no es destruida, como sugiere el texto, pero sí que queda inoperante, anulada.

La pregunta que uno se plantea es la siguiente: ¿Tiene la vieja naturaleza pecaminosa, con la cual nacimos en este mundo, el derecho irrevocable, inflexible e inalterable de controlar nuestros pensamientos, palabras y obras? La naturaleza pecaminosa ha obrado en incontables multitudes de los hijos de Adán. Se podría deducir que la autoridad de la naturaleza pecaminosa no puede quebrantarse, que nadie puede rebelarse contra su control. Pero cuando Jesucristo murió. Dios libró juicio sobre nuestra naturaleza pecaminosa en la cruz. Por lo tanto. Dios puede decir a todos los redimidos que el derecho de la naturaleza del pecado de reinar sobre nosotros ha sido quebrantado, y que aquellos que creen en Cristo, ya no necesitan estar sujetos a su autoridad.

A la luz de esta verdad hay varios hechos que deben ser observados. Primeramente, de la misma manera que el juicio sobre Satanás no significa que éste quede inactivo, y que el juicio sobre el pecado, no significa que ya no podamos pecar, asimismo *el juicio realizado sobre la naturaleza pecaminosa no significa que ésta no pueda operar*. Trágicamente es verdad que obra, y frecuentemente, nos controla. Pero el hecho es que la obligación de obedecer a la naturaleza pecaminosa ha sido deshecha para el hijo de Dios, porque fue condenada y juzgada en la cruz mediante la muerte de Jesucristo. El juicio de esta naturaleza no cambió en absoluto el carácter esencial de la misma, ni la rehabilitó ni transformó en absoluto. Pero el juicio sobre el pecado ha cambiado mi relación con la naturaleza pecaminosa. Antes de convertirme en un hijo de Dios, estaba obligado a obedecer la naturaleza pecaminosa, pero ahora no tengo obligación alguna de obedecerla porque su poder ha sido anulado y juzgado. Aun así permanece activa.' No existe motivación alguna de la voluntad, sentimiento del corazón, ni pensamiento de la mente que no trate de controlar. El hecho de permanecer activa no nos obliga a obedecerle. Por ejemplo, al presidente de los Estados Unidos le pareció bien destituir a Douglas Me Arthur; éste no perdió su posición como general, pero su destitución significó que aquellos que anteriormente tenían que obedecerle, ya no tenían responsabilidad alguna de hacerlo. Desde entonces eran responsables de obedecer al general que le había sustituido. Me Arthur continuó como general, pero como general cuyo derecho a mandar y autoridad estaban anuladas. De la misma manera, en otro tiempo la naturaleza pecaminosa era nuestro dueño y señor, pero su poder ha sido anulado, como hijos de Dios hemos sido librados de su esclavitud, aunque continúe activa en nuestras vidas. Podemos escoger obedecer al viejo comandante, pero no es necesario que lo hagamos.

En segundo lugar, *hemos sido liberados de la obligación de obedecer a la naturaleza pecaminosa*, con el fin de que seamos sometidos a la autoridad de Jesucristo. No hemos sido librados de su control para entregarnos a una vida de desenfreno e independencia, procurando solamente por nosotros mismos. Fuimos libertados de la esclavitud de la naturaleza del pecado, a fin de que seamos traídos a la sujeción de Cristo. Pablo lo dice así en Romanos 6:13: «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como miembros de justicia». Hemos sido libertados para ser sometidos a la esclavitud en Cristo.

En tercer lugar, *también hemos sido librados con el fin de no continuar en pecado*. El propósito de esta liberación no es simplemente el reducir las tropas de los que siguen a Satanás o despoblar su reino. Fuimos libertados de Satanás, el pecado y la naturaleza del pecado para servir a la justicia. Pablo dice en Romanos 6:12: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que le obedezcáis en sus concupiscencias». Esto quiere decir que hemos venido a ser siervos de la justicia.

La cuarta observación es que *esta libertad no nos puede dar en sí misma el poder para vivir una vida de justicia, rectitud, santidad que agrade a Dios*. El apóstol nos describe esto en Gálatas 5:16, cuando dice: «Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne». El hecho de ser libertados del poder del pecado y de la carne, y del diablo no nos da poder para vivir la vida en Cristo. Esta vida sólo puede ser vivida por el poder del Espíritu de Dios, el cual produce en nosotros la justicia por la cual hemos sido librados del dominio de Satanás, del pecado y de la vieja naturaleza. Uno de los errores que cometen los creyentes recién convertidos, es creer que podemos vivir una vida de santidad por nuestras propias fuerzas. Es solamente cuando andamos en humildad al Espíritu de Dios que la justicia de Cristo es reproducida en nuestras vidas.

Finalmente, descubrimos en Romanos 8:4, que *esta libertad* del dominio de Satanás, del pecado y de la vieja naturaleza, es *la que hace posible la victoria*. El apóstol dice que el pecado fue juzgado en la carne: «Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». La libertad que viene del juicio de la cruz hace posible la victoria. Nuestra victoria, nuestro triunfo, la reproducción de la vida de Cristo en nuestra experiencia diaria está inextricablemente unida con la muerte del Señor Jesucristo por nosotros. Es la cruz de Cristo, que nos brinda libertad; libertad del dominio satánico; libertad de la condenación del pecado; libertad del control de la naturaleza pecaminosa. La cruz de Cristo significa el medio por el cual Dios ha obtenido la victoria, y todo lo que el Espíritu de Dios puede hacer en y a través del hijo de Dios, tiene como base el castigo imputado por Dios en la cruz de Cristo. Nunca podrás apropiarte del poder del Espíritu de Dios, para vivir una vida de santidad, hasta que te hayas apropiado, primeramente, de la libertad que es tuya a través del juicio —el juicio sobre Satanás, sobre el pecado y sobre la naturaleza pecaminosa— llevándose a cabo cuando Jesucristo se ofreció por el pecado. A la luz de esto, podemos entender lo que Pablo quiere decir en Gálatas 6:14: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo». Pablo enseña que no hay otra libertad excepto la de la cruz de Cristo. Nosotros podemos decir: «En la cruz de Cristo me glorío, que surge sobre las ruinas de los tiempos», porque toda la libertad que podemos gozar, es solamente la que está basada en el juicio que tuvo lugar en la cruz de Cristo.

SEGUNDA PARTE:

**LA CONDUCTA
CRISTIANA**

XI. CRUCIFICADOS CON CRISTO (Gálatas 2:15-21)

La vida cristiana es la vida de Cristo reproducida en el hijo de Dios por el poder del Espíritu Santo. La vida cristiana es Cristo manifestando su vida en y a través de los creyentes. La vida cristiana tiene sus dificultades, su doctrina y su conducta. Hemos visto en capítulos anteriores las dificultades de la vida cristiana; la naturaleza dentro de nosotros, la maldición de la caída, la ceguera espiritual de nuestras mentes, la degeneración de nuestras emociones, la anulación de nuestra voluntad hacia Dios. Todas ellas presentan insuperables dificultades al hijo de Dios, en su propósito de vivir la vida cristiana. Después de examinar la enseñanza de las Escrituras sobre las dificultades que el cristiano afronta, nos parece oportuno considerar las doctrinas concernientes a la vida cristiana. Es, precisamente, en este punto que muchos cristianos fallan, en relación con la provisión que para ellos ha sido hecha en la Palabra de Dios. Tal como hay doctrinas que pertenecen a la salvación por la gracia mediante la fe, así también hay doctrinas que pertenecen a la manera de vivir la vida cristiana para el hijo de Dios. Sólo después de habernos apropiado las doctrinas de la vida cristiana, estaremos preparados para vivir en la práctica y la conducta y en la realización de estas doctrinas en la experiencia diaria.

El hijo de Dios necesita reconocer que Dios le ha concedido ciertas responsabilidades y obligaciones. Necesita verse a la luz del cumplimiento de dejar el «viejo hombre» y «vestirse del nuevo», en su vida diaria. Pero ¿con qué base podemos cumplir este requerimiento? ¿Cuál es la provisión que Dios ha hecho para que experimentalmente podamos ser libres del pecado y el dominio de la naturaleza pecaminosa? Varias son las respuestas que han sido propuestas a estas preguntas. Por ejemplo, hay quienes sugieren que la mejor manera de solucionar el problema es practicar lo que podría llamarse autorepresión: luchando contra el viejo hombre, negando la naturaleza pecaminosa que hay dentro de nosotros, y evitar que ésta se manifieste a través de nosotros mediante nuestro propio poder de voluntad. Esta doctrina de la vida cristiana conduce inevitablemente al legalismo. Un hombre establece una serie de leyes y reglas, y mediante ellas, se determina a prevenir que se manifieste el viejo hombre. Pero este concepto inhibitorio no es la respuesta divina al problema del pecado en la vida del creyente. El hombre no posee poder para controlar la vieja naturaleza. No puede controlar el pecado.

Hay quienes han propuesto la doctrina de la erradicación. Los hombres que aceptan esta doctrina creen que es posible erradicar o remover la naturaleza pecaminosa. Sugieren que uno puede llegar a la posición en la que eventualmente la batalla con la naturaleza pecaminosa haya terminado. Algunas veces deseamos que esto fuera verdad, y codiciamos una segunda bendición, que consistiría en eliminar la batalla con el pecado. Pero, por supuesto, este es el deseo de los débiles, el huir completamente de la batalla, en lugar de tratar de equiparse con la completa armadura de Dios. La erradicación no es enseñanza bíblica, y no es la solución al problema de la naturaleza pecaminosa.

Algunos tratan de ignorar el problema no hablando de ello. Es decir, como si no existiera. La idea parece sostener que si el hijo de Dios, por medio de enseñanza ajena a la Palabra de Dios, entrará en la vida cristiana siendo absorbido en ella, como por un proceso de osmosis, o filtración misteriosa, absorber las verdades de la Palabra de Dios relacionadas con la nueva vida del creyente. Muchos de los hijos de Dios luchan contra dificultades insuperables debido a su ignorancia del tema al tratar de vivir la vida de Cristo. La ignorancia ciertamente no es la solución al problema de la naturaleza del pecado.

También hay quienes abogan la autocrucifixión. Exhortan a crucificarse a sí mismo, como

Cristo se crucificó, a fin de que al sacrificarse hasta la muerte terminaran con el problema de la naturaleza pecaminosa. Muchos maestros prominentes enseñaban esta práctica errónea, al exhortar repetidamente al creyente a crucificarse a sí mismo. La autocrucifixión es una imposibilidad física. Jesucristo no podía crucificarse a sí mismo. Fue crucificado. La Palabra de Dios no pide al creyente que sacrifique su propia vida.

EL PRINCIPIO DE LA IDENTIFICACIÓN

Dios nos da la solución en Romanos 6:11: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». La solución de Dios al problema no es el represionismo, no es el erradicacionismo, no es silenciar el problema y dejarlo sin solución, tampoco es la autocrucifixión, sino que es más bien reconocer por fe la aceptación de un hecho ya realizado. La respuesta que Dios da al problema del pecado se basa en la vida del creyente y su identificación con Cristo.

Pablo se refiere a la identificación con Cristo cuando dice: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gal. 2: 20). La frase clave a la que deseo dirigir tu atención es la primera parte de este versículo: «Estoy [o, literalmente, he sido] crucificado con Cristo». La identificación con la crucifixión de Cristo es un hecho que los creyentes deben creer. Cuando Cristo murió, morimos juntamente con El. La identificación con Cristo implica no solamente la crucifixión con Cristo, sino también el ser sepultados juntamente con El, y, además, la resurrección con Cristo, ascensión con Cristo y glorificación con Cristo. Hemos sido tan íntimamente identificados con El, que Dios reconoce que hemos tenido una experiencia de participación tal que podría llamarse cocrucifixión, cosepultura, coresurrección, coascensión y coglorificación.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo podemos decir que nosotros que vivimos cerca de dos mil años después de Cristo, hemos sido crucificados con Cristo? ¿Cómo puedo decir que he resucitado con Cristo? ¿Cómo puede decir el creyente que ha ascendido y ha sido glorificado con Cristo, cuando de hecho está viviendo aquí en la tierra? La respuesta a esta pregunta se encuentra revelada en las grandes verdades implicadas en la doctrina de la obra bautismal del Espíritu Santo. No es nuestro propósito desarrollar aquí detalladamente esta doctrina, sino más bien afirmar lo que el apóstol enseña en 1.^a Corintios 12:13, el hecho: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos, o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu». De acuerdo con este pasaje, la obra bautismal del Espíritu es la que une a los que han aceptado a Jesucristo como Salvador personal al cuerpo del cual Jesucristo mismo es la Cabeza, de manera que todo lo que es verdad de la Cabeza, es también verdad de cada uno de los miembros de su cuerpo.

¿Qué significa ser bautizados? Esta pregunta nos trae a uno de los temas más debatidos de la Palabra de Dios, palabra muchas veces mal entendida debido a la discusión que sobre la forma bautismal suscita, al estudiar la doctrina del bautismo. La palabra griega *bapto*, de la cual se origina la palabra *bautismo* o bautizar, significa literalmente «sumergir», «zambullir» o «inmergir». Palabra que era usada habitualmente para teñir ropa. El teñidor cogía la ropa y la ponía dentro del baño de tinte; cuando la ropa salía del tinte, su apariencia estaba totalmente cambiada. El teñidor había «bautizado» la ropa.

Como otras palabras, esta palabra tiene dos sentidos, uno literal y otro metafórico o simbólico. Cuando es usada literalmente, quiere decir sumergir, zambullir, introducir algo dentro de algo. En su uso metafórico, significa «cambiar la identidad», esto es, cambiar la apariencia, cambiar la forma en la cual se había visto. El uso común de la palabra en griego tiene este sentido metafórico. Cuando el

apóstol usa la palabra con referencia a nuestra relación con Jesucristo, la usa en una forma metafórica generalmente aceptada. Pablo no dice que hemos sido inmersos en un recipiente lleno de tinte, sino más bien significa que hemos cambiado nuestra identidad al formar una nueva unión con Jesucristo. Permíteme usar la palabra «hierro» para ilustrar el uso literal o metafórico de un término. Literalmente la palabra «hierro» se refiere a un metal, y comúnmente usamos este término en ese sentido, pero a la vez tiene un significado metafórico. Puede referirse a valentía, dureza, a la fuerza de carácter. A menudo nos referimos a la corpulencia de un hombre diciendo que tiene una constitución de hierro. También solemos decir que ese hombre tiene una voluntad de hierro. En este uso la palabra significa «firmeza», «obstinación». Podemos decir que un hombre gobierna con una fuerza de hierro, expresando así la severidad de su trato. En nuestro lenguaje, esta palabra se usa frecuentemente en su sentido metafórico, y también en su sentido literal. Esto también se aplica a la palabra traducida «bautismo».

La idea de identificar una cosa con otra aparece ya en las primeras páginas de la Palabra de Dios. Por ejemplo, en Levítico, capítulo 16, leemos acerca de un hecho por el cual uno se identifica a sí mismo con otro. Este capítulo nos describe el rito del día de la expiación. En la primera parte del ritual, el sacerdote mataba el macho cabrío que era la ofrenda por el pecado, luego presentaba la sangre. Después vemos la segunda parte del ritual, es decir, la separación, o el soltar el macho cabrío. Leemos en los versículos 20-22: «Cuando hubiera acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto». Notarás, especialmente, que Aarón tenía que poner ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío. Entonces debía confesar todos los pecados de la nación de Israel. ¿Qué significaba la imposición de manos? Significaba que aquel que hacía la confesión se identificaba personalmente con aquel sobre cuya cabeza eran confesados los pecados. El sacerdote representaba la nación pecadora confesando sus pecados. También el sacerdote por medio de la imposición de manos, identificaba a la nación de Israel con el portador del pecado. Acto mediante el cual la nación se identificaba con el sacrificio.

En el Nuevo Testamento encontramos un uso simbólico similar. En Hechos 13 vemos que la Iglesia de Antioquía estaba preparada a enviar a Bernabé y Pablo a evangelizar entre los gentiles. Los versículos 2-3 dicen: «Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y les despidieron». De nuevo vemos la imposición de manos. ¿Por qué? Los creyentes de Antioquía se identificaron con sus emisarios, los cuales iban a predicar el evangelio. Esta imposición de manos fue un acto de identificación en que la iglesia se unió con sus representantes. Encontramos algo semejante en 1.^a Timoteo 4:14: «No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos». El poner las manos sobre ellos fue un acto por el cual el apóstol Pablo y la iglesia fueron identificados con Timoteo como ministro del evangelio. En el Antiguo Testamento (en la relación simbólica de la nación con el macho cabrío) y en el Nuevo Testamento (en la relación de la iglesia con los siervos del Señor), la idea es la misma. Uno se identifica de tal manera con el otro que queda constituida una unión.

En el tercer capítulo del Evangelio de Mateo, se describe otro acto de identificación, donde se nos presenta a alguien que lleva el nombre de Juan el Bautista o Juan el Identificador. Juan aparece en el desierto llamando a la gente para formar un pueblo separado, un remanente de creyentes que esperasen su venida. Juan proclamó: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»

(versículo 2). «¡Volveos! ¡Volveos de vuestro pecado! ¡Volved a Dios y esperad a Aquel que viene!», es lo que está proclamando. Y luego Juan dijo: «Yo a la verdad os bautizo en agua para [o con el propósito de] arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; El os bautizará en Espíritu Santo y fuego» 3:11). Juan practicó el bautismo de la identificación. Identificó un pueblo separado (del fariseísmo y judaísmo) para el Mesías. La señal de la identificación era el agua. Cuando Cristo vino a Juan el Identificador para ser bautizado, recibió la señal de identificación. El bautismo de Juan significaba que los que una vez habían pertenecido al judaísmo, y se caracterizaban por el fariseísmo, habían adquirido una nueva identidad. Juan los identifica como aquellos que están esperando la venida del Mesías. El precursor puso en ellos la señal identificadora, y aquellos que recibieron el bautismo de Juan fueron identificados y bautizados de una forma peculiar.

En el capítulo 2 de Hechos vemos a Pedro usando el bautismo como señal de identificación. Pedro, después de la muerte y resurrección de Cristo, se puso en pie delante de la nación que era culpable de haber exigido la crucifixión de Jesús y demostró a esa gente que Jesús era el Señor y el Mesías, porque Dios lo había resucitado de entre los muertos. Su respuesta fue expresada con la pregunta «¿Qué ha remos?» Pedro replicó: «Arrepentíos [es decir, cambiad vuestra manera de pensar acerca de Jesús a quien habéis juzgado como blasfemo y demente], y bautícese cada uno [identifíquese] en el nombre de Jesucristo para [con el propósito de] perdón de los pecados» (versículo 38). Pedro indicó que su nación estaba bajo el juicio de Dios y que necesitaba ser salva de «esa perversa generación». ¿Qué haría el bautismo? ¿Cambiaría su identidad! Serían separados para el Señor Jesucristo, siendo el bautismo la señal de identificación.

LA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

Cuando el apóstol se refiere al bautismo del Espíritu Santo en 1.^a Corintios 12:13, y enseña que los creyentes fueron bautizados en un solo Espíritu, lo que está diciendo es que hemos sido identificados con Jesucristo y que hemos sido unidos a El. Ahora, la pregunta que surge es: ¿A qué hemos sido unidos? ¿Con qué hemos sido identificados? Aquí encontramos un profundo misterio, que si la Palabra de Dios no nos lo revelara permaneceríamos en completa ignorancia. El apóstol enseña que cuando los creyentes fueron bautizados, lo fueron en la muerte, sepultura, resurrección, ascensión y glorificación de Cristo. Consideremos brevemente estos grandes hechos de la obra redentora de Cristo, con la cual los creyentes hemos sido identificados.

En Gálatas 2:20, Pablo dice: «Con Cristo estoy [he sido] juntamente crucificado». ¿Qué significa esta declaración? Cuando Cristo murió yo fui identificado y unido con El en su muerte. Fui crucificado con Cristo. En Colosenses 1:21-22, Pablo dice: «A vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de El. El apóstol afirma nuevamente este hecho, diciendo que al morir Cristo, nosotros morimos también con El. Pablo dice en Colosenses 3:5: «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros». ¿Por qué? Porque «habiéndoos [u os habéis] despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo» (versículos 9-10). Despojarse del viejo hombre es morir, revestirse del nuevo es resucitar. Pablo dice nuevamente en Romanos 6:3: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». Este es el primer gran hecho: hemos sido identificados con Cristo en su muerte, así que cuando Cristo murió, morimos nosotros también. Esto es algo que no podemos probar, no es algo que podamos comprobar y demostrar experimentalmente. Es un hecho de la revelación divina que debemos creer. No estuvimos presentes

conscientemente. No poseemos una percepción sensorial de nuestra muerte con Cristo; no obstante, fue una muerte verdadera. Fuimos bautizados por el Espíritu en Cristo Jesús, y mediante este acto, fuimos bautizados en su muerte. Así, pues, la primera de las grandes obras de Cristo con que fuimos identificados es su muerte.

En segundo lugar. Pablo dice en Romanos 6:4 que los creyentes también han sido identificados con Cristo en su sepultura: «Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo». En Colosenses 2:12, Pablo afirma la misma verdad. La sepultura remueve al fallecido de la esfera en la cual había nacido. Nacemos una sola vez en este mundo, en el cual Satanás es el príncipe, y por la muerte somos removidos de él. Al igual que la sepultura es consecuencia de la muerte, y al igual que el cuerpo de Cristo fue puesto en el sepulcro porque había muerto, así los que hemos muerto con Cristo somos sepultados juntamente con El. Tampoco fuimos conscientes de nuestra sepultura, no sentimos la lápida de la tumba cerrarse sobre nosotros; sin embargo, esto no quiere decir que nuestra sepultura no fuera verdadera, es una verdad que hemos de creer, un hecho con el cual hemos de contar.

El tercer hecho de gran importancia es la resurrección. Hemos sido identificados con Cristo en su resurrección. En Romanos 6:4-5, Pablo dice: «Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con El en la semejanza de su muerte [y el texto establece que realmente lo fuimos], así también lo seremos en la de su resurrección». En Efesios 1:19, Pablo ora por los creyentes a quienes escribe, para que conozcan «cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos». ¿Cuál es esa grandeza de su poder? Es el poder que «obró en Cristo, resucitándole de los muertos». Pablo afirma en Efesios 2:1 que nosotros también hemos sido resucitados por el poder de Dios. ¿Cómo puede decir que hemos sido resucitados? Porque hemos sido identificados con Cristo en su resurrección. La misma verdad se describe en Efesios 2:5: «Aun estando nosotros muertos en pecados [Dios], nos dio vida juntamente con Cristo [por gracia sois salvos], y juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». En Filipenses 3:10, el apóstol exhorta a los creyentes y expresa el deseo de su corazón: «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección». Y en Colosenses 3:1: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo [lo cual es ciertamente una verdad para ti], buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios». El poder que resucitó a Cristo y fue experimentado por el apóstol, también es experimentado por cualquier hijo de Dios, porque los creyentes han sido resucitados con Cristo.

En cuarto lugar, descubrimos en los mismos pasajes que no solamente hemos experimentado lo que podríamos llamar la comuerte, cosepultura y coresurrección, sino también nuestra coascensión y coglorificación. En Efesios 2:6: «Y juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». En Romanos 8:30, el apóstol recuerda a aquellos que han sido predestinados y llamados por Dios que «...a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó». El apóstol aquí no habla de la futura gloria que aguarda a los hijos de Dios, sino de su posición actual delante del Padre, como uno que ha sido identificado con Jesucristo en su ascensión y su glorificación.

Estos son hechos doctrinales con los cuales puedes estar muy familiarizado. Con todo podría ser que no te des cuenta del propósito que tienen la cocrucifixión, la cosepultura, la coresurrección, la coascensión y la coglorificación. En Romanos 6:9-10 leemos: «Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de El. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive». Aquí el apóstol expone la razón por la cual hemos sido unidos a Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Hemos sido unidos a Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. Hemos sido identificados con Cristo, bautizados en Cristo Jesús, a fin de que podamos vivir para Dios. Hemos sido bautizados en Cristo Jesús para que podamos morir al control de la naturaleza pecaminosa. Tal como un cadáver no puede responder a ningún mandato, y tampoco tiene la obligación de obedecer a ninguna autoridad vigente que ejercía control sobre él cuando era un ser viviente, así nosotros hemos sido muertos con Cristo y sepultados con El, y resucitados, no tenemos necesidad de obedecer al antiguo comandante que una vez reinó de manera suprema en nuestras vidas. El poder del pecado no ha sido anulado; pero practicar el pecado no es una imposibilidad. A través de nuestra muerte con Cristo, hemos sido librados de nuestra obligación de obedecer las órdenes de la naturaleza pecaminosa. Hemos sido liberados de la servidumbre del pecado. Si bien, es posible que nos sometamos al viejo régimen. Podemos obedecer al depuesto dictador, pero si lo hacemos será por nuestra propia elección, y no por necesidad. Antes de haber nacido en la familia de Dios, teníamos un oído que podía oír solamente los mandatos de la naturaleza pecaminosa. Nos parecíamos a una radio sintonizada exclusivamente a una onda y que escuchaba los mandatos de la naturaleza pecaminosa. Al nacer de nuevo hemos recibido una nueva capacidad, una nueva onda, y ahora podemos elegir si vamos a escuchar los mandatos que vienen de la vieja onda, o si vamos a escuchar los mandatos que vienen de la nueva onda. Hemos sido crucificados con Cristo para que Cristo manifieste su vida a través de nosotros.

Pablo afirma este mismo hecho en Romanos 6:4, cuando expone la enseñanza de nuestra sepultura con Cristo: «A fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». El propósito de identificarnos con Cristo en su resurrección, es el poder ser librados del dominio del pecado para que podamos andar en novedad de vida. Verás, amado de Dios, el Señor estaba interesado en mucho más que nuestra salvación del pecado, cuando dio a Jesucristo para que muriera por nosotros. Como descubrimos en nuestro estudio anterior, la muerte de Jesucristo fue el juicio divino sobre el pecado y la naturaleza pecaminosa. Mediante la muerte de Jesucristo, Dios no solamente proveyó nuestra salvación, sino también la capacidad para que podamos andar en novedad de vida, por la identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Amado de Dios, agárrate bien a este gran hecho. Dios, para poner fin al control del pecado sobre ti, te ha hecho morir con Cristo. Y para sacarte del mundo en que te movías, te sepultó juntamente con Cristo. Y con el propósito de hacerte participar de una nueva vida, Dios te ha hecho partícipe del poder de la resurrección que surgía de la tumba de Cristo y te ha elevado a la gloria con Cristo. La cocrucifixión, cosepultura y coresurrección son tuyas para que puedas caminar en novedad de vida, para que Cristo que vive en ti, pueda vivir su vida a través de ti. Esta no es una doctrina que se pueda probar con lógica, pero es un hecho de la revelación divina para ser creído. Pablo nos da la única respuesta correcta, en Romanos 6:11, cuando dice: «Consideraos [o da por cierto el ser] muertos al pecado, pero vivos a Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». El te está diciendo que has sido identificado con El, para creer que has sido librado de la obligación de servir al pecado. Tu vida cristiana está basada sobre un hecho que ha de ser creído. Has muerto con Cristo y has resucitado con El, para que puedas caminar en novedad de vida. Este hecho, que es una doctrina, viene a ser verdadero en tu experiencia solamente cuando lo consideras verdadero.

XII. MUERTOS JUNTAMENTE CON CRISTO (Romanos 7:1-14)

El Dios Infinito ha hecho provisión en la cruz de Cristo para todas las necesidades de los pecadores. Todo cuanto cualquier persona pudiera necesitar ha sido plena y enteramente provisto mediante la muerte del Señor Jesucristo. Cristo murió para pagar el precio de nuestros pecados. Murió para cancelar nuestra deuda con Dios. Murió para librarnos de la muerte espiritual y darnos vida, y para librarnos del control de la naturaleza pecaminosa.

Las doctrinas referentes a la vida cristiana han de empezar con reconocer que cuando nacimos en este mundo, nacimos en el reino de Satanás. Era nuestro Dios, y a él servimos. Formábamos parte de su gran familia, y le mirábamos como a nuestro padre. Éramos por naturaleza hijos de desobediencia. Nacimos esclavos congénitos del pecado. El pecado era un cruel y dominante dueño, y obedecíamos sus órdenes. La gloriosa libertad que nos trae el Evangelio de Jesucristo está expuesta en los capítulos sexto y séptimo de Romanos, donde el apóstol muestra a los creyentes los beneficios de la muerte de Cristo en relación con la vida cristiana. Después de mostrar a los creyentes que fueron bautizados en Cristo Jesús, y que al unirse a Cristo se unieron en su muerte, Pablo prosigue mostrando cómo la muerte con Cristo libra a los creyentes del dominio de la naturaleza pecaminosa. La esclavitud del pecado ha sido quebrada, y ha cesado la obligación de obedecer al pecado.

LA EMANCIPACIÓN

Hace cien años, los esclavos de Norteamérica fueron libertados por una proclamación de emancipación, por el pronunciamiento judicial del jefe del poder ejecutivo. Dios, que puede liberar a) pecador por un edicto divino, por una declaración de emancipación, ha elegido otro medio de librarlo. Esto es, por la muerte. Y para que nosotros pudiésemos quedar libres de la esclavitud del pecado. Dios nos unió a Cristo en su muerte. El apóstol dice en Romanos 6:6-7: ^Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre [es decir, todo lo que éramos por naturaleza y por nacimiento; todo cuanto somos como descendientes de Adán; todo lo que poseemos por tener una naturaleza pecaminosa] fue [ha sido] crucificado juntamente con El». Y esta identificación del creyente con Jesucristo en su muerte es «para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que es muerto [ha muerto], ha sido justificado del pecado».

Cuando el apóstol dice que hemos sido muertos en Cristo para que el cuerpo del pecado sea destruido, no está diciendo que el cuerpo del pecado (es decir, la naturaleza pecaminosa) ha sido erradicada. No dice que morimos con Cristo de manera que la naturaleza pecaminosa no pueda nunca más operar en nosotros. Más bien dice que morimos con Cristo con el fin de que el cuerpo del pecado, la naturaleza pecaminosa, deje de ser el dueño que nos controla, el dueño al que estamos obligados a obedecer. Pablo está considerando esta pregunta: ¿Tiene la naturaleza pecaminosa un derecho exclusivo de dominarnos y controlarnos? Pablo dice que debido a que morimos con Cristo, porque fuimos unidos a Cristo en su muerte, no tenemos obligación alguna de servir al viejo dueño. Pablo aserta esta verdad positivamente en el versículo 7 cuando dice: «Porque el que ha muerto ha sido justificado [librado] del pecado». Este pasaje no enseña que por el hecho de haber muerto con Cristo uno ya no puede cometer pecado, porque el hijo de Dios puede responder a la tentación y sucumbir a la maestría del pecado. Lo que Pablo dice puede parafrasearse de la siguiente manera: «El que ha muerto juntamente con Cristo está libre de la obligación de obedecer al pecado (al general destituido) cuando le da órdenes». Se puede observar en ambos versículos que nuestra muerte con Cristo nos libra de una obediencia obligatoria y sumisión a la naturaleza pecaminosa que una vez nos dominó y controló. Tal como por la resurrección Jesucristo fue librado del poder de la

muerte, así mediante nuestra resurrección con Cristo, la muerte no tiene derecho a poner sus garras sobre nosotros, porque hemos sido vivificados en Cristo Jesús. El apóstol, en el sexto capítulo enfatiza el hecho que cuando hemos muerto con Cristo, hemos resucitado con El, con el fin de que el poder de la naturaleza pecaminosa sobre nosotros sea destruido. No ha sido eliminada, no ha sido erradicada, todavía es capaz de tentarnos, pero no estamos obligados a someternos a ella como antes de experimentar la muerte y resurrección de Cristo.

El tema de la muerte del creyente con Jesucristo y su efecto práctico en la vida experimental es presentado de nuevo en Romanos 7:1. El apóstol dice: «¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive?» Cuando el apóstol presenta un pensamiento con las palabras «acaso ignoráis», está asumiendo la ignorancia sobre este tema de aquellos a quienes escribe. Entonces procede a disipar su ignorancia. De esta manera los creyentes de nuestros días pueden aprender mucho de la ignorancia de los creyentes de la iglesia primitiva. En este caso, el apóstol reconoce su lentitud en percibir el doble significado de la muerte de Cristo para el creyente, y la muerte del creyente en Cristo como lo que le libra del control del pecado. Por lo tanto, el apóstol entró en una detallada explicación antes de aplicar esta verdad a su experiencia diaria. La doctrina que el apóstol expone es afirmada simplemente: «...la ley no tiene dominio sobre el hombre mientras vive». Con la expresión «la ley» el apóstol se refiere a cualquier principio de ley, bien sea la ley mosaica, la ley romana, la ley del matrimonio, o las leyes físicas que gobiernan nuestras vidas día a día. Este hecho es obvio y evidente, cualquier ley puede ejercer su influencia en relación con el hombre tan sólo mientras éste vive. Al morir físicamente, deja de estar sujeto a las leyes que anteriormente se aplicaban a él. Aquellos a quienes el apóstol escribía reconocerían el hecho de que la ley romana cesaba en el cementerio. Cuando un hombre moría físicamente, el poder de Roma sobre él cesaba. De la misma manera, la ley de Moisés tiene autoridad sobre el hombre solamente mientras vive. Moisés no podía descender al sepulcro de un hombre para mirar de subyugarle una vez éste ha partido de esta vida. El apóstol Pablo, en los versículos 2 y 3, usa la conocida ley del matrimonio para ilustrar el mismo principio: la ley funciona mientras los seres humanos viven; la muerte acaba con el control de toda ley sobre el hombre.

Pablo no usa la ley romana o la ley de Moisés para su ilustración, sino que retrocede a la ley original del matrimonio ordenada por Dios en el jardín del Edén, que aquel hombre y aquella mujer vendrían a ser una sola carne durante toda su vida. El apóstol usa la ley del matrimonio como ilustración al decir: «Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido...» ¿Qué ley? La ley del matrimonio. Así dice Pablo: «La mujer que tiene marido está sujeta por la ley [del matrimonio] a su marido». ¿Por cuánto tiempo? Mientras viva. «Pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido.» ¿Qué está enseñando el apóstol? Que la ley del matrimonio funciona continuamente hasta que queda finalizada con la muerte, pero además no es sólo la muerte que quiebra el control de la ley del matrimonio sobre la esposa. El apóstol aplica el hecho en el versículo 4: «Así también [debido al hecho de que la ley deshace el control de toda ley sobre el hombre] vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios». El apóstol está usando la ley del matrimonio aquí como ilustración de la naturaleza pecaminosa, a la cual llama la ley del pecado y de la muerte. La ley del pecado y de la muerte opera en el hombre hasta que éste muere. Pero el apóstol no habla de la muerte física del hombre, sino de la muerte del hombre mediante la unión con el Señor Jesucristo. Al ser bautizados en el cuerpo de Jesucristo, y al participar con Cristo en su muerte, esta vieja ley (la ley de la naturaleza pecaminosa que obraba dentro de nosotros) fue destruida y su poder eliminado. Por la muerte de Cristo, hemos sido librados de la obligación de obedecer y servir a la naturaleza pecaminosa, de la misma manera en que la esposa cuyo marido muere es libre de la ley del matrimonio i fin de que pueda casarse con otro.

No son nuestras buenas resoluciones que rompen el control de la naturaleza pecaminosa; ni tampoco se deshace su poder por el hecho de unirnos a una iglesia; ni la lectura de la Biblia en sí misma que rompe con su poder; ni es la comunión con gente piadosa que quebrará su poder; ni es el instituir nuevas leyes, ni castigar sus infringimientos que rompe su poder. Sólo una cosa puede romper el control del pecado sobre nosotros: la muerte. Cuando Jesucristo murió, tú, como creyente en Cristo, moriste juntamente con El, y esta muerte quebró el control del pecado sobre ti, para que tú puedas, mediante la resurrección con Cristo, andar en novedad de vida.

En Romanos 6:4 se nos dice: «...a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». La resurrección contempla una nueva clase de vida. El apóstol confirma este mismo hecho en el versículo 4 del capítulo 7, donde dice: «Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley [es decir, a la naturaleza pecaminosa], mediante el cuerpo de Cristo [al ser unidos a El en su muerte]; para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios». El resultado de ser unidos a Cristo en su muerte es la liberación, y el resultado de ser unidos a Cristo en su resurrección es justicia delante de Dios.

UN HECHO QUE HA DE SER CREÍDO

El objeto de este estudio es que te des cuenta de lo grande que es tu liberación y emancipación. Naciste esclavo del pecado, sin poder quebrar los grilletes que te sujetaban. En tu interior no posees ni el más mínimo poder para decir no al pecado y su naturaleza. Pero desde que fuiste unido a Jesucristo en su muerte y resurrección. Dios puede declarar que el dominio del pecado sobre ti ha sido deshecho. Por la muerte has sido librado de la obligación de servirle, lo cual no significa que sea imposible para ti el sucumbir a la influencia del pecado. No quiere decir que el pecado es menos atractivo a tu vieja naturaleza. Pero sí significa que el Espíritu de Dios obra a través de la nueva, divina naturaleza, y puede traerte a ti, ya libre del pecado a una sumisión voluntaria a Jesucristo, para que El sea el que gobierne y controle para producir la justicia divina en ti.

Existe una mala interpretación que es muy común entre cristianos, que trata de convencerles de que deben sacrificarse hasta la misma muerte. La muerte sólo puede experimentarse por el individuo una sola vez. El secreto de la vida cristiana no es una continua crucifixión —sacrificarse hasta la muerte, una y otra vez, hasta que uno se libra de la esclavitud del pecado—. En lugar de esto el secreto de Dios se encuentra en Romanos 6:11, donde leemos que hemos de tener por cierto y considerarlo algo factual el que indudablemente estamos muertos al pecado y vivificados en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. El unirnos a Jesucristo en su muerte fue una vez y para siempre. El apóstol nos escribió en Gálatas 2:20: «Yo me crucifico una y otra vez para poder ser libre», sino que dice: «He sido crucificado juntamente con Cristo», y los efectos de esta crucifixión continúan y continúan y continúan. Dios quiere de ti que eches una buena mirada a ti mismo, te consideres como alguien que ha muerto, y te veas como alguien en el cual la autoridad del pecado ha sido anulada, porque cuando murió, moriste juntamente con El, y cuando resucitó, también fuiste resucitado, y ahora has sido librado para andar en novedad de vida —la vida de resurrección bajo el control del Espíritu de Dios.

Este es un hecho de la Palabra de Dios. Como cualquier otro hecho ha de ser aceptado y creído. El hecho de las Escrituras es que el creyente ha de ser libre del poder del pecado de la misma manera que una esposa es libre del marido cuando éste muere. Fuiste librado de la necesidad de obedecer al pecado cuando moriste juntamente con Cristo. El que tú lo aceptes o lo rechaces, no cambia los hechos, tu creencia o tu incredulidad, tu conocimiento o ignorancia de ellos, no los altera. Dios dice que has sido crucificado, y en los ojos de Dios estás crucificado. Con ello Dios no pide que tú

personalmente añadas nada al valor de la muerte de Cristo crucificándote a ti mismo una y otra vez. Dios quiere que aceptes su juicio sobre la naturaleza pecaminosa, y que reconozcas la veracidad del hecho de que fuiste unido a la muerte de Cristo porque Dios dice que es verdad, y también que la muerte con Cristo ha quebrado el poder sobre ti, y eres libre de andar en novedad de vida. Tal aceptación de los hechos puede producir un cambio total de actitud hacia la naturaleza pecaminosa dentro de él.

Los creyentes, si pecamos, no es porque estamos obligados a hacerlo, sino porque escogemos hacerlo. Cristo nos ha libertado, pero es posible que nos sometamos de nuevo al yugo de la esclavitud. Podemos someternos voluntariamente a los pecados y sus invitaciones y andar por sendas de pecado. Si hacemos esto, lo hacemos no porque la liberación del pecado fuera incompleta, sino porque no queremos reconocer el hecho de que hemos sido crucificados con Cristo. Porque no nos consideramos a nosotros mismos como aquellos quienes el pecado ya no tiene ninguna autoridad; por el contrario, nos sometemos a la autoridad de un comandante depuesto. Al escoger el pecado, nos convertimos en siervos del pecado. Sería de gran ayuda si el hijo de Dios al despertar cada mañana repitiera la cita de Gálatas 2:20 y decirse a sí mismo: «No tengo que ser siervo del pecado porque ya he sido libertado». Necesitamos recordar constantemente que Dios nos ha liberado y que tenemos que caminar en justicia y santidad verdadera por el poder del Espíritu de Dios.

No conozco ninguna otra doctrina que sea más consoladora o de más ayuda para los creyentes que la doctrina bíblica de la cocrucifixión con Cristo. Verás, Dios no nos pide que rompamos el poder del pecado. Ni nos dice que por medio de una resolución o determinación nos abstengamos de pecar. Dios nos da a conocer lo que ha realizado. Nos dice que nos ha libertado, y esta libertad es nuestra por la fe. De la misma manera en que venimos a participar de una relación íntima y personal con Jesucristo: por la fe en Cristo. Así por la fe obtenemos la victoria. Venimos a conocer el gozo experimental de esta libertad por la fe en Cristo, reconociendo que lo que Dios dice es verdad. Reconociendo el hecho de ser crucificados con Cristo. Consecuentemente, el poder del pecado sobre nosotros ha sido quebrado, y podemos andar en novedad de vida.

XIII. RESUCITADOS CON CRISTO (Romanos 6:11-23)

Quien por la fe acepta a Jesucristo como su Salvador personal, se identifica en todo lo que Jesucristo ha realizado. Se une a Jesucristo en su muerte, su sepultura y su resurrección. Los creyentes han sido unidos a Cristo en su resurrección para poder andar en novedad de vida. Pablo se refiere a este mismo tema cuando, en Efesios 1:19-20, ora por los santos, para que puedan conocer «cual aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, por la operación de la potencia de su fortaleza, la cual obró en Cristo resucitándole de los muertos y colocándole a su diestra en los cielos». En Efesios 2:5-6, Pablo afirma nuevamente esta verdad: «Aun estando nosotros muertos en pecados [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús».

EL HECHO DE LA CORESURRECCION

El apóstol reconoce el hecho de su resurrección con Cristo, cuando nos revela el gran deseo de su corazón en Filipenses 3:10: «A fin de conocerle --el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a El en su muerte». El anhelo del corazón de Pablo no es el que un día llegue a conseguir la resurrección física, sino el conseguir la manifestación en su vida diaria de la vida de resurrección de Cristo, de la cual ha sido hecho partícipe en su identificación con Cristo, y por la cual muestra una nueva vida.

Pablo nos enseña en Colosenses la identificación con Cristo, en su muerte, sepultura y resurrección: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo [el texto original infiere que tú ciertamente lo has sido], buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (3:1). Todos los mandamientos y recomendaciones del apóstol en el tercer capítulo de Colosenses están basados en la inferencia de que los creyentes han sido identificados con Jesucristo no solamente en su muerte y sepultura sino también en su resurrección.

Quizás el pasaje más importante del Nuevo Testamento relacionado con la resurrección con Cristo se halla en el capítulo sexto de Romanos. En el versículo 3 Pablo afirma el hecho que nosotros que somos identificados como miembros vivientes del cuerpo de Cristo, siendo bautizados en Jesucristo por el Espíritu Santo, fuimos bautizados en su muerte. Hemos experimentado la cocrucifixión con Cristo: «Porque somos sepultados juntamente con El a muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con El en la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección» (versículos 4-5). Una vez más necesitamos tomar nota que el apóstol no está enfatizando primeramente la verdad concerniente a la resurrección física del cuerpo. Pablo está enseñando que la novedad de vida se manifestará en los hijos de Dios, por haber experimentado la cocrucifixión y la coresurrección con Cristo (Romanos 6:5). Porque han muerto con Cristo han sido librados de la obligación de obedecer al viejo hombre (versículo 6). Los que han muerto (versículo 7) han sido librados del control de la naturaleza pecaminosa. Lo que seguidamente preocupa a Pablo es que los que han muerto con Cristo, vivan en y para Dios.

El apóstol desarrolla este pensamiento al usar la experiencia de Cristo como ilustración: «Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive». La muerte no puede reclamar al Señor Jesucristo al igual que reclama a toda la humanidad porque es pecadora. Sólo Jesucristo fue apartado de los pecadores, santo, inofensivo y sin

mancha. Cristo murió no porque la muerte tuviera el derecho de poner sus garras sobre El, sino que por un acto de su propia voluntad, se sometió a la muerte y así abandonando su alma del cuerpo. Nuestro Señor Jesucristo se sometió a la muerte con el fin de redimirnos a nosotros que estábamos espiritualmente muertos, y con el fin de que seamos vivificados. Al tercer día resucitó triunfando sobre la muerte física por su resurrección de la tumba. Después de haber resucitado la muerte ya no tenía ningún poder sobre El, sus frías garras nunca jamás podrían tratar de acogerle de nuevo y someterle a su poder. Durante tres días fue sometido por la muerte, en el sepulcro, pero cuando Cristo salió había sido librado del poder de la muerte, después de lo cual Cristo no estaba sujeto al poder de la muerte.

CORRESPONDIENDO A LA FE

Debido a que los cristianos han sido identificados con Cristo en su resurrección, se espera de ellos que anden en novedad de vida —vivir una nueva forma de vida, un nuevo tipo de vida que no necesita someterse al control del pecado—. Pero con el fin de vivir ese tipo de vida el creyente debe ejercitar la fe. Es por esta razón que el apóstol, después de presentar el gran hecho de la identificación del creyente con Cristo, exhorta a los creyentes a reconocerse a sí mismos: «Muertos al pecado, mas vivos a Dios en Cristo Jesús Señor nuestro». La palabra traducida «consideraos» en Romanos 6:11, es una palabra que literalmente significa «tener por cierto»; así Pablo dice: «A la luz de la revelación que os he presentado, os llamo a considerar [tener por cierto] que habéis muerto al dominio del pecado pero estáis vivos en Dios, por haber experimentado la coresurrección con Jesucristo nuestro Señor». El hecho: has muerto y resucitado. La fe: responderá este hecho que Dios declara cierto y verdadero.

EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO

En el capítulo 8 de Romanos descubrirás la fuerza por la cual este hecho opera en la vida del creyente. En Romanos 8:3, Pablo escribe: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne. Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó [juzgó] al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». El poder por el cual la resurrección de vida de Cristo es manifestada en la vida de los hijos de Dios es el Espíritu Santo. Así que tenemos tres puntos a destacar; primero, el hecho: ¡has muerto y resucitado con Cristo! Luego, la fe: ¡consideras este hecho como auténtico! En tercer lugar, la fuerza o poder: permite al Espíritu Santo vivir su vida a través de ti. La resurrección de vida de Jesucristo es vivida por el poder del Espíritu Santo momento tras momento y paso a paso.

Pablo, en Gálatas 5:16, da el mandamiento: «Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne», lo cual, traducido más literalmente, viene a decir: «Anda constantemente mediante el Espíritu y no satisfarás las concupiscencias de la carne». Una y otra vez hemos de recordar que los creyentes no pueden por sí mismos andar en novedad de vida. El creyente ha sido redimido, posee una nueva naturaleza; una nueva mente con que conocer la verdad de Dios; un nuevo corazón con el que amar a Dios; una nueva voluntad que le concede la capacidad de obedecer a Dios. Pero por sí mismo no tiene el poder de poner en funcionamiento la nueva vida que le ha sido implantada mediante el milagro de la regeneración. No obstante, si anda continuamente por el poder del Espíritu de Dios, la vida de resurrección que es suya en Cristo será manifestada. Su actitud tendría que ser la del apóstol: «Todo lo puedo...» (Filipenses 4:13). Nota que el apóstol no dice: «Todo lo puedo porque he nacido de nuevo», sino que dice: «Todo lo puedo en *Cristo que me fortalece*». El Espíritu Santo que mora dentro de nosotros los creyentes reproduce la vida de Cristo manifestando su vida a través de nosotros. Esta idea de que tenemos la sabiduría y la fuerza y el poder de vivir la vida de

Cristo, día a día, por el solo hecho de haber nacido de nuevo en la familia de Dios, ha sido causa de tropiezo para muchos creyentes. Hemos de reconocer el hecho de que hemos sido crucificados y resucitados con Cristo, y que luego hemos de permitir al Espíritu Santo vivir la vida de resurrección de Cristo a través de nosotros.

¿Cómo puede vivir el Espíritu Santo su vida a través de mí? ¿Cuál es la clave que nos hace entender lo que significa permitir al Espíritu Santo vivir la vida de resurrección dentro de mí? Volvamos de nuevo a Romanos 6 para obtener la respuesta. En el versículo 13 Pablo dice: «Presentaos vosotros mismos a Dios». Otra vez, en el versículo 16: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?» De nuevo en el versículo 19: «Que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia». El apóstol repite y enfatiza nuevamente el principio del *sometimiento*. Cuando Pablo usa esta palabra indica cómo el Espíritu Santo puede vivir su vida, la vida de Cristo, a través de los creyentes. Mientras que el caminar en el Espíritu depende del poder y fortaleza divinos, los frutos del Espíritu dependen de la dirección o control del Espíritu sobre nosotros. Fuera de esta acción de rendir frutos al someterse al control del Espíritu, el creyente no experimentará ninguna otra manifestación de la vida de resurrección de Cristo.

EL SACRIFICIO DE SÍ MISMO

Pablo revela el secreto que permite al Espíritu hacer su obra en nosotros haciéndonos semejantes al Señor Jesucristo, cuando dice: «Presentaos vosotros mismos a Dios».

Esta palabra *someteos o presentaos*, puede ser ilustrada con muchos pasajes del Nuevo Testamento. Nos gustaría referirnos brevemente a tres de ellos. Primeramente, la palabra «someterse» o «presentarse», se usa en 2.^a Corintios 11:2 en la presentación de la novia en la ceremonia matrimonial: «Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo». La palabra traducida «presentaros» es idéntica a la palabra traducida en Romanos 6 (rendirse, someterse). En el cumplimiento del acto matrimonial, el padre de la novia tomaba la mano de su hija para ponerla en la mano del padre del novio, que a su vez pondría su mano en la mano del novio. Mediante este acto, la novia era presentada al novio y venía a ser su posesión. El apóstol usa la misma palabra en Romanos 6 para enfatizar de la misma manera que no podía haber matrimonio legal sin el consentimiento de la voluntad de ambas partes, así, sin el consentimiento de la voluntad de los hijos de Dios para someterse a sí mismos o al control del Espíritu Santo, no manifestarán la vida de resurrección de Cristo.

En segundo lugar, esta palabra se usa en Colosenses 1:22 donde Pablo describe lo que Cristo se propone: «En su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de El». El Señor Jesucristo ofrece los creyentes al Padre como un regalo. Venimos a ser posesión del Padre. Puestos a su disposición. Participamos de la intimidad del Padre, y su hogar será nuestra morada. Pablo usa la palabra *presentar para* mostrarnos que hemos sido puestos a la disposición del Padre por la obra del Hijo. En la misma manera nos presentamos a nosotros mismos al Padre para que el Espíritu pueda manifestar la vida de Cristo, en y a través de nosotros. Tenemos que ponernos a la disposición de Dios. Este es el significado de «presentaos vosotros mismos... y vuestros miembros» en Romanos 6:13.

En tercer lugar, queremos dirigir tu atención a Romanos 12:1, donde Pablo dice: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo,

santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional». La palabra traducida «presentéis» en Romanos 12:1 es la misma traducida «someteos» en Romanos 6. La exhortación cumbre es: «Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo». En el Antiguo Testamento está escrito que todas las víctimas sacrificiales habían de ser atadas al altar. Este principio está establecido en el salmo 118:27: «Jehová es Dios, y nos ha dado luz; atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar». Un animal ofrecido como sacrificio no era un sacrificio voluntario. El animal era traído al lugar de la muerte donde olía a muerte con la sangre derramada, lo que le haría huir y volver al rebaño del cual había salido para ser sacrificado a Dios. Ningún animal iba voluntariamente al sacrificio. No fue hasta que Cristo vino como «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», que el mundo llegó a conocer lo que significa un sacrificio voluntario. Cristo dice dos veces en el décimo capítulo de Hebreos, una vez en el versículo 7 y otra en el versículo 9: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad». Jesucristo hizo un sacrificio voluntario. Su sangre tenía un valor delante de Dios superior a toda la sangre derramada en los altares judaicos, porque su sangre es el resultado de un sacrificio voluntario. Dios pide a sus hijos por un sacrificio voluntario en Romanos 12:1, pero no les pide un sacrificio de sangre, porque la sangre de Cristo que fue derramada por el pecado del mundo, es suficiente para cubrir toda expiación. Lo que Dios pide es un sacrificio voluntario, de uno mismo. Es por ello que el apóstol exhorta a los creyentes, y ruega que por la misericordia de Dios presenten sus cuerpos un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios que es su culto racional. Es aceptable a Dios porque es voluntario. Pablo lo llama el culto racional y lógico de servicio a Dios debido a lo que Dios ha hecho por nosotros a través de Jesucristo.

Mientras que el Antiguo Testamento no nos enseña nada sobre un sacrificio voluntario, sí nos enseña sobre sacrificios vivos. Los animales sacrificados a Dios en los altares de Israel eran sacrificios de víctimas muertas. Pero en el altar del monte Moriah, donde Abraham ofreció a su hijo Isaac, vemos un sacrificio vivo. En un acto de perfecta obediencia, Abraham hizo un largo viaje hasta el lugar del sacrificio. Luego subió al monte Moriah; allí construyó el altar y consagró a su hijo a Dios. Y cuando Abraham estuvo listo para sacrificar a su hijo en obediencia al mandato divino, la mano de Dios detuvo la mano de Abraham, e Isaac descendió del altar con vida, y para vivir como una persona que había sido sacrificada a Dios. El sacrificio de Isaac tuvo lugar, no cuando la daga hubiera atravesado su corazón, sino en el momento que fue puesto sobre el altar por su padre en obediencia al mandamiento de Dios. Y cuando Isaac descendió del altar, llegó a ser un hombre que había sido sacrificado a Dios, y sin embargo vivía. Dios pide de sus hijos que sean sacrificios vivientes. El creyente tiene que presentarse y someterse a Dios. Sin este sometimiento no puede haber una manifestación continua de la vida de resurrección de Cristo en el creyente.

Esta presentación de Romanos 12:1, debido al tiempo del verbo en el original griego, se considera algo contundente y final. Así que podemos leer este versículo de la siguiente forma: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestro cuerpo *de una vez y para siempre* en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional». Dios te llama a ti para que afrontes esta responsabilidad y hagas esta decisión de una vez y para siempre: «Padre, ahora mismo, me presento a mí mismo a Ti, como un sacrificio vivo». Cuando nos presentamos a Dios, desde este momento nos considera como alguien que ha sido sacrificado. Desde este momento no necesitará sacrificarse una y otra vez, requerirá solamente reafirmar continuamente el hecho de esta presentación total como un sacrificio a Dios.

Es muy probable que te tambalees y caigas en tu vida cristiana porque tú nunca te has dado a ti mismo, o nunca te has presentado a Dios en un acto de voluntad. Dios, el Espíritu Santo, no puede fortalecerte continuamente en justicia y santidad de vida, no puede manifestar la resurrección de vida de Cristo en ti, hasta que, primeramente, tú te sometes a El del todo, te presentes y humilles delante de Dios. Pero cuando reconoces esta responsabilidad, y por un acto de tu voluntad, y por amor a este

Dios, que te ha dado esta responsabilidad, te sometes a El, entonces vienes a ser como alguien que ha sido sacrificado, y aun así vive. La vida cristiana empieza cuando uno acepta a Jesucristo como Salvador personal. Uno empieza a vivir la vida cristiana cuando se presenta a sí mismo como un sacrificio vivo a Dios para que ande continuamente en el Espíritu. ¿Has intentado de hacer esto alguna vez?

XIV. LLENOS DEL ESPÍRITU (Efesios 5:18)

Cuando ejercía el pastoreado al noroeste de Pennsylvania, mi hermano vino a visitarme a principios de la primavera de aquel año. Durante su estancia, cayeron unos treinta centímetros de nieve encima del grueso de nieve que yacía en el suelo. La hora llegó en que tenía que marcharse a una ciudad vecina para coger el tren de vuelta a Filadelfia. Debido a las condiciones del tiempo, salimos con bastante anticipación a fin de llegar a la estación con tiempo de sobra. Seguíamos la carretera cuidadosamente, cuando sin previo aviso el coche resbaló, volcó y aterrizó en un hoyo al otro lado de la carretera, mirando en dirección opuesta. Estábamos preparados para estas emergencias, porque nunca viajamos sin una pala y un cubo de arena o cenizas en nuestro coche. Empezamos a sacar la nieve, pero era mucho más profunda de lo que pensamos. Mientras trabajábamos a toda prisa, un coche se acercó. El conductor, dándose cuenta de nuestra situación, muy cortésmente se paró, bajó su ventanilla y gritó: —¿Necesitan ayuda? ¿Sabe lo que respondí? — No, gracias. Lo solucionaremos nosotros. Nunca olvidaré la mirada que me echó mi hermano. Aunque luego grité en vano al coche que se alejaba que necesitábamos ayuda, era demasiado tarde. ¡Yo era demasiado independiente! Y no podíamos hacer otra cosa que cavar a metro y medio de profundidad para despejar las ruedas. Cuan a menudo esta situación es parecida en nuestras vidas. Cuando se nos ofrece ayuda, preferimos pasar sin ella antes de admitir que necesitamos depender de alguien más.

Pablo afrontaba una situación similar a la de los creyentes a quienes escribía, cuando en Efesios 5:18 dijo: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». En el capítulo anterior de esta epístola el apóstol estableció unos requerimientos sobre los hijos de Dios que sin la ayuda del Espíritu Santo no puede cumplir. No hay nadie que por sus propios esfuerzos pueda traer su vida en total conformidad a Cristo. Nadie puede por sí mismo convertirse en una epístola viviente para proclamar a Jesucristo, y ser leída y conocida por todos los hombres. Sin embargo. Cuando Dios ofrece ayuda, para que cumplamos los requerimientos que nos han sido impuestos, llenos de nuestra confianza propia, miramos a Aquel que nos está ofreciendo ayuda, su divina asistencia, y le decimos: «No, gracias; lo solucionaremos nosotros». En el mandamiento que se nos da en Efesios 5:18, el apóstol nos ofrece la ayuda divina para cumplir los requerimientos de Dios. Queremos dirigir tu atención, primeramente, al significado de ser llenos del Espíritu. Luego, consideraremos los medios por los cuales uno llega a ser lleno del Espíritu. Y, finalmente, veremos los resultados de ser llenos del Espíritu.

DEFINICIÓN

Para descubrir el significado de ser llenos del Espíritu, miremos, primeramente, a algunas referencias en la Palabra de Dios a algo que se llena. Son varias las palabras del texto original que han sido traducidas al castellano con la palabra *llenado*. El concepto básico común a todas estas palabras, es el que enseña que llenar un vaso es poner algo dentro del mismo. Así un vaso vacío en el cual se pone agua, se puede decir correctamente que ha sido llenado con agua. Desde luego, sería un error decir que el vaso está vacío. Porque a menos que el vaso esté en el «vacío», el vaso no está vacío en absoluto, está lleno de aire. El agua que se vierte en el vaso desaloja lo que anteriormente llenaba el vaso, llenándolo con algo nuevo. Cuando el apóstol habla de una persona llena del Espíritu, nos habla del Espíritu sustituyendo lo que antes había en el interior, tomando su posición para que esa persona sea llena del Espíritu de Dios. Varias referencias nos pueden ilustrar esto. Lee-mos en Lucas 5:26, después del milagro de Cristo de la curación del paralítico, que «sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas». Estaban

llenos de temor. La gente estaban acostumbradas a ver paralíticos. Lo que jamás habían visto era un paralítico curado instantáneamente de su parálisis. Y cuando vieron esta manifestación del poder divino, fueron llenos de temor. Su presunción, indiferencia y dudas se disiparon y fueron llenos o poseídos de temor. Y como resultado de ello dijeron: «Hoy hemos visto maravillas». También leemos en Lucas 6:11, siguiendo el relato del milagro de la curación del hombre con la mano seca, que «Y ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús». ¡Llenos de furor! Cristo se había presentado públicamente como el Mesías, el Salvador, el Rey. Los líderes religiosos de aquel entonces estaban perfectamente contentados con su propia religión; trataban de ganar la salvación por la observancia de las tradiciones humanas, y estaban satisfechos confiando en sus buenas obras. Cuando Cristo mostró el poder de Dios en medio de ellos, su propia justicia ya no era suficiente y su complacencia dio lugar al furor, y en vez de ser llenos o controlados por su indiferencia, presunción y satisfacción propia, estaban llenos de furor. Sus propios dientes crujían con desprecio, tramando de deshacerse de Él, si ello era posible.

La palabra *llenos* se usa también en Hechos 2:4, donde leemos que los hombres en el aposento alto fueron todos llenos con el Espíritu Santo. ¡Fueron *llenos* con el Espíritu Santo! Aquí encontramos el mismo pensamiento que vimos en las referencias anteriores. Estos hombres fueron llenos de algo distinto a lo que anteriormente les llenaba. Antes poseían poder natural, y luego este poder natural fue suplantado o sustituido por un poder divino, y fueron llenos del Espíritu Santo. Si esos hombres en Lucas 5 hubieran continuado llenos de su indiferencia a la necesidad del hombre, no hubieran sido llenos de temor. Si los de Lucas 6 hubieran continuado llenos de su propio contentamiento a causa de su justicia, nunca hubieran sido llenos de furor. Y si los discípulos en el aposento alto hubieran seguido llenos de sus propias habilidades, sus propias fuerzas, sabiduría y poder, no hubieran sido llenos del Espíritu Santo. El ser llenos de una cosa nos previene el ser llenos de otras. Este pensamiento es común a estos tres pasajes: llenar implica la idea de llenar algo desplazando lo que contiene. Aquello que es llenado es poseído o controlado por lo que le llena nuevamente.

Una segunda palabra que se traduce «lleno» en el Nuevo Testamento tiene este mismo concepto básico de llenar, o tomar posesión de, pero parece añadir el pensamiento que lo que llena un objeto o persona motiva o mueve a una persona a cierto rumbo de acción. El énfasis no está tan sólo en el acto de ser lleno, sino en el resultado de serlo. Hechos 6:5 nos dice: «Agradó la propuesta a la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe...». Esteban estaba lleno de fe, y su fe se manifestó en buenas obras ante la congregación de creyentes, de manera que conocían que poseía y estaba controlado por la fe. En Hechos 5:3 leemos que cuando Ananías trajo el precio de compra de la heredad y lo puso a los pies de los discípulos, Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?» Ananías estaba lleno de Satanás. El ser lleno de Satanás produjo mentira, engaño y fraude. Porque fue lleno, esto le motivó a tomar cierta acción. También en Juan 16:6, después que Cristo contó a sus discípulos la proximidad de su muerte, dijo: «Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón». Estaban llenos de tristeza. La tristeza les dominaba de tal manera que se consideraban huérfanos. De nuevo leemos en Hechos 4:31 que «cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo». Como resultado de ser llenos del Espíritu Santo hablaban la Palabra de Dios con denuedo. Cuando unimos las dos ideas del texto original para formar el concepto de *plenitud*, vemos que hay algo que viene a la vida de un hombre que expele lo que anteriormente la llenaba, y ahora llena y controla la vida del individuo. Si aquello que nos llena es furor, temor, tristeza. Satanás, fe o el mismo Espíritu Santo, lo que antiguamente tenía control sobre nosotros cesa y una nueva emoción nos domina.

LOS MEDIOS DE LA PLENITUD

En el capítulo quinto de Efesios, el apóstol nos enseña la verdad de que Dios el Espíritu Santo, que viene a morar en el creyente en el momento que acepta a Jesucristo como su Salvador personal, entra en esta vida con el propósito de poseerla y controlarla. La persona que es llena del Espíritu Santo, no es aquella en quien el Espíritu Santo mora, sino aquella que está controlada y dirigida por el Espíritu de Dios. El ser llenos de algo, es ser poseídos o controlados y motivados por este algo. La persona llena del Espíritu Santo está bajo el control del Espíritu de Dios de tal manera que su vida está dictada por el Espíritu Santo.

Hay tres ocasiones en la Palabra de Dios en que la embriaguez y la plenitud del Espíritu Santo son contrastadas. Estas las podemos considerar como el trasfondo para entender la enseñanza de Pablo en Efesios 5. Podemos mirar primeramente en Lucas 1:15. En este capítulo encontramos un ángel anunciando el nacimiento de Juan el Bautista. Juan había de venir como precursor del Mesías en cumplimiento de la profecía de Malaquías. El ángel dijo en relación a la persona de Juan, y el poder de su ministerio: «Porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre» (Lucas 1:15). Juan no sería controlado por la influencia del vino o la bebida; desde el momento de su concepción sería controlado por el Espíritu Santo. Aprendemos por la anunciación angelical que hay dos fuerzas por las cuales el hombre puede ser controlado. Un hombre puede ser controlado por el alcohol, o por el Espíritu Santo. Ambos producirán un cambio en la conducta, es decir, la conducta normal. El poder de Juan no era el poder del alcohol, sino el del Espíritu Santo.

Seguidamente, leemos en el segundo capítulo de Hechos sobre la venida del Espíritu a este mundo para hacer su residencia en la iglesia. En este tiempo los creyentes fueron llenos del Espíritu Santo (versículo 4). Había algo en el ministerio de los apóstoles, algo en su mensaje que no era natural, y que requería una explicación. Ahora bien, si un hombre viene con un mensaje y un poder sobrenatural, este hombre ha de ser creído y su mensaje aceptado. Si un hombre profesa ser un mensajero de Dios y posee un poder o algo que no procede de Dios, dicho hombre ha de ser rechazado y su mensaje escarnecido. Pedro se levantó el día de Pentecostés para dar un mensaje a la nación de Israel. Esta era la misma nación que había rechazado a Jesucristo, la nación que había dicho: «No queremos que este hombre reine sobre nosotros». El mensaje de Pedro se resume en el versículo 36: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis. Dios le ha hecho Señor y Cristo [Mesías]». Ahora bien, si Pedro predicó un mensaje divino por el poder del Espíritu Santo, su mensaje había de ser creído y los hombres que lo recibieron tenían la responsabilidad de obrar consecuentemente. Sin embargo, los líderes religiosos allí presentes dudaban de la autoridad de Pedro, porque habían llegado a la conclusión de que Pedro estaba embriagado. Reconocían el hecho de que estaban viendo y escuchando a un hombre controlado por un poder sobrenatural. En los versículos 12-13 leemos: «Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Mas otros, burlándose decían: Están llenos de mosto». «¡Estos hombres están embriagados!» El alcance de su ironía se destaca en el texto original, porque los líderes religiosos no usaron la palabra habitual vino, la bebida intoxicante, sino la palabra que se usa para el jugo de uvas recién prensado. Ridiculizaron a aquellos hombres al inferir que como niños se habían embriagado al tomar un sorbo de jugo de uvas. ¿Quién quiere escuchar la parlería de bebés embriagados con jugo de uvas? Pedro refutó sus alegaciones indicando que tan sólo era la tercera hora del día (versículo 15). Ya que aquel día era un día santo, ningún judío hubiese bebido alcohol desde la puesta del sol el día anterior, hasta la puesta de sol de aquel día. Ya que eran judíos observantes de la ley, era imposible tratar de explicar sus acciones como si fueran

motivadas por el vino. Por esto les dice: «Esto no es embriaguez, esto no es el control o influencia del alcohol, como suponéis, sino lo que fue profetizado por Joel, porque Joel profetizó que el Santo Espíritu de Dios vendría a morar y controlar en hombres que usaría para la gloria de Dios». Así, pues, vemos que Pedro presentó un contraste entre el ser controlados por la bebida alcohólica o el ser controlados por el Santo Espíritu de Dios.

En Efesios 5:18 vemos el mismo contraste donde Pablo les exhorta: «No os embriaguéis con vino...», antes de darles el mandamiento: «Sed llenos del Espíritu». ¿Por qué algo tan despreciable como la embriaguez se menciona casi al unísono con la gloriosa experiencia de ser controlados y movidos por el Espíritu Santo de Dios? Porque ambos tienen un efecto parecido, es decir, ambos pueden transformar al hombre completamente. Tanto si una persona es controlada por el alcohol o por el Espíritu de Dios, su conducta será distinta de lo que era antes de ser controlada. Cuando el alcohol tiene efecto en una persona, su caminar varía. La prueba clásica para saber si una persona está embriagada, es si puede andar sobre una línea recta de yeso. ¿Por qué? Porque si un hombre es controlado por el alcohol no puede andar en línea recta. Incluso cuando el alcohol controla a una persona tímida, tanto así que tiene miedo de su propia sombra, después está dispuesto a luchar contra cualquiera; alguien que no se atrevería a cantar nunca, cantaría a plena voz; y alguien que es tan tímido y retraído como un ratón, es transformado en alguien decidido. ¿Cómo? Porque es controlado por el alcohol, y tal control transforma al hombre destapando sus inhibiciones.

Lo que el apóstol quiere mostrarnos por vía de contraste, es que cuando alguien está bajo el control del Espíritu de Dios, su vida altera de tal manera que, mientras antes no podía someterse a los requisitos divinos de rectitud por sus propias fuerzas, ahora, controlado por el Espíritu Santo, éste produce un nuevo tipo de vida. El Espíritu de Dios puede asemejar su andar con andar de Jesucristo. El Espíritu de Dios puede convertir al hombre para ser testigo de Jesucristo, y labios que antes eran tímidos, se convierten en labios que hablan con autoridad. El individuo es transformado por el Espíritu de Dios, que le llena o controla. Y el ideal de Dios para sus hijos es que éstos estén controlados o poseídos de tal manera por el Espíritu de Dios, que la vida de Cristo se manifiesta por la plenitud del Espíritu Santo.

LOS RESULTADOS DE LA PLENITUD

Es innecesario probar que el creyente está viviendo en un mundo degenerado. Es tentado a aceptar normas de conducta que no son conformes a la Palabra de Dios; está rodeado de costumbres y prácticas que son contrarias a las enseñanzas de la Escritura. Es rechazado porque el Señor Jesús fue rechazado, y perseguido porque Jesucristo fue desechado por los hombres. Aun así, y a pesar de nuestra difícil situación en que nos encontramos, no elimina nuestro deber a la santidad, justicia, bondad y piedad impuestas por un Dios Santo y Justo.

El futuro económico del mundo es incierto. Nadie puede predecir lo que sucederá. La situación política es tal que los hombres están ansiosos por una solución. Religiosamente el mundo es un nido de confusión. Aquellos que proclaman el nombre de Cristo parecen disminuir en número. Mientras que la incredulidad y apostasía parecen incrementar por todas partes. ¿Cómo puede el hijo de Dios afrontar la situación religiosa, política, económica y social que se le presenta? Dios ha provisto para los creyentes a Alguien en quien pueden confiar para sostenerles en toda prueba y tribulación.

El Señor Jesús dijo a sus discípulos que era necesario que El marchase. En vista de esto les prometió: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...» La palabra traducida «Consolador» significa «un ayudante, alguien que ha sido llamado a ayudar». Permíteme ilustrar lo que significamos al decir que el Espíritu Santo ha venido a ayudar, como un apoyo, una muleta por así

decirlo. Mientras que una muleta parece un símbolo de debilidad para el usuario, en sí misma la muleta es también una fuerza. El hijo de Dios es como una persona deshabilitada que no puede mantenerse en pie, caminar como debería; por ello necesita una muleta. Dios nos ha concedido a alguien en quien el hijo de Dios puede apoyarse o depender.

Pero esta ilustración no satisface, porque una muleta es un apoyo *exterior*. Dios el Espíritu Santo ha venido a habitar dentro de nosotros para ser nuestro apoyo *interior*. Pablo se refiere a esto en 2.^a Corintios 3:5: «No que seamos competentes por nosotros mismos, para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios». En esta misma epístola. Dios dijo a Pablo: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (12:9). ¿Cuál era la suficiencia de Pablo? ¿En qué se apoyaba? ¡La gracia de Dios! Era sostenido y fortalecido por el Espíritu de Dios. Estoy seguro que muchos de vosotros habéis recurrido a Filipenses 4:13 en el tiempo de prueba, desánimo, derrota o necesidad y habéis proferido las palabras: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». Dios nos ha prometido su ayuda. Su gracia, poder y fuerza están disponibles al hijo de Dios. Cuando el cristiano camina por los medios del Espíritu de Dios, tiene a Alguien en quien puede apoyarse, que puede sostenerle en todas las experiencias de su vida.

A pesar de que Dios nos ha provisto a los cristianos con Alguien que puede sostenernos y sustentarnos, muchos de nosotros no nos apropiamos del Ayudador que ha provisto. Podemos comprender que los no cristianos busquen algo que les dé el sostén que necesitan, porque no tienen el Espíritu Santo dentro de ellos que les llene, les posea, les dé poder y les ayude. La gente mundana tiene muchas cosas que como las muletas y soportes, les ayudan y de las cuales dependen. Pero qué trágico es ver a un hijo de Dios abandonar y confiar en algo que el mundo usa para ayudarle en momento de prueba o experiencias difíciles.

Una de las cosas en que el mundo confía es el alcohol. El alcohólico no lo es necesariamente por la cantidad de alcohol que bebe, sino por el hecho de depender en éste para ayudarle a superar las experiencias que son demasiado duras para él. Se ha convertido en alguien totalmente dependiente del mismo. Habrás visto a menudo personas que alcanzan un cigarrillo nerviosamente, bajo una gran tensión. ¿Por qué? Porque para él el cigarrillo era una muleta. ¿Por qué hay cristianos que dependen en la ayuda que les da el cigarrillo, en lugar de la ayuda disponible del Espíritu de Dios? Igualmente, una taza de café puede convertirse en esa muleta. Si la taza de café es absolutamente necesaria para afrontar alguna situación, entonces estás usando el café como un apoyo. Comida o incluso dulces pueden convertirse en muletas. Cristianos que se sobrealimentan, son testimonio silencioso del hecho de que dependen de algo más que el Espíritu para su consolación. Hay muchos que bajo la fatiga o el cansancio recurren a algún escape —el periódico, la revista, la novela o la televisión—. Porque no saben cómo apropiarse del poder de Dios que está disponible, prefieren depender en otras formas de ayuda o muletas.

La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Por qué uso estas cosas? ¿Espero que realmente hagan lo que el Espíritu de Dios puede hacer? ¿Estoy esperando que hagan lo que solamente el Espíritu de Dios puede hacer? Si esto es verdad en tu propia experiencia, sería bueno que hicieras de todo ello un montón de basura. Cuando hay cosas que hemos usado como sustitutos de la bendita experiencia de haber sido llenos con el Espíritu de Dios y las desechamos, podemos ponernos enteramente en sus manos para depender de El. Debemos recordar que cuando nos entregamos a las ayudas temporales del mundo, nos ayudará por el tiempo que esta ayuda dure, pero nunca tendremos el mismo gozo que cuando recibimos la ayuda del Consolador. No seas lleno de vino. Ni dependas de ninguna ayuda mundana. Sé lleno del Espíritu.

XV. SOMETIÉNDOSE AL ESPÍRITU (Romanos 6:11-23)

Cuando era estudiante en el seminario, nuestro presidente, el doctor Lewis Sperry Chafer, vino a la clase una mañana con un destello en sus ojos. Acababa de regresar de un largo viaje. Nos contó que al terminar una de sus reuniones, un hombre se le acercó, y le dijo: «Oh, doctor Chafer, justamente acabo de recibir el bautismo del Espíritu Santo. Dígame, ¿nunca ha recibido la segunda bendición?» El doctor Chafer le dijo: «Sí la he recibido, en efecto; ya he tenido la tercera». El interlocutor le miró un tanto sorprendido, y dijo: «He oído hablar de la segunda bendición, pero nunca de la tercera. ¿De qué se trata?» El Dr. Chafer respondió: «Pensándolo bien, imagino que he alcanzado la bendición que hace tres mil en lugar de tres». Aquel hombre quedó perplejo y miró al Dr. Chafer pensando que éste estaba fuera de sí. Entonces el Dr. Chafer aprovechó la ocasión para explicar a su interlocutor la diferencia existente entre el bautismo del Espíritu Santo y ser llenos del Espíritu Santo.

En Efesios 5:18 el apóstol da el mandamiento: «Sed llenos del Espíritu». ¿Cómo puedo ser lleno del Espíritu Santo? ¿Cómo puedo obedecer este mandamiento: «Sed llenos del Espíritu»?

BAUTISMO Y PLENITUD

Primeramente, permíteme recordarte que hay una diferencia entre ser bautizados con el Espíritu Santo y ser llenos de El. El apóstol, en 1.^a Corintios 12:13, escribe: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu». La obra del Espíritu de Dios al bautizar al creyente es para unirle a Cristo como un miembro viviente en el cuerpo de Cristo, el cual es la Cabeza. Esto es enteramente distinto al mandamiento de Pablo en Efesios 5:18, donde dice: «Sed llenos del Espíritu». No es nuestro propósito el investigar la obra bautismal del Espíritu de Dios. Nos gustaría señalar varios contrastes que nos pueden ayudar a ver la distinción existente en lo que Pablo está enseñando cuando habla de las dos obras del Espíritu. Según 1.^a Corintios 12:13, la obra bautismal del Espíritu tiene lugar sólo una vez y para siempre. Ocurre en el momento en que uno acepta a Jesucristo como Salvador personal. Por otra parte, la plenitud del Espíritu es algo continuo, y a veces puede ser una experiencia repetida en la vida del creyente.

En segundo lugar, para los que habéis aceptado a Jesucristo como Salvador personal, la obra bautismal del Espíritu Santo tuvo lugar en el pasado. Sucedió en el momento de la experiencia en que aceptaste a Jesucristo como Salvador personal. Para ti es un acontecimiento y un hecho pasado. Pero la plenitud del Espíritu referida en Efesios 5:18 está relacionada con tu experiencia actual y diaria.

Todo creyente ha experimentado la obra bautismal del Espíritu Santo. Pablo dijo: «Todos hemos sido bautizados en el cuerpo de Cristo» (1.^a Corintios 12:13). No existe tal cosa como un creyente que no ha sido bautizado, porque todos cuantos aceptan a Jesucristo como Salvador personal sin excepción están unidos al cuerpo del cual Jesucristo es la cabeza. Pero la plenitud del Espíritu es verdadera o real solamente en algunos. Si todos los creyentes fueran llenos sería innecesario para Pablo dar el mandamiento ser llenos del Espíritu. Vemos nuevamente que la obra bautismal del Espíritu afecta nuestra unión con Cristo. Pero ser llenos del Espíritu desprende el poder de Dios a través de la vida del individuo y tiene que ver con la vida práctica y no con nuestra unión con Cristo.

Seguidamente, vemos que no se ordena a ningún creyente que sea bautizado con el Espíritu. Pero sí que se les ordena que sean llenos del Espíritu. Esto quiere mostrarnos que el bautismo tiene que ver con nuestra posición en relación con Cristo, mientras que la plenitud está relacionada con nuestra experiencia en las cosas del Espíritu de Dios. Ahora bien, con estos contrastes en mente, podemos ver por qué el Dr. Chafer vio la necesidad de mostrar a su interlocutor, que sería imposible para un creyente experimentar un segundo bautismo. Basándonos en la autoridad de la Palabra de Dios podemos declarar que si has aceptado a Jesucristo como Salvador personal ya has sido bendecido «con toda bendición espiritual...en Cristo» (Efesios 1:3), excepto con el nuevo cuerpo glorificado. Esto ha de esperar nuestro arrebatamiento o resurrección. Pero no hay ningún otro don que Dios haya reservado de nosotros. Ya que quizá no has entrado a participar de las bendiciones provistas, en este estudio nos proponemos el llevarte a ti que has sido bendecido con toda bendición espiritual a la experiencia de aquellas bendiciones espirituales y para que llegues a conocer el gozo de ser lleno y controlado continuamente por el Espíritu de Dios.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Al considerar el mandato de Pablo «sed llenos del Espíritu», varios hechos importantes deben ser observados.

Primeramente, la construcción gramatical es importante. Las palabras «Sed llenos del Espíritu» están en el imperativo, una orden dada a los hijos de Dios, no un ruego. No tenemos que debatir si hemos de ser llenos o no. No es algo que podemos tomar o dejar. Dios ha dado el mandamiento, porque es su propósito de que todos sus hijos sean controlados por el Espíritu de Dios.

Luego, nos damos cuenta que el apóstol usa el verbo en tiempo presente. El verbo tal como se usa en la frase «Sed llenos del Espíritu» expresa una acción continua que tiene lugar permanentemente. Es difícil traducir esto al castellano corriente, pero lo que el apóstol dice es: «Creyentes, habéis de ser llenos del Espíritu constantemente». Quizá no sea buen castellano, pero sí es buena teología. Esta no es una acción que sólo tiene lugar, o sucede una vez, como el bautismo del Espíritu Santo, que no hay necesidad de que se repita. Después de haber sido unidos al cuerpo de Jesucristo por el Espíritu Santo, esta relación no puede terminarse nunca, por lo que no necesitamos ser bautizados por segunda vez. Pero los creyentes deben ser llenos del Espíritu de Dios continuamente. Y esto debería ser una experiencia diaria, de cada hora, de cada momento, en que el Espíritu de Dios nos controla a fin de que seamos conscientes de que estamos bajo su autoridad, bajo su dominio y control.

También hemos de notar que el verbo griego que se traduce «sed llenos» está en la forma pasiva, que significa que la acción de llenar es llevada a cabo por otra persona. No se nos ordena que nos llenemos a nosotros mismos, sino que hemos de permitir que el Espíritu Santo de Dios, que habita dentro de nosotros como su templo, de poseernos y controlarnos de tal manera que, por el Espíritu de Dios somos continuamente llenos del Espíritu. No necesitamos obtener más del Espíritu Santo; en lugar de esto hemos de dejar al Espíritu Santo poseer *todo* nuestro ser. Por esto no se nos exhorta a conseguir más del Espíritu Santo de lo que hemos recibido, pero hemos de permitir que Dios el Espíritu Santo nos posea y nos use. El mandamiento de Pablo es que debemos ser controlados, no por vino, sino por el Espíritu Santo de Dios, para que Aquel que reside en nosotros también presida sobre nosotros. Aquel que ha venido a habitar en nosotros se le permita dictar sobre nosotros.

UN ACTO DE FE

¿Cómo podemos los que hemos nacido de nuevo, y en la familia de Dios, y hemos sido

bautizados en el cuerpo de Cristo, experimentar la plenitud del Espíritu? ¿Cómo podemos ser traídos bajo el control del Espíritu de Dios para que El sea el dictador de nuestras vidas? Podemos encontrar la respuesta a estas preguntas en una palabra pronunciada por nuestro Señor en la ocasión de su visita a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos: «En el último y gran día de la fiesta. Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo el Espíritu que habían de recibir los que creyeren en El; pues aún no habían venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:38-39).

En esta invitación se nos indica cómo un hijo de Dios puede ser lleno del Espíritu. Empieza con un deseo. Tiene que haber sed. Cristo dijo: «Si alguno tiene sed»; a menos que una persona tenga sed no beberá, y ningún hombre será controlado por el Espíritu Santo a no ser que quiera ser controlado, que quiera que cada una de las partes de su vida sean sometidas a la autoridad del Espíritu. Es trágico que tantos cristianos están satisfechos con tan poco. Están satisfechos con sus experiencias actuales, satisfechos con el conocimiento que tienen, satisfechos con victorias del pasado. No tienen el deseo de conformarse a Cristo, para manifestar la justicia de Dios día a día. En su presunción nunca levantan sus voces para clamar a Dios, para nada más de aquello que ya tienen. Me preocupan en gran manera la sed espiritual de Moisés, David, y el apóstol Pablo. Después que Moisés estuvo en el monte con Dios, rogó: «...te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca» (Ex. 33:13). David clamó: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti oh Dios, el alma mía» (Salmo 42:1). Pablo revela su sed en Filipenses 3:10, cuando expresa su deseo «a fin de conocerle». Y nuestro Señor dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). Mientras estés satisfecho con las bendiciones que estás gozando, también lo estarás con la clase de vida que ahora llevas, no estarás sediento ni anhelarás el ser sometido al control del Espíritu, para que el Espíritu te fortalezca en la nueva vida y en la nueva manifestación de la santidad de Jesucristo y la justicia de Dios en tu experiencia diaria. Necesitamos estar insatisfechos con nuestros logros espirituales actuales, venir a El y decirle: «Señor, no puedo hacerlo. No puedo conseguir la meta y el propósito que como hijo de Dios tienes para mí. Pero quiero entregar mi vida a las manos de tu Santo Espíritu y dejarle que me dé el poder para que la justicia de Cristo sea manifestada en mí». Tienes que tener un deseo por lo que Dios quiere darte.

Cuando una persona responde a la invitación de nuestro Señor en Juan 7:37 («Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba»), admite su propio fracaso a' venir. Y permitimos que nuestro empedernido orgullo y amor propios obstruyan la obra del Espíritu y el controlarnos, porque somos independientes por naturaleza. Jesucristo dijo que nunca seréis traídos bajo el control del Espíritu de Dios hasta que lleguéis al fin de vosotros mismos, hasta que abandonéis vuestra lucha, vuestro propio, intentar y esperar y el hacer promesas, hasta que admitáis vuestra derrota y vengáis a El. ¿Por qué es que los hombres son tan reacios a venir a Jesucristo para salvación cuando les ofrece el perdón de los pecados, cuando les ofrece el don de la vida eterna, cuando les ofrece una posición como hijos de Dios en su familia de redimidos? Porque son demasiado orgullosos. Algunos hombres dirán: «Es un insulto a mi moralidad, un insulto a mi intelecto, un insulto a mi religión». No llegan a recibir este don por su terquedad. ¿Por qué será que nosotros, los que hemos aceptado el don de la vida eterna, no venimos a apropiarnos de la provisión que Dios ha hecho en el Espíritu Santo para que vivamos para la gloria de Dios? Debido al orgullo y la obstinación. No queremos admitir, a nosotros mismos, o a Dios, o a nadie más que no podemos vivir la vida cristiana. Por lo que seguimos batallando. Con un tono de triste determinación decimos: «Yo puedo, puedo y puedo. No lo consigo, pero lo intentaré, lo intentaré y lo intentaré». En lugar de confesar nuestra inhabilidad y vengamos a El, y bebamos.

Un hombre no solamente ha de venir, sino que ha de beber. «Venga a mí, y beba». Este es el acto por el cual nos apropiamos de lo que Dios ha provisto. El apóstol Pablo dijo en Efesios 5:18: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». Una botella de bebida intoxicante puede ser puesta enfrente de una persona, pero ésta nunca se embriagará por el mero hecho de mirar o tenerla en sus manos. No se intoxicará hasta que haya ingerido lo suficiente para que controle todas sus facultades y sentidos. Ningún hombre será controlado por el Espíritu de Dios a menos que se someta conscientemente al Espíritu, a su dominio y control. «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.» En Juan 7:38-39, nuestro Señor expresa lo que quiere decir la acción de beber: el beber es su símbolo de creer, su símbolo de reconocer un hecho. La creencia, o la fe, se apropian todo lo que Dios ha provisto.

EL MÉTODO DIVINO DE CONTROL

En el capítulo 6 de Romanos, el apóstol tiene mucho que decirnos sobre el método por el cual una persona es llena o controlada por el Espíritu Santo. En el versículo 11 nos pide que creamos un hecho, que consideremos y creamos un hecho: nuestra relación con la muerte y resurrección de Cristo. Lo mismo sucede en cuanto al control y plenitud del Espíritu Santo. Necesitamos reconocer ciertos hechos. Cuando nacimos en la familia de Dios recibimos vida eterna, el perdón de los pecados. Desde el momento en que aceptamos a Cristo como Salvador, fuimos unidos al cuerpo de Jesucristo, el cual es la Cabeza. En el mismo instante en que aceptamos a Jesucristo como Salvador personal. Dios el Espíritu Santo vino a morar en nuestro cuerpo haciéndolo su templo. Estos son hechos que han de ser creídos. Es basándonos en estos hechos que se requiere un corresponder de los hijos de Dios. Lo cual viene en la expresión *presentar*. «No dejéis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, de modo que le obedezcáis en sus concupiscencias. Ni tampoco *presentéis* vuestros miembros al pecado como miembros de iniquidad, sino *presentaos* vosotros mismos a Dios...». La palabra traducida *presentaos* en este pasaje de las Escrituras es la misma que se usa en Romanos 12:1, donde el apóstol dice: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios...». El significado de la palabra *presentarse*, quiere decir «entregarse o someterse a alguien». Pablo dice en Romanos 6:13 que hemos de presentarnos o someternos nosotros mismos a Dios. Y sigue en el versículo 16: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis...?» Te puedes presentar al pecado o a la justicia. Cuando te sometes como siervo a la justicia te conviertes en siervo de justicia. El llamamiento a este servicio se encuentra en el versículo 19: «Hablo como humano, por vuestra humana debilidad, que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia».

Una de las experiencias que dan más gozo a un pastor es presidir una ceremonia matrimonial. Durante el curso de la ceremonia, el pastor se volverá hacia el futuro esposo y le dirá: «¿Quieres por esposa a esta mujer?» Y él responderá: «Sí, la quiero». Dirigiéndose a la novia, le dirá: «¿Quieres a este hombre como esposo?» A lo que responderá ella: «Sí, le quiero». Al hacer el hombre y la mujer esta promesa, se constituyen marido y mujer. Desde este momento están casados. El pastor, de acuerdo con la ley de Dios y del estado, sólo puede presidir el acto y declarar que este hombre y esta mujer están casados. Para el matrimonio es esencial el consentimiento de la voluntad de ambos cónyuges.

Así, pues, el apóstol usa el mismo concepto para mostrarnos cómo podemos ser controlados por el Espíritu de Dios. No tiene lugar hasta que el creyente se somete conscientemente a la autoridad del Espíritu Santo que mora dentro de él, y se presenta para ser controlado por él mismo. La experiencia de ser controlado por el Espíritu no será tuya hasta que te sometas, presentes y

entregues al control del Espíritu. «Sed llenos del Espíritu.»

XVI. LA LIBERTAD EN LA VIDA CRISTIANA (Romanos 14:1-13 a)

La Biblia es un libro para el cual el tiempo no cuenta. Al leer sus páginas pronto descubrimos que los pecados que Noé, Abraham, David, Pedro y Pablo afrontaron, son los mismos que afrontamos en nuestros días. Los mandamientos y prohibiciones impuestas a los santos de tiempos antiguos en la Palabra de Dios, son tan aplicables hoy como lo fueron siempre. Los tiempos cambian, pero los hombres no cambian. Las sociedades y las costumbres cambian pero los principios por los cuales Dios gobierna nuestra conducta, son tan contemporáneos ahora como lo eran cuando fueron pronunciados a aquellos hombres de antaño.

El apóstol Pablo, escribiendo a los Romanos, les ha presentado las gloriosas verdades de su libertad de la condenación del pecado y su libertad de andar en novedad de vida en Cristo Jesús. Les ha presentado el gran hecho de la justicia que les ha sido imputada, y los resultados que esta justicia producirá mediante el Espíritu de Dios. En Romanos 14 y 15 establece ciertos principios para guiar a los hijos de Dios en cuanto a las cosas de carácter dudoso. Hoy en día, hay ciertas prácticas, como las hubo en aquel entonces, en las cuales si consentimos, pueden perjudicar nuestro crecimiento y testimonio cristianos. Si el apóstol hubiera tratado especialmente algunas de las prácticas de sus días, hubiéramos asumido que estas porciones de la Palabra de Dios no se aplican a nosotros porque dichos problemas han dejado de existir. Pero en cuanto al tema de cosas dudosas, el apóstol nos da principios aplicables a todo tiempo, por los cuales el hijo de Dios determina cuándo un hábito, práctica o forma de conducta es aceptable —principios por los cuales puede determinar lo que está bien o mal.

El primer principio al que queremos dirigir tu atención, se encuentra en Romanos 14:1-13 a, es el principio de *libertad en Cristo Jesús*.

LA LEY MOSAICA

Cuando Dios llamó a Abraham en Ur de los Caldeos, Dios había separado un hombre para sí mismo. Era el propósito de Dios hacer de Abraham una gran nación, y le separó a él y a su simiente por la promesa que hizo con Abraham, tal como se relata en Génesis 12:1-9, para que la simiente de éste fuera un pueblo especial. En aquel tiempo Dios sacó a la nación de la esclavitud egipcia e instituyó la ley mosaica, Dios les dijo: «Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre las águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra» (Éxodo 19:4-6). Dios, que había separado para sí a Abraham, y a la simiente de éste como especial tesoro, se propuso que los hijos de Israel fueran un reino de sacerdotes, gente santa, es decir, una nación separada para El. Ahora bien, a fin de que los hijos de Israel tuvieran esta característica peculiar de un reino de sacerdotes y nación santa. Dios dio instrucciones a Moisés, diciendo: «Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel. Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado» (Éxodo 19:6-7). Y esta ley que el Señor dio a Moisés, y que a la vez fue dada al pueblo de Israel para que fueran real sacerdocio y gente santa, fue diseñada para que gobernara toda su vida.

Con el fin de que el pueblo de Israel fuera testigo para la gloria y santidad de Dios ante las naciones de la tierra. Dios les dio leyes que gobernaban todos los aspectos de sus vidas. El calendario de fiestas era cuidadosamente preparado para cada año. Había los días santos y los días del *Sabbath*

(sábado). El mandamiento de guardar el día del *Sabbath* era una ley religiosa que fue dada con el propósito de separar a Israel como un pueblo especial de Dios. Ninguna otra nación observaba o guardaba el sábado. Además de las leyes religiosas, Dios instituyó leyes dietéticas a Israel. Dios no llamó o consideró a cierto tipo de animal inmundo, porque no fueran buenos para ser consumidos por la sociedad, ni tampoco llamó a otros animales limpios pensando en que eran más nutritivos. Más bien la división que Dios estableció entre lo limpio y lo inmundo era para mostrar que cuando la nación participaba de aquello que es limpio y se refrenaba de usar aquello que es inmundo, fueran distinguidos como una nación especial. La ley de Dios regulaba el tipo de comidas que se consumían en los hogares judíos, determinando aquellas comidas que podían juntarse y aquellas que debían separarse; lo que se podía comer y lo que no se debía comer. Había también leyes establecidas relacionadas con la manera de vestir. Dios dictó por medio de la ley mosaica cómo habían de vestirse y cómo no debían vestirse. Estableció reglas que determinaban la composición o mezcla de tejidos que podían usar. También estableció ciertas leyes matrimoniales. Estas estaban designadas por Dios para preservar a Israel como pueblo especial y gente santa. Así vemos que toda la vida judaica estaba circunscrita por leyes, leyes destinadas a producir gente santa, una nación separada para Dios.

Al pasar los siglos, la ley mosaica se convirtió en algo pesantero para los judíos. Los fariseos eran tan conscientes de la responsabilidad del hombre, a la luz de la ley revelada por Dios, que habían intentado codificar y sistematizar todas las leyes dentro de la ley de Moisés para los judíos. Al llegar a los tiempos de ministerio de Cristo, habían alcanzado a clasificar 365 mandamientos en forma negativa y 250 en forma positiva. Mantenían que esto era la suma total de la ley, y enseñaban que era la obligación de todo judío el mantener estos mandamientos que ellos dicen resumen la ley de Moisés.

LA LIBERACIÓN DE LA LEY

Es al leer el relato de la vida de nuestro Señor que descubrimos que El mismo anticipó la abolición de la ley. La ley de Moisés era para la nación judía, y cuando ésta rechazó a Jesucristo como Salvador y Mesías, dejaron de ser un pueblo especial separado para Dios. Es por esto que las leyes que habían sido designadas para conseguir esto en su experiencia habían perdido su utilidad. Al rasgarse el velo del templo en el momento de la crucifixión de Cristo (Mateo 27:51), fue la señal que Dios nos dio para decirnos que aquello que había instituido para separar una nación especial para Dios era abolido. Esto es a lo que el autor de Hebreos se refiere en 8:13: «Al decir: Nuevo pacto ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer». El apóstol tiene en mente la ley mosaica cuando se refiere a aquello que envejece, y está próximo a desaparecer, y con ello predice la destrucción de Jerusalén y el templo en el año 70 d. de C. Así, pues, vemos que la nación de Israel, que por generaciones incontables había estado gobernada por la ley en todos y cada uno de los aspectos de su vida, al rechazar a Cristo perdieron su posición como gente santa y nación separada. Y aquella ley que les gobernó y les separó fue anulada.

Este hecho fue revelado al apóstol Pedro, y se nos relata en el capítulo 10 de Hechos, donde leemos: «Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta. Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis; y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás. Volvió a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llares tú común. Esto sucedió tres veces y aquel lienzo fue recogido en el cielo». Dios reveló que la distinción entre limpio y sucio, entre común y sagrado había sido abolida, porque Dios había derogado la ley que establecía estas

distinciones para que Israel fuese una nación apartada para El. Así fue abolida la prohibición en contra de los alimentos que se consideraban limpios o inmundos, mostrando que la distinción no existía en el animal, sino más bien en el dictado divino: «De esto comerás, y de esto no comerás». Después que Dios abolió la ley, la distinción entre limpio e inmundo cesó.

Para Pedro fue muy difícil, como podéis imaginar, aceptar esta revelación divina. Pedro compartió con la familia de Cornelio, y más tarde con los apóstoles y hermanos, el mensaje que había recibido de Dios. Pero descubrimos al volvernos a la epístola a los Gálatas, que mientras Pedro tenía un conocimiento teórico del hecho que Dios había destrozado el muro de separación, y había hecho todas las cosas limpias experimental o prácticamente, le era difícil actuar sobre la base de lo que doctrinalmente había llegado a conocer. En Gálatas 2:11, Pablo, hablando de su contacto con Pedro en la ciudad de Antioquía, escribió: «Pero cuando vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar». Ahora bien, ¿por qué se opuso Pablo a Pedro en este encuentro personal? Vemos la respuesta en el versículo 12: «Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles». Pedro había estado practicando lo que Dios les había revelado estando en la azotea de aquella casa en Jopá (Hechos 10), que la distinción entre judío y gentil, y entre limpio e inmundo había cesado, y que Pedro era libre de comer con los gentiles, y comer de su comida. Pero cuando algunos judíos de Jerusalén vinieron a Antioquía, Pedro «se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión». Tenía miedo de lo que los judíos pensarían de él, porque el apóstol de los judíos, estaba comiendo con los gentiles. Pedro, al retraerse, negó la libertad que Dios les había dado (Hechos 10) e interpuso de nuevo la barrera en él y sus hermanos gentiles. Se sometió nuevamente a la ley mosaica, observando aquellas distinciones que habían sido abolidas con la muerte de Cristo. No solamente tuvo un efecto sobre Pedro, sino que «en su simulación participaban también los otros judíos» (versículo 13). Es decir, los otros judíos que estaban con Pedro le siguieron apartándose de la verdad de que ahora todas las cosas eran limpias, y éstos, al igual que Pedro, construyeron una pared de separación entre ellos y los gentiles, «de tal manera, que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos», a lo que Pablo dijo «viendo que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?» Aquí Pablo reprendió seriamente a Pedro porque había negado la libertad de la ley de Moisés que está incluida en el mensaje del Evangelio.

Al acercarnos a la Epístola a los Romanos, vemos que el mismo problema era confrontado por aquella asamblea de creyentes. Mientras que la iglesia romana estaba principalmente formada de gentiles, había un cierto número de judíos en la congregación. Los judíos tenían un fondo histórico distinto al de los gentiles y viceversa. Los gentiles, mirando a los judíos preguntaban: ¿Por qué observan estas costumbres? Y los judíos, mirando a los gentiles, dirían: ¿Cómo es posible que coman esas cosas? Por lo tanto, el apóstol tuvo que escribir a esta congregación para establecer ciertos principios en cuanto al tema de las cosas dudosas, y con el fin de que aquellos no tuvieran disensiones sobre el asunto. El primer principio que el apóstol estableció es el principio de la liberación de la obediencia a la ley mosaica, ya que la ley había sido abolida como la base por la cual Dios separaba a la gente y el pueblo para sí mismo. Aunque Dios, hoy tanto como en los tiempos de Abraham o de Moisés, se preocupa en separar un pueblo especial y separado para su nombre. El propósito de Dios es que tú y yo seamos un pueblo escogido, especial, gente santa, real sacerdocio. Pero el método que Dios usa para realizar esto no es instituyendo nuevas leyes, o una lista de lo que podemos o no podemos hacer, como sustituto de la ley de Moisés. El nos hace semejantes a Cristo por el Espíritu Santo, a fin de que por la obra transformadora del Espíritu Santo, seamos un sacerdocio real, nación santa, un linaje escogido, para su honra y gloria.

LIBERTAD EN CRISTO

Estos principios que encontramos en Romanos 14, Pablo los estableció para guiar a los cristianos de aquellos días, pero mantienen su validez hoy en día. Pablo empezó Romanos 14:1 diciendo: «Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres». El apóstol se daba cuenta del peligro de que algunos hermanos hicieran listas que dictasen los requisitos y estipulasen las cosas dudosas, y lo usaran para probar a los hermanos en la comunión fraternal. El apóstol dijo: «Recibid a todos los hermanos, aun los débiles en la fe, pero no lo hagáis con el propósito de debatir el tema de las cosas dudosas». El apóstol reconocía que en toda clase de congregación habría dos tipos de creyentes — los débiles y los fuertes en la fe—. El hermano débil es aquél que no posee la fe para creer que Dios ha hecho todas las cosas limpias y aceptables. El hermano fuerte es aquél que cree y acepta la revelación de Dios de que todas las cosas son permisibles porque Dios ha abolido la ley que hacía las cosas limpias e inmundas.

El hermano débil no podía aceptar el hecho de la revelación, y el hermano fuerte acogía la revelación y obraba según ella. Cuando Pedro recibió la revelación relatada en Hechos 10, y fue y la contó a los hermanos, manifestó ser un hermano fuerte. Pero más tarde, cuando ciertos judíos vinieron de Jacobo, se convirtió en un hermano débil, porque no quería aceptar el hecho de que la comunión con los gentiles estaba aprobada y bendecida por Dios. Hemos de tener mucho cuidado en nuestra definición de quién es un hermano fuerte y quién es un hermano débil. Está relacionada con el tema de la fe en la revelación que Dios ha hecho.

El apóstol señaló tres cosas cuando estableció este primer principio, es decir, el principio de la libertad en Cristo. Primeramente, el hermano, débil o fuerte, no debe juzgar a su hermano. El hermano débil no debe juzgar al hermano fuerte que ha aceptado la revelación de Dios de que todas las cosas son limpias y puede comer de ellas. El hermano fuerte debe, asimismo, no condenar al hermano débil, que no tiene fe para aceptar y creer que puede comer de todo. Podemos ver cómo el peligro de que ambos podían caer en la trampa de juzgarse y despreciarse el uno al otro. Por lo tanto, el apóstol dijo: «El que come [porque tiene fe para creer que todas las cosas son limpias], no menosprecie al que no come» (versículo 3). La palabra «menospreciar» significa «escarnecer».

Un creyente diría: «Yo creo en la revelación que Dios hizo a Pedro. Creo que puedo comer de todo. ¿Por qué no puede comprenderlo ese bebé espiritual?» Y, por lo tanto, miraría a su hermano judío con desdén, porque no tenía fe para creer que podía comer huevos con jamón. Por otra parte. Pablo dijo: «Y el que no come, no juzgue al que come». Mientras el hermano fuerte mastica un bocadillo de jamón, el hermano débil le miraría diciendo para sí: «¿Cómo es posible que pueda comer carne de cerdo?»

Así que el apóstol quiso decir: «Ambos tenéis que tener cuidado y no menospreciar a aquel que no posee la fe. El que no tiene fe para comer de ciertas viandas, no tiene derecho a juzgar a quien tiene fe para consumirlas».

¿Por qué eran ambas acciones prohibidas? Porque Dios ha aceptado a los dos; al hermano fuerte y al débil. Como podéis ver, para Dios era algo inconsecuente tanto si comían como si no comían. El comer no puede traer un hombre a Dios, y la abstinencia del comer ya no podía ser usada para separar a una persona para Dios. Dios había aceptado tanto al fuerte como al débil por su fe en Jesucristo; por lo tanto, si uno comía o no, ello era inconsecuente.

La segunda cosa que el apóstol señaló sobre el principio de su libertad en Cristo se encuentra en los versículos 4 al 9. Ambos, el débil y el fuerte, han de reconocer que Jesucristo es el Señor. El título «Señor» implica el derecho a mandar. La manera correcta de corresponder a un señor es mediante la obediencia. El apóstol quería señalar en este pasaje que Dios no ha nombrado al hermano fuerte dueño del hermano débil, para que éste le obedezca; ni tampoco ha nombrado al hermano débil como señor para que el hermano fuerte le sirva. Dios no ha establecido tales derechos. Por lo que el apóstol dice: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae» (versículo 4). Pablo les está diciendo: «No es de mi incumbencia lo que tu señor y dueño te permita hacer; por lo tanto, si tu dueño te permite hacer cosas que mi dueño no me permite hacer, esto no me da derecho alguno a condenarte porque haces lo que tu dueño te permite hacer. Tan pronto como asumes esta posición de juez para condenar al siervo de alguien por lo que su dueño le permite hacer, estás usurpando las prerrogativas de su señor. Nadie tiene derecho a hacer esto». Seguidamente, Pablo les da la ilustración: «Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días» (versículo 5). Se refería a la observancia del sábado bajo la ley judaica. Los gentiles nunca habían guardado el sábado; los judíos tenían que observar todos los sábados. Muchos judíos, después de convertirse no podían romper con el hábito de observar el sábado. Continuaron observando el sábado como un día separado para el Señor. Algunos judíos cuando venía el sábado se sentían libres de hacer cosas que no se atrevían a hacer antes de ser salvos. El apóstol dijo: «El que hace caso del día, lo hace para el Señor...» (Versículo 6). Lo cual explica por qué el apóstol asistía frecuentemente a cultos en el día del sábado, y también el porqué muchos cristianos judíos todavía observaban el ritual y las ceremonias judaicas, en los primeros días de la historia de la Iglesia. Lo observaban para el Señor. El apóstol sigue diciendo: «Y el que no hace caso del día, para el Señor lo hace». Ambos tenían presente al Señor en su conducta personal. Luego Pablo se refiere nuevamente a la cuestión del comer: «El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios». Así, pues, Pablo muestra que es el Señor quien determina para cada uno de sus siervos lo que quiere que éste haga. El apóstol concluye la enseñanza de este pensamiento al decir: «Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (versículo 9).

El tercer aspecto de este principio de la libertad en Cristo se encuentra en los versículos 10 y 12, donde el apóstol nos dice que el derecho a juzgar pertenece al Señor. «Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante Mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.» A ningún creyente se le pedirá que dé cuentas sobre otro creyente. Cada individuo, personalmente, es responsable al Señor, su Dueño, y tiene la responsabilidad de conducir su vida para complacer al Señor que le ha llamado para sí mismo. Cuando un creyente vive para complacer a alguien, aquella persona se convierte en su juez, y Cristo es depuesto de su posición como Señor soberano de su vida. La conclusión la encontramos en la primera parte del versículo 13: «Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros». El apóstol no está hablando de pecado en este pasaje. Ningún hijo de Dios tiene derecho a pensar que no tiene importancia, si comete pecado. El pecado nunca tiene la aprobación de Dios y lo que está explícitamente prohibido en las Escrituras, y se clasifica como pecado, tanto es pecado en la vida del creyente como en la del pecador. Aquí el apóstol no está tratando el tema del pecado, sino aquellas prácticas que en sí mismas no son pecado; cosas que tanto si las hacemos como si no las hacemos, no afectan nuestra relación con Dios.

Pablo reconocía ciertos peligros que la Iglesia afrontaba. Peligros que también afronta la Iglesia de nuestros días. El primer peligro es que una congregación llegue a dividirse a causa de

cosas triviales llegando a romper la unidad entre aquellos que han sido acogidos en la familia de Dios. El segundo peligro es que como resultado de ellos, Jesucristo sea depuesto de su posición como la Cabeza, y otros usurpen este lugar mirando de conseguir control de sus vidas, los miembros del cuerpo de Cristo según su propia conciencia. Y el tercer peligro es que una persona o una congregación decidan establecer una lista de regulaciones que sustituyan la ley de Moisés y que vengan a gobernar la vida cristiana. Cuando uno se somete a una ley, tanto si es la ley de Moisés o una ley impuesta por nosotros mismos, y cuando obedece esta ley, creyendo que mediante la observación de aquella ley va a complacer al Señor, se ha convertido en un legalista. Una persona no se constituye legalista porque se ajusta a los niveles de la santidad de Dios. Una persona se convierte en legalista cuando usa la ley como un medio de producir justicia propia o justificación en su vida diaria. Por esto Pablo estaba preocupado, en caso de que los creyentes formaran leyes para sí mismos, con la convicción de que la conformidad a la ley sería agradable a Dios. Dios ha abolido la ley mosaica, dejando de ser aquello que hacía de Israel un pueblo separado para El. Dios se preocupa de que su pueblo sea santo, gente separada, y esto se realiza mediante la justicia de Cristo, siendo reproducida en la vida del hijo de Dios, por el poder del Espíritu Santo. La vida cristiana no es una vida sin ley. La vida cristiana es una vida disciplinada, una vida controlada por el Espíritu de Dios y no reglamentada por leyes; bien sea la ley de Moisés o leyes impuestas por nosotros mismos.

XVII. NO HAYA EN VOSOTROS OFENSA ALGUNA (Romanos 14:13b-23)

Nunca ha habido una declaración de independencia o una proclamación de libertad comparable a la que Pablo hizo como mensajero de la gracia de Dios. Hizo su declaración a aquellos gentiles bajo la esclavitud de la ley, y sometidos a las prácticas licenciosas del paganismo que les rodeaba. Proclamó la libertad de la ley a los judíos que durante incontables generaciones habían controlado todos los aspectos de la vida del judío, y les anunció que algunas cosas antes prohibidas por la ley de Moisés, ahora eran lícitas. Y a los gentiles, que habían practicado la licenciosidad, y no sabían nada de las obligaciones de la ley, el apóstol vino con un mensaje de libertad —Dios había purificado todas las cosas, y las había hecho aceptables delante de El—. Este es el mensaje que escribió a los cristianos en Roma, en el capítulo 14 a los Romanos, donde presenta el problema de las cosas dudosas. Al hacer mención de cosas dudosas, puedes reconocer inmediatamente que el apóstol no trataba el tema de cosas pecaminosas, porque cualquier cosa que posee el carácter intrínseco del pecado, está prohibida al creyente. Aunque cosas dudosas por su naturaleza pueden tener un uso pecaminoso, el apóstol tampoco estaba tratando de cosas inherentemente mundanas, sino de cosas que podrían ser usadas con propósitos mundanos. No consideraba cosas carnales, pero cosas que podían corromperse para uso carnal. No se esforzó en hacer una lista de las cosas que son aceptables, y las que no lo son. Pero sí que estableció ciertos principios eternos, que propiamente aplicados a la conducta del hijo de Dios, resolverán los problemas de su conducta en relación a las cosas dudosas.

En nuestro estudio anterior consideramos el principio básico de la libertad en Cristo. La ley de Moisés ha sido abolida, porque mediante la muerte de Cristo el poder de la ley sobre el individuo fue destruido. El apóstol establece un nuevo nivel para los creyentes. El nivel esperado de los judíos no era conformidad a la ley sino a Cristo. El apóstol presenta el mismo principio básico a aquellos gentiles sin ley. Ahora la meta de su vida no era someterse a una serie de normas para vencer su paganismo, sino la conformidad a una Persona. Como consecuencia de esta libertad en Cristo, un hermano debe de contenerse y no juzgar a otro hermano. Cada persona es responsable ante el Señor, y el Señor guiará a cada uno de sus hijos en aquellas cosas que El permite que hagan. El derecho de juzgar es exclusivo del Señor, y El, en el día del juicio, juzgará a sus siervos y su conducta. Por lo tanto, ningún creyente tiene el derecho de sentarse en juicio sobre aquello que le es permitido a hacer a otro creyente en el Señor.

EL HERMANO DÉBIL

Consideremos ahora el segundo principio que nos presenta el apóstol en Romanos 14, desde la segunda parte del versículo 13 hasta el 21. Nos presenta el principio de *no ofender a nadie*. Los creyentes no deben ofender en su conducta. Es posible interpretar el primer principio erróneamente. Por ejemplo, alguien puede adoptar la siguiente actitud: puesto que todas las cosas que antes estaban prohibidas han sido declaradas aceptables por Dios mismo, no importa lo que yo haga. Esta es una manera en que la doctrina de la libertad en Cristo puede ser mal interpretada por el creyente y darle rienda suelta. El segundo principio se nos ha dado para prevenir el que convirtamos nuestra libertad en Cristo en libertinaje y licenciosidad. El primer principio es el que hemos de aceptar y creer. Cuando por la fe aceptamos la verdad de que Dios ha deshecho la distinción entre aquello que anteriormente era inmundo pero ahora es limpio, cuando aceptamos la libertad que poseemos en Cristo, honramos a Dios mediante nuestra fe. Hay quienes erróneamente enseñan que con el propósito de evitar el legalismo, debemos practicar cosas que antes eran prohibidas, también que si voluntariamente restringimos nuestra libertad, nos sometemos nuevamente bajo la ley volviéndonos legalistas. Pero el apóstol Pablo, en Romanos 14:13-20, mostró que hay un principio que sustituye y

tiene prioridad sobre el principio de la libertad —es decir, el principio de abstenerse de hacer algo que pueda ofender a un hermano y hacer que tropiece.

Al desarrollar este segundo y gran principio, Pablo dice a los creyentes: «Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano» (versículo 13). «Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece o se ofenda, o se debilite.» Puedes notar cómo el apóstol usa tres expresiones distintas en el versículo 21 para describir lo que puede suceder al hermano débil como resultado de nuestras acciones. Al hermano se puede hacer tropezar, ofender, y debilitar. En la mente del apóstol había una distinción entre estos tres. Un hermano tropieza cuando moldea su vida basándose en la libertad de otro creyente y no tiene fe para aceptar el hecho que Dios le di libertad para hacer lo que el hermano hace. Cuando un hermano actúa así, peca. Porque «todo lo que no proviene de fe, es pecado» (versículo 23), aquello que hace se convierte en pecado para él. El apóstol dijo que es bueno para un cristiano abstenerse de ejercitar su libertad si ello ha de causar que un hermano que modela su vida de acuerdo con nuestra conducta caiga en aquello que es pecado para él, porque no ha podido aceptar la declaración que Dios ha hecho de que todas las cosas son puras y aceptables.

Seguidamente, es bueno para un cristiano abstenerse de hacer algo que sea causa de ofensa a otro hermano. Ofendemos a un hermano cuando permitimos que nos vea ejercitar nuestra libertad, libertad que él no tiene, de manera que nuestro testimonio es perjudicado delante del hermano. La diferencia entre tropezar y ofender puede describirse así: si ejercemos nuestra libertad, un hermano hace lo que nosotros hacemos, pero sin tener la fe de que esa conducta es aceptable, entonces tropezamos en pecado. Sin embargo, si el hermano nos ve hacer algo y se abstiene porque no se siente libre de hacerlo y empieza a dudar de nuestro testimonio por lo que hemos hecho, entonces hemos ofendido al hermano. Como vez, en este caso no le hicimos pecar, porque no hizo lo que nosotros. Pero porque hemos hecho que dude de nuestra vida cristiana, nuestra experiencia, nuestra libertad, hemos ofendido a este hermano.

En tercer lugar, el apóstol dice que es bueno para un cristiano abstenerse de hacer algo que pueda debilitar al hermano. Este hermano es considerado como en un estado espiritual infantil; carece de madurez espiritual. Estudia la Palabra de Dios pero no ha aprendido las verdades de la libertad en Cristo. Quiere alcanzar y poseer la revelación que Dios ha hecho. Pero si ve a un hermano hacer algo que no tiene libertad de hacer y se ofende por ello, quizá le haga incluso volver a la infancia o falta de madurez espiritual. Permíteme ilustrarlo de la siguiente forma. Supongamos que uno de aquellos creyentes judíos viese a un creyente judío mayor que él sentarse a comer algo declaradamente prohibido por la ley de Moisés. El hermano más antiguo había aprendido lo que se había revelado a Pedro en Hechos 10, por lo que podía sentarse tranquilamente a comer carne de cerdo asada y disfrutarlo enormemente. El hermano débil, habiendo oído la revelación recibida por Pedro, empezó a preguntarse si aquello quería decir que uno hasta podía comer cerdo. Pero él no podía ni pensarlo. Cuando fue a la casa del hermano fuerte y vio a éste comer cerdo otra vez, y al retraerse se preguntó: «¿Si acepto la libertad que fue revelada a Pedro, tengo la *obligación* de comer cerdo? Si esto es lo que quiere decir, no quiero saber nada de la declaración de Dios que hace todas las cosas puras y limpias, porque sólo en pensar de poner un pedazo de carne de cerdo en mi boca me da náuseas»; lo que le hubiera apartado de la verdad de la libertad en Cristo y le hubiera puesto bajo la ley para protegerse a sí mismo de la libertad que el hermano fuerte disfrutaba. Aquel hermano fue debilitado al ser ofendido por el hermano fuerte.

LA RESPONSABILIDAD DEL HERMANO FUERTE

El apóstol, al cubrir estos tres aspectos, ha puesto una responsabilidad enorme en el creyente a

quien el Espíritu de Dios ha traído la verdad de la libertad en el Evangelio.

En primer lugar, debemos de cuidar nuestra conducta para que el hermano débil no siga nuestra forma de conducta, y por ello caiga en pecado. En segundo lugar, hemos de conducirnos en nuestra vida de tal manera que el hermano débil no deseche nuestro testimonio cristiano. En tercer lugar, hemos de conducirnos de tal manera que el hermano débil no se aparte de la verdad del evangelio a causa de aquello que nuestra libertad permite. Estos requisitos son muy estrictos e inflexibles. En la mente del apóstol Pablo no hay razón que el hermano fuerte pueda usar, para justificar el causar la caída del hermano débil, el ser ofendido, o el ser debilitado en su crecimiento cristiano.

En segundo lugar, hemos de darnos cuenta de que estas cosas esencialmente no son profanas (versículo 14). El apóstol dice: «Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es». El pensamiento clave está en la frase «nada es inmundo en sí mismo». Lo cual no recuerda nuestro estudio anterior. Dios hizo una distinción entre animales limpios e inmundos, no porque hubiera algo insano o dañino en el animal inmundo, sino porque quería que el pueblo fuera gobernado por aquellas leyes y ser un pueblo separado para Dios. Dios determinó la manera de vestir de los que vivían bajo la ley, no porque una combinación de fibras determine el que una persona sea pura o impura sino porque Dios quiso poner una distinción entre aquellos que había apartado para sí, y los que no eran su pueblo. Si el hijo de Dios no puede aceptar esta verdad «que nada es inmundo en sí mismo» y sigue creyendo que ciertas cosas y prácticas son inmundas, entonces para él lo son. La impureza no reside en aquel algo, sino en la actitud del creyente hacia dicha cosa. Aquí es donde encontramos la distinción entre el hermano fuerte y el hermano débil. El hermano fuerte puede aceptar por fe la declaración hecha por Dios de que todas las cosas son limpias y aceptables. El hermano débil no puede llegar a creer esta declaración divina de que todas las cosas son limpias, y aceptar, por ejemplo, que delante de Dios la carne de cordero no es mejor que la carne de cerdo. Su actitud hacia ello lo hacía impuro. Lo que el apóstol nos quiere mostrar es que el hijo de Dios, que es fuerte en la fe, por el hecho de que Dios ha declarado todas las cosas limpias, pretende que puede ir y comer lo que quiera. No, el hermano fuerte debe tener consideración por el hermano débil. El hermano fuerte no tiene derecho a decir: «Mi pobre hermano no puede creer que puede comer cerdo, pero yo creo; por lo tanto, voy a comerlo». El hermano fuerte debería decir: «Sé que mi hermano débil no puede aceptar el hecho de que puede comer cerdo. El lo considera inmundo. Por lo tanto, no comeré cerdo, no sea caso que le ofenda, y le sea de tropiezo, y anule mi testimonio, o le haga retroceder en la aceptación de esta verdad de la libertad, por su débil condición».

En tercer lugar, en los versículos 15 al 20, el apóstol indica que el creyente fuerte, que reconoce que todas las cosas son limpias, tiene la responsabilidad de *renunciar al uso de su libertad* para el bien del hermano débil. Esto es difícil, porque hay cierta obstinación en cada uno de nosotros que nos hace decir: «Conozco mis derechos, y nadie me los va a quitar». Esta actitud es una manifestación de la vieja naturaleza, que ejerce su influencia en el asunto de la libertad cristiana y dice: «Yo sé que Dios me permite hacer estas cosas. No me importa lo que el hermano débil diga. Es culpa suya si no cree». Pablo dice que el hermano fuerte ha de renunciar a sus propios derechos, para evitar tropiezos, ofensas o el debilitar al hermano. «Pero si por causa de la comida tu hermano [es decir, el hermano débil que no tiene fe para creer que todas las carnes son limpias] es contristado [porque tú la comes], ya no andas conforme al amor.» Si comes delante de él carne que él no puede comer, y es consciente de que tú la comes, tu pecado es falta de amor. Tu libertad puede conducir a tu hermano al pecado. Al no renunciar a tus derechos pecas contra el amor cristiano, hiriendo la conciencia del hermano débil. «No hagas que por causa de la comida se pierda aquel por quien Cristo murió.» Esta destrucción no se refiere a la pérdida del alma, sino a impedir el crecimiento en la vida cristiana. Es lo mismo que hacerle débil (versículo 21). «No sea, pues, vituperado vuestro

bien» (versículo 16). El «bien» es la libertad que goza el hermano fuerte. ¿Por qué no permitir que sea reprochada nuestra libertad? Porque el reino de Dios no es ni comida ni bebida. La carne no es la esencia de la vida que Dios nos ha dado. Dios no nos ha salvado para que comamos y bebamos. Esto no es la esencia de la salvación. La esencia de la salvación es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Había algunos judíos convertidos que, por así decirlo, no podían ver más allá de un bocadillo de jamón en su salvación. Consideraban la salvación como el derecho a comer cosas que eran prohibidas, el derecho a vestir, de una manera que antes no podían, el derecho a casarse con quien antes no podían. A éstos el apóstol dijo: «¿Es esto todo lo que la salvación significa para ti? ¿No has comprendido que el evangelio de Cristo significa justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo?» «Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres» (versículo 18).

METAS A SEGUIR

En el versículo 19, el apóstol aplica este principio y da al creyente dos metas a seguir, a la luz de la verdad presentada: «Sigamos lo que contribuye a la paz y la mutua edificación».

El primer objetivo es «lo que contribuye a la paz». La unión de judíos y gentiles en una comunidad y congregación de cristianos creó grandes problemas prácticos para aquellos que tan recientemente se habían convertido del paganismo y judaísmo. El gentil recelaba del judío porque mantenía algunas de sus tradiciones y actitudes pasadas en cuanto a la carne que consumían. Este, mirando con desprecio al judío, le diría: «¿Por qué no te atreves a comerla? Incluso Pedro ha dicho que es limpia».

Los judíos, sentados al otro lado de la mesa, mirando a los gentiles convertidos, dirían: «¿Cómo es posible que coman algo tan inmundo?» Había división en la asamblea y fricción porque los gentiles insistían en su derecho a comer ciertas viandas y los judíos titubeaban en comerlas. Pablo dijo que en cuanto a cosas de carácter dudoso, lo principal *es* seguir aquello que busca la paz. Los gentiles de esta congregación si hubieran seguido la enseñanza de Pablo, dirían: «Si mi hermano judío, todavía no puede aceptar que ciertas carnes son limpias, cuando yo coma con él, no comeré otra cosa que cordero. Esto no le ofenderá, ni le será de tropiezo, ni le debilitará espiritualmente». Por otra parte, el judío diría: «Aunque es difícil para mí el dejar este hábito, pero sé que promoveré la unidad de los creyentes, no voy a insistir en observar la dieta “kosher” cuando estamos juntos». Pero quizá diga: «En casa no comeremos otra cosa que lo que está en la dieta, pero cuando estemos con creyentes comeremos lo que pongan delante de nosotros, sin hacer preguntas, por causa de la conciencia». Esto sería buscar la paz.

El segundo objetivo es buscar las cosas que edifiquen al hermano. El judío debía comer las viandas, y el gentil debía de abstenerse, en vistas a edificarse mutuamente en la fe. ¡Qué distinta hubiera sido la comunión de aquella asamblea de creyentes, de una procedencia histórica y tradiciones tan heterogéneas, si al compartir la comida lo hubieran hecho con la determinación de portarse de una manera que promoviera la paz y la edificación de los hermanos! El renunciar a sus derechos, para el bien de los hermanos, produciría paz y unidad, y los edificaría en la fe.

El apóstol solucionó una situación prevalente en su tiempo. Pero el mismo principio se aplica hoy en día. Las cosas dudosas no entran en la categoría de pecado. Se llaman dudosas porque las Escrituras no las prohíbe de manera específica. En caso de haberlo hecho, se podrían eliminar completamente de la categoría de cosas dudosas. Por fe aceptamos el hecho de que Dios ya no hace distinción alguna entre cosas limpias e inmundas, y las que son aceptables y las que no lo son. Por la fe aceptamos nuestra libertad en Cristo, y nos mantenemos en esta libertad, y no permitiremos que nadie nos esclavice a ninguna ley que prohíba lo que Dios permite. Pero es necesario que

practiquemos esta libertad a fin de *poseer* esta libertad. Hay un segundo principio superior que reemplaza la práctica de la libertad. Por consideración al bien espiritual de nuestro hermano, ordenamos nuestra vida de tal manera que no hacemos pecar al hermano, y hacerle tropezar en su forma de vida, que moldeándola a la nuestra, obrando con una libertad en la que no cree. Nuestra conducta puede impedir que el hermano débil llegue a la madurez. Por ejemplo, nuestra conducta puede hacerle creer que la madurez espiritual es hacer lo que hacemos nosotros, cuando en realidad no puede aceptar la revelación de Dios de que tal conducta es permisible. El renunciar al derecho propio de practicar la libertad, no es someterse de nuevo a la ley, sino moldear nuestra vida con la vida del Señor Jesucristo, el cual renunció a sus derechos para que nosotros tengamos salvación.

XVIII. UNA CONCIENCIA LIMPIA DELANTE DE DIOS (Romanos 14:22 a 15:3)

En la vida del creyente hay muchas ocasiones en las cuales tiene que tomar una decisión sobre cosas espiritualmente inciertas. Pablo, al escribir a los cristianos en Roma, dictó ciertos principios, válidos para todas las épocas, por los cuales nosotros, que somos hijos de Dios podamos determinar lo que está bien y lo que está mal sobre el tema de las cosas de carácter incierto. El primer principio que el apóstol establece en el capítulo 14 de la epístola a los Romanos, es el principio por el cual Dios, que había hecho una distinción entre lo limpio e inmundo, lo que es aceptable y lo que no lo es, mediante la ley de Moisés, ahora ha abrogado esta distinción, por lo cual ha declarado todas las cosas lícitas. En segundo lugar, el apóstol establece el principio de que ningún creyente debe usar su libertad si ello ha de causar que otro hermano tropiece en pecado.

El apóstol aplica estos principios y nos da exhortaciones prácticas relacionadas con el funcionamiento de los principios que anteriormente ha predicado en Romanos 14:22 a 15:3. En su manera de pensar hay dos clases de creyentes —el débil y el fuerte—. El hermano fuerte tiene la fe suficiente para aceptar la declaración de Dios de que las cosas que anteriormente le eran prohibidas han sido declaradas limpias y pueden ser usadas por el hijo de Dios como para el Señor. Por otra parte el hermano débil quizá debido al ambiente del que procede o debido a la falta de enseñanza de la Palabra de Dios, es débil porque no puede aceptar la revelación hecha por Dios de que todas las cosas han de ser recibidas con acción de gracias y usadas como para el Señor. Pablo sabía perfectamente que ninguna congregación estaría formada enteramente de hermanos débiles o fuertes. Pues en caso de que una congregación estuviera formada solamente de hermanos débiles o fuertes, no habría problema, porque el conflicto entre los dos grupos no existiría. Pero debido a que en toda congregación habrá alguien que puede calificarse de débil o fuerte, es necesario tener ciertas normas o principios para que ni la debilidad de unos ni la fortaleza de otros sea causa de división en la congregación. Fue con esta intención que el apóstol escribió que el hermano débil no debe juzgar al hermano fuerte por comer aquellas viandas. Ni el hermano fuerte debía condenar al hermano débil por no comer de ellas. El propósito de este mandamiento era preservar la unidad del cuerpo *as* creyentes en aquel local.

EL PELIGRO DE LA LIBERTAD

En los versículos que nos ocupan, el apóstol da ciertos mandatos que establecen un tercer principio en el asunto de cosas dudosas. El tercer principio puede resumirse diciendo que **es** de gran trascendencia que tanto el hermano débil como el fuerte *tengan la conciencia limpia delante de Dios* en cuanto a su conducta con respecto a las cosas de carácter dudoso. Al mirar detalladamente el versículo 22, notamos que el apóstol primero hace una pregunta y luego exhorta al hermano fuerte, diciendo: «¿Tienes tú fe? Tenía para contigo delante de Dios». La fe de que aquí se habla, no es la fe para aceptar a Jesucristo como Salvador personal. Ni la fe por la cual andamos ante el mundo. La fe en que el apóstol está pensando en el versículo 22 es este aspecto particular de la fe que nos ha sido presentada a lo largo de este capítulo; la fe para aceptar la revelación de Dios de que las restricciones sobre cosas que eran anteriormente prohibidas por la ley han sido abolidas y ahora pueden usarse como para el Señor. Pablo, hablando a este hermano, dice: «¿Tienes fe para aceptar la revelación hecha a Pedro (Hechos 10) de que todas las cosas han sido declaradas limpias y aceptables delante de Dios?» Y al hombre cuya respuesta es «Sí, tengo fe para aceptarlo», el apóstol dice: «Tenía para contigo delante de Dios».

Hoy en día, como en tiempos del apóstol, había un erróneo concepto de que cualquier

restricción que se impone a nuestra libertad personal, por un hermano o por el mismo individuo, nos va a someter bajo la ley e imponer un sistema legal sobre el creyente. La superación de esta actitud está en la idea de que si un creyente cree y conoce que tiene la libertad de hacer estas cosas, debe hacerlas necesariamente. Y el razonamiento detrás de esto es que si sabe que puede hacer estas cosas y no las hace, entonces es un legalista; está bajo sujeción de la ley y, consecuentemente, no disfruta de la libertad en Cristo. Aquí Pablo quiere aclarar un mal entendido, y afirmar que nuestra libertad es algo que primeramente concierne nuestra actitud personal y en privado, y no nuestra conducta en la congregación de creyentes. El apóstol dice: «Ten fe para contigo delante de Dios, porque tan pronto como reconozcas delante de Dios que crees en su Palabra, de que aquellas cosas que antes estaban prohibidas ahora son aceptables para ti, serás librado de la esclavitud de la ley. Eres libre tan pronto como reconoces que esta libertad es tuya. Pablo dice: «No es necesario que hagas ostentación de tu libertad delante de los demás para librarte del legalismo o de la esclavitud de la ley».

El apóstol reconocía que el gran peligro de aquella congregación de creyentes no era que el hermano débil se abstuviera de comer. El peligro que podía dividir a aquella congregación residía en el hermano fuerte, que insistiendo en ejercitar su libertad, demostraría a los demás que había sido librado de la ley. Por esto Pablo quiere decirles: «Quiero preveniros, hermanos fuertes, no sea que ofendáis a los hermanos débiles (es decir, que manchéis vuestro testimonio delante de él, porque él no posee la fe que vosotros poseéis) o causar que vuestro hermano débil tropiece porque intenta modelar su vida con vuestra libertad y cae en pecado porque no tiene la fe que vosotros tenéis». Permíteme repetir esto, el peligro que amenaza la unidad de la congregación reside en el hermano fuerte al insistir en hacer uso de sus derechos.

Después de haber dirigido esta advertencia a los creyentes, es decir, a ambos hermanos, los débiles y los fuertes, dice en el versículo 22: «Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba». O, de otra manera: «Bienaventurado aquel que no se condena a sí mismo por aquello que se permite practicar». Esto se puede aplicar a los fuertes, en lo que el hermano fuerte se considera satisfecho, por lo que puede felicitar, si ordena su vida de tal manera que el hermano débil no se ofende por su conducta o tropieza en pecado. Como ves, si yo como hermano fuerte hago uso de mi libertad y me doy cuenta de que tú, como hermano débil, sigues mi conducta y profanas tu conciencia al hacerlo, luego mi conciencia estaría apenada porque no he obrado en consideración y amor delante de ti. Y si te ofendo, y entristezco, agrava mi corazón. El apóstol dice que el hermano fuerte es bendecido al renunciar a su libertad y no se condena a sí mismo al hacer algo que es en perjuicio de otro hermano.

Pero por otra parte, esto también es aplicable al hermano débil porque el apóstol dice al hermano débil: «No será de bendición para tí, si traes juicio sobre ti mismo al moldear tu vida con la del hermano fuerte, sin poseer la fe que éste posee». Esta es la manera en que debería funcionar. Si yo soy el hermano débil y tú el fuerte, y yo veo que comes algo que yo no tengo la fe para comer, a pesar de la declaración de Dios de que yo puedo comer, pero lo como porque tú lo comes, entonces traigo condenación sobre mí mismo, y tristeza a mi corazón porque he tratado de vivir mi vida de acuerdo con tu fe, y he encontrado imposible hacerlo. Por lo tanto, como hermano débil, estaré satisfecho si no moldeo mi libertad en acuerdo con tu libertad, sin tener tu fe. Si lo hago, me condenaré a mí mismo al comer de aquello que no poseo la suficiente fe para comer. El principio es, pues, de que una persona debería comportarse en este asunto de tal manera que tiene la conciencia limpia delante de Dios.

Pablo explica en el versículo 23 el porqué el hermano débil comete pecado si modela su vida conforme al hermano fuerte, pero sin tener la misma fe: «Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado». Aquí, la palabra

condenado no significa «la condenación del castigo eterno». Este versículo no dice que el hermano ha perdido su salvación, sino que ha sido reprobado por su propia conciencia. La duda mencionada en el versículo 23 no es la de un hombre sin fe, sino la del hermano débil que no puede llegar a aceptar la declaración de Dios de que la ley ha sido abolida y que todas aquellas cosas que anteriormente habían sido declaradas inmundas, ahora han sido declaradas limpias por Dios. Si una persona participa de aquello sobre lo que tiene dudas se condena a sí misma, le remorderá la conciencia porque no lo hace con fe. A todo esto Pablo añade las siguientes palabras: «Todo lo que no proviene de fe, es pecado». Notemos cuidadosamente que la expresión «todo lo que no proviene de fe, es pecado» va dirigida al hermano débil. A aquel que ha nacido de nuevo en la familia de Dios y disfruta de la comunión con Dios. Pero Pablo dice: «Si tú comparas tu conducta con la conducta de otro creyente, sin tener la fe de aquel creyente, cometerás pecado. Lo que era permisible para el hermano fuerte, no lo es para ti como hermano débil —no porque esté mal, ni porque la carne que tú comes es menos limpia que la que el hermano fuerte come—, pero se convierte en pecado para ti, porque comes dudando la declaración de Dios de que es limpia». Toda persona ha de saber por sí misma delante de Dios, lo que Dios el Espíritu Santo le permite hacer en cuanto al tema de las cosas dudosas. Debe examinar su vida con respecto a su fe en la declaración de Dios de que todo es puro y aceptable.

El mirar de mantener una buena conciencia, hará que eliminemos ciertas acciones y prácticas que puedan afectar al creyente débil, que podría decir: «Porque tú lo has hecho, yo también lo voy a hacer». Por lo cual, pecará, porque «todo lo que no proviene de fe, es pecado».

El apóstol Pablo tiene poco que decir al hermano débil, porque el peligro existente en la vida de aquella congregación, no residía tanto en que el hermano débil rehusara comer, como en que el hermano fuerte insistiera en comer. Exhorta, pues, al hermano fuerte para que sepa conducirse con el hermano débil. «Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos.» «Agradarnos a nosotros mismos» significa hacer uso de la libertad que poseemos, e ignorar al hermano débil o despreciarlo por su debilidad. Eso sería una reacción natural. Sin embargo, el apóstol nos dice que los fuertes no deben complacerse a sí mismos, mas deben sobrellevar las flaquezas de los débiles. «Soportar» significa literalmente «infligir» las debilidades de los demás, lo cual representa mucho más que aguantar o tolerar las flaquezas de los débiles. Significa «asumir» o «imponernos» a nosotros mismos las debilidades. Ningún hermano fuerte tiene el derecho de usar su libertad cuando otro creyente no posee la fe para aceptarla para sí mismo. Aunque tú eres el hermano más fuerte entre los hermanos fuertes en la congregación, debes de imponerte las mismas restricciones que la conciencia débil del hermano más débil impone sobre él, para evitar que el hermano más débil se ofenda o cometa pecado. Esto es difícil. Es difícil no juzgar al hermano débil. También es difícil imponernos el principio de que hemos de poner voluntariamente limitaciones a nuestra libertad de acuerdo con la conciencia de nuestro hermano más débil, lo cual significa que hemos de sacrificar algo que tenemos la perfecta libertad de hacer por el bien de nuestro hermano débil. Esta es la clave de todo lo que concierne al tema de cosas dudosas. Creemos que tenemos el derecho de hacer ciertas cosas. Sabemos, por la Palabra de Dios, que Dios no tiene objeción alguna a que las hagamos. Pero renunciamos voluntariamente a nuestros derechos basándonos en el principio de que nosotros siendo fuertes nos hemos de imponer la carga, las limitaciones del hermano débil. No hemos «de agradarnos a nosotros mismos».

En el segundo versículo, el apóstol nos cuenta el porqué debemos de imponer limitaciones a nuestra libertad. Dice así: «Cada uno de nosotros agrade a su prójimo [renunciando a sus derechos] en lo que es bueno, para edificación». El hermano fuerte debe renunciar a lo que sabe que Dios le permite hacer porque está preocupado por el bien espiritual del hermano débil. La meta final en conseguir el bien del hermano, es la edificación del hermano, el consolidar y fortalecer su fe. Esta

era la preocupación del apóstol cuando pidió que el hermano fuerte renunciara al uso de su libertad hasta que llegue el tiempo en que el hermano débil pueda aprender la verdad de que todas las cosas son limpias y aceptables, y hasta que el hermano débil pueda aceptar la fe del hermano fuerte como su propia fe. La renunciación de la libertad del creyente sería algo temporal. El hermano fuerte renunciaría a su libertad hasta que llegara el momento en que el hermano débil haya aprendido y crecido en la fe. Entonces el hermano débil podría unirse al hermano fuerte en el uso de su libertad. Cuando el hermano fuerte renuncia a su libertad, debe empezar una labor de enseñanza, edificando e instruyendo en la Palabra de Dios con el propósito de edificar al hermano débil en conocimiento y fe.

ESCUDRIÑAMOS A VOSOTROS MISMOS

El principio que el apóstol nos ha presentado es de gran valor e importancia práctica en la vida de la congregación. Creemos que este principio tiene la intención de someter nuestras vidas a un minucioso examen —no el examen de los demás, sino de nosotros mismos—. El hermano fuerte debe considerar el efecto que tiene su conducta sobre el hermano débil en la congregación. El hermano fuerte debe hacerse preguntas como ésta: «¿Perjudica esto mi testimonio? ¿Conducirá esto al creyente inmaduro al pecado, si me ve hacerlo, y luego también lo hace? El obedecer este principio hará que el hermano débil examine su conciencia a la luz de la Palabra de Dios para ver si estas limitaciones que se impone a sí mismo son establecidas por Dios o limitaciones que se ha impuesto debido a una falta de fe o crecimiento espiritual. Si el hermano débil ve que la Palabra de Dios aprueba cierta forma de conducta, pero su conciencia no le permite hacerlo, entonces necesita someterse a la enseñanza de la Palabra para que crezca en la fe, porque «la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17).

Demasiados cristianos sienten que la virtud más grande es probar que poseen libertad. Según la Palabra de Dios, ésta no es la mayor virtud. La mayor virtud es disfrutar tu libertad que Dios te ha dado y, sin embargo, no usar esa libertad, a fin de no ofender al hermano débil. Renuncias a tu libertad por su bien con el propósito de edificarle, para sacarle de la niñez espiritual y traerle a la madurez en Cristo Jesús. El apóstol dijo: «Porque ninguno vive para sí, o muere para sí». Cada una de tus palabras y acciones tiene un efecto en alguien. Si casualmente has tirado un guijarro en una superficie de agua tranquila haciendo que se formen un sinnúmero de ondas circulares que se separan más y más. Si no hubieras tirado ese guijarro, hubieras evitado las ondas, pero una vez has lanzado la piedra no hay quien pare las ondas. Antes de ejercitar tu libertad, párate a pensar en el efecto que tu acción tendrá. Imponte la debilidad del hermano más débil con vista a su bien y edificación. El Señor Jesucristo es un ejemplo clásico de alguien que no se consideró a sí mismo, que no insistió en sus propios derechos, que renunció a las libertades que eran esencialmente suyas por su propio bien y por el bien de aquellos que vino a salvar. Que la mente de Cristo controle tu vida de tal manera en cuanto al problema de las cosas dudosas, que consideres siempre a tu hermano con el propósito de su edificación.

XIX. HACEDLO TODO PARA LA GLORIA DE DIOS (Romanos 15:1-7)

El apóstol Pablo estaba preocupado al ver la posibilidad de una división en la congregación de creyentes sobre el tema de la conducta cristiana relacionada con las cosas que calificamos de dudosas. Con el propósito de evitar esta división en la congregación, y en vista de preservar la unidad, el apóstol instituyó ciertos principios para guiar a los creyentes en decisiones concernientes al tema de cosas inciertas.

El primer principio que vemos declarado en Romanos 14, es que para el creyente hay libertad en Cristo Jesús. El dictar de la ley ha terminado. La ley ha dejado de ser el principio vigente por el cual Dios distingue entre lo limpio y lo inmundo. El segundo principio es que ningún creyente, aun siendo libre de la ley, tiene derecho a obrar de manera que el hermano débil sea ofendido por su conducta, o causar que un hermano peque, es decir, si el hermano débil adapta su conducta a la vida del hermano fuerte. El tercer principio se aplica a ambos: al hermano débil y al fuerte. Cada uno debe tener su conciencia tranquila en cuanto a las directrices a tomar. El hermano fuerte debe estar satisfecho en la manera de ejercitar el derecho a su libertad; el hermano débil no debe tratar de ajustar su vida según la vida del hermano fuerte, si no posee la fe de éste. Todo creyente ha de tener la conciencia tranquila al respecto. Lo cual impone ciertas obligaciones al hermano fuerte, por lo que Pablo dice en el capítulo 15: «Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos». El hermano fuerte tiene la obligación de imponerse la conciencia del hermano débil y adaptar su vida a la debilidad del hermano débil.

El apóstol aquí afirma el cuarto y último principio que toma preeminencia sobre todos los demás principios, —el principio de que todo lo que hacemos hemos de hacerlo para la gloria de Dios—. Este principio se resume en Romanos 15:6, de esta manera: «para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Este principio se aplica a ambos el hermano débil y el hermano fuerte. Si el hermano fuerte hace uso de su libertad al comer carne, debe hacerlo para la gloria de Dios. Si el hermano débil, por causa de su conciencia rehúsa comer carne, su rechazo debe ser para la gloria de Dios. Si los dos hermanos difieren en la interpretación de lo que es lícito o no, ambos, al hacerlo, lo harán para la gloria de Dios, no se juzgarán, ni ofenderán el uno al otro.

EL AGRADAR A LOS DEMÁS

En el versículo 2, el apóstol dice que todos hemos de agradar al prójimo para su bien y con miras a la edificación. Pablo aquí ha pedido a los hermanos fuertes que renuncien voluntariamente al *ejercicio* de su libertad. No pide que abandonen su libertad. No pide que repudien su libertad. Cuando el hermano fuerte impone sobre sí mismo las limitaciones de la conciencia del hermano débil, no quiere decir que el hermano fuerte se convierte en débil. Ni significa que niegue su fe en que Dios ha declarado todas las cosas son limpias. Pero sí pondrá a un lado el ejercicio de su libertad para complacer a su hermano, para el beneficio de su hermano. Hará esto hasta que el hermano débil es edificado en la fe para creer que todas las cosas ahora son limpias.

Básicamente, es un problema de egoísmo. El problema surgiría en la congregación cuando un hermano fuerte quiere usar su libertad egoísticamente, y a la vez, el hermano débil egoísticamente priva al hermano fuerte de hacer uso de su libertad. Ambos muestran egoísmo. Uno insiste en que el otro debe de ajustarse a su manera de pensar. El apóstol dice: «Si queréis glorificar a Dios, no habéis de pensar en vosotros mismos, ni agradaros a vosotros mismos, sino aquello que es para el bien del

hermano». No sería para el bien del hermano débil, si el hermano fuerte tomara a éste de la mano y lo llevara por las sendas de su libertad, ya que si el hermano fuerte fuerza al hermano débil, éste cae en pecado por no poseer la fe para creer que su conducta es lícita. Y si el hermano fuerte insiste en que el débil moldee su forma de vida según sus niveles, será para su perjuicio y no para su bien. Por eso Pablo quiere decirnos: «Deja a un lado tu propio egoísmo, la insistencia de salirte con la tuya, de manifestar tu libertad, y preocúpate del bien de tus vecinos, con el propósito de edificarle en la fe. Imponte todas sus limitaciones y restricciones hasta que pueda aprender la fe, y llegar a la posición en que pueda ejercer la misma libertad que tú gozas. Que cada uno trate de agradar a su prójimo en lugar de a sí mismo, con el propósito de glorificar a Dios».

EL PROMOVER LA UNIDAD

El principio de hacer todas las cosas para la gloria de Dios está relacionado no solamente con mirar de buscar la manera de agradar al hermano en lugar de a uno mismo, sino también el promover la unidad de la congregación. «Pero el Dios de la paciencia y de la consolación es de entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 15:4-5). ¿Cuál es el significado de la oración del apóstol, cuando pide a Dios que los creyentes tengan un mismo sentir (pensar)? El apóstol no infiere de que después de un período de tiempo todos los creyentes vendrán a tener convicciones idénticas sobre el tema de cosas dudosas, de manera que ya no habrá divisiones. El fin de la congregación no es imponer un conjunto de normas para cada uno de los creyentes. El propósito es que todos tengan en común la misma manera de pensar que hubo en Cristo Jesús. Lo que Pablo enfatiza retrocede al principio presentado en Romanos 14. El tener una misma manera de pensar significa que el hermano fuerte no condenará ni despreciará, ni se considerará superior al hermano débil. El pensar de la misma manera también significa que el hermano débil no condenará o invalidará el testimonio del hermano fuerte por lo que Dios permite hacer a aquel hermano fuerte. Esta unanimidad de pensamiento no quiere decir que todos lleguemos a las mismas conclusiones sino en reconocer que el Señor permite a un siervo que obre de una manera, y a otro siervo que obre de otra, reconociendo que lo que el Señor permite que hagas no es de mi incumbencia, y lo que a mí me permite hacer no es tu responsabilidad. En el último capítulo del Evangelio de Juan, a Cristo se le preguntó: «Señor, ¿y qué de éste?», a lo que Cristo respondió: «¿Qué a ti?», es decir: «A ti no te incumbe, preocúpate de hacer mi voluntad en tu vida. Tienes en tu vida más que suficiente que hacer en el cumplimiento de mi voluntad, para que te preocupes de cuál es mi voluntad para él». El mismo principio se aplica a los asuntos dentro de la congregación cristiana. Debería haber unidad de mente pero no conformidad de decisión sobre estas cosas dudosas.

El apóstol, en los capítulos 14 y 15 de Romanos, trató los problemas ocurrentes como resultado de la integración. Nuestra generación no es la primera en batallar con estos problemas. Sin duda, los problemas de integración que afrontaba la iglesia del primer siglo, eran mucho mayores que los problemas de integración que nuestra nación afronta. El problema que el apóstol afronta es el de integrar judíos y gentiles. Instruyó a ambos en que sus vidas cristianas deben tener cuidado a que no destruyan a alguien por quien Cristo murió. El apóstol declaró ciertos principios para guiarles en su conducta. Al presentar estos principios, el apóstol estaba profundamente preocupado por la unidad de la congregación de creyentes, pero tenía un propósito más elevado que el de la unidad de la congregación. Su meta era que todas las cosas se hicieran para dar alabanza, honor y gloria al nombre del Señor Jesucristo. Hay ciertas ocasiones en que la unidad se consigue mediante la sana doctrina. En otras, la unidad se consigue mediante la buena práctica. El concepto de la unidad en el Nuevo Testamento no es la unidad que tolera el pecado en la vida de la congregación. Es siempre una unidad basada en la Palabra de Dios; unidad que se basa en la Persona de Jesucristo; unidad que nace en una reunión de personas, porque los creyentes en la congregación tienen la mente de Cristo.

Cuando el apóstol presenta los principios que deben guiar la conducta del creyente, resumió nuestra responsabilidad ordenando que hagamos todas las cosas para la gloria de Dios. Nosotros, creyentes, no podríamos hacer nada mejor que tener este principio como guía, de que todo lo que hacemos, debemos hacerlo para la gloria de Dios.

Cualquier forma de conducta puede probarse mediante este principio. ¿Puedo yo hacer esto para la gloria de Dios? ¿Honraré a Dios con lo que practico? ¿Voy a atraer o apartar a otras personas de Jesucristo, por este algo que hay en mi vida? Hemos de darnos cuenta de que frecuentemente el mundo espera ver niveles más elevados en los cristianos, que los cristianos esperan de sí mismos. Muchas cosas que nosotros aprobamos en nombre de nuestra libertad, la persona mundana nunca las aprobaría en un cristiano y las consideraría en contra de su testimonio. En cuanto se refiere al vivir la vida cristiana, tenemos una responsabilidad no solamente hacia los santos sino también hacia el mundo que con ojos críticos nos vigila, y siempre está más dispuesto a señalarnos con el dedo acusador, que lo están los santos en la congregación. Por lo tanto, el apóstol dice: «Si no quieres ofender a nadie, y no quieres que nadie tropiece, en la congregación o fuera de ella, entonces pon esta mira delante de ti: «Lo que hagas de palabra u obra, hazlo para la gloria de Dios»

XX. ¿CUAL ES EL LIMITE DE NUESTRA LIBERTAD CRISTIANA? (1.^a Corintios 8:1-13)

La Iglesia en Roma estaba amenazada con una división debido al conflicto que surgió entre judíos y gentiles dado sus diferencias sociales, culturales y su procedencia religiosa. El conflicto hizo necesario que el apóstol estableciera ciertos principios para guiar ambos grupos de creyentes en la conducta cristiana. Estos principios fueron dados para guiarles en el asunto de cosas dudosas; para que un creyente no juzgara a otro creyente, para que no hubiera división en la congregación, para que el hermano débil no se ofendiera o tropezara, y se mantuviera el buen testimonio, y para que Dios fuera glorificado a través de la vida de aquellos creyentes.

Al volver nuestras páginas a la carta de Pablo a los Corintios, nos encontramos que Pablo afrontaba una situación diferente. Había surgido un conflicto en la Iglesia de Corintio. El conflicto no era entre judíos y gentiles, porque la gente de la iglesia, casi sin excepción alguna, fue traída a los pies del Señor del mismo ambiente social, cultural y religioso. La congregación estaba formada de gentiles convertidos del paganismo, y afrontaban un problema que fue la causa de que el apóstol les enseñara los mismos principios sobre cosas dudosas que hemos estudiado en la epístola a los Romanos. Y en los capítulos 8 y 9 de 1.^a Corintios, vemos cómo los principios que Pablo aplicó a los problemas entre judíos y gentiles en Roma, eran igualmente aplicables a los problemas que surgieron entre los gentiles en Corinto.

Corinto era uno de los centros del paganismo y un lugar donde templos grandiosos eran erigidos a las deidades griegas. Muchas de estas deidades eran adoradas en Corinto mediante el ofrecimiento de carne a sus dioses. La carne de los animales era llevada al templo, presentada al sacerdote y presentada por éste al altar. La carne permanecía en el templo por un corto espacio de tiempo, después de lo cual era llevada al mercado para su venta. La carne consagrada al templo del ídolo se vendía más tarde a precio reducido. La ama de casa se daba cuenta de la diferencia en el precio de los filetes. Lo que le haría preguntarse el porqué una era más cara que la otra. El carnicero le contaría que la carne cara venía directamente del matadero pero la carne barata procedía del ídolo del templo. Supongamos que dos creyentes, la señora A y la señora B, van juntas al mercado. La señora A razona de la forma siguiente: «Estamos un poco justos de dinero en casa. No veo ninguna razón por la que no puedo comprar este trozo de carne, ya que para mí el ídolo no significa nada. Un ídolo no puede disfrutar de un pedazo de carne aunque esté en su altar. El ídolo no ha cambiado ni destruido su valor nutritivo. Voy a comprar la carne barata y servirla a mi familia». La señora B, afrontando la misma situación, razona de la forma siguiente: «Yo solía adorar a este dios. Muchas veces he traído carne al templo y la he ofrecido al sacerdote, que a su vez la ha presentado al ídolo. Bajo ningún pretexto, tocaré carne que ha estado en el templo, porque me recuerda mi vida pasada y mi idolatría. No quiero saber nada de todo esto». Así, prefiere comprar la carne más cara antes de dejar profanar su conciencia al comer de la carne que ha sido ofrecida a los ídolos. Hasta aquí no ha habido conflicto entre las dos mujeres, porque ambas tenían buenas razones para hacer lo que hicieron. La señora A ejercitaba la libertad que poseía. La señora B estaba mostrando celo de tener una buena conciencia delante de Dios, mirando así de no ofender a nadie. El conflicto surge en el momento en que la señora A y la señora B empiezan a juzgarse mutuamente. La señora A acusa a la señora B de una extravagancia innecesaria al pagar el precio más elevado. Pondría en tela de juicio la obtusidad de su conciencia y su madurez espiritual, porque su conciencia era fácilmente profanada. Por otra parte, la señora B acusaría a la señora A de traficar con los ídolos y faltar en mantener la separación de aquello de lo cual habían sido salvos. Este conflicto entre las dos llegaría a irrumpir en un conflicto declarado en la congregación de creyentes, se formarían bandos y un grupo acusaría al otro de falta de espiritualidad y madurez, y el otro grupo acusaría al anterior de

falta de separación. Así tendríamos a los comedores de carne, y los que se abstenían de comerla, los que insistían, por así decirlo, en comer hamburguesas que no habían pasado por el templo, en lugar de filete que había estado en el templo. De esta manera la congregación sería dividida.

Pablo aplica a esta situación en Corinto los mismos principios que eran aplicables a los judíos y gentiles en Roma. Es alentador para nosotros el ver cómo un conjunto de principios que se aplican a toda sociedad, cultura, y en todo tiempo. Hoy en día, no necesitamos una serie de principios distintos, porque éstos son de aplicación universal.

PRINCIPIOS DE CONDUCTA

En 1.^a Corintios 8:1-6, Pablo declaró el principio de la libertad en Cristo. Empezando de esta manera: «En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento». El conocimiento así expresado en este pasaje, es saber que un ídolo no significa nada. Un creyente, al comprar carne sacrificada a los ídolos, no aprueba la idolatría practicada en el templo. El apóstol dice en el versículo 4: «Acerca, pues, de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios... sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él» (versículos 4 y 6). El conocimiento que estos creyentes adquirieron les hacía sentirse libres de comer la carne sacrificada al ídolo. El apóstol sabía que el presentar la carne al templo no podía contaminarla, de manera que no podía ser usada por el creyente. El usarla o no usarla era una cuestión de conciencia. Porque sabían que un ídolo en sí no es nada, sabían que hay sólo un Dios, poco importaba que hubiera estado toda la noche en el templo sobre el altar, o en la tienda del carnicero. Así Pablo afirmó el principio de libertad en Cristo.

El apóstol dice en los versículos 1 y 2 de que el conocimiento puede ser algo peligroso: «El conocimiento envanece, pero el amor edifica. Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo». El conocimiento que una persona tiene de su libertad no debe ser el factor determinativo de la conducta cristiana. El saber que *puedo* hacer una cosa, no quiere decir que *deba* hacerla. Ya que Dios ha declarado todas las cosas limpias, no permitiremos que nadie quite nuestra libertad, que imponga leyes sobre nosotros, o nos ponga bajo un sistema legal que dice que no podemos. Pero no estamos obligados a ejercer nuestra libertad. Hay un principio que toma prioridad sobre el primer principio, como se indica en los versículos 7 y 9: «Pero no en todos hay este conocimiento; porque algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina... pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles». Este segundo principio, que Pablo presenta en Romanos 14, es el principio de que ningún creyente debe usar su libertad causando ofensa, o tropiezo al hermano débil. El hecho de que tenemos libertad y *podemos* hacer algo, no quiere decir que *debemos* hacerlo, en vista de la débil conciencia de otro. Aunque algunos tenían conocimiento. Pablo reconoce (versículo 7) que no todos tenían el mismo conocimiento. Pablo equiparó el conocimiento con la fe para creer que algo es aceptable. Por lo tanto, Pablo da el aviso: «Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles» (versículo 9).

El peligro envuelto en hacer que un hermano débil tropiece se ve claramente detallado en los versículos 10 y 11: «Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un lugar de ídolos [es decir, te ve consumir la carne sacrificada a éstos, y por ello llega a la conclusión de que participas de la idolatría], la conciencia de aquel que es débil, ¿no será estimulada de comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió». El hermano débil había llegado a la conclusión de que si el hermano fuerte podía comer de esa carne también lo podía hacer él. Entonces ordenó a su esposa que comprase la carne

más barata. Pero cuando comió de ella su conciencia fue profanada por el hecho de moldear su conducta a la libertad del otro hermano. El resultado se describe en el versículo 11. La palabra *perderse* no quiere decir que el hermano débil ha perdido su salvación. En Romanos capítulo 15, Pablo dice que debemos considerar al hermano débil con miras a su bien, y a su edificación y crecimiento de su fe. Aquí el pensamiento es el mismo. Aquel hermano que en cuanto a las cosas dudosas ajusta su manera de vivir a la del hermano fuerte, hace algo que no tiene la fe para creer que Dios lo permite, profana su conciencia, y, por lo tanto, no puede haber desarrollo, progreso, crecimiento, ni edificación en la doctrina de la gracia.

Pablo, en 1.^a Corintios 8:12, añade otro pensamiento, que por más que lo enfatizamos, nunca lo haremos en demasía: «De esta manera, pues, pecando contra los hermanos [es decir, al insistir en el uso de tu libertad, y tratando de ejercitar tus derechos, sin mirar las consecuencias que ello trae a tu hermano]..., contra Cristo pecáis». El creyente que dice «ya que puedo», por lo tanto «voy a hacerlo», sin asumir la conciencia del hermano débil, sino insistiendo en hacer aquello que cree correcto, sin mirar cómo afecta a su testimonio o a los hermanos, es culpable de pecar contra Cristo. Así, pues, el segundo principio es que ningún creyente tiene el derecho de ejercitar la libertad que Dios le ha dado si ello significa que hará tropezar a su hermano, porque al hacerlo no peca solamente contra el hermano sino contra Cristo.

El tercer principio se nos presenta en el versículo 13 y luego es ilustrado en el capítulo 9. El principio es el de renunciar a nuestros derechos y libertad, para el bien y la edificación del hermano. «Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano». El apóstol va más allá de lo que se espera o requiere en esta situación. Si el hermano había de ofenderse porque Pablo comiera de la carne profanada, el remedio más sencillo sería comer de la otra carne. Pero lo que Pablo quiere decirnos es: «Si mi hermano me ve comer carne sacrificada a los ídolos, y ello le ofendiera, dejaría de comer toda clase de carne, porque también podría suceder que el hermano al verme comer carne ordinaria, se crea que estoy comiendo la carne sacrificada a los ídolos. Por lo tanto, estoy dispuesto a ir más lejos de lo que de mí se espera, porque mi deseo es evitar el causar que el hermano débil perezca, y consecuentemente, hacer que yo peque contra Cristo». Esto es «el caminar la segunda milla» a fin de agradar al hermano, renunciando al derecho propio para el bien del hermano.

EL RENUNCIAR A NUESTROS DERECHOS

Seguidamente, el apóstol menciona ciertas ilustraciones de derechos a los que ha renunciado para el bien de los hermanos. En el capítulo 9 afirma el hecho de que es un apóstol. Y como apóstol tiene ciertos derechos y libertades, como se indica en la pregunta del versículo 4: «¿Acaso no tenemos derecho de comer y beber?» La respuesta sería: «Sí, Dios ha declarado limpias todas las cosas; puedes comer y beber lo que desees». En el versículo 5 hace otra pregunta: «¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas? [¿Acaso no me está permitido que yo me case?]». La respuesta también sería: «Sí, tienes perfecto derecho a casarte». El apóstol prosigue con otra pregunta: «¿No tenemos derecho de no trabajar? [¿No deberían mantenernos las iglesias porque somos apóstoles?]» La respuesta sería: «Sí, tenéis este derecho». Pero la actitud de Pablo fue: «Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número» (v. 19). Pablo se hizo siervo al asumir las limitaciones que afectaban al hermano más débil en estos casos de conciencia. Pablo no dijo: «Exijo que el hermano débil reconozca que soy un apóstol y tengo ciertas libertades». No, él se sometió a la posición del siervo y ajustó a su conciencia. Por eso dijo: «Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley..., para ganar a los que están sujetos a la ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de

todo, para que de todos modos salve a algunos» (1.* Corintios 9:20-22). El apóstol da así su testimonio personal de cómo estos principios afectan su vida. En efecto, el apóstol dijo: «He dejado de comer carne, y vivo de verduras para no ofender a nadie. También pasé sin la compañía de una esposa. Trabajé haciendo tiendas, cuando era la obligación de mis hermanos el contribuir a mis necesidades. Impuse sobre mí la conciencia del hermano débil y abandoné todo aquello en lo que personalmente podía encontrar satisfacción. Incluso guardé la observancia de los días, los meses y los años del antiguo calendario judío, para ganar a aquellos que están bajo la ley». ¿Por qué hizo todas estas cosas? «Por causa del evangelio» (versículo 23).

¿Cómo podría resumir Pablo su enseñanza en cuanto al problema de qué clase de carne la ama de casa cristiana en Corinto debía comprar? Algo parecido a esto: «En primer lugar, carece de importancia para Dios. En segundo lugar, debes tener la conciencia tranquila delante de Dios en cuanto a la clase de carne que Dios quiere que compres. Si Dios te ha concedido la libertad de comprar carne más barata porque ha sido sacrificada a los ídolos, puedes comerla y disfrutar de ella. Si Dios no te lo permite, compra la carne más cara. En ese asunto todo creyente debe de saber lo que Dios quiere que haga. En tercer lugar, ten cuidado de no hacer tropezar al hermano mediante el uso de tu libertad, pues en caso de hacerlo, pecas contra Cristo. Es mucho mejor renunciar al uso de tu libertad, que causar ofensa a tu hermano».

PELIGROS QUE DEBEMOS EVITAR

Estos principios tienen aplicación a la situación actual. Muchos de nosotros no tenemos dudas sobre si deberíamos comer jamón o no, como las tenían aquellos cristianos en Roma. A muchos de nosotros no nos preocupa el saber qué clase de carne hemos de comprar, como a los cristianos de Corinto. Estos no son los problemas que nosotros afrontamos hoy en día. Pero sí hay otros problemas en que los cristianos están divididos. ¿Qué podemos hacer en cuanto a éstos? ¿Podemos aplicar los principios de Pablo? En distintas partes del mundo encontramos diferentes grupos de cristianos que tienen niveles muy distintos en cuanto a lo que está bien o mal. Si decidieras hacer una lista de aquellas cosas que llamamos dudosas, variaría enormemente de un lugar a otro. Existen ciertas cosas dudosas que han sido debatidas por largo tiempo. ¿Qué debe hacer el creyente en cuanto al cine y la televisión? ¿Qué debe hacer en cuanto al baile? ¿En cuanto al tabaco? ¿Y las cartas? ¿Y el vino? ¿Y sobre los cosméticos y el maquillarse? Y en cuanto a las faldas, ¿cómo deben llevarse? Todas estas cosas dudosas entran dentro de categorías distintas. Algunas pertenecen al plano social, como el maquillarse, la manera de vestir, el baile, los baños públicos mixtos. Otros caen en la categoría de diversiones, como las cartas y el cine. Y otros se pueden clasificar como de placeres o costumbres. ¿Cómo podemos decidir sobre todo esto? Lo primero que hemos de decidir es si éstas son cosas dudosas. Hemos de afrontar el problema. ¿Están prohibidas por la Palabra de Dios? ¿Hay en ellas algo que por su naturaleza violan los principios de la Palabra de Dios? De ser así, las hemos de borrar de la lista de las cosas dudosas. Permíteme que lo ilustre. Cuando yo era joven, el fumar estaba siempre incluido en la lista de las cosas dudosas. Ahora toda la evidencia médica que relaciona el fumar con el cáncer, y sus efectos en el cuerpo, han eliminado el fumar de la lista de cosas dudosas. ¿Cómo puede considerarse dudoso algo que la ciencia médica dice que destruye nuestro cuerpo? La Palabra de Dios nos prohíbe destruir nuestro cuerpo, que es su templo.

Muchos cristianos dicen: «Tú no puedes ser cristiano, y hacer esto y lo otro». Un código legalista es impuesto a los creyentes que minan la libertad individual y anulan la conciencia de la persona en estos asuntos. Una persona puede ser creyente e ir al cine. Puede haber nacido de nuevo y consumir vino, y bailar, y jugar a las cartas, y usar cosméticos. Decir que uno no puede ser cristiano y hacer estas cosas, es hacer que la salvación dependa de obras y no en la gracia de Dios. Decir que una persona no puede ser cristiana si hace estas cosas, es imponer un sistema legalista a una persona

que no ha sido enseñada en la Palabra de Dios. Las instituciones y congregaciones de creyentes puede que crean necesario imponer ciertas normas para mantener su testimonio. Puede que sea correcto para una organización cristiana el imponer ciertas restricciones por causa de su testimonio. Pero decir que uno no puede ser cristiano porque hace estas cosas, es negar las doctrinas de la gracia y la libertad de la conciencia individual. Este es el primer peligro que debemos evitar, el peligro del legalismo.

El segundo peligro es el de la pérdida de testimonio o causar que el hermano peque. Si Dios me concede la libertad de hacer algo, tengo perfecto derecho de hacerlo. Si un creyente obra igual que yo, sin tener libertad delante de Dios para hacerlo, entonces he hecho caer a esta persona en pecado. Sería mejor prescindir de aquello que me es agradable a mí o relajante, antes que impedir que un colega cristiano crezca en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador. El renunciar a mi libertad no me hace más espiritual, pero demuestro preocupación por mi testimonio y mi hermano, para que no se ofenda o mi conducta le haga pecar. Es equívoco pensar que la renuncia a estas cosas es evidencia de espiritualidad. Muchos creyentes creen que si fueran al cine, al baile o a jugar a las cartas, o si tomaran un sorbo de vino, o las creyentes usaran maquillaje, no tendrían ni pizca de espiritualidad. El Dr. Homer Hammontree solía decir que hay una ciudad que tiene dos millones de habitantes, en la cual nadie bebe, fuma, baila o juega a las cartas. Pero ninguno de ellos tiene ni una chispa de vida espiritual. Se estaba refiriendo al cementerio de Greenwood Hills de Nueva York. El refrenarse de hacer ciertas cosas no es sinónimo de espiritualidad. Ser espiritual es ser controlado por el Espíritu Santo de Dios. La espiritualidad es una actitud hacia el Espíritu Santo y hacia la Palabra de Dios, y no hacia las cosas. La espiritualidad ciertamente producirá en nosotros una forma de vida distinta y sacará las cosas ofensivas de la vida del creyente, pero no podemos comparar la espiritualidad con la observancia de ciertas prohibiciones.

La pregunta, finalmente, se reduce a esto: «¿Debería hacer esto, simplemente porque puedo hacerlo?» La pregunta no es cuánto puedo hacer, sino que es cuánto *debo* hacer en vista del peligro de ofender a mi hermano y, en consecuencia, hacer que yo peque contra Cristo. ¿Cuántos estamos dispuestos a renunciar por causa del evangelio? Esta era la gran consideración de Pablo. La consideración de Pablo no era: «¿Cuánto me puedo permitir hacer sin que por ello deje de ser reconocido como un apóstol?» La preocupación de Pablo era: «¿A cuánto puedo renunciar por causa del evangelio?» Esta debería ser la primera actitud del hijo de Dios. ¿Hasta dónde puedo llegar? Primeramente, a la luz de la enseñanza de la Palabra de Dios, un creyente sólo puede ir tan lejos como lo determinan las limitaciones de su hermano débil. No se trata de ejercitar la libertad concedida por Dios. Es que se trata de asumir la debilidad del hermano más débil —con miras a su edificación.

En segundo lugar, el creyente sólo puede ejercer su libertad hasta el punto en que no perjudique su testimonio. Uno de los grandes peligros que los creyentes afrontan hoy día, es el peligro de perder su testimonio ante el mundo, al ser tan igual al mundo, que no tienen nada que ofrecerle. Nunca atraeremos personas a Jesucristo al ser igual que el mundo. Si todo cuanto podemos ofrecerles es lo que el mundo ya tiene, no lo querrán o necesitarán. La única manera en que podemos atraer almas a Cristo, es por tener algo que el mundo no tiene, despertando así el apetito por lo que Dios puede darles mediante Jesucristo. Y este interés se despierta no siendo como el mundo, sino diferente a él. Pedro no titubeó en llamarnos gente separada y especial. Algunos cristianos no quieren considerarse como especiales. A otros, el ser especial o separado es un emblema de honor. Jesucristo destacó de toda su generación como alguien singular y único. Dios pide de nosotros que nos separemos, que renunciemos a algunas de nuestras libertades, que El nos ha dado, con el fin de atraer a la gente a Jesucristo. La pregunta no es si un creyente puede hacer esto. La pregunta es: «¿Puedo renunciar a esto por la causa del evangelio, para mantener mi testimonio ante los creyentes

y ante el mundo?» ¿Te atreves tú a ser diferente, dejando de conformar tu vida con el mundo por causa del evangelio?

XXI. LA META DEL CRISTIANO (Juan 17:1-10)

¿Cuál es la meta de la vida cristiana? El apóstol Pablo, al terminar con el tema de las cosas dudosas, concluyó diciendo que todas las cosas deben hacerse para el honor y la gloria de Dios. Al comer, no comamos para demostrar nuestra libertad, sino para glorificar a Dios. Si nos abstenemos de comer, no lo hagamos para nuestra propia vanagloria al renunciar a nuestra libertad, sino para la gloria de Dios. Uno de los dichos de esos que la gente pone en el guardabarros de sus coches, que más ha llamado mi atención, es uno que dice: «No me sigas. Estoy perdido». Y debido a que muchos cristianos no tienen una clara meta a seguir, es imposible que lleguen a realizar algo en su vida cristiana. Tenemos una visión tan ofuscada de lo que constituye la vida cristiana, que hemos de confesar que estamos perdidos y no sabemos adonde vamos. Si queremos glorificar a Dios, hemos de comprender cómo es Dios glorificado.

PARA LA GLORIA DE DIOS

En el capítulo 17 del Evangelio de Juan se nos da una ilustración de lo que es glorificar a Dios. Reconocemos que Dios es un Dios de gloria infinita, y es imposible añadir algo a esta gloria infinita e inherente de Dios. Entonces, ¿en qué sentido puede una persona glorificar a Dios? Jesucristo, en su conversación con el Padre poco antes de su muerte, dijo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese». Jesucristo glorificó al Padre porque, en perfecta obediencia a la voluntad del Padre, había completado la obra que el Padre le había dado a hacer. Ahora bien, ¿cuál era la obra a la que Cristo se refería? Encontramos la respuesta en los versículos 6 y 8, cuando Cristo dijo: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra». El Señor Jesucristo vino al mundo para revelar al Padre a los hombres. Y habiendo revelado al Padre a los hombres, podía decir: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese». Juan 1:18 relata que «...el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, El le ha dado a conocer [o revelado]». Jesucristo vino al mundo, para que el mundo que no conocía a Dios, tuviera la revelación de Dios. Y cuando Jesucristo reveló Dios a los hombres, glorificó al Padre. Cuando los hombres recibieron la revelación dada por Cristo, y correspondieron a esta revelación honrando, adorando, y obedeciendo a Aquel que fue revelado, glorificaron a Dios. Y aquellos que habían recibido la revelación fueron llamados a manifestar la gloria de Dios al mundo, al igual que Jesucristo glorificó al Padre durante los años de su ministerio terrenal. Así, pues, cuando el apóstol dice «Porque habéis sido comprados por precio, glorificad a Dios», nos está diciendo: «Los que habéis recibido al Padre sois responsables de manifestar al Padre a aquellos que andan en ignorancia y tinieblas».

¿Cómo obra Dios en sus hijos para glorificarse? Ante todo, el creyente glorifica a Dios por el hecho de haber aceptado a Jesucristo como Salvador personal. Su salvación glorifica a Dios. El apóstol enfatiza tres veces en el primer capítulo de Efesios de que nuestra salvación trae gloria a Dios. En Efesios 1:6 vemos que todo lo que el Padre ha hecho ha sido planeado para la alabanza y gloria de su gracia. Descubrimos en el versículo 12 que todo lo que el Hijo ha hecho, fue hecho con este propósito: para que seamos para la alabanza de su gloria. El versículo 14 indica de que todo lo que el Espíritu Santo realiza en y a través del creyente es para la alabanza de su gloria. El apóstol enfatiza el hecho de que la salvación por la gracia que nos ha sido ofrecida por el Padre, mediante el Hijo, y realizada por el Espíritu Santo, trae gloria a Dios. Encontramos esta misma verdad enfatizada en Romanos 9:23 donde Pablo declara el propósito de Dios «para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que El preparó de antemano para gloria». El apóstol ahí enfatiza el hecho de que Dios ha escogido hombres para salvación, para que den a

conocer las riquezas de su gloria. Dios es glorificado porque salva a los pecadores. Dios no seleccionó a los buenos, a los amables, a la gente recta o agradable, o al justo, y los salva por lo que son. Dios salva a los pecadores, aquellos que no merecen nada. Y su acercamiento de gracia, misericordia y amor para redimir a los pecadores rinde gloria a sí mismo.

El que Dios es glorificado al salvar a los pecadores también se puntualiza en 1.^a Timoteo 1:16, donde Pablo escribe: «Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habían de creer en El para vida eterna». La salvación de Saulo de Tarso manifestó la paciencia de Dios con un rebelde obstinado, buscándole, encontrándole y trayéndole a El. Vemos, pues, que el tipo de salvación que se ha provisto para nosotros es una salvación que glorifica a Dios.

En segundo lugar, uno glorifica a Dios el Padre mediante su vida diaria, que es vivida en conformidad a la persona de Jesucristo. El hecho de que hemos recibido la gracia de salvación impone en nosotros el que andemos dignamente ante Dios; para que mediante esta manera transformada de conducirnos Dios sea revelado y glorificado. Pablo enfatiza esto cuando escribe en 1.^a Tesalonicenses 2:12: «...Que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria». Y otra vez, en 1.^a Corintios 10:31, escribió: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». El apóstol se preocupaba por la vida cotidiana de aquellos creyentes, y su gran deseo era que aquellos que fueron traídos a Cristo por medio de la salvación que glorificó a Dios, se condujeran de tal manera en sus vidas diarias, que dieran gloria a Dios.

En tercer lugar, vemos que Dios será glorificado durante las edades sin fin de toda la eternidad, al traer muchos hijos a su gloria. El apóstol enfatiza este hecho en Colosenses 3:4, donde dice: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria». La frase «en gloria» no nos describe *dónde* estaremos, pero sí nos dice *cómo* seremos. Puedo parafrasearlo de la siguiente forma: «Cuando Cristo aparezca, entonces también apareceréis vosotros gloriosamente».

Pablo centra su atención en el fin de nuestra salvación, es decir, la conformidad a Cristo en gloria, lo que significa que seremos hallados dignos de su alabanza y honor y gloria a lo largo de todas las edades de la eternidad. La misma verdad se presenta en Hebreos 2:9-10, donde leemos: «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos». Jesucristo se ofreció a sí mismo como un sacrificio para traer muchos hijos espirituales a la gloria. Jesucristo resucitó para ser la primicia de una gran cosecha de creyentes glorificados que serán transformados conforme a su imagen, para que por todas las edades de la eternidad den gloria al Padre.

Al asociar estos pasajes, vemos que el creyente glorifica a Dios mediante la salvación que ha recibido por la gracia, a través de la nueva vida que vive, y al ser una persona en la que se cumple la promesa que la Palabra de Dios nos da de que cuando Cristo «se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal como El es». El fin preeminente del creyente es el de dar gloria al Padre.

A LA SEMEJANZA DE CRISTO

La pregunta que lógicamente surgirá es cómo puede el pecador redimido glorificar a Dios. En Gálatas 2:20, el apóstol escribe: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive

Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí». ¡Cristo vive en mí! El creyente por sí mismo no puede glorificar a Dios. Sin embargo. Cristo vive su vida a través de nosotros como hijos de Dios. Pero Cristo, al manifestar su vida a través de nosotros como creyentes, puede hacer a través de nosotros lo que hizo cuando estaba aquí en la tierra entre los hombres. Puede glorificar al Padre revelando al Padre. Nosotros seremos los instrumentos o canales por los cuales Jesucristo glorifica a Dios. El propósito de Jesucristo era glorificar al Padre cuando anduvo entre los hombres, y el propósito de Jesucristo de glorificar al Padre es el mismo ahora. Pero en lugar de hacerlo a través de su propia persona, lo hace mediante aquellos que han sido redimidos por la gracia de Dios y para la gloria de Dios. Y si hemos de glorificar a Dios, la semejanza a Cristo ha de ser reproducida en nosotros.

Esto une nuestra relación con la segunda persona de la deidad. Glorificamos al Padre manifestando la semejanza a Jesucristo. Aquel que habita en nosotros vive su vida a través de nosotros para glorificar a Dios. Quizás el primer pasaje que viene a nuestro pensamiento sobre esto es el de 1.^a Pedro 2:21, donde el apóstol dice: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas». Y luego Pedro nos muestra la sumisión que caracterizó al Señor Jesucristo. Pedro se refiere a la sumisión de Cristo al Padre para enfatizar la verdad de que como hijo de Dios se somete al Señor Jesucristo en su experiencia diaria. Cristo manifestará su vida a través del creyente para la gloria del Padre. Este tema ocurre repetidamente a lo largo de los escritos de Pablo. Por ejemplo, en 2.^a Corintios 3:18, leemos: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor». ¿Por qué se nos ha revelado el Señor Jesucristo? Para que seamos cambiados, transfigurados a la imagen de Cristo. Nuestros ojos carnales no pueden mirar a su rostro glorificado. Aún así, el Cristo glorificado, resucitado, ascendido, se nos revela a través de la Palabra de Dios, que como espejo reflejando su gloria, por lo que Dios intenta que nosotros, al mirar a Aquel que nos ha sido revelado seamos transformados a su imagen, para que Jesucristo pueda glorificar al Padre a través de nosotros. Nuevamente, en 2.^a Corintios 4:11, Pablo dice: «Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos». Piénsalo, Jesucristo ha transformado de tal manera al creyente, que su vida se manifiesta a través de su cuerpo con el fin de que Dios sea glorificado. La vida de Cristo se hace manifiesta en nuestros cuerpos mortales: «Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para la gloria de Dios» (versículo 15). Pablo nos muestra en los versículos 11 al 15 de que es el propósito de Dios que la vida de Jesús se haga manifiesta en nuestros cuerpos mortales con el fin de que esta gloria redunde para Dios. En 1.^a Juan 2:6, el apóstol dice: «El que dice que permanece en El, debe andar como El anduvo». Cuando Dios propone glorificarse a sí mismo a través nuestro, lo hace manifestando la vida de Jesucristo a través de nuestros cuerpos. Cuando la vida de Jesucristo se ve a través de nosotros, Dios es revelado a los hombres que ven a Cristo en nosotros y así Dios es glorificado.

Esto despierta otra pregunta en nuestras mentes. Ya que el propósito que Dios tiene para mi vida es que yo le glorifique, y ya que Dios solamente puede ser glorificado cuando la vida de Cristo se reproduce en este cuerpo mortal, ¿cómo puedo manifestar a Cristo en mi vida diaria? Y esta es la pregunta que nos conduce a nuestra relación con la tercera persona de la Deidad: el Espíritu Santo. Yo, por mí mismo, no puedo manifestar la vida de Jesucristo, porque no soy Jesucristo. Ni tampoco poseo su perfección y santidad. Ni su sabiduría y conocimiento del Padre. Vivo en un cuerpo sin redimir con una naturaleza pecaminosa, en medio de un mundo perdido. ¿Cómo puedo glorificar a Dios manifestando la vida de Cristo? El creyente sólo puede reproducir la vida del Señor Jesucristo por el poder del Espíritu de Dios. Una y otra vez el apóstol enfatiza este tema cuando escribe sobre la vida cristiana. Nos dice en Romanos 8:5-13: «Porque los que son de la carne piensan en las cosas

de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Más vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de El. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis». Aquí el apóstol enfatiza que si manifestamos lo que es nuestra naturaleza —la carne—, manifestamos aquello que está muerto, manifestamos lo que no puede dar gloria a Dios. Pero si el Espíritu de Dios coge el mando de nuestro cuerpo mortal, el Espíritu de Dios reproducirá la vida de Jesucristo, y usará este cuerpo mortal como el instrumento para revelar a Cristo, y para que Dios sea glorificado.

Este hecho fue también enfatizado por el apóstol en Efesios 1:19. Expresa su deseo de que aquellos creyentes a quienes se dirigía conocieran cuál es «la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fortaleza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos». Si comparamos este pasaje con el de Romanos 8:11, descubrirás que el Espíritu Santo que levantó a Jesucristo de los muertos, es el poder que obra en nosotros para vivificar nuestros cuerpos mortales para hacer la voluntad de Dios. Por esto es que Pablo dice en Efesios 5:18 que «no os embriaguéis con vino [es decir, dejéis controlar por el vino]...; antes bien sed llenos [o controlados] del Espíritu». Al ser controlados por el Espíritu Santo, el Espíritu reproducirá la vida de Cristo de tal manera que Dios sea glorificado. Aquí la cita de Gálatas 5:16 es crucial: «Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne». Solamente cuando andamos siendo conscientes de nuestra dependencia del poder sustentador del Espíritu Santo puede la vida de Cristo ser manifestada en estos nuestros cuerpos mortales.

El apóstol nos revela su propio secreto espiritual en Filipenses 3:10, donde declara que era el deseo más grande de su corazón el conocer a Cristo y el poder de su resurrección. Una paráfrasis de lo que el apóstol dice lee como sigue: «Yo quiero conocerle, y luego quiero conocer experimentalmente el poder que trajo a Cristo a la resurrección». El blanco que el apóstol prosigue es conocerle, para ser como El, y luego estar tan unido al Espíritu Santo para que el poder que levantó a Jesucristo de los muertos, sea el poder que opera en su vida, para que Aquel a quien ama, sea Aquel cuya vida sea manifestada a través de su cuerpo mortal. Los hombres no verán a Pablo; verán a Jesucristo, y al verle, vendrán a conocer al Padre para que Dios el Padre sea glorificado al ser manifestado a través de su cuerpo mortal. Luego el apóstol, en Colosenses 1:11, ora para que los creyentes sean «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria [es decir, el poder del Espíritu Santo], para toda paciencia y longanimidad con gozo». Lo que Pablo enfatiza aquí, es que cuando el poder de Dios, es decir, el poder del Espíritu Santo obra en el hijo de Dios, será glorificado porque el Espíritu Santo produce la paciencia, la longanimidad y el gozo de Jesucristo en nosotros.

Los hombres se caracterizan por sus muchas miras. Quieren seguridad, felicidad, prosperidad material, poder e influencia, y quieren reputación. Todas estas cosas agradan a la carne. No cumplen el propósito de Dios, porque el propósito de Dios es reproducir la vida de Jesucristo en ti, para que los hombres, al mirarte, vean al Señor Jesucristo, dando así honor y gloria a Dios. No puede haber una meta más elevada, ni ambición más sublime. No puede existir un propósito más elevado que el que la Palabra de Dios pone delante de nosotros, como el propósito principal del Hijo de Dios, es

decir, glorificar a Dios. La meta más grande de la vida del creyente no es su propio gozo de la salvación. El fin supremo de su vida no es aprender las verdades de la Escritura o el enseñar o predicar la Palabra. Su meta más importante es vivir en Jesús para que los hombres conozcan al Padre. Dios se glorifica mediante la transformación en la vida del creyente que le permite usar al creyente para revelarse a sí mismo a los hombres, para que a la vez que los hombres responden a lo que de Cristo les ha sido revelado, den honor y gloria al Padre. Jesucristo podía decir: «He acabado la obra que me diste que hiciste». Dios haga que el Espíritu Santo nos posea y controle de tal manera que reproduzca a Jesucristo dentro de nosotros, para que podamos decir, al terminar cada día: «He acabado la obra que me diste que hiciera hoy. El Espíritu ha reproducido la vida de Cristo en este cuerpo mortal, para la gloria de Dios».

TERCERA PARTE:

EL CONFLICTO ESPIRITUAL

XXII. EL CRISTIANO Y EL MUNDO (Romanos 12:1-21)

El creyente afronta un buen número de dificultades en su peregrinación de la tierra al cielo. La primera gran dificultad es el mismo pecado. Es acosado constantemente por tentaciones que le inducen a apartarse de la senda de conformidad al Señor Jesucristo. La Palabra de Dios muestra claramente que no hay lugar para el pecado en la vida del creyente. Este no tiene derecho alguno a sustentar ningún pensamiento, palabra u obra que sea contrario a la santidad del Señor Jesucristo. Tales cosas están prohibidas por la Palabra de Dios.

La otra gran dificultad se presenta en el amplio ámbito de las cosas dudosas, cosas que en sí mismas no son pecaminosas, pero pueden ser puestas al uso y fines pecaminosos. La Palabra de Dios establece principios para guiar al hijo de Dios en las decisiones relacionadas con la conducta, pero no trata con detalles minuciosos. El hijo de Dios afronta constantemente decisiones sobre si está bien el hacer esto o lo otro. En estas cosas los creyentes han de ser guiados por la Palabra de Dios.

La tercera dificultad es en el plano de la mundanalidad. Este es el problema al que queremos dirigir tu atención ahora. Cuando este mundo fue creado por Dios, fue creado para ser el instrumento por el cual Dios manifestaría su gloria a todos los seres que ha creado. Al rebelarse Adán contra la autoridad de Dios, este mundo, que fue diseñado y creado para servir a los fines de Dios, fue apropiado por Satanás, para usarlo para sus propios fines y propósitos, y para promover la rebelión contra Dios. Por lo tanto, nuestro problema es cómo puede usar el creyente algo que ha sido apropiado por Satanás para ser usado contra Dios. ¿Cómo podemos usar las cosas que hay en el mundo sin ayudar a promover los planos y propósitos de Satanás?

EL SISTEMA DEL MUNDO

Necesitamos recordar que cuando nacemos, nacemos en este mundo. Cuando hablamos de nacer en el mundo, no pensamos en el mundo en el sentido geográfico del lugar, sino más bien como un estado o condición. La Palabra de Dios se refiere repetidamente al mundo como un estado o condición de existencia. El mundo tiene su príncipe, Satanás, a quien Cristo se refiere como el «príncipe de este mundo». Pablo habla de él como «el príncipe del poder del aire». Este mundo está gobernado por un gobierno que funciona bajo el poder de Satanás, la cabeza. Pablo también llamó a Satanás «el dios de este mundo». El mundo tiene su propio y falso sistema religioso que exige adoración, lealtad y sumisión a Satanás como su dios. Este mundo es el instrumento que fue apropiado por Satanás, y es usado para sus fines, sus metas, sus propósitos y ambiciones. Satanás, para cumplir su propósito de derrotar al Reino de Dios y encumbrarse a sí mismo como dios y príncipe en este mundo, ha de tener medios con los cuales pueda operar. Este sistema organizado es el que Satanás, como príncipe y dios, usa como el medio en que realizar sus planes. Al nacer en este mundo, nacimos como mundanos bajo la autoridad de Satanás. Es el dios que controló, guió y dirigió nuestras vidas. Sus propósitos se hicieron nuestros propósitos. Sus niveles espirituales, los nuestros; su ética, la nuestra; su moralidad y rectitud, las nuestras, porque estábamos en el mundo. El apóstol, en 1.^a de Juan 5:19, nos da muy gráficamente, la representación divina; nos dice que el mundo está en el regazo del diablo. Nuestra versión dice: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno». Juan representa a una niñera que acoge a un niño en su seno, y dice que todo el mundo (el *kosmos*) y su sistema yace en el regazo del maligno.

El mundo como sistema es marcado por su ignorancia. En 1.^a Corintios 1:21 Pablo dice: «...el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría». El sistema mundial en el que nacimos no conoce al

Dios verdadero, sólo conocía al dios de este mundo, el cual se transformó en ángel de luz para engañar a los hombres. En 2.^a Pedro 2:20 el apóstol nos habla de la profanación del mundo. Este sistema bajo el control de Satanás y que sirve a sus propósitos, está caracterizado por la profanación. Además en 2.^a Pedro 1:4, éste se refiere a la «corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia». El mundo, como sistema, está caracterizado por la corrupción, y los que están en el mundo participan de la profanación y corrupción de su sistema. Pablo nos cuenta en 1^a Corintios 11:32, que el mundo es un sistema que está pendiente de juicio. Nuestro Señor mismo anunció que el príncipe de este mundo había de ser juzgado en la cruz en Juan 12:31. El sistema del cual Satanás es el príncipe y dios estaba bajo el juicio divino. Dios creó al hombre para sí mismo, y se propuso que las criaturas gozaran de la comunión con El. Pero con la rebelión de Adán, el propósito de Dios no se podía cumplir o realizar ni en el mundo ni en sus ciudadanos. Por lo tanto, el mundo y sus ciudadanos cayeron bajo el juicio divino.

LA RELACIÓN DEL CREYENTE CON EL MUNDO

Una de las gloriosas verdades del evangelio es que la muerte de Cristo ha cambiado la relación de los creyentes con el mundo. La muerte de Cristo tiene tantas ramificaciones de significado que es imposible para nosotros comprender en un corto plazo de tiempo, o con nuestras mentes limitadas, todo lo que Dios ha realizado mediante la muerte de Cristo. La muerte de Cristo no sólo obtiene la redención del pecado, la propiciación de Dios, la reconciliación del mundo, sino que la muerte de Cristo hace posible un cambio en la relación del hombre con el mundo, si cree y es traído a una relación con Cristo. Los creyentes pueden decir con Pablo: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos» (Filipenses 3:20). Pablo enfatiza uno de los beneficios de la muerte de Cristo. Nosotros, los que hemos nacido como ciudadanos de este mundo, hemos tenido nuestra ciudadanía transferida. Aunque física y geográficamente estamos en la tierra, ya no pertenecemos al mundo, porque se nos ha dado una nueva ciudadanía en una nueva nación que es gobernada por un nuevo Príncipe, el mismo Señor Jesucristo. Esta nación no se caracteriza por la ignorancia, sino más bien por el conocimiento de Dios. Tampoco se distingue por la profanación y la corrupción, porque es purificada y justificada mediante la muerte de Cristo. Estos que pertenecen a ese estado han sido librados del juicio divino porque la misma relación que existe entre Cristo y el juicio, existe entre nosotros, aunque geográficamente estemos en la tierra, o en el mundo.

Queremos dirigir tu atención a algunas de las cosas que suceden en la relación del hombre con el mundo en el momento en que aceptas a Jesucristo como Salvador personal. Primeramente, nuestro Señor habló de este cambio de relación, cuando en oración con el Padre dijo: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra... No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo (Juan 17:6, 16). A sus discípulos Cristo dijo: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Jn. 15:19). Estos pasajes que consideramos son solamente unos pocos de los muchos a los cuales podríamos dirigir vuestra atención; en ellos vemos que por la fe en el Señor Jesucristo los creyentes han sido situacionalmente removidos del mundo. Han sido traídos al reino del Hijo de Dios. Su ciudadanía ha sido transferida, los que antes eran mundanos, son ahora ciudadanos del cielo. La frase favorita del apóstol Pablo para esto está en el libro de Efesios; es aquélla que dice que los que antes estaban en el mundo ahora están «en lugares celestiales». Uno de los resultados de haber recibido a Jesucristo como Salvador personal es que fuimos sacados del mundo.

Otro resultado de la muerte de Cristo que afecta la relación de los creyentes con el mundo se indica en Gálatas 6:14, donde Pablo dice: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo». Cuando una persona

que ha sufrido la crucifixión ya no puede responder a ninguna clase de estímulo como hacía antes de que la muerte lo arrebatara. Debido a que el apóstol Pablo estaba crucificado con Cristo, el mundo ya no podía cautivarle con sus atractivos. Estaba separado del mundo mediante un acto judicial a causa de la cocrucifixión con Cristo. Fue sacado del mundo y separado de él, tanto como un hombre que ha sido crucificado y sepultado es separado de este mundo. Por su referencia a la crucifixión, Pablo muestra gráficamente de que el mundo no tiene derecho alguno a atraer al hijo de Dios, y éste tampoco tiene derecho alguno a responder a su atracción, porque es alguien que ha muerto con Cristo y ha sido sepultado con Cristo. De la misma manera que alguien que yace en una tumba no puede responder a una voz del mundo de los vivientes, así también el creyente no tiene derecho alguno a responder a la voz del mundo.

Nuestro Señor nos muestra muy claramente en Juan 17 que los creyentes que han sido sacados y judicialmente separados del mundo, y son enviados al mundo por el Señor para testificar a los hombres que están sometidos al sistema del mundo. Cristo dice en el versículo 11: «Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros». Y luego, en el versículo 18 dice: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo». Ahora bien, ¿por qué fue Cristo enviado desde el Cielo a la tierra? Juan 1:18 relata como fue enviado al mundo para revelar al Padre. Jesucristo fue enviado con el fin de traer el conocimiento de Dios, a aquellos que, porque son del mundo, desconocen a Dios. Y nosotros, habiendo sido llamados, sacados y separados del mundo, somos puestos en medio de la gente del mundo con el fin de revelarlas al Padre, Pablo dice que somos embajadores de Cristo. Un embajador es un representante personal de un soberano ausente. Y como embajadores hemos sido enviados al mundo para hacer aquello por lo que Cristo vino al mundo: para revelar el Padre a los hombres. Este pensamiento fue presentado por el apóstol Pablo en Filipenses 2:14-16 cuando dijo: «Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una congregación maligna y perversa en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asiduos de la palabra de vida.» Hemos de resplandecer como luminarias en el mundo, para que la gente del mundo sumida en tinieblas, sean atraídos a la luz que ven brillar a través de nosotros. Si estamos tan conformados al mundo que la gente mundana no puede ver diferencia alguna entre nuestra conducta y la de ella, entonces no verán la luz. La única manera en que nosotros podemos predicar la palabra de vida es estar separados del mundo para que el mundo pueda ver un contraste bien marcado. Por esto el creyente ha de «guardarse sin mancha del mundo» (Santiago 1:27).

Pablo dice en Romanos 12:2: «No os conforméis a este siglo». Y la palabra *conformarse* significa literalmente «ser prensados en el molde de». Un pedazo de metal que es puesto en la prensa mostrará la imagen del molde, y todas las piezas que salen del molde serán idénticas. Si el creyente lleva sobre sí, sobre su carácter, sobre su conducta y su conversación la marca del molde del mundo, el mundo le descontará como a otro mundano. No atraerá a nadie a Cristo a Jesucristo, no tendrá luz con que iluminar al mundo. Por esto el mandamiento del apóstol es: «No seáis prensados en el molde de este mundo, sino sed transformados por la renovación de vuestro entendimiento». La palabra *transformar* significa «transfigurar». En la transfiguración de Cristo la gloria que resplandecía dentro de Él, traslucía al exterior. La única luz que el creyente posee es la luz de la gloria de Jesucristo que le ha sido dada por el nuevo nacimiento. Si el hijo de Dios se conforma a normas, niveles, éticas y hábitos del mundo, entonces corre un velo dentro de él. Nunca atraerá a nadie a Cristo haciéndose mundano. No, la gente del mundo necesitan algo de lo que ya no poseen. Por eso Pablo dice al creyente: «No os conforméis a este mundo».

En 1.^a de Juan 2:15 leemos un mandamiento del apóstol del amor que prohíbe al creyente que ame al mundo: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo». Pablo hablaba de la

conducta externa cuando prohibió que los creyentes se conformasen al mundo y a sus niveles de conducta. Juan se refiere al corazón y la mente cuando dice: «no améis al mundo». Primeramente, uno no puede amar al mundo y al Padre al mismo tiempo. «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». La segunda razón es que al creyente se le prohíbe amar al mundo según el versículo 16, es decir, el contenido del sistema mundial. Todo cuanto hay en el mundo apela a los deseos de la carne, la codicia de los ojos, y al orgullo de la vida. El versículo 17 da la tercera razón del porqué el creyente no debe amar al mundo, porque el mundo es algo transitorio y temporal que está bajo el juicio divino. «El mundo pasa y sus deseos». Sólo el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. El apóstol Santiago nos describe la norma de vida que debe caracterizar al creyente en el Señor Jesucristo, concluye diciendo que el creyente debe «guardarse sin mancha del mundo».

LA MUNDANALIDAD

Es tan fácil hacer una lista de cosas que son mundanas y luego llegar a la conclusión de que la persona que hace tales cosas es mundana, y la persona que no las hace no lo es. ¿Pero estamos seguros de que estas cosas son en sí mundanas? Quizás podemos decir que hay cosas que pueden ser puestas a usos mundanos. Por ejemplo, una aguja hipodérmica, puede ser algo muy beneficioso en las manos de un médico para administrar un antibiótico pero en las manos de un drogadicto puede ser un instrumento nocivo. No se puede decir que la aguja hipodérmica sea de por sí pecaminosa, mala o mundana. Sin embargo, sí se puede decir que es posible usarla para fines mundanos. No podemos decir que un coche que es usado por un médico para hacer visitas de compasión a sus enfermos se pueda considerar mundano. En ese caso es un medio de bendición. Pero si es usado para robar un banco y darse a la fuga, entonces algo que es bueno es puesto a un mal uso. Así, pues, es el uso que hacemos de una cosa que determina el que sea mundana o no. Una radio o televisión en sí mismas no son instrumentos mundanos, pero pueden ser usados para fines mundanos o servir para promover los planes y propósitos de Satanás. La radio y televisión por otra parte, se pueden usar para proclamar el evangelio de Jesucristo y promover aquello para lo cual Jesucristo vino, es decir, para traer el conocimiento de Dios a aquellos que están en tinieblas. Es imposible para nosotros el sentarnos a escribir una lista de las cosas que son mundanas de por sí.

El hijo de Dios debe juzgar su actitud en cuanto al uso de las cosas que hay en el mundo, porque la mundanidad no está relacionada principalmente con acciones sino con actitudes que controlan las acciones. Es perfectamente posible que tú te prives de hacer algo por tu deseo de ser aceptable en cierta comunidad cristiana, y aún así desear de todo corazón que pudieras hacer esto. El deseo de querer hacerlo te constituye en una persona mundana. En tus pensamientos te estás conformando al mundo. Esto es mundanidad. Al considerar cualquier forma de conducta, al preguntarte lo que es bueno para ti como hijo de Dios, tienes que estar por encima de esta cosa y poder determinar tu actitud hacia ella. Tu actitud determina si eres mundano o no. Sería tan fácil si la junta de una iglesia pudiera compilar una lista que se pudiera dar a la congregación determinando lo que es mundano. Pero ello es imposible, porque la mundanidad es una actitud, no un hecho. Por lo tanto, cada persona debe examinar sus pensamientos, sus miras, sus planes y sus ambiciones a la luz de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo lo clarifica escribiendo a los Corintios, ya que la solución a este problema no es el prohibir ciertas cosas. En 1.^a Corintios 7:31 las palabras «y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen», presenta el principio de Pablo: usar el mundo, pero no abusarlo. Si se me invita a una conferencia en Filadelfia, en Chicago, o Los Ángeles, no quiero ir cabalgando. Quiero ir en un avión, y llegar en dos horas en lugar de dos meses. Quiero usar lo que hay en el mundo, pero quiero usarlo como para el Señor. Pablo no nos ruega que salgamos del mundo. Sería la forma más fácil, pero no la solución. Sino que debemos usar lo que el mundo ha construido para su comodidad, conveniencia y progreso. Pero tenemos que estar seguros que cuando

usamos el mundo, no lo hacemos sirviendo a los planes y fines del diablo.

El propósito de Dios de conformarnos a Cristo no se realiza mediante la reclusión en un monasterio. Cuando Dios nos hace semejantes a Cristo, nos permite que usemos lo que el mundo ha inventado, pero hemos de usarlo para el servicio del Señor Jesucristo. Por ejemplo, los creyentes podemos usar legítimamente los medios de comunicación del mundo —radio, televisión, películas— para propagar el evangelio de Jesucristo. Al hacerlo, estamos usando pero no abusando. Si hemos de usar los medios de transporte para acelerar la marcha del evangelio, estamos usando, pero no abusando. Estamos aquí en el mundo como siervos de Jesucristo. Estamos aquí para manifestar la gloria de Jesucristo, para revelar el conocimiento de Dios. ¿Cómo podemos hacerlo? No al conformarnos al mundo, no al amar las cosas que hay en el mundo, sino siendo conformados a Jesucristo con integridad de corazón y propósito. El mundo tiene sus metas y recompensas. Por lo tanto, muchos de nosotros codiciamos lo que el mundo puede darnos hasta el punto de estar dispuestos a comprometer esta posición de separación que hemos sido llamados a asumir por la causa del evangelio. Queremos ser como Cristo, pero también queremos acoger los que el mundo nos ofrece. Con una mano nos sujetamos a El, y con la otra queremos recibir lo que el mundo ofrece. Somos como el hombre de doble pensamiento al cual Santiago describe como inseguro en todos sus caminos. Cristo nos ha sacado del mundo y separado de él con el fin de que seamos testigos delante de él. Que el Señor nos dé la gracia para que podamos examinar nuestra conducta, ambiciones y motivos. Que El haga que deseemos que todo pensamiento, palabra y actividad sea conforme a Cristo en lugar de ser conforme a los niveles mundanos. Podemos obtener una posición muy cómoda en nuestra existencia si renunciamos a nuestra posición de separación del mundo, pero nunca tendremos la aprobación de Aquel que nos ha llamado, y separado para sí mismo. Considera el mandato de Pablo cuidadosamente: «No os conforméis a este mundo».

XXIII. EL CRISTIANO Y LA CARNE (Romanos 8:1-13)

Satanás usa el mundo y la carnalidad para promover sus planes y conseguir sus fines. Consecuentemente, el hijo de Dios debe estar en guardia constantemente contra la mundanalidad y la carnalidad. Vimos en el capítulo anterior que el creyente es tentado continuamente a conformarse al mundo y aceptar sus normas de conducta, ética, moralidad, métodos y finalidades. Cuando el creyente se conforma al mundo promueve los propósitos de Satanás.

En este estudio veremos cómo Satanás busca derrotar el propósito de Dios en la vida del hijo de Dios tentándole a la carnalidad. Pablo afirma el propósito de Dios para el creyente en Romanos 8:4, con estas palabras: «...Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros». La ley fue una revelación de las exigencias de un Dios justo. Pero bajo la ley los hombres no podían cumplir las demandas de un Dios justo. El propósito de Dios de hacer que la justicia de la ley se cumpla en nosotros, es conseguido reproduciendo la vida de Cristo en el creyente por el poder del Espíritu Santo.

El propósito de Dios de reproducir a Cristo en el creyente, se realiza cuando permite ser controlado por el Espíritu Santo. El creyente también puede ser controlado por la carne. Si es controlado por la carne, es carnal. Si es controlado por el Espíritu, es espiritual. Pablo, en Romanos 8, trata, primeramente, la cuestión de la carnalidad antes de proseguir a mostrarnos cómo el Espíritu de Dios reproduce la vida de Cristo en el creyente. El apóstol primero muestra el porqué el creyente carnal nunca puede vivir la justicia de Cristo en su vida. «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz» (versículo 6).

LA DEFINICIÓN DE LA CARNALIDAD

El tener «la mente espiritual» es *ser controlado por el Espíritu Santo*. El tener «la mente carnal» significa *ser controlado por la carne*. De esta manera afirma el apóstol que la carne nunca puede reproducir la justicia de Cristo en nosotros porque el ocuparse de la carne o ser controlado por la carne, significa que está muerta en cuanto al poder reproducir justicia y rectitud se refiere, por lo que no puede producir frutos que agraden a Dios.

En segundo lugar, Pablo muestra que el que es carnal no puede reproducir la justicia de Cristo: «Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede» (versículo 7). Aquí el apóstol muestra que la mente de la carne, o la mente carnal, es rebelde. Está en guerra contra Dios, y nunca dará su aprobación a las órdenes de Dios. La mente natural carece de leyes e intuitivamente se rebela contra todo lo que Dios revela como su voluntad. Si alguien intenta cumplir la justicia de la ley por la carne, descubrirá que la carne se rebela contra los mandatos de Dios, porque la justicia de Dios le es algo totalmente repugnante.

En tercer lugar, el apóstol muestra que la justicia de Cristo nunca se cumplirá en el hombre carnal porque «los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (versículo 8). El apóstol no dice que el hijo de Dios, no puede agradar a Dios porque vive aquí en la tierra. Nos dice que el que vive bajo el control de la mente carnal no puede agradar a Dios porque la mente carnal está marcada por su ignorancia e incapacidad de reproducir la justicia de Cristo. Suponte que has plantado un árbol en tu jardín, del que esperas recibir fruto, y luego descubres que el árbol se ha secado y muere. Al descubrir que el árbol ha perecido, abandonas toda esperanza de obtener fruta porque lo que está muerto no puede reproducirse. El argumento del apóstol en este pasaje está basado en este concepto

de que la naturaleza humana, o la carne, o la mente carnal está muerta. Por lo tanto, no puede reproducir la justicia de Cristo en la experiencia del creyente.

El término «la carne» también se usa para describir el esfuerzo natural del hombre, e independiente de Dios. Lo que es de la carne, es aquello que un hombre hace por sí mismo, sin ayuda divina, sin la capacitación del Espíritu Santo. Pablo enfatiza esta verdad en Gálatas 3:3, donde pregunta: «¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» Lo que Pablo quiere decirnos es: «El Espíritu empezó una obra para conformarte a Cristo. ¿Tienes ahora la noción de que independientemente del Espíritu Santo, por tus propios esfuerzos, puedes alcanzar la madurez espiritual y ser conforme a Cristo?» Pablo sigue en Filipenses 3:3, donde dice: «Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne». En otras palabras, los cristianos no ponen su confianza en lo que pueden hacer por sí mismos, independientemente de Dios, o sin la asistencia del Espíritu Santo. Cuando Pablo dice que la carne no puede agradar a Dios, y que no reproduce la bondad de Cristo, está considerando a la carne como la naturaleza humana, que como resultado de la caída está totalmente incapacitada para someterse a la voluntad de Dios, a la santidad y justicia de Dios, y para reproducir la vida de Jesucristo.

El apóstol seguidamente nos muestra que la carne se caracteriza por una debilidad inherente. En Romanos 6:19, Pablo dice: «Hablo como humano, por vuestra humana debilidad». Y otra vez en Romanos 8:3, dice: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne...». En otras palabras, la ley era débil por cuanto dependía de la carne, es decir, la vieja capacidad, la vieja naturaleza que es esencialmente débil.

En Romanos 7:5, Pablo se refiere a la carne como la esfera en que el hombre sin regenerar vive. «Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte». Pablo describe a la carne como el estado en que vive la persona no regenerada, o el estado en que personas salvas pueden vivir, cuando son controladas por la vieja capacidad o el viejo hombre. Nos dice que la persona carnal o controlada por la carne, es un vehículo por el cual el pecado opera. Pablo vio esta verdad en sí mismo cuando manifestó claramente en Romanos 7:14: «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado». Pablo hablaba de su constitución básica, su modo de ser constitucional, cuando dijo: «Yo soy carnal». Pablo no quería decir que estaba viviendo en la carne, sino que quiso decir que poseía dos capacidades. A veces nos referimos a ellas como la «vieja naturaleza» y la «nueva criatura», o la «naturaleza pecaminosa» y la «nueva naturaleza divina». Pablo vio que no solamente tenía la capacidad de reproducir la bondad de Cristo, sino que también retenía la capacidad de antes de ser salvo, la capacidad de reproducir los frutos de la naturaleza pecaminosa que moraba dentro de él. Como Pablo, hemos de reconocer que la naturaleza pecaminosa no fue erradicada cuando creímos en Cristo, no fue purificada, o cambiada; vivimos con la vieja naturaleza dentro de nosotros. Lo que Pablo dijo de sí mismo es verdad de cada uno de nosotros. Somos carnales en nuestro modo de ser básico y constitucional.

Los términos «carne» y «mente carnal», tal como las usa el apóstol Pablo, se refieren al medio por el cual el pecado opera. Algunos pecados son físicos, otros son mentales. Hay pecados religiosos y sociales. Pero todo pecado cualquiera que sea su clase es producto de la mente carnal o la naturaleza carnal. Pablo se refiere a este hecho en Romanos 13:14, donde exhorta a los creyentes: «Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne». Cuando damos a la carne la oportunidad de controlar nuestros miembros, nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, concebirá y producirá pecado. Y así el apóstol afronta el hecho de que poseemos una tremenda potencialidad de pecado porque somos carnales.

EJEMPLOS DE CARNALIDAD

Quizá ningún otro pasaje expresa tan claramente el producto de la carne como lo hace Gálatas 5:19-21, donde el apóstol hace una lista de las obras de la carne. Poco antes de especificar estas palabras, dice el apóstol: «Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne». Esta es la misma verdad que se presenta en Romanos 8, que el hijo de Dios puede ser controlado o bien por el Espíritu Santo o por la carne. Toda acción, todo pensamiento, toda obra está, o bien bajo el control de la carne, o del Espíritu Santo de Dios. Por eso, si dejamos que la carne nos controle, ¿qué producirá? Pablo menciona, primeramente, cuatro pecados sensuales: adulterio, fornicación, inmundicia y lascivia. Luego menciona dos pecados religiosos: idolatría y hechicería, mostrándonos que la carne no está solamente pervertida y corrompida en cuanto a la moralidad, sino también en cuanto a Dios. Después Pablo menciona un número de pecados que revelan el egoísmo básico de la carne: enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias. En otras palabras, la carne es egocéntrica y egoísta. Pablo también menciona pecados de intemperancia: homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes. El apóstol hace así el retrato del corazón natural, la carne, y la mente carnal. La carnalidad puede manifestarse en cualquiera de estos pecados.

No es difícil de encontrar en la Palabra de Dios ejemplos de tal carnalidad, como la que el apóstol incluye aquí. Por ejemplo, leemos en 2.º Samuel 11 sobre el adulterio de David y la muerte de Urías, de la que David era responsable. Aquí vemos a David como un hombre carnal. Sometiéndose a los deseos de la carne, controlado por la carne (por la carnalidad), cometió dos pecados de adulterio y asesinato. 1.º Samuel 28 nos da el relato de la carnalidad de Saúl que al verse sitiado por los filisteos fue a consultar a la pitonisa de Endor, repudiando así a Samuel el profeta de Dios, el portavoz de Dios mediante el cual el Señor se revelaba a la nación.

Saúl era carnal debido a su hechicería e idolatría. Saúl es también un ejemplo de la manifestación carnal del odio, la ira, los pleitos, las envidias y los crímenes. Si miramos en 1.º Samuel 18, veremos cómo Saúl estaba celoso de David. Envidiaba a David debido a la alabanza que recogía como resultado de sus proezas militares. Dos veces intentó Saúl atravesar con su lanza a David. El atentado de Saúl de asesinar a David nació de la envidia, los celos y el odio. Fue así que Saúl mostró ser un hombre carnal.

La carnalidad de Noé se presenta en Génesis 9:20-21, donde leemos que Noé se embriagó, y de tal manera que yacía desnudo en su tienda. Manifestó en su desnudez la forma de carnalidad de la que el apóstol habla cuando dice que las obras de la carne son «borracheras, banquetes y cosas parecidas». La mayoría de nosotros nos sentimos complacidos cuando nos comparamos con David, Saúl o Noé.

Llegamos a la conclusión de que no somos camales porque nunca hemos cometido un crimen, porque nunca nos hemos intoxicado o cometido adulterio. Pero esto no es necesariamente así. Pedro no había hecho ninguna de estas cosas, y aun así era carnal. Pedro, después de oír el aviso que el Señor dio a sus discípulos —«Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche»—, dijo a Jesús: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré». Jesús le dijo: «De cierto te digo, que esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces». ¿Cuál fue la respuesta de Pedro? «Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré» (Marcos 14:27-31). La confianza de Pedro en sí mismo era carnalidad. Pedro confiaba en su propia carne para prevenirle del acto que Cristo predijo que tendría lugar antes de que el gallo cantase para anunciar el nacimiento del nuevo día.

En la tercera epístola de Juan, éste escribió sobre Diótrefes: «Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe» (v. 9). Diótrefes se había situado como maestro, y cuando su enseñanza era contradecida por la del apóstol Juan, intentó desacreditar a Juan como apóstol y repudiar el mensaje de Juan en la congregación de creyentes. Su orgullo y su amor a la preeminencia mostró que era carnal. Mientras que por un lado la carnalidad puede manifestarse en grandes pecados de la carne, la carnalidad puede manifestarse por medio de pecados de la mente, que pueden ser tan destructivos a la vida cristiana y al testimonio cristiano como las acciones más groseras de cualquier persona carnal que se relata en la Palabra de Dios. Vemos una manifestación de carnalidad que jamás puede glorificar a Dios y que priva la manifestación de la bondad de Cristo en la vida del creyente, en el orgullo, en la satisfacción propia, en la presunción y en la indiferencia que caracteriza a tantos de nosotros.

El creyente debe examinar constantemente sus motivos, ambiciones y planes para traerlos a la conformidad de la bondad de Cristo, porque aquellas cosas que Dios provee para nuestro bienestar y comodidad físicos pueden ser pervertidos a manifestaciones de carnalidad. Dios ha provisto comida para nutrir y sostener este cuerpo físico. Nadie podría subsistir sin comida. La comida no puede en sí misma ser considerada carnal, pero muchos de nosotros manifestamos la carnalidad por el uso que hacemos de la comida. Cuando permitimos la indulgencia hasta tal punto que hemos de ir al sastre para que ensanche nuestros pantalones, entonces estamos manifestando carnalidad. Es propio y correcto que tengamos un lugar donde vivir, pero aun así hemos de examinar nuestra actitud en cuanto al lugar en que vivimos. Cuando codiciamos cosas materiales por la posición o nivel social que estas cosas materiales pueden darnos, esto es carnalidad. El coche que usamos, la ropa que vestimos, nuestro estilo de vida pueden ser manifestaciones de carnalidad. El hacer una lista de *cosas* carnales puede facilitar que nos abstengamos de ciertas manifestaciones de carnalidad. Pero cuando la carnalidad se define en forma de *actitudes*, entonces hemos de examinarnos a nosotros mismos, en todo lo que hacemos, y hemos de traer todo pensamiento, deseo, acción y motivo y someterlo al control del Espíritu Santo. Las cosas que Dios ha provisto pueden ser legítima o ilegítimamente usadas. Por lo tanto, todo hijo de Dios ha de someterse de tal manera al control del Espíritu Santo de Dios, para que la bondad y justicia de Cristo sean reproducidas en todas las partes de su vida.

¿Qué es la carnalidad? Según la enseñanza del apóstol Pablo, todo pensamiento, palabra o acción que es generada por la carne, motivada por la carne, e indulgido para gratificar o complacer la carne, es carnalidad. No es siempre lo que el hombre *hace* que señala la diferencia entre ser carnal o espiritual, sino más bien *lo que o quién* controla la acción. Cualquier acción mía que es motivada por la carne, es carnal; cualquier acción mía que es controlada por el Espíritu, no puede ser carnal. La carne produce carnalidad; el Espíritu produce espiritualidad.

XXIV. TODA LA ARMADURA DE DIOS (Efesios 6:10-24)

Al leer el último capítulo de Efesios, nos encontramos con que la epístola que empieza en «lugares celestiales» termina en el campo de batalla. El apóstol Pablo, en el primer capítulo, dirigía nuestra atención a la posición gloriosa en «lugares celestiales» en Cristo. En el segundo y tercer capítulos, describía la unión gloriosa del judío y gentil en un cuerpo mediante la obra del Espíritu Santo. En el cuarto y quinto capítulos, describía el andar de los creyentes en la unidad. Luego, al concluir la epístola, vio necesario el exhortar a aquellos que han recibido estas verdades, porque la vida de unidad y de amor se desarrolla en un campo hostil. El apóstol deseaba que aquellos que habían recibido estas verdades estuvieran preparados para la batalla. Los hijos de Dios no son solamente siervos, sino soldados. No sólo viven en casa, también viven en una ciudadela. Deben de estar debidamente equipados para la vida a la que han sido llamados a vivir, y la guerra en la que han de luchar.

Pablo sabía por su experiencia personal que había muchos adversarios en Efeso. Por ejemplo, cuando desde esta ciudad escribió a los corintios, dijo: «Pero estaré en Efeso hasta Pentecostés porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios» (1.^a Corintios 16:8-9). En Hechos 19:23-41, leemos un relato extensivo de los adversarios que había en Efeso. Esta ciudad se había entregado a una libertina adoración de la diosa Diana. Cuando Pablo entró en Efeso para declarar que sólo había un Dios verdadero, un solo Dios viviente y que los hombres sólo podían acercarse a El mediante Jesucristo, los efesios se levantaron para echarle fuera de la ciudad y para asesinarle porque había menospreciado a Diana. Fue sólo por el miedo a las autoridades superiores que Pablo y sus compañeros fueron librados de la muerte física en la arena efesia. Los adversarios de Pablo eran humanos, visibles y vulnerables. Sus movimientos podían ser seguidos, y sus planes impedidos. Pero el apóstol reconocía que tenía un adversario superior, invisible; adversario que desencadena sus luchas en el mundo espiritual. El apóstol deseaba que los cristianos a quienes escribía estuvieran equipados para este tipo de guerra. Así, pues, después de describir en Efesios 6, versículos 10 al 13, el tipo de guerra en que el hijo de Dios está envuelto, en los versículos sucesivos el apóstol describe en detalle la armadura que Dios ha provisto para que el hijo de Dios sea victorioso en su conflicto con Satanás.

FORTALECIDOS EN EL SEÑOR

La fortaleza del creyente es presentada en el versículo 10, donde el apóstol dice: «Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fortaleza». La palabra traducida «fortaleceos», no quiere decir que habéis de fortaleceros a vosotros mismos, hacer flexiones musculares y hacer gimnasia hasta conseguir un tipo de luchador. El apóstol usa el ejemplo que nos muestra que aquellos que han sido separados para la batalla tienen que lograr las fuerzas de otra persona, por lo que aconsejaría esta traducción: «Por último, hermanos, sed fortalecidos en el Señor». El creyente no ha de ir a la guerra confiando en sus propias fuerzas, sino en las fuerzas recibidas de alguien, es decir, el mismo Señor Jesucristo.

La frase «en el Señor» nos muestra dónde tiene lugar este fortalecimiento. Durante la lucha de una batalla humana, la fortaleza se evalúa en términos del número de hombres, cuántos hombres tiene el comandante a su disposición. También la fuerza y el poder militar se determina por la clase de armas que el comandante dispone. O bien nuestra fuerza dependa en la misma habilidad del comandante. Pero lo que el apóstol nos enseña aquí, es que cuando el creyente entra en el conflicto, carece de poder, armas y sabiduría excepto en el Señor. Si un soldado pierde confianza en su

comandante, empieza a temer cuál será el resultado de la batalla. Dejará de seguir adelante en la pelea si no cree que su comandante tiene la habilidad de llevarle a la victoria. Así Pablo dirigía los pensamientos de los creyentes al Señor, en quien puede tener confianza absoluta como Aquel que fortalecerá sus vidas en el conflicto diario. Hemos de ser fortalecidos en el Señor y en el poder de su fortaleza.

El apóstol, al orar por los creyentes, pide que lleguen a conocer «cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales...» (Efesios 1:19-20). El apóstol expresa su deseo de que los creyentes conozcan la grandeza del poder que los ha salvado. Cuando Dios salva a una persona pone en funcionamiento el poder que levantó a Jesucristo de la muerte física y lo elevó y sentó a la diestra del Padre en gloria. El poder que pudo sacar a Cristo de la tumba, después de sobrellevar nuestros pecados en la cruz y traerlo a la gloria, es el poder que opera para llevarnos a la gloria. El poder de la fortaleza de Dios a que se refiere Efesios 6:10, es el mismo poder que obró en Cristo para nuestra salvación. Este poder está disponible a los hijos de Dios para darles la victoria en sus vidas diarias, y el creyente se fortalece a sí mismo en el Señor, al confiar y contar con la fortaleza del Señor.

VESTIDOS CON TODA LA ARMADURA

El apóstol nos da un mandamiento en el versículo 11: «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo». Cuando Pablo escribió esto a los efesios era un prisionero romano. Quizás el soldado que era su carcelero estaba de pie junto a él mientras escribía. Al mirar al soldado le guiaría en la descripción de las armas provistas para el hijo de Dios. Su guarda no era un soldado vestido en una toga, la cual sería usada por una persona fuera de servicio, sino que estaba vigilado por alguien que vestía todo el equipo militar, que un comandante romano proveía a todos cuantos servían bajo su mando. El soldado completamente equipado se presentaba como el objeto de una lección al apóstol Pablo; los creyentes nunca han sido llamados a la holgura, o a la vida de placer. El creyente tampoco se viste con una toga. En su lugar debe ponerse toda la armadura de Dios para que pueda contender contra el diablo y sus ejércitos espirituales de maldad.

Esta palabra, «vestíos», significa en el texto original, «vestíos una vez, y para siempre». Al ordenar que estos creyentes se pongan ese atuendo una vez y para siempre, el apóstol nos está revelando la verdad de que hemos de considerarnos como envueltos en una lucha incesante. No estamos inmiscuidos en una pequeña escaramuza, después de la cual podemos volver a nuestra vida de descanso. Pablo nos dice que debemos ponernos esta armadura y nunca separarnos de ella, mientras estamos en la carne. La batalla a la cual hemos sido llamados es continua, incesante, sin tregua, debido a la naturaleza de nuestro adversario. Ni la duración de la batalla ni los dardos del enemigo permitirán que pongamos a un lado el armamento. Por esto el comandante dice. «Ponte de una vez, y para siempre, toda la armadura de Dios».

La frase «toda la armadura» se refiere a todo lo que un comandante militar proveería para la protección y seguridad de sus soldados y para capacitarles en la lucha en una guerra agresiva. No era la responsabilidad del soldado romano el proveer su uniforme. Si tuvieran que proveer la armadura ellos mismos, muchos vendrían mal preparados, para protegerse a sí mismos, y poder avanzar en la pelea. La responsabilidad del comandante era equipar a todos aquellos que estaban bajo su autoridad. Cuando el apóstol hablaba de toda la armadura de Dios, se refería a todo el equipo que Dios ha provisto para que todos los que están en su ejército puedan ser victoriosos y triunfantes. La batalla es del Señor, y como nuestro comandante ha provisto todo lo que El sabe que necesitamos. Sabe lo que

necesitamos como protección para que no caigamos en la batalla. Sabe lo que necesitamos en la forma de armas ofensivas, para que podamos derrotar al adversario. Nuestro comandante no está solamente preocupado por la protección de sus soldados, y en tener el mismo número de soldados en su ejército después que la batalla ha concluido, que antes de empezar ésta, sino que también se preocupa de que sus soldados sean victoriosos y triunfantes. En su infinita sabiduría y poder Dios ha provisto todo cuanto sus soldados pudieran necesitar. Ninguno de sus soldados perecerá en la batalla por causa de que su comandante haya fallado en proveer sus necesidades. Si sucumbimos, será porque no nos hemos apropiado de toda la armadura de Dios. Esta es la razón porque el apóstol en los versículos 14 al 17, da detalladamente el equipo que ha sido dado a los soldados.

HACIENDO FRENTE AL ADVERSARIO

En el versículo 11 el apóstol destaca por qué Dios ha mandado que nos vistamos con toda la armadura que El ha provisto: «Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo». Dios nos dirige en la batalla para que seamos derrotados. Dios espera la victoria, y nos ha equipado para que podamos mantenernos firmes contra los dardos del diablo. La palabra traducida «asechanzas» es una palabra muy interesante que significa o sugiere «el acecho de un animal en busca de su presa». El apóstol, al usar esta palabra, revela algo sobre la necesidad de este equipo porque no vamos a una batalla donde el adversario usará tácticas discernibles. Esto no es una pelea de boxeo, donde el área del lugar donde se va a desarrollar está delimitada por cuerdas. El boxeador siempre sabe dónde está su adversario y lo que intenta hacer. Nuestro adversario usará de toda su habilidad, astucia, sutileza y engaño de un animal depredador persiguiendo a su presa. El apóstol nos indica que estamos envueltos en una batalla en la que no podemos ver al adversario. No sabemos por qué lado nos va a atacar. No sabemos los medios que usará para destruirnos. Pero sabemos que usará sutileza, astucia y engaño para hacernos caer. Debido a su sutileza y astucia, necesitamos ser equipados de tal forma que podamos resistir contra sus asechanzas sin importar de dónde y de qué lado nos ataque.

En el versículo 12 el adversario del creyente está claramente descrito: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales». Aquí el apóstol usa la figura de un combate de lucha. El luchador romano tenía una idea fija en su mente, que era coger al adversario poniendo sus manos alrededor del cuello y tenerlo sujeto en el suelo con una llave estranguladora. El objeto de la lucha romana no era el sujetar a un hombre de espaldas al suelo, sino más bien por el cuello. Esto era una pelea a vida o muerte. Si los hombros del luchador tocaban el suelo, una vez acabada la lucha podía levantarse y marchar. Pero si la nuca del luchador tocaba el suelo con una llave estranguladora, era físicamente imposible para el luchador vencido levantarse y continuar. El apóstol está tratando de enseñarnos la seriedad del conflicto en el que estamos envueltos. Si caemos ante el adversario, no hemos perdido la vida eterna. ¡El Señor nos libre! El adversario está mirando de desacreditar nuestro testimonio cristiano, para hacer que caigamos de tal manera que no podamos levantarnos y seguir nuestro caminar cristiano, y manifestar la vida de resurrección de Cristo nuevamente. No estamos envueltos en un partido de fútbol organizado por la escuela dominical; en el que podemos jugar hasta que estamos cansados y luego retirarnos a un banco a descansar y dejar que los jóvenes continúen el juego. Estamos envueltos en una pelea de vida o muerte. Nuestro adversario quiere destruirnos.

Pablo describe la naturaleza de nuestro adversario cuando dice: «No tenemos lucha contra sangre y carne». «Carne y sangre» es una frase comúnmente usada para describir a un ser humano. Si tenemos un adversario humano, tiene la misma fuerza que nosotros tenemos, tiene una mente como la nuestra, usa los mismos dispositivos que nosotros, y sabemos cómo luchar contra él porque podemos imaginarnos lo que hará partiendo de la base de lo que nosotros haríamos en una situación

similar. Podemos estar bien preparados para afrontar un enemigo de carne y sangre, porque nosotros también somos sangre y carne. Nuestro encuentro es en territorio y condiciones comunes. Pero Pablo nos dice que nuestro adversario no es de carne y sangre; luchamos «contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

Aprendemos en Efesios 6:12 que hay distintos rangos entre estas huestes espirituales de maldad formadas de ángeles caídos. Sabemos por la Palabra de Dios que los ángeles son seres que fueron creados por Dios para ser sus siervos ministeriales, ejecutores de la voluntad de Dios. En el orden gubernamental divino, los ángeles fueron dispuestos en distintas jerarquías, cada una de las cuales tenía esferas distintas de autoridad y responsabilidad. Los arcángeles, la clase más alta, recibían sus órdenes del trono de Dios y las delegaban a los rangos subordinados que se apresuraban a ejecutar la voluntad de Dios.

Cuando Lucifer se rebeló contra Dios (véase Isaías 14 y Ezequiel 28), un gran ejército de ángeles siguió su rebelión, y Satanás se convirtió en su dictador. Satanás se convirtió en el dios de este mundo organizando a sus caídos seguidores en una organización de rangos parecida a la de Dios. Separó a sus demonios en clases diferentes con responsabilidades distintas y grados de autoridad. Los «principados» son líderes diabólicos que sirven a Satanás. Las «potestades» se refiere a todos los ángeles caídos que están bajo la autoridad de estos líderes. Los «gobernadores» se refiere a aquellos que tienen la autoridad sobre este mundo. Se llaman los gobernadores de las tinieblas de este mundo. Por tanto, los cristianos luchan contra un sistema organizado.

Cuando Pablo dice: «Tenemos lucha contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes», se refiere al carácter de los principados, gobernadores y potestades. Estamos luchando contra una horda de diablos que está organizada por su maligno cabecilla para derrotar y vencer a los hijos de Dios en la batalla. Se caracterizan por la maldad. Su naturaleza es malvada. Sus métodos son malvados. Su obra diabólica. Sus propósitos y designios son perversos. Y a pesar de toda esta maldad no está en el plano material —no es el mal que podamos ver, evaluar y evitar—. Más bien es el mal espiritual, y por consiguiente en un plano invisible. Pablo deseaba que los creyentes echaran una buena ojeada a la enormidad de la batalla en que estamos envueltos. La esfera de nuestra batalla no es sólo aquí, en la tierra, sino que se extiende más allá en los lugares celestiales adonde hemos sido traídos juntamente con Cristo Jesús. Nuestra batalla no tiene lugar en el mundo físico o material; nuestra batalla es espiritual y tiene lugar o se desarrolla contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

MANTENEOS FIRMES EN LA BATALLA

Cuando asimilamos la enseñanza de Pablo, comprendemos la razón de su apelación: «Por tanto, tomad toda la armadura de Dios [porque no tenéis lucha contra cosas visibles, sino poderes invisibles], para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes». Pablo concluye casi de la misma manera que ha empezado, ya que en el versículo 11 dice a los creyentes que se pongan toda la armadura de Dios de una vez y para siempre. Y habiendo mostrado en el versículo 13 el porqué es necesaria la armadura, exhorta a los creyentes que se vistan con toda la armadura que Dios ha provisto hasta el fin, para que puedan mantenerse firmes en el día malo contra el adversario. El día malo no se refiere al día del juicio cuando el servicio del cristiano será examinado, como soldado del Señor Jesucristo. El día malo es este día en que vivimos. Es una frase que se refiere a toda nuestra vida. Desde el punto de vista divino, esta vida terrenal es un día malo. Es un día malo porque estamos acechados constantemente por los adversarios que miran de destruirnos. El apóstol enfatiza también el hecho de que esta vida es una batalla. El apóstol no indica

esperanza alguna de la retirada del adversario o el cese completo de hostilidades para que podamos quitarnos la armadura. El apóstol indica que la batalla será constante, incesante y sin tregua, mientras vivamos. Aunque sabemos que en la cruz de Jesucristo tuvo lugar el juicio de Dios sobre Satanás y aunque sabemos por Apocalipsis 20 que Satanás será atado por mil años, para nosotros, los que vivimos hoy en día, sabemos que no hay esperanza alguna de ser librados de nuestro conflicto con Satanás y sus huestes. Hemos sido llamados a ser soldados por la duración de nuestras vidas, y podemos librar la batalla victoriosa y triunfantemente y salir ilesos. El apóstol dice en el versículo 13: «Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis aguantar el ataque del adversario invisible que os está acechando para destruirnos en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes». *Estar - firmes* es lo opuesto a *caer en derrota*. El soldado cuyo pie resbalaba cayendo de rodillas podía estar seguro que no escaparía al golpe de la espada de su adversario. El soldado que no podía mantenerse firme no podía tener la esperanza de ser vencedor. Así el apóstol nos asegura que el cristiano podrá mantenerse cuando se viste con toda la armadura de Dios. ¡Mantenerse firme significa la victoria!

Hay varias cosas en estos versículos que necesitan ser enfatizadas. Ante todo, debería estar bien claro para nosotros que todo creyente es un soldado de Jesucristo. Hemos sido llamados a la batalla, y ningún hijo de Dios está exento de esta citación. Hemos sido alistados por el Rey de reyes y Señor de señores para servir en su ejército. No podemos evitar el ser reclutados, ni tampoco podemos esperar una prórroga por razón alguna. Somos soldados de Jesucristo.

La segunda cosa que debemos observar es la naturaleza de nuestro adversario. No podemos verle, tocarle o ser más listos que el adversario. Por lo tanto, necesitamos una protección, sabiduría y fuerza superior a la nuestra propia. Dios ofrece las fuerzas necesarias porque nos dice que podemos ser fortalecidos con el poder de su fortaleza a fin de poder contender contra el enemigo. La responsabilidad de la protección pertenece al comandante que los ha convocado a la batalla. Dios que los ha llamado al conflicto, ha provisto toda la armadura divina. Pero es la responsabilidad del soldado al vestirse con la armadura que Dios ha provisto. Si eres derrotado, es porque no te has apropiado de lo que Dios ha provisto. Si un comandante equipa a sus hombres, pero éstos debido al descuido y la indiferencia no usan la armadura provista, el comandante no puede hacerse responsable de la derrota. Si tú rehusas vestirme con la armadura que Dios ha provisto para ti, la única persona que puede considerarse responsable por la derrota eres tú mismo.

El autor de un himno se hacía la siguiente pregunta: «¿Soy yo un soldado de la cruz?» Cuan inútil es preguntarnos esto, cuando Dios nos dice que *somos* soldados. La única pregunta que debemos afrontar es: ¿Qué clase de soldado soy yo? ¿Somos de aquellos que nos damos cuenta del adversario y nos apropiamos de toda la armadura que Dios ha provisto para que podamos mantenernos contra las asechanzas, astucias y sutilezas del maligno y no ser vencidos en el día de la batalla?

XXV. EL CINTO DE LA VERDAD (Juan 17:13-17 y Efesios 6:14a)

Dios no nos ha llamado para luchar contra molinos de viento. No luchamos contra sangre y carne, sino contra un poderoso e invisible adversario: Satanás. Huestes de ángeles caídos están organizados bajo su autoridad para luchar sus batallas. Su oposición es incesante e inexorable. No sabemos nunca de dónde vendrá el ataque, no sabemos nunca la manera en que el adversario dispondrá el ataque, no podemos anticipar las asechanzas que utilizará. Si Dios no hubiera provisto una armadura adecuada para sus hijos, se parecería a un comandante que envía a sus soldados armados con pistolas de agua a luchar con un adversario que dispone de armas atómicas. Pero Dios nos ha dado una armadura que es adecuada para que podamos «resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes». Pero no podemos obedecer la orden del apóstol de vestirnos con toda la armadura de Dios a fin de que podamos resistir en el día malo a menos que comprendamos lo que es la armadura y cómo debe usarse.

UNA FIGURA FAMILIAR

La primera pieza del equipo que el apóstol describe es el cinto. Dice: «Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad». Parece extraño que el apóstol empezara con el cinto, porque si bien el cinto era usado por los soldados romanos, no era considerado parte de la armadura, como lo eran el yelmo, la cota, el escudo y la espada. El cinto formaba parte del vestido habitual de una persona en los días del apóstol. Quizás el apóstol empezó con el cinto, que no era usualmente considerado parte del armamento, con el fin de recordar a aquellos creyentes que las armas de nuestra milicia no son carnales sino espirituales. Dios no equipa a sus soldados de la misma manera que un comandante militar equipa a los suyos; Dios nos equipa con una armadura que el mundo nunca consideraría protección alguna. El cinto era usado en tiempos de Pablo por el individuo para sujetar su larga y suelta toga a su cuerpo, por modestia al igual que para darle libertad de movimiento. En Mateo 3:4, leemos que Juan el Bautista apareció vestido con una ropa bastamente tejida de pelos de camello y ceñida a su cuerpo con un cinto de cuero alrededor de sus lomos. El cinto de cuero era usado por las clases pobres y el cinto de lino o quizá bordado, era usado por personas de medios financieros más elevados. Los ricos usaban cintos de seda o lino, bordados con oro y joyas y con hebilla de oro. Por tanto, el cinto era parte esencial de la vestidura de la persona.

En los tiempos de Pablo el cinto era importante para el soldado ya dispuesto para la batalla. Este recogería el borde de su toga y la sujetaría alrededor de su cintura. De esta manera el cinto le daría libertad de movimiento y rapidez. En caso de entablar un combate cuerpo a cuerpo, sin llevar el cinto, su larga toga le haría tropezar convirtiéndose en un blanco fácil para el adversario. Así, pues, el soldado se equipaba con un cinto.

Quizás este es el pensamiento que cruzaba por la mente del escritor de la epístola a los Hebreos, cuando dijo: «Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (12:1). Hemos de apartar todo cuando impida el movimiento libre y rápido. Ningún soldado consideraría ir a la batalla sin un cinto fuerte para sujetar bien sus ropas.

El cinto también era usado por el soldado para sujetar sus armas. El soldado sujetaba su cinto a través de su hombro para que pudiera colgar su espada en el cinto. El arquero usaría el cinto de la misma manera para poder soportar el aljaba que llevaría a la batalla. El soldado no iría a la batalla con un cinto de seda o lino. Sería demasiado ligero para aguantar el peso de una espada o un aljaba de flechas. El cinto del soldado usualmente era una correa ancha de piel que sujetaría sus ropas

juntas y sería lo suficientemente fuerte como para sostener las armas ofensivas con las cuales el soldado entraría en batalla.

Por otra parte, el cinto era usado para colgar condecoraciones que el soldado había recibido de su comandante por su distinción en el campo de batalla. El soldado romano colgaba estos galardones en su cinto. Así el cinto se convirtió en un emblema de lo conseguido en batalla. Cuando un comandante militar había llevado sus tropas a la batalla era su costumbre de presentar cintos especiales a los capitanes que habían servido bajo su mando. Tales cintos estarían ricamente adornados con oro y plata y a menudo con incrustaciones de joyas. Entonces el cinto se convertía en un emblema de honor, recompensa y gloria. El soldado que vino a la batalla con un cinto de cuero sencillo confiaba que después de la batalla sería recompensado con un cinto galardonado con las señales de su valía. Así vemos que cuando el apóstol dio la orden a sus lectores efesios de estar firmes ceñidos en sus lomos con el cinto de la verdad, estaba usando una figura que les era familiar.

CEÑIDOS CON LA VERDAD

El apóstol caracteriza al cinto como el cinto de la verdad. La explicación más común de lo que significa el cinto de la verdad, es la revelación de la verdad de Dios dada a los hombres, la Palabra de Dios que hemos recibido. Este pensamiento se manifiesta en 2.^a Timoteo 1:13-14, donde el apóstol ordenó a Timoteo: «Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros». Aquí el apóstol se refiere primeramente a la verdad objetiva, la doctrina que ha sido revelada por Dios a sus hijos. Pero mientras esto parece muy bien, es la verdad en el sentido subjetivo que tiene que caracterizar al soldado. Podríamos expresarlo como «verdadero». El creyente dispuesto para la batalla debe de estar revestido primeramente de un carácter verdadero, lleno de integridad y sinceridad. Esto le da valor y confianza al entrar en combate.

La palabra sincera se origina de dos palabras del latín *sine cerus*, que significa «sin cera». Debido a que era tan fácil que una pieza de alfarería se quebrase por el procedimiento del fuego, el alfarero deshonesto, con el fin de cubrir sus defectos, cubría las grietas con cera de abeja. La cera llenaría las grietas y ésta parecería perfecta y sin taras. El mercader honesto garantizaba que su mercancía carecía de cera —*sine cerus*—. Por lo tanto, ser sincero significa no tener faltas o defectos encubiertos. El apóstol Pablo se refiere a la necesidad de la sinceridad en la vida del cristiano cuando ora por los creyentes filipenses así: «Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo» (1:9-10). Pablo deseaba que las vidas de estos cristianos fuese sin cera, es decir, sin encubrir sus defectos. Si un cristiano tolera insinceridad en su vida, concede a Satanás un punto de entrada en su territorio y caerá bajo el ataque del maligno.

Recientemente tuvimos necesidad de llamar a la brigada pesticida a nuestra casa porque habíamos descubierto termitas en la parte trasera del patio. Después de examinar la situación, nos informó de que las termitas habían encontrado una grieta entre el cemento del patio y los fundamentos. No necesitaron una apertura muy grande, aquella grieta fue suficiente para darles entrada a un lugar donde podían hacer su nido. Igualmente, Satanás no necesita una puerta abierta de par en par para penetrar en la vida del creyente. Si existe una pequeña grieta, es suficiente para que penetre. Si hay algo insano en nuestra vida, si hay defectos que están cubiertos con cera, entonces Satanás encontrará la manera de entrar. Una vida que se caracteriza por sinceridad, autenticidad y su carácter verdadero e intachable y por su pureza, impedirá que Satanás encuentre una entrada.

Nunca se puede enfatizar lo suficiente el valor de una buena reputación. Se puede ilustrar de la

siguiente manera. Un político deshonesto puede que trate de sobornar a un legislador, intentando de ganar su apoyo en una ley que está pendiente. Pero como este político sabe que el legislador es un hombre de integridad y no puede ser corrompido con un soborno, se abstendrá de hacer sugerencias al legislador. La reputación del legislador es bien conocida: no puede ser comprado; es incorruptible. Su reputación de incorruptibilidad le protege de las insinuaciones de los políticos corrompidos. Este es el concepto que el apóstol tenía en su mente cuando hablaba de un hombre ceñido con la verdad. Tal hombre escapa a los ataques del maligno porque éste conoce su incorruptibilidad. El chantaje en nuestro país es posiblemente un negocio que abarca millones de dólares. Pero a no ser que la gente tenga defectos de carácter, el chantajista no puede operar. Este practica la extorsión porque la persona de la que exige pagos no se caracteriza por la verdad. Si una persona revela perfecta rectitud, el chantajista no tiene a qué acogerse para operar. De la misma manera, si el hijo de Dios, por la gracia del Señor, elige el camino de la verdad y sinceridad, presenta un frente invulnerable contra el adversario.

EL EJEMPLO DE CRISTO

En el primer capítulo del libro del Apocalipsis encontramos una descripción de la gloria del Hijo de Dios resucitado. En los versículos 12 y 13, Juan dice: «Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies». Y sigue con una nota significativa: «Y ceñido por el pecho con un cinto de oro». El Señor Jesucristo, al ser representado en la gloria que vino a ser suya siguiendo su resurrección y ascensión, es revestido con una vestidura cuya blancura excede al resplandor del sol, vestido que está sujeto a su persona por un cinto de oro. El cinto representa o manifiesta la gloria de la persona, y una de las glorias de nuestro Señor es ésta: El es la verdad. Al sentarse con sus discípulos en el aposento alto, nuestro Señor dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». «Yo soy la verdad.» Los adversarios de Cristo le vigilaban a través de los años de su ministerio terrenal y no pudieron encontrar falta alguna en El. ¿Por qué? Porque estaba ceñido con el cinto de la verdad. Los fariseos indagaban cada una de sus palabras y vigilaban cada una de sus acciones para tener una base sobre la cual poder acusarle y condenarle a muerte, pero cuando vinieron a prenderle. Cristo podía hacer frente a sus adversarios y decirles: «¿Quién de vosotros me acusa [o declara convicto] de pecado?», quedándose atónitos y mudos. ¿Por qué? Porque Jesucristo estaba ceñido con la verdad.

Cuando Cristo Jesús fue a la cruz, el centurión en cuyas manos Cristo fue entregado para la ejecución, al verle morir dijo: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios». ¿Cómo podía hacer tal afirmación? Porque Jesucristo estaba ceñido con la verdad. El ladrón crucificado dijo: «Este ningún mal hizo». ¿Por qué decía esto? Porque Jesucristo estaba ceñido con la verdad. Nadie podía señalar una falta en su carácter. Aquellos que miraban de acusarle de algún crimen, encontraron que no podían penetrar con sus ataques. ¿Por qué? Porque El es la verdad. Cuando el carácter de Cristo se manifiesta a través del hijo de Dios, éste está ceñido con lo que Cristo es: la verdad. Así el creyente se convierte en invulnerable contra las acusaciones del maligno.

No hay nada como una conciencia culpable para volver a un hombre en un cobarde. Hace algún tiempo una máquina que era usada para la extracción de agua en una zanja, en un suburbio de Miami, estropeó la tubería de agua dejando una gran zona sin servicio de agua. Unas horas después, cerca de cincuenta personas que eran culpables de no haber pagado los recibos del agua, aparecieron por las oficinas para pagar sus deudas. Cristiano, cuando el adversario te ataca, si no estás ceñido con el cinto de la verdad, serás vulnerable. Tu conciencia te convertirá en cobarde y hará que huyas en lugar de hacer frente al enemigo. El apóstol dice que la primera pieza de tu equipo debe ser el cinto de la verdad, que simboliza integridad, sinceridad y la ausencia de duplicidad ante Dios y ante

los hombres. Esta es una de las facetas del carácter cristiano reproducido en el creyente por el Espíritu Santo. El hijo de Dios, que así es equipado, puede estar firme contra el maligno.

XXVI. LA COTA DE JUSTICIA (2 Corintios 2:9-11 y Efesios 6:14b)

En el ejército romano de los días de Pablo era responsabilidad del comandante militar el procurar los soldados que eran enviados a la batalla su mando estuvieran adecuadamente equipados para enfrentarse con el adversario. Los que hemos sido llamados como soldados de Jesucristo, tenemos un fiel comandante, el Capitán de nuestra salvación, el cual ha provisto todo el armamento necesario para luchar contra el adversario de nuestras almas. Las armas con que luchamos no son materiales porque serían inútiles en nuestra milicia contra las huestes invisibles de tinieblas espirituales guerrear en lugares celestes.

La pieza de armamento a la que dirigimos tu atención es la cota de justicia. Es difícil distinguir varios grados de importancia que tienen las distintas piezas de armadura de la indumentaria romana, pero sin duda la cota era una de las más importante, porque tenía que cubrir la parte más vulnerables del cuerpo del soldado. Frecuentemente la cota se hacía con un tejido pesado al que se sobreponía piezas de cuerno o discos metálicos entretejidos. Pero más frecuentemente la cota estaba hecha de metal —de malla o anillos de metal entrelazados—, o metálica; hecha en dos partes con goznes para poderla sujetar alrededor del cuerpo, pecho y espalda, y atada con tiras de cuero o con una hebilla. El propósito de la cota era cubrir la zona vulnerable del pecho y abdomen. Ningún soldado romano se atrevería a pensar en la idea de ir a una batalla sin la cota para la protección del torso y el dorso. Por lo tanto, el apóstol, después de instigar al creyente para que se ciña con la verdad, le instruye para que se ponga la cota de justicia.

EL CONCEPTO BÍBLICO DE LA JUSTICIA

Con el fin de entender el significado de la cota de justicia, es necesario para nosotros el tener una idea clara en nuestro pensamiento del concepto bíblico de justicia.

Primero hemos de notar que toda persona que nace en este mundo carece de justicia que le haga aceptable delante de Dios. En Isaías 64:6-7, leemos: «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicias; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. Nadie que invoque tu nombre...». El salmo 14, que afirma la misma verdad, es citado por el apóstol Pablo en Romanos 3:10-12: «Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno». En los versículos 13 al 20, el apóstol muestra cómo la injusticia que caracteriza al hombre natural se manifiesta a través de cada uno de los miembros del cuerpo y en todas las partes de su ser. El versículo 23 resume la opinión de Dios sobre el hombre natural: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios». Estos son solamente algunos de los pasajes que enfatizan el hecho de que el hombre natural carece de la bondad que le haga aceptable delante de Dios. Y lo que es más aún, carece de la justicia que pueda protegerle contra los ataques del maligno. El hombre natural, cuando es atacado por el adversario, no tiene armamento alguno que pueda protegerle. Fuera de la gracia de Dios, no tenemos la habilidad para resistir al diablo; no tenemos el equipo con que podamos derrotar a Satanás.

En segundo lugar, vemos que Dios imputa la justicia de Dios a aquellos que aceptan a Jesucristo como Salvador personal. El apóstol Pablo, después de presentar la injusticia del hombre natural en el capítulo tercero de Romanos, nos cuenta cómo la justicia de Dios es dada a aquel que

acepta a Jesucristo como Salvador personal. Pablo, en Romanos 3:22, se refiere a «la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en El». Luego nos cuenta cómo imputa Dios esta justicia: «Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (versículos 24-26). En Romanos 5:17-19, el apóstol dice nuevamente: «Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos». Pablo presenta en estos pasajes el glorioso hecho de que cuando alguien acepta a Jesucristo como Salvador personal, Dios le imputa la perfección de Jesucristo, de manera tal que el pecador es revestido con la justicia de Cristo. Consecuentemente, el que ha nacido por la fe en la familia de Dios es tan aceptable en los ojos de Dios como el inmaculado Hijo de Dios mismo. Se nos ha dado la justicia de Cristo como nuestra parte. Hemos sido hechos «aceptos en el amado» (Efesios 1:6). Los que han aceptado a Jesucristo por la fe tienen los mismos derechos que Jesucristo tiene ante Dios.

La justicia es el don de Dios para nosotros. No es algo que merecemos. Esta justicia no es algo que podemos poner o quitar, porque la justicia de Cristo es nuestra porción *eterna*, dada para siempre por Dios. Aunque cuando el apóstol habla en Efesios 6, exhortando a los creyentes a ponerse la cota de justicia, no está hablando de la justicia imputada de Cristo. Porque esta justicia no es algo que podamos ponernos o quitarnos.

En tercer lugar, notamos que el Espíritu de Dios produce justicia en las vidas de aquellos que han sido hechos justos por Jesucristo. A menudo nos referimos a esto como justicia experimental o práctica. Cuando el Espíritu Santo es permitido a producir en nosotros los frutos de justicia (Filipenses 1:11). Ahora bien, esta es la justicia práctica, personal o empírica que el apóstol exhorta a los creyentes que se pongan como la cota que protegerá contra los ataques mortales del maligno. A menos que el creyente manifieste justicia personal en su vida diaria, está afrontando el enemigo sin la cota. Por lo tanto, nos da a entender que nos es suficiente para el hijo de Dios gozarse en la verdad de que ha sido justificado debido a su posición en Cristo. El Espíritu de Dios debe reproducir la justicia de Cristo en el creyente o éste estará incompleto —faltará una parte muy importante—. Esta es la justicia a la que Pablo se refiere en Romanos 6:13, cuando dice: «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como miembros de justicia». Y también en el versículo 19, el apóstol dice «...que así como [en tiempos pasados] parí iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia». Otra vez, en Romanos 8:3, el apóstol dice que Dios envió «a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu».

En los capítulos 3, 4 y 5 de Romanos, Pablo enseña que Dios nos ha acreditado la justicia de Cristo, que hemos sido revestidos en la justicia de su Hijo y comparecemos delante de Dios aceptos en el Amado. Pero al seguir el apóstol con los capítulos 6, 7 y 8, trata la justicia personal y práctica y nos dice que el creyente que ha recibido por la fe la justicia de Cristo, debe presentarse a sí mismo al Espíritu Santo como instrumento por el cual el Espíritu Santo obre de tal forma que produzca aquellas características de la vida de Cristo. Cuando esto se realice en nosotros, poseeremos una

pieza de armadura impenetrable, la cota de justicia.

LA ARMADURA DE LA JUSTICIA PERSONAL

La cota era de gran importancia cuando el soldado entraba en un combate mano a mano contra el enemigo. Dos adversarios cada uno de ellos provisto con una daga en la mano derecha se batirían cogidos por la mano izquierda en un duelo a muerte. En tal cercana proximidad, cada uno intentaría de atravesar la cota de su adversario para matarle. El creyente cristiano también afronta un combate a mano armada con un adversario visible. El adversario está buscando una grieta en nuestra cota para poder penetrar su espada. Si la cota del creyente es completa y fuerte, puede luchar con confianza. ¿Puede imaginar lo que sentiría un soldado que ha dejado de cuidar la cota, o si fuera a la batalla sin comprobar que las tiras de cuero o los goznes que sujetan la cota? Al sentir el adversario sujetar su mano y ver su daga, se diría a sí mismo: «¡Oh, si tan sólo hubiera reparado las grietas en la malla de mi cota! Ahora soy vulnerable». Si hay pecados en la vida del creyente que permanecen escondidos y sin confesar, estos pecados se parecen al defecto en nuestra cota de protección en la que hay espacios por los que la punta de la daga puede penetrar para destruirnos. Una daga no requiere un agujero muy grande en la cota para penetrar y hacer su obra destructiva. Si hemos de tener la seguridad de poder confrontar el enemigo en un combate mano a mano, hemos de estar seguros de que no hay desperfectos en nuestra cota. Una de las brechas en nuestra cota podría ser un espíritu no perdonador. El apóstol Pablo escribe en 2.a Corintios 2:9-11, acerca de personas quienes había perdonado «para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros». Otra parte donde Satanás puede ganar ventaja sobre el cristiano se indica en 1.a Timoteo 5:14, donde Pablo, escribiendo al joven pastor Timoteo, le dice: «Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia». La negligencia de las responsabilidades del hogar puede dar al enemigo la ocasión de difamar.

Déjame presentar otra metáfora militar para ilustrar cómo Satanás puede ganar ventaja sobre un cristiano. Cuando un comandante envía sus fuerzas a una zona, primeramente envía patrullas de avance para establecer una base desde la cual puedan operar. Desde esta posición avanzada o playa de desembarque, sus soldados pueden atacar y rodear las fuerzas del ejército enemigo. Esta es la manera en que Satanás obra en la vida del creyente. No necesita la puerta abierta que pueda dejar un pecado escandaloso. Cualquier separación de la justicia de Cristo da a Satanás la oportunidad de ganar una base y establecer un centro de operaciones desde el cual pueda planear la derrota del creyente en la batalla. Podemos ejercitar un gran cuidado en cosas importantes, y refrenarnos de grandes y escandalosas violaciones de los justos y santos mandamientos de Dios y, sin embargo, ser muy liberales en las cosas pequeñas, los pequeños pecados, y los secretos pecados. Pero estos pequeños pecados pueden tener una influencia devastadora en la vida del creyente, tanto como las violaciones declaradas de la santidad y justicia. Y son estos pecados pequeños los que Satanás puede usar como punto de apoyo, como playa de desembarco, como base de operaciones mediante la cual pueda derrotar al hijo de Dios. Gracias a Dios, estamos revestidos con la justicia de Cristo. Satanás no puede robar nuestra gloriosa posición delante del Padre, de ser justos en Cristo. ¡Pero cuántas veces somos negligentes con la armadura de justicia personal! Cuando el enemigo ya te ha cogido por la mano izquierda y desenvainado su daga, es demasiado tarde para intentar reparar la grieta en tu cota de justicia. Pero Dios tiene un método por el cual la armadura puede mantenerse dispuesta para la batalla. En 1.a Juan 1:9 el apóstol nos dice: «Si nosotros [hijos de Dios] confesamos nuestros pecados [las brechas de nuestra armadura], El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados». A menos que confesemos nuestros pecados al día, seremos vulnerables a los ataques del adversario porque no mantenemos el equipo que ha sido provisto a aquellos que han sido hechos justos en Cristo.

XVII. CALZADOS CON EL APRESTO DEL EVANGELIO (Efesios 6:15)

La influencia de la moda hace que dejemos de dar importancia al valor utilitario de los zapatos y demos valor a su aspecto decorativo; especialmente en lo que atañe al vestuario femenino. Los zapatos originalmente fueron diseñados para proteger los pies de pinchos y piedras. Los que tenían que cruzar las ardientes arenas de un desierto necesitaban calzado, porque ningún viajero se atrevería a emprender un viaje largo descalzado. El pastor que pasaba su tiempo en las montañas siguiendo a sus ovejas, necesitaba fuertes sandalias para proteger sus pies. El apóstol Pablo mostró que conocía la importancia que los zapatos tenían para el soldado, y para el viajero, cuando se refería a la armadura que ha sido provista por Dios como el equipo para sus soldados. En Efesios 6: 15, después que el apóstol dijo que nuestros lomos han de ser ceñidos con el cinto de la verdad, es decir, la sinceridad y genuinidad del hombre interior, y después de declarar que hemos de vestirnos con la cota de justicia para la protección contra el enemigo, dijo: «Y calzados vuestros pies con el apresto del Evangelio de paz». El romano, al igual que el judío normalmente se calzaba con sandalias ligeras que consistían de una suela de cuero sujeta a los pies mediante tiras de cuero. A menudo las sandalias eran ornamentadas con metales preciosos, o incluso joyas. Si el soldado romano había de ser enviado a la batalla, se sacaría las sandalias ligeras y calzaría con un par de zapatos pesados de gruesa suela de cuero. La suela de estos zapatos fue incrustada con clavos para que el soldado pudiera sostenerse firmemente en el suelo en su encuentro con el enemigo en la batalla.

CALZADO PARA LA BATALLA

El soldado de Jesucristo ha sido llamado por Dios a dejar el calzado que sólo sirve de adorno, y calzarse con las pesadas botas de suela enclavada para poder mantenerse firme contra el adversario. Un atleta da gran importancia a su calzado. Los atletas que participan en varios deportes usan el calzado adecuado que se adapta a las necesidades de cada jugador. Como, por ejemplo, el jugador de tenis usa un tipo especial de calzado, el jugador de fútbol otro, el jugador de béisbol otro y el jugador de golf otro. Según la manera en que estos deportes requieren el uso de los pies, el calzado está diseñado para dar al contrincante sostén y firmeza a sus pies. El soldado cristiano también necesita tener seguridad y firmeza en sus pies. Su habilidad de mantenerse firme contra el adversario dependerá del calzado que lleve puesto. Su preparación para la batalla sería muy pobre si ciñiera sus lomos con la verdad y pusiera la cota de justicia, pero no se calzara adecuadamente. Hay algo en el evangelio de paz que sostendrá al creyente cuando se haya vestido con las otras partes de la armadura. El apóstol enfatiza esto cuando dice que el creyente ha de tener sus pies calzados con la preparación que el evangelio portador de la paz provee. Ya que el evangelio es la verdad de que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación, hemos de inferir que el soldado de la cruz ha de estar preparado de antemano para el conflicto conociendo esta verdad. Sería locura tratar cambiarnos de calzado y buscar un par de zapatos para quitarnos las sandalias una vez el enemigo nos ataca. Hemos de calzarnos bien antes de afrontar al adversario.

El apóstol Pablo se refiere en la epístola a los Efesios de forma indirecta a los pies, porque la palabra *caminar* aparece con frecuencia. En Efesios 2:2, el apóstol pidió a sus lectores que recapacitaran en la manera de vivir que tenían antes de conocer a Jesucristo como Salvador. Dijo: «En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo». Su manera de vivir fue manifestada a través de su diaria manera de caminar, sujetos enteramente a los niveles, formas, metas, deseos y éticas de este mundo bajo el control de Satanás. Les recuerda que anteriormente habían sido controlados por «el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia».

Después que el apóstol destacó la pasada manera de vivir de aquellos creyentes, les exhorta a que caminen en una nueva manera de caminar: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente» (Efesios 4:17). Luego describió en detalle la manera de caminar que caracterizaba al gentil. Era un caminar vano o vacío. Su entendimiento fue entenebrecido de manera que no conocieron la verdad de Dios. Era un caminar de muerte, porque fueron ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que hubo en ellos. Se entregaron a todo tipo de inmoralidad, obrando con avidez para cometer toda clase de impureza.

Después de pintar este cuadro tan negro de lo que la manera de caminar es de la persona que no conoce el evangelio de paz, el apóstol vuelve a la parte positiva y exhorta a los creyentes en la nueva manera de caminar: «Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4:1). Los creyentes en Cristo somos llamados a la unidad; hemos sido llamados con un llamamiento celestial, como hijos de Dios. Nuestra manera de andar ha de ser conforme al alto, celeste y santo llamamiento. El apóstol reconoce el hecho de que sin lo que el evangelio provee a los creyentes, éstos nunca podrían andar dignos de la vocación a la que son llamados. Por esto el apóstol dice: «Si deseas cumplir con esta obligación que como hijo de Dios tienes, has de prepararte para esta forma de caminar poniendo en tus pies el calzado del evangelio [o que el evangelio provee]». Pablo dice nuevamente en Efesios 5:1-2: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante». El creyente tiene la capacidad de manifestar el amor de Dios, porque Dios le amó primeramente, y el apóstol dice que el hijo de Dios manifestará el amor de Dios y será victorioso en su caminar cristiano, cuando se viste con lo que le ha sido provisto por el capitán de nuestra salvación para sus pies, para que pueda andar en amor. En Efesios 5:8, el apóstol también señala que «en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz». El apóstol destaca el hecho de que aquellos creyentes anteriormente tropezaban porque estaban en tinieblas. Pero desde que el evangelio les trajo la luz, su camino estaba iluminado. Pero aun así, si los pies del creyente no están propiamente equipados, no podrá sostenerse firme contra los ataques del enemigo.

UN FUNDAMENTO SEGURO

La Palabra de Dios usa dos figuras significativas para mostrarnos que Jesucristo es el fundamento sobre el cual hemos de sostenernos si hemos de salir victoriosos y triunfantes de nuestra guerra. Primeramente, Jesucristo es presentado como la *roca* o la *piedra*. En Mateo 16:18, después de la declaración de Pedro («Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»), Jesucristo le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Aunque existen varias interpretaciones de la frase «esta roca», parece como si el apóstol identificara lo que había en la mente de Cristo cuando usó esta figura, por lo que escribió en 1.^a Corintios 10:4: «Y la roca era Cristo». Cristo anticipó que el Espíritu de Dios uniría a todos los creyentes en un cuerpo (la iglesia) en el día de Pentecostés. Sabía que serían atacados por el diablo. Las mismas puertas del infierno mirarían de prevalecer contra ellos, pero habían recibido una Roca sobre la cual podían mantenerse firmes, y asegurar sus pies. Y cuando los pies de los creyentes han sido calzados con la provisión que se nos da en el evangelio de paz, y así calzados nos sostenemos firmemente sobre la Roca, entonces podemos sostener los ataques del maligno.

Pedro usa esta misma figura en relación a Cristo en Hechos 4. Habiendo predicado a Cristo a las gentes, declaró: «Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los

edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (versículos 10-12). Pedro, que había oído a nuestro Señor decir: «Sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades *no* prevalecerán contra ella», declaró a la asamblea congregada delante de él, la verdad de que Jesucristo es esa Roca. Y aquel que se soporta encima de esta Roca tiene un fundamento inmovible.

La figura de Cristo como Roca es también usada por Pablo cuando habla de la iglesia como edificio. Escribiendo a los Efesios, en el capítulo 2, el apóstol dice a los creyentes: «Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra de ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20). Al escribir a los Corintios, el apóstol dijo que él como perito arquitecto había puesto la fundación de su fe. Luego dijo: «Pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo». Jesucristo es el fundamento sobre el cual descansa la superestructura.

Siempre es interesante mirar la preparación para la construcción de un gran bloque de oficinas. Cuanto más alta es la estructura, más profundos han de ser los cimientos. Si el edificio ha de aguantarse sólidamente, la construcción ha de unirse a la piedra sólida bajo tierra. Este pensamiento está en la mente del apóstol cuando dice que Dios ha puesto el fundamento de su iglesia. La iglesia permanecerá porque Jesucristo es nuestro sólido y seguro fundamento. Creyentes, unidos a El, somos invencibles porque El es invencible.

UNA BASE SEGURA

Isaías, escribiendo a un pueblo rebelde y sin arrepentir sobre un castigo que les iba a sobrevenir, dijo: «Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares oscuros como muertos. Gruñimos como osos todos nosotros, y gemimos lastimeramente como palomas; esperamos justicia, y no la hay; salvación, y se alejó de nosotros» (Isaías 59:10-11). Ahora bien, ¿cómo se convirtieron esa gente en gente ciega, que andaban a tientas y tropezaban? Los versículos 12 y 13 nos dan la respuesta: «Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros; porque con nosotros están nuestras iniquidades, y conocemos nuestros pecados: el prevaricar y mentir contra Jehová, y el apartarse de en pos de nuestro Dios; el hablar calumnia y rebelión, concebir y proferir de corazón palabras de mentira». Israel es representado como una nación que tropieza en la luz del mediodía. Por esto no hay excusa. ¿Por qué tropezaron a plena luz del día? ¡A causa de su pecado personal! Si un creyente comete pecado y luego trata de andar en una forma que agrada a Dios, andando de manera digna del llamamiento con que hemos sido llamados, caminando en luz y en verdad; pero se da cuenta que no puede progresar en absoluto, es porque se ha quitado las botas reforzadas con clavos. El profeta Isaías mostró claramente que aunque Dios había provisto lo que hubiera capacitado a Israel para andar en la senda de justicia, la nación no se apropió de la provisión divina. Por lo tanto, tropezaban hasta en plena luz del mediodía.

No es sólo mediante un acto de pecado declarado que uno echa a un lado lo que Dios ha provisto para equipar sus pies, sino también por cierta actitud de la mente. Encontramos una ilustración de esto en el salmo 73. En el versículo 2, el salmista dice: «En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos». Ahora bien, ¿qué hizo decir al salmista «casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos»? Vemos la respuesta en el versículo 3, donde el salmista da una confesión de la errónea actitud de su corazón: «Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos». Fue una actitud equívoca que hizo que el salmista removiera el apresto del evangelio y resbalara en desgracia y desesperación.

Si pudiéramos escoger dónde luchar contra nuestro adversario, sin duda buscaríamos un terreno en el que no hubiera nada que nos hiciera tropezar, resbalar o caer. Desafortunadamente, no siempre podemos escoger dónde afrontar el adversario. Parece que éste no nos ataca cuando estamos avanzando sobre terreno liso. Pero cuando hemos de avanzar por terreno escabroso y donde las aguas hacen el terreno pantanoso, el enemigo se deleita en atacarnos. El sabe que puede vencernos rápidamente en tales condiciones, especialmente si vamos sin nuestras botas de guerra, provistas por el evangelio de nuestra salvación. Si pudiéramos escoger el terreno, quizá no sentiríamos la importancia de preparar nuestros pies con antelación. Pero porque los hijos de Dios nunca saben cuándo ni dónde encontrarán al adversario, han de preparar sus pies con antelación para poder mantenerse firmes.

Creyente, si estás resbalando, es quizá porque te has sacado el calzado, esto es, las botas de combate que Dios ha provisto en el evangelio para que puedas sostenerte. Si el creyente sigue en la pasada manera de vivir, sigue las viejas sendas, se conforma a los viejos hábitos, forma y manera de vivir, sigue con la vieja asociación, amistades y amigos, no debe maravillarse de que sus pies resbalen. El hijo de Dios debe apropiarse por la gracia de Dios de lo que El ha provisto en el evangelio para tener un buen apoyo en sus pies cuando el adversario ataca.

XXVIII. EL ESCUDO DE LA FE (1.a Juan 5:1-5)

Si el creyente experimenta un fallo o derrota en la vida cristiana, no es porque la armadura que Dios ha provisto sea incompleta en forma alguna. El Capitán de nuestra salvación ha hecho una provisión total y completa para que podamos contender el asalto del enemigo. Cuando leemos la descripción que hace Pablo de la armadura cristiana, vemos ciertas partes que eran usadas por el soldado romano, como el yelmo, el cinto, la cota y los zapatos. El apóstol prosigue refiriéndose a las partes movibles del equipo provisto por el capitán para aquellos que sirven bajo su mando —la espada y el escudo—. Pablo describe el escudo en Efesios 6:16: «Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno».

Eran varios los tipos de escudos usados por las distintas ramas del servicio militar romano. El escudo del gladiador era pequeño y redondo, que solía llevar sujeto a su brazo izquierdo para protegerse de los golpes de la daga del adversario, mientras usaba la mano derecha para atacar con su propia daga. Este pequeño y ligero escudo permitía al soldado gran libertad de movimiento. Pero el escudo a que el apóstol Pablo se refería en Efesios 6, era un escudo de tipo distinto. Se le denominaba el «escudo-puerta» debido a su tamaño. Era un escudo de aproximadamente setenta centímetros de ancho y un metro de alto, lo suficientemente grande para que un soldado pudiera parapetarse detrás de él, y diseñado principalmente para dar protección al soldado. La falange romana uniría los escudos para cubrirse y avanzar contra el enemigo. Al llegar cerca de éste, se mantendrían juntos y formarían un muro sólido tras el cual se escondía la falange. Era en este tipo de escudo grande y protector en que el apóstol estaba pensando cuando les dijo: «Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno». Cuando el apóstol usaba este escudo como figura del escudo provisto por Dios para el soldado, quería enfatizar el hecho de que tenemos una completa y total protección. Un soldado podía agacharse detrás del escudo-puerta y ninguna parte de su cuerpo quedaría sin proteger. El soldado cristiano, equipado con el escudo-puerta de la fe, posee la protección total y completa de toda la persona provista por Dios el Padre.

PROTECCIÓN DOBLE

Ahora bien, las primeras palabras de Efesios 6: 16 han hecho que algunos se hayan formado una idea defectuosa de la enseñanza del apóstol. Las palabras sobre todo a veces son interpretadas como dando a entender cuál es la pieza más importante de la armadura. Pero no era este el pensamiento del apóstol. Las palabras podrían traducirse «por encima de todo». La pieza de la armadura que Pablo acaba de describir cubría todo el cuerpo. Estaba protegido de pies a cabeza por el equipo que Jesucristo ha provisto. Luego el escudo no se distinguía como el más importante, sino como la pieza del equipo que iba delante y por ello protegía a todas las demás piezas del equipo. De la misma manera se da una doble protección al hijo de Dios. Hay protección para su persona en el yelmo, la cota, el cinto y los zapatos para sus pies, pero el escudo es la protección general de todo. Cuando coge el escudo de la fe, no se puede llegar a la armadura y aún menos al soldado. En el capítulo 10 del Evangelio de Juan, nuestro Señor habló de la doble seguridad que tiene el hijo de Dios. No sólo está en manos de Cristo, sino también en las manos de Dios. El soldado cristiano tiene de la misma manera una doble protección contra su adversario. Su persona no sólo está completamente cubierta por la armadura de Dios, sino que Dios ha provisto protección para su armadura para que pueda aguantar los asaltos del maligno.

Vemos en el versículo 16 la razón por la que el creyente necesita esta protección para su armadura, donde leemos que la armadura se da para «que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno». ¿Qué quiere decir «los dardos de fuego»? Los «dardos de fuego» eran proyectiles

untados en brea, que encendían y luego lanzaban a sus oponentes. El soldado carecía de poder para resistir estos proyectiles debido a su peso y porque eran como una antorcha ardiente. El soldado, sin la adecuada protección, sería alcanzado por una flecha encendida y la brea al caer sobre su armadura quizá le destruiría. En la guerra espiritual que el soldado cristiano afronta, está provisto con la protección adecuada contra los dardos del enemigo, y esta protección es el escudo de la fe detrás del cual ha de esconderse. Si los dardos de fuego vienen hacia él, tocarán el escudo pero no la armadura misma del soldado.

Estos dardos se mencionan como los dardos del fuego «del maligno». Esta expresión «del maligno» nos revela dos cosas. Primera, nos muestra de dónde se originan los ataques. El apóstol ya había dicho a los lectores en el versículo 12: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». Pero la frase «del maligno», no sólo revela el origen de los proyectiles, sino también su carácter. ¿Qué clase de proyectiles serán? Los proyectiles que el adversario tira o lanza caracterizan al adversario. Son malignos, diabólicos y destructivos. Debido a la naturaleza de los proyectiles, necesitamos delante de toda nuestra armadura el escudo de la fe para protegernos de ellos.

LA FE COMO ESCUDO

El apóstol describe el escudo como el escudo de la fe. Con el propósito de comprender esta descripción, necesitamos considerar dos usos distintos existentes en el Nuevo Testamento de la frase «la fe». En ocasiones se refiere a la revelación divina en su enteridad, o a la verdad divina. Por ejemplo. Pablo dice en 1.a Timoteo 4:1: «Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe». «La fe» así expresada por el apóstol se refiere a la compilación total de la revelación divina hecha a través del Nuevo Testamento y los profetas que se registra en la Palabra de Dios. Y una de las características de la apostasía de los días en que vivimos es el alejamiento de la verdad de la Palabra de Dios, a la que Pablo se refiere. Y lo que es crucial al juzgar cualquier sistema religioso o escuela teológica, es su actitud hacia la Palabra de Dios. El apóstol acentúa la importancia de asirse firmemente a la verdad divinamente revelada. Pero aunque esto es de gran importancia, y aunque no puede haber victoria en el combate contra el enemigo sin mantener la verdad divinamente revelada, esto no es a lo que el apóstol se refiere en Efesios 6:16. El segundo uso de la frase «la fe», se refiere al principio de la fe. Es el principio de la fe que forma parte del equipo dado por Dios a sus hijos para que puedan ser victoriosos y triunfantes en la batalla. La fe es una actitud hacia Dios, en la cual reconocemos que Dios es un Dios fiel que cumplirá lo que ha prometido. Y también reconoces que Aquel que ha empezado en ti la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. El escudo de la fe, pues, no es el cuerpo objetivo de la verdad, sino más bien la fe que tiene el guerrero en la fidelidad de Dios a sus promesas. Esta fe hace invencible al guerrero.

Vamos a referirnos brevemente a varios pasajes en los que este principio de la fe es afirmado en la Palabra de Dios. Por ejemplo, en el segundo capítulo a los Colosenses, Pablo escribió a hombres que estaban en peligro de ser apartados engañosamente de la verdad. Reconociendo que falsos maestros habían venido a Colosas y que estaban sustituyendo la revelación divina con filosofía humana, escribió: «Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo» (versículos 4-5). Pablo no les dijo: «Me gozo en el hecho de que sigáis con la sana doctrina a pesar de las falsas enseñanzas», sino que dijo: «Me gozo, y regocijo mirando vuestro buen orden, y la firmeza de vuestra fe en Cristo». Y seguidamente, en vista de que manifiestan una fe permanente en Cristo, les exhorta en el versículo 6: «Por

tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en El».

Sobre lo que el apóstol dice en el versículo 6, podemos hacer dos observaciones importantes. Primeramente, afirma el principio por el cual vinieron a conocer a Jesucristo como Salvador personal, cuando se refiere a cómo habían «recibido al Señor Jesucristo». Por la fe llegaron a conocer al Señor Jesucristo, porque por la fe habían aceptado el don de Dios que es la vida eterna en Jesucristo Señor nuestro. No se salvaron por su racionalización, por buenas obras, por unirse a una iglesia, por ser bautizados, ni por las filosofías humanas. Fueron salvos por el principio de la fe. Aceptaron la Palabra de Dios y lo que Dios dice que salva al hombre que viene a El por la fe en Jesucristo, y como resultado nace de nuevo. La segunda observación importante es sobre las palabras «de la manera». Así como habían recibido el Señor Jesucristo por la fe, habían también de caminar por la fe. El apóstol quería enfatizar el hecho que la vida cristiana es una vida de fe, que la persona que se salva por la fe, no debe vivir la vida cristiana por un principio distinto. No vive la vida cristiana al seguir filosofías humanas, meramente uniéndose a una iglesia u obedeciendo la ley. El principio de la victoria en la vida cristiana es el mismo principio que te salvó a ti: el principio de la fe. Cualquiera que confía en otro principio que no sea el de la fe para vivir su vida cristiana diariamente, no usa el escudo de la fe con el cual podrá apagar todos los dardos de fuego del maligno. El apóstol, escribiendo a aquellos que escuchaban a falsos maestros, enfatiza el hecho de que Dios sólo obra a través de un principio, el de la fe. El hombre se salva por la fe, el cristiano camina por la fe, el hijo de Dios vive por la fe, el soldado de Dios lucha por la fe. La vida cristiana es una vida de fe, paso a paso.

En 1.^a de Juan el apóstol enfatiza el hecho de que el mundo en que vivimos es atractivo, es un mundo que nos invitará en muchos aspectos a que nos apartemos de nuestra posición como buenos soldados de Jesús. Por lo tanto, el apóstol escribe en 5:4: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe». *Nuestra -fe*. La fe no es solamente la base de la conducta cristiana sino que según este versículo, es la victoria sobre las invitaciones del mundo. Satanás usa el mundo para que el hijo de Dios abandone el escudo de la fe. El soldado romano que había caminado todo el día llevando su pesado escudo, muchas veces se sentía tentado a dejarlo en el suelo. Si el soldado cristiano sucumbe a la persuasión de Satanás de abandonar el escudo de la fe, carece de protección para su armadura, y, consecuentemente, tampoco tiene protección de su cuerpo contra los ataques del adversario. Aquí el apóstol dice que sólo hay una cosa que puede proteger al cristiano para que no sucumba a la atracción del mundo, y ésta es la fe. «¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» Juan está de acuerdo con lo que Pablo escribió a los Colosenses. Los hombres se salvan por la fe, y el que cree que Jesús es el Hijo de Dios es nacido en la familia de Dios, y la misma fe que lo trajo a la salvación, ha de continuar obrando como escudo protector para cubrir su persona.

EL TRIUNFO VICTORIOSO

En 2.a Corintios 2:14, el apóstol Pablo usó una figura muy descriptiva sacada del mundo militar romano: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar en olor de su conocimiento». La nota marginal de otra versión nos da la frase «nos lleva siempre en triunfo» como «nos guía en la entrada triunfal». Aquí se nos presenta al comandante militar regresando de una gran victoria. La costumbre era de dar una gran bienvenida al comandante. Este cabalgaba al frente del desfile en un corcel blanco, dando a conocer que era victorioso. Los soldados que habían luchado en la batalla marcharían detrás de él. Las carrozas estarían repletas de los despojos de la batalla, para dar a conocer la grandeza de la batalla. Aquellos que habían sido capturados en la batalla seguían detrás. La cantidad de cautivos que desfilaban daría a conocer la grandeza de la victoria del comandante. Pablo representa al Señor

Jesucristo como el general triunfante en su regreso. Detrás de El marcharán sus soldados llevando el botín de la batalla. Los creyentes en el Señor Jesucristo son representados como formando parte de este desfile triunfal. Cuando el apóstol afirma el hecho que Dios nos lleva al triunfo en Cristo, enfatiza el hecho de que la batalla ha terminado, la victoria lograda, y aquellos que marchan con El como soldados comparten su victoria. Consiguió una gran victoria en la cruz sobre el maligno. Cristo triunfó sobre su muerte y su resurrección. Satanás es un enemigo derrotado, pero el momento de la ejecución de su juicio no ha llegado todavía. Mientras tanto, el Señor Jesucristo conduce el tren triunfal de cuantos depositan su fe en El; y comparten su victoria. La victoria en la vida cristiana depende de la apropiación del creyente por la fe de la victoria que Cristo obtuvo sobre el adversario. Luego el creyente puede por la fe seguir en su tren triunfal. Estos pasajes destacan el gran principio de que la vida cristiana no depende de la fortaleza del cristiano. La vida cristiana no depende en forma alguna de los creyentes, así como su salvación tampoco depende de ellos. El poder en la vida cristiana es Jesucristo. Por la fe podemos apropiarnos este poder y fortaleza. Así el apóstol nos cuenta que Dios nos ha dado todas las piezas de la armadura para proteger nuestra persona, pero nuestra armadura ha de estar protegida por el escudo de la fe. Al ejercitar tu fe serás invencible. La fe no es algo natural, es sobrenatural. El deseo del apóstol Pablo para aquellos que son soldados de Jesucristo es que aprendan a vivir por el principio de la fe, para que estén totalmente equipados para la victoria y el triunfo.

XXI. EL YELMO DE SALVACIÓN (2.^a Corintios 10:1-7)

Ningún soldado romano se atrevería a avanzar en la batalla sin cubrir su cabeza con el yelmo. Este yelmo solía ser un gorro de piel recubierto con piezas metálicas sujetas al mismo. Algunos yelmos eran de metal hechos en una sola pieza de molde, en la forma de cubierta para la cabeza. Pero cualquiera que fuera la forma del yelmo, su propósito era el de proteger la cabeza de los golpes de la espada de filo ancho. El adversario podía presentarse al soldado armado con uno de los dos tipos de espadas. Había el tipo de daga corta diseñada para atravesar la cota y destruir al guerrero. El soldado no necesitaba el yelmo particularmente para afrontarse a este tipo de arma porque el escudo estaba diseñado especialmente para contener los golpes de la pequeña espada. O bien el adversario podría presentarse al soldado usando la espada de filo ancho. Esta espada que medía entre noventa centímetros y un metro veinte de largo y de una empuñadura que el soldado agarraría con sus dos manos.

Este levantaría la espada en alto por encima de su cabeza y con la intención de matar a su oponente partiendo su cráneo en dos, golpearía con toda su fuerza la cabeza de su adversario. Por lo tanto, el soldado romano, en espera de un ataque del adversario equipado con una espada de filo ancho cubriría su cabeza con el yelmo.

De la misma manera que se proveía al soldado romano con protección para su cabeza, los creyentes han sido provistos con el yelmo de salvación. El yelmo de salvación al que el apóstol se refiere en Efesios 6:17, no se refiere a la salvación en el sentido objetivo. Ciertamente alguien que ha aceptado a Cristo como Salvador personal está salvo y seguro; su destino eterno está resuelto. Pero es vulnerable a los ataques de Satanás, en el sentido de que éste puede tentarle a dudar de su salvación. Parece ser que el yelmo simboliza la certeza que el individuo tiene del perdón de los pecados, de su protección y seguridad, y también la seguridad de que puede mantenerse firme contra los ataques del enemigo porque ya ha sido juzgado. Esta seguridad es la apropiación subjetiva de todo lo que es provisto mediante el Evangelio para los hijos de Dios en la obra completa de nuestro Señor Jesucristo. De la misma manera que ningún soldado romano pensaría en avanzar en la batalla sin cubrirse con el yelmo de salvación, que se le ha dado para que sea invencible en el día del ataque.

UNA MENTE SANA

Ya que el yelmo era para cubrir la cabeza, podemos representar al yelmo de salvación como una protección de la actividad mental de los hijos de Dios. La vida del pensamiento determina si va a experimentar victoria o derrota. En Proverbios 23:7, afirmó el hecho de que el hombre «cual es su pensamiento en su corazón, tal es él». Antes de que un comandante pueda llevar a sus soldados a la batalla ha de levantar la moral de sus tropas si quiere tener esperanza alguna de conseguir la victoria. Este principio es tan verdadero en el mundo espiritual como lo es en el mundo físico. A menos que el creyente esté cierto de que puede derrotar al diablo y surgir victorioso y triunfante mediante las promesas de la Palabra de Dios, será sin duda derrotado. Así, cuando el apóstol nos ordena que tomemos el yelmo de salvación, es como si nos ordenara que aceptáramos de la Palabra de Dios las promesas de Dios concernientes a nuestra posición en Cristo, y nuestra victoria en Cristo. Solamente cuando nos apropiamos estas promesas de victoria es que podemos confiar en prevalecer en el día malo. Hay poder en la manera positiva de pensar, y derrota en la manera negativa de pensar. Podemos ejercitar el poder de la manera positiva de pensar sobre la victoria y triunfo que Dios ha provisto para sus hijos, incluso desterrar la idea de la derrota. Hemos de ser fuertes en el Señor y en el poder de su fortaleza y coger la armadura de Dios con miras a la victoria contra Satanás. Porque el hombre es tal, cual es el pensamiento de su corazón. Si eres un cobarde espiritual y tienes miedo de afrontar el adversario, es cierto que éste te sobrecogerá y ello hará que esperes ser derrotado. La

derrota es innecesaria. Si llevas el yelmo de salvación, esto significa que la Palabra de Dios te da la seguridad de que la victoria es cierta. Si conoces que las armas y munición del adversario son inferiores a las armas espirituales dadas por Dios, dejarás de temerle. Esto es lo que el apóstol pensaba cuando exhortaba a los Efesios a ponerse el yelmo de salvación. El apóstol aserta en Filipenses 4:13: «Todo lo que puedo en Cristo que me fortalece». Esta es una afirmación inequívoca. Puedes notar que no hay ninguna condición estipulada en absoluto. Pablo no dijo: «Algunas veces todo lo puedo» o «Quizá pueda hacer todas las cosas». El apóstol hace una afirmación positiva: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Ahora bien, se espera del creyente que dé asentimiento a lo que Dios promete. Si Dios nos ha prometido cierta victoria, entonces sería un acto de incredulidad decir que Dios no cumplirá lo que ha dicho. El apóstol creyó que todo lo podía mediante las promesas del poder de Dios. Podía marchar sin temor a la pelea, incluso contra un adversario invisible porque sabía el resultado de antemano. No tenía duda alguna de quién vencería la batalla. Siempre y cuando confiaba en el Señor jamás pensó que podía ser derrotado. Pablo no se sentía invencible, pero sabía que era invencible por la provisión que Dios ha hecho en el Evangelio. El Evangelio que Pablo conocía no era un evangelio que servía para salvarle por la eternidad, pero no servía para ayudarlo en su vida diaria. El Evangelio que Pablo presenta no es sólo suficiente para el futuro sino también para nuestras necesidades diarias. Si contamos con el hecho de que todo lo podemos en Cristo, entonces la apropiación misma del hecho, o la aceptación en tu mente del hecho, significa que llevas puesto el yelmo de salvación. Cuando lees en la Palabra de Dios «Todo lo puedo en Cristo», y tu corazón responde con un amén, tu asentimiento de este hecho te fortalece en la batalla y, aún más, esta aprobación significa que tu mente está protegida con el yelmo de salvación.

Cristo dijo en Juan 16:11 que el Espíritu Santo convencerá a este mundo de juicio porque el príncipe de este mundo es juzgado. Si mentalmente aceptas el que Satanás ha sido juzgado, que es un enemigo vencido, entonces llevas puesto el yelmo de salvación. Pero si sientes que tu adversario es invencible, si estás convencido de que el enemigo que te ha rodeado por el camino no puede ser derrotado, entonces estás derrotado. La derrota tuvo lugar en tu mente. Pero si tienes por verdaderas las palabras de Cristo de que Satanás fue juzgado en la cruz, que está derrotado como enemigo, y si crees esto, entonces puedes entrar en el tren del triunfo de Cristo, y esta actitud va a traerte la victoria en Jesucristo. En Santiago 4:7 leemos: «Resistid al diablo y de vosotros huirá». Si dudas estas palabras, entonces estás encaminado hacia la derrota. Pero si consideras estas palabras, como verdaderas palabras de Dios, entonces vas de cara a la victoria. Santiago dice: «Resistid al diablo y de vosotros huirá», y la palabra resistir significa «mantenerse firme contra» y es la misma palabra que aparece en Efesios 6:13, cuando se nos exhorta a resistir al maligno. También nos dice Santiago que si como hijos de Dios nos mantenemos firmes sobre nuestro terreno, porque tenemos los pies calzados con el apresto del evangelio, y rehusamos huir del ataque del adversario, entonces el diablo dará media vuelta y huirá. Hemos llegado a la conclusión de que el diablo no es nada más que un cobarde. Se nos había hecho creer que era temible en gran manera. Esto es parte del engaño satánico porque él lo es todo menos temible. Satanás se ve forzado a venir a nosotros con engaño. Se ve obligado a usar un disfraz. Debido a su cobardía, trata de hacernos sobrecoger de miedo, como el león usa su poderoso rugido para aterrorizar al hombre. Si el hijo de Dios se mantiene firme ante el maligno, éste hará que vuelva atrás y huirá. Esto es lo que Santiago quería decir con las palabras «Resistid al diablo y de vosotros huirá».

¿Cuál es la base que el hijo de Dios ha de usar para resistir al maligno? El creyente en sí mismo carece de fuerza, poder y fortaleza. Pero cuando acepta el hecho de que Satanás es un cobarde, de que Satanás huirá de aquel que esté determinado a resistir contra él, está revistiendo su mente con el yelmo de salvación. Tal persona no sólo se está presentando como invencible ante el

ataque de Satanás, sino que también hace que el adversario haga la retirada. Así, pues, la actitud de nuestra mente hacia la Palabra de Dios es de vital importancia. Es por esto que las Escrituras tienen mucho que decirnos sobre la mente. La mente es, por supuesto, el centro de los procesos del pensamiento y juega una parte activa en el ejercitar la fe. Pablo recuerda a Timoteo, en 2.a Timoteo 1:7: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio». El esperar la derrota no proviene de Dios. Esto es lo que Pablo da a entender cuando dice que Dios no nos ha dado el espíritu de temor. No avanzamos en la batalla contra el diablo cuando esperamos ser vencidos. Porque esto causaría temor. Pero Dios nos ha dado dominio propio, una mente sana, que significa habilidad de aplicar las promesas de la Palabra de Dios a nuestra batalla diaria en la que estamos envueltos. El apóstol dice a Timoteo: «Vas como mi representante. Has de enseñar la Palabra de Dios, y establecer a los santos en la misma. En el sentido real, Timoteo, vas a luchar contra el diablo. Al hablar la Palabra de Dios disipas las tinieblas y traes a los hombres al conocimiento que les capacitará para derrotar y vencer al adversario. Al entrar en batalla no debes temer, porque Dios te ha dado una mente sana, dominio propio, para poder apropiarte de las promesas y luego responder por fe a lo que te has apropiado con la mente».

Pablo se refiere a la mente escribiendo a los Filipenses: «Por nada estéis afanosos...» (Filipenses 4:6), o traducido literalmente: «No os preocupéis por nada...» ¿Quiere decir esto que incluso cuando entramos en batalla contra Satanás y sus huestes innumerables no hemos de preocuparnos? ¡Correcto! No tienes que preocuparte. ¿Cuál es el antídoto de la preocupación? «Sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias». Cuando nuestro comandante da la orden de «adelante», ¿han de avanzar sus soldados con temor?, ¿han de preocuparse al ir adelante? No, en absoluto. ¿Por qué? Porque al avanzar en el fragor de la pelea, pueden mediante la oración y súplica acogerse a las promesas de Dios y encomendar su camino al Señor. La confianza así manifestada en la oración tendrá el resultado descrito por Pablo en el versículo 7: «Y la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento, guardará [cual centinela velará sobre] vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús». El soldado cristiano que ha sido llamado a la batalla entra con fe, confianza y esperanza en Dios. Dios hace guardia sobre su mente para librarle del temor y el desaliento e incluso el pensamiento de ser vencido en batalla. El que entra en la batalla en oración, confiando en las promesas de Dios y descansando en la certidumbre de la victoria, encuentra que hasta los pensamientos de derrota que miran de asediarle son echados fuera, porque la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento, guarda, cual centinela, su mente y corazón.

LA ACTIVIDAD MENTAL DEL CREYENTE

El apóstol Pablo estaba profundamente preocupado por los pensamientos de la mente del creyente en relación con el conflicto espiritual en que éstos se encuentran. Vemos en 2.^a Corintios 10:5, que Pablo escribió que hemos de estar «refutando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo». Si alguien quiere ser victorioso ha de refutar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios. Esto incluye los pensamientos que nos permitimos sobre la posibilidad de la derrota. Usando la imagen militar, si un soldado marcha a la batalla, y a cada paso que hace, se dice que está un paso más cerca de la muerte, o se acerca a la derrota, ciertamente será derrotado. Mientras marcha en la batalla, ha de traer estas vanas imaginaciones y pensamientos de derrota en sujeción a la obediencia de Cristo. ¿Por qué? Porque Cristo le ha asegurado la victoria. El soldado que por la fe se asegura de las promesas de Dios y avanza contra el adversario seguro de su victoria en Cristo, disipa las vanas imaginaciones y altiveces que se levantan contra el conocimiento que Dios ha revelado. Como resultado marcha a la batalla con la certeza de que marchará en el tren triunfal de Cristo.

No debemos subestimar la actividad de los pensamientos del buen soldado de Jesucristo. Las facultades de la mente escapan a descripción. La mente puede estar aquí un momento e, instantáneamente, estar a cientos de kilómetros de distancia. Puede ocuparse en una cosa en un momento, y de una cosa completamente distinta en otro. La mente puede ocuparse del Señor Jesucristo un momento y seguidamente ser desviada a algo que desagrada a Dios. A menos que el hijo de Dios traiga todo pensamiento en sujeción a la obediencia del Señor Jesucristo, será derrotado. En efecto, el apóstol nos dice: «No os olvidéis que vuestra mente ha de ser protegida con aquello que la salvación provee. Si no llevas el yelmo de salvación, si tu mente no es traída en sujeción a la obediencia del Señor Jesucristo, entonces tu mente puede convertirse en la vía de entrada por la cual Satanás puede traer la derrota». Debemos juzgar nuestros pensamientos continuamente si no queremos abrir la puerta a la derrota, al no creer en las promesas de Dios, o dejando que nuestras mentes entretengan ideas que son abominables a Dios. Porque cual piensa el hombre en su corazón, así es. Cuando no estás poniendo tu atención conscientemente en algo, ¿adonde divaga? ¿Cuáles son los primeros pensamientos que pasan por tu mente cuando empiezas a despertar por la mañana, cuando estás demasiado dormido para centrar tu atención? ¿O qué ocupa tu mente, y cuáles son tus pensamientos antes de quedarte dormido por la noche? ¿Encomiendas tu mente al cuidado del Señor durante las horas de la noche? Que Dios nos capacite para que nos acojamos a las promesas del evangelio, para que sometamos todo pensamiento a la obediencia de Cristo. De esta manera la paz de Dios guardará nuestros corazones y mentes, y confiaremos en la victoria en el Señor Jesucristo.

XXX. LA ESPADA DEL ESPÍRITU (2.^a Pedro 1:15-21)

El escritor de un himno hace la pregunta: «¿Soy yo un soldado de Jesús?» A la luz de las Escrituras, _ sólo puede haber una respuesta a esta pregunta. Una respuesta afirmativa, porque el hijo de Dios ha sido llamado a la guerra. Pablo, escribiendo a un joven pastor al que se le había confiado la responsabilidad de apacentar un rebaño de ovejas del Señor, le dijo: «Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo». La Palabra de Dios no habla de oficiales jubilados o de soldados enlistados cuyo deber ha terminado. El creyente ha sido llamado a una guerra continua e incesante. Cuando el pueblo de Israel cruzó el Jordán, después de su experiencia en el desierto y llegó a la tierra prometida, tierra de la que fluye leche y miel, entró a una nueva forma de vida —una vida de descanso—. Pero esta vida no acabó su continuo guerrear porque la tierra prometida estaba llena de adversarios.

Cuando Pablo presentó los problemas del creyente relacionados con Satanás, no presentó la idea de que Satanás cesase de luchar contra los creyentes. Ni tampoco presentó un concepto de la vida cristiana como una existencia plácida y tranquila. El apóstol más bien anticipaba un conflicto continuo. Y cuando más fiel quiere ser una persona al Señor Jesucristo, más grande se hace el conflicto. Mientras que el porvenir del hijo de Dios es el ser trasladado de esta tierra a una nueva esfera en lugares celestes, mientras vive aquí, en la tierra, vivirá en medio del conflicto.

LA PALABRA DE AUTORIDAD

En estudios anteriores hemos examinado piezas del equipo defensivo que ha sido dado al creyente. Ahora llegamos a la única pieza ofensiva de nuestro equipo que el Capitán de nuestra salvación ha provisto para nosotros. El apóstol dice: «Tomad... la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios» (Efesios 6:17b). El cinto, la cota, los zapatos, el escudo de la fe, y el yelmo de salvación eran armas defensivas. Ninguna de las cinco puede por sí sola derrotar al enemigo. Eran para la protección del soldado. Es muy significativo que de todas las partes del equipo mencionadas en Efesios 6, la espada es la única que Pablo explica. Por ejemplo, tuvimos que recurrir a otros pasajes de la Escritura para comprender lo que Pablo pensaba cuando hablaba del cinto para los lomos, la cota para el pecho, los zapatos para los pies, el escudo para cubrir la persona y el yelmo para la cabeza. Parece ser que el apóstol considera la espada el arma ofensiva, tan importante que hace una pausa para explicar esta figuración para que no haya duda de lo que la espada representa: «Tomad la espada del Espíritu que es la palabra de Dios». Las palabras «de Dios» nos describen el origen de donde esta arma proviene. Esta arma no tiene un origen humano; ni fue forjada en yunques humanos. Esta daga no fue templada en fuegos hechos por los hombres. Sino que es una arma de origen divino, provista para dar a los hijos de Dios un arma adecuada para el conflicto, con la clase de adversario que afrontamos. Ya que éste no es de carne y sangre, las armas humanas no son suficientes.

Cuando consideramos «la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios», hemos de recordar que no es nuestra evaluación de la Palabra de Dios que le da valor, ni nuestra interpretación del origen de la Escritura que la hace autoritaria. Lo que da autoridad a la Escritura es lo que es esencialmente en sí misma, convirtiéndola en una poderosa arma ofensiva que puede derrota al adversario contra el cual luchamos.

El apóstol Pedro, acercándose ya al fin de su peregrinaje en la tierra, se preocupaba por la madurez y desarrollo espiritual de los creyentes a quienes escribía, una vez hubiera partido. Por esta razón encomendó a los ancianos que atendiesen o alimentasen el rebaño de Dios. El ministerio de alimentar las ovejas no sería mediante palabras de los hombres, sino más bien con la Palabra de Dios, y

Pedro tenía esto en mente, cuando antes de su partida dijo: «También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas» (2.^a Pedro 1:15). Les había presentado el evangelio. Les había presentado las verdades que había recibido por inspiración divina. Durante el tiempo que él permaneciera presente, podía repetir lo que había recibido de Dios y dárselo a ellos. Pero se daba cuenta de que no permanecería con ellos mucho más tiempo; por ello se preocupaba de perpetuar el ministerio de la Palabra de Dios después de su partida a fin de que los creyentes siguieran creciendo espiritualmente.

Pedro, en el versículo 16, afirma: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas...». El apóstol les recuerda la verdad de que el Señor Jesucristo volverá a esta tierra para gobernar. Pedro, como uno de los tres que Cristo llevó al monte de la Transfiguración, era testigo presencial de la majestad de Cristo cuando fue transfigurado delante de ellos. Esta transfiguración era una revelación anticipada de la gloria que será de Cristo en su segunda venida. Pedro les decía que estaba comunicando aquellas cosas que había visto con sus propios ojos, y oído con sus oídos, y también que esta verdad podía ser verificada y certificada por otros dos testigos.

Después de que Pedro les contó lo que había visto y oído, hizo una sorprendente declaración: «Tenemos también la palabra profética más segura» (versículo 19). Las palabras «más segura» pueden traducirse en otra forma: «Tenemos una profecía hecha aún más cierta». ¿Más cierta qué? Más cierta que lo que Pedro, Jaime y Juan habían visto con sus ojos y oído con sus oídos. ¿Qué podía ser más cierto que esto? Pedro, luego, sigue en el versículo 20:

«Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada». Una interpretación muy común y errónea de esta frase «de interpretación privada» es que ningún individuo tiene el derecho de estudiar e interpretar la Palabra de Dios por sí mismo, y que todas las personas han de buscar que la iglesia les dé la correcta interpretación. Lo que Pedro escribió se puede verter de esta manera: «ninguna profecía de la Escritura surge de una revelación privada». El apóstol trata de la -fuente de donde las Escrituras se originaron. No son de origen humano. Pedro aserta que podemos creer la Palabra de Dios porque la Escritura no se originó de los hombres, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. La palabra movidos o inspirados del texto original, es una palabra que era usada para describir a un barco velero cuyas velas son henchidas por el viento. Cuando el viento llena las velas, el barco surca las aguas empujado por el poder del viento contra las velas. Así la última parte del versículo 21 puede traducirse de esta manera: «los santos hombres de Dios hablaron siendo llevados por el Espíritu Santo [en la misma manera que el viento lleva o empuja un velero]». Pedro nos dice que la Palabra de Dios es autoritaria y digna de confianza, y ha de ser creída por encima de lo que los hombres dicen haber visto y oído y experimentado con sus propios ojos y oídos. ¿Por qué? Porque la Palabra de Dios vino como si el Espíritu llevase o impulsara a los hombres mediante los cuales la Palabra de Dios nos fue dada. Cuando en Efesios 6:17, el apóstol Pablo nos dice que tomemos la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, las palabras «de Dios» declaran toda la verdad de lo que Pedro deletrea tan claramente en 2.^a Pedro 1. La Palabra de Dios es suficiente debido a su origen.

Otro pasaje familiar relacionado con la Palabra de Dios está en 2.^a Timoteo 3:1, donde Pablo dice «que en los postreros tiempos vendrán tiempos peligrosos». El versículo 5 nos da una de las características de los últimos días. Los hombres tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella. En los versículos siguientes el apóstol habla de los resultados de repudiar la verdad divina y habla de la corrupción y perversión moral que caracterizará a los hombres. Entonces Timoteo había sido enviado como ministro del evangelio para afrontar un mundo caracterizado por dudas, negaciones, decepciones, persiones de la verdad divina y repudiación de la Palabra de

Dios. Ahora bien, ¿qué era suficiente para el ministerio de Timoteo en tales días? El apóstol señala a Timoteo la Palabra de Dios, cuando dijo: «Pero persiste [en contraste con aquellos hombres malos] tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús» (versículos 14-15). El apóstol dice que la Palabra de Dios es el único instrumento efectivo en tales días como los que había destacado en la porción anterior de este pasaje. Luego, en el versículo 16, Pablo relata el porqué la Palabra de Dios nos basta en tales días difíciles: «Toda la Escritura es inspirada por Dios». Otra manera de traducir estas palabras es: «Toda Escritura es aliento de Dios». La Palabra de Dios que tenemos en nuestras manos es un resultado del respirar divino. Dios usó instrumentos humanos para traer las Escrituras a los hombres, pero tienen autoridad porque han sido «respiradas» por Dios. Y es porque la Escritura ha sido respirada por Dios que es provechosa para enseñar la verdad divina. Es útil para reprobar a los impíos y corregir a aquellos cuyos caminos han sido pervertidos por la enseñanza de hombres impíos. La Palabra de Dios es útil para instruir en justicia a aquellos que andan de una manera que agrada al Señor. Así, pues, cuando el apóstol Pablo dice a los creyentes que Dios ha puesto en sus manos una espada, han de saber que es suficiente para derrotar al adversario porque proviene de Dios, y no hemos de vacilar en avanzar confiadamente contra él con una sola arma, porque ésta es un arma poderosa.

CRISTO USO LA ESPADA

El relato de cómo Cristo afrontó las tentaciones de Satanás ofrece un gran ejemplo de cómo usar la espada del Espíritu para derrotar a Satanás. Uno de los relatos de la tentación se encuentra en Mateo capítulo 4. Después que Juan el Bautista presentó a Jesús a la nación de Israel como el Mesías enviado por Dios, Mesías que había venido a redimir y a reinar. Cristo fue guiado por el Espíritu al desierto, y allí se enfrentó con Satanás y probó su derecho moral de ser ambos el Redentor y el Rey. Tu adversario y el mío es el mismo que vino a tentar, o probar a Cristo. Después de que Cristo había ayunado por cuarenta días, Satanás vino a tentarle, diciendo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan».

No es nuestro propósito en este estudio examinar las maneras de tentar al diablo, ni las partes de la vida de Cristo que fueron probadas, pero queremos enfatizar su defensa contra el ataque del maligno. Tres veces dijo Cristo: «Escrito está...». Rechazó la primera prueba satánica refiriéndose a Deuteronomio 8:3 y diciéndole literalmente: «Escrito está». Y lo que está escrito es inalterable e incambiable. Cristo afrontó el ataque del príncipe de los poderes de maldad desenvainando la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios: «Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Podrás observar que en cada una de las tres tentaciones Cristo citó el libro de Deuteronomio. Mientras que el libro de Levítico regía la adoración del pueblo de Dios, el libro de Deuteronomio controlaba su manera de vivir. Cuando Satanás vino para apartar al Señor Jesucristo de la senda de perfecta obediencia a la voluntad de Dios, citó el libro que gobernaba la manera de vivir del creyente, usándolo como una espada para echar a un lado al adversario. Después que Cristo citó la Escritura en respuesta a la primera tentación, esta prueba terminó inmediatamente. No había argumento, ni refutación. Satanás tenía que buscar otro punto de ataque.

Leemos en el versículo 5 que «entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios échate abajo; porque escrito está...». Nota que Satanás adoptó las tácticas de Cristo. Es como si dijera: «Si Tú usas la Palabra de Dios contra mí, yo la usaré contra Ti». Y Satanás dijo: «Porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra». Pero nuevamente Cristo volvió a Deuteronomio sacando del libro un versículo particularmente aplicable a aquello que gobernaba la conducta del pueblo de Dios —Deuteronomio 6:16—. Le dijo: «Escrito está también: No tentarás al

Señor tu Dios». Nuevamente la tentación es abandonada sin discusión; la Palabra de Dios es irrefutable.

Entonces Satanás hizo un tercer ataque. En el versículo 8 leemos: «Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares». Una vez más, Cristo se refirió al libro de Deuteronomio: «Al Señor tu Dios adorarás, y a El sólo servirás» (6:13). Y luego el diablo le dejó. Dejó de discutir el hecho; dejó de rogarle, dejó de suplicarle, es decir, ¡le dejó! ¿Por qué? Debido a la eficacia de la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. No fueron la diplomacia, el argumento, el debate, el tacto, los halagos, ni el concertar una tregua que hicieron que Satanás marchase. Fue el uso que Cristo hizo de la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. La espada no tuvo que ser explicada, defendida o demostrada a Satanás. Conocía su poder y cuando la vio desenvainada dejó inmediatamente el tema para buscar otra cosa. Y cuando vio que Cristo persistía en devolver el ataque con un golpe de la espada de la Palabra de Dios, Satanás abandonó el ataque y partió.

EL CRISTIANO Y EL USO DE LA PALABRA DE DIOS

El apóstol Pablo quizá tenía en su pensamiento esta experiencia de Cristo, cuando presentó la imagen del creyente vestido con toda la armadura de Dios y usando la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios. Satanás no tiene defensa alguna contra esta espada. Satanás no tiene la armadura para protegerse contra los golpes de espada de la autoritaria, infalible e inspirada Palabra de Dios. Y cuando luchas contra Satanás con la espada del Espíritu en tu mano, es indefenso. Mientras que tú te mantienes firme, vestido y equipado enteramente, fortalecido por Dios, Satanás queda inútil e indefenso.

Entre las varias palabras griegas del Nuevo Testamento que han sido traducidas «palabra», hay una que se refiere a la Palabra de Dios en su enteridad. No titubeamos en decir que nuestra Biblia es la Palabra de Dios en su enteridad. Recuerdo haber oído contar a un representante en una ocasión que al llegar a una ciudad colocaría sus maletas en la consigna automática mientras iba a llamar por teléfono, para ponerse en contacto con la gente de negocios que esperaba visitar. Contaba que había encontrado una manera más barata de guardar su equipaje que dejándolo en la consigna. Decía que lo que hacía es poner una Biblia encima de sus maletas cada vez que iba a telefonar. Había hecho esto durante años sin que sus maletas fueran robadas. Aquí vemos el uso de la Biblia en su totalidad para ahuyentar al ladrón. Sin embargo. Pablo no se refiere a este uso de la Biblia, porque Satanás no se echa a correr cuando levantas la Biblia con la mano para ahuyentarlo. Esto no es usar la Palabra de Dios como una espada.

El apóstol no usa la palabra que se refiere a la Palabra de Dios en su totalidad; sino que usa en su lugar una palabra interesante y significativa que se refiere a las Escrituras como si estuviera compuesta de dichos individuales. Es la Palabra en su sentido aplicado. Es la Palabra que hemos apropiado y experimentado personalmente. Cuando Pablo usa esta palabra nos enseña una verdad muy importante relacionada con la Palabra de Dios como arma. Solamente aquella porción de la Palabra de Dios que tiene aplicación particular a la tentación del momento puede considerarse la espada que derrotará al enemigo. Cuando Satanás vino a tentar a Cristo, usó un versículo específico que trataba con un problema específico. Sacó de las Escrituras lo que era aplicable a aquella tentación en particular. No posees la espada del Espíritu por el mero hecho de tener un ejemplar de la santa Biblia con cubiertas de piel y canto dorado. Posees la espada del Espíritu para usar contra Satanás cuando lo que hay en la Biblia se ha transferido a tu mente y corazón, de manera que cuando Satanás viene, puedes aplicar lo que has aprendido para derrotarlo en aquel ataque en particular. La Palabra de Dios que te has apropiado es la espada del Espíritu. Los sermones de tu pastor no son tus

espadas. Tu espada no es lo que encuentras en una concordancia, o escrito en un libro de notas, o en el margen de tu Biblia, sino lo que escondes en tu corazón. A menudo la gente siente que son demasiado viejos para aprender. Sin embargo, esto no es verdad. ¡Puedes aprender! Pero requiere tiempo y esfuerzo. ¿Qué es mejor? ¿Prepararse para un ataque que sabes que va a venir, o sucumbir cuando eres atacado, porque no te preparaste guardando la Palabra de Dios en tu corazón? Debes estudiar la Palabra y apropiarla, para que puedas sostenerte. Puedes tener la victoria como soldado cristiano porque conoces la Palabra de Dios, la has apropiado, y sabes cómo usarla cuando eres tentado.

CUARTA PARTE:

**LA MADUREZ
ESPIRITUAL**

XXXI. ALCANZANDO LA MADUREZ (Hebreos 5:1-14)

El escritor de la epístola a los Hebreos presenta al Señor Jesucristo como la Persona preeminente en el plan por el cual Dios se ha revelado a sí mismo a los hombres. En el prólogo de esta epístola y en los tres primeros versículos, vemos cómo el apóstol muestra que Jesucristo como revelador es superior a cualquier otra forma de revelación que Dios ha empleado. Jesucristo es superior a los ángeles que fueron usados como instrumentos de revelación en el Antiguo Testamento. Jesucristo es superior a Moisés, a través del cual fueron hechas las más grandes revelaciones del Antiguo Testamento. Jesucristo es superior a Josué, que dirigió al pueblo de Israel al descanso de la tierra prometida, porque Cristo nos lleva a un mejor descanso. Jesucristo, como sacerdote, es superior a Aarón, porque su ministerio se basa en un pacto mejor. Cristo es superior a Aarón por cuanto Cristo ministró en una orden sacerdotal superior. El escritor de Hebreos, para ilustrar esto, lleva a sus lectores al libro del Génesis y el libro de los Salmos a Melquisedec. El escritor reconoce que si sus lectores han de seguir sus argumentos han de poder asociar la verdad. Han de poder discernir la verdad existente entre la relación de Melquisedec y Aarón, después transferir esta verdad a Cristo y Aarón, y luego deducir la superioridad de Melquisedec a Aarón. Cristo es superior a Aarón, porque es de una orden sacerdotal superior a la de Aarón.

Después de desarrollar este argumento en detalle, el escritor hace una pausa para dar una amplia exhortación (5:11 a 6:12), porque reconoce que la verdad que está presentando es para aquellos que han alcanzado la madurez en Cristo. Sin esta madurez no podrán hacer asociación del pensamiento y darse cuenta cómo Cristo es superior a Aarón. No es nuestro propósito desarrollar el argumento de Hebreos sino mostrar el contraste entre la madurez y la falta de ella, entre la niñez y la madurez en las cosas de Cristo. Queremos basar nuestro estudio especialmente en Hebreos 5:11-14.

En estos cuatro versículos nos encontramos cara a cara con varios contrastes importantes. Vemos el contraste entre el hombre que es un bebé (versículo 13) y los que han alcanzado la edad madura (versículo 14) y entre los que necesitan leche y los que subsisten con alimento sólido (versículo 12). Estos contrastes marcan la diferencia entre la niñez y la madurez en la vida cristiana, entre la niñez espiritual y la madurez espiritual.

LECHE Y CARNE EN EL DESARROLLO

Antes de proseguir, es necesario que entendamos lo que el escritor está pensando cuando habla de leche y alimento sólido. La diferencia entre leche y carne no se refiere al *área* de la verdad considerada. Se puede explicar de la forma siguiente: Hay quienes se refieren a las verdades de la salvación como «leche» doctrinal, pero se refieren a las verdades de la vida cristiana o profecía, o la segunda venida de Cristo como «carne» alimento sólido doctrinal. Por lo que dirán, que si tan sólo estás interesado en las cosas sencillas de la salvación, subsistes con leche, pero si tienes interés en la vida profunda, o en la profecía, o en la venida del Señor, entonces estás por encima de la leche o carne. Según muchos, la división entre la leche y la carne se basa en los aspectos doctrinales que se consideran. La distinción entre leche y carne se refiere no al área de la verdad bíblica, sino más bien a la profundidad que el creyente puede alcanzar en cualquier aspecto de la verdad bíblica. Hay verdades que se pueden considerar leche en la doctrina de la salvación, y hay también verdades que se pueden considerar carne en la misma doctrina. Hay doctrinas que pueden considerarse leche en cuantos acontecimientos futuros; y también hay doctrinas que pueden considerarse carne. Luego la diferencia no está en el *área* de la verdad en que uno pone su atención, sino en la *profundidad* que podemos alcanzar de esta verdad. Por lo tanto, rechaza de tu mente la falacia de que hay ciertas doctrinas que en sí mismas pertenecen a la niñez, y otras que han sido reservadas para los que son maduros. La diferencia está en la profundidad, no en la amplitud.

En la vida física se espera un proceso de madurez. Un recién nacido es tan sólo un recién nacido. No puede ser otra cosa en esta etapa de desarrollo. Normalmente un bebé recién nacido progresará desde la infancia a la niñez, y de ésta a la adolescencia y luego a la madurez. Este proceso sigue una línea predecible de desarrollo. Un niño se caracteriza por su falta de conocimiento. Debido a esta falta de conocimiento, en su temprana edad empieza a preguntar el porqué. Un niño se caracteriza por la dependencia de sus padres. Mira a sus padres en espera de comida, cobijo, ropa, dirección, protección, todo cuanto necesita. El niño se caracteriza por una falta de juicio. Uno de los problemas que afrontamos en nuestros días es que nuestra gente joven que no han alcanzado la madurez, física o emocionalmente, entran en situaciones donde tienen que razonar con madurez antes de haber obtenido la capacidad para hacer tales decisiones. Algunos de los grandes problemas sociológicos que nuestro país afronta en estos días, surgen porque los padres fuerzan a sus hijos a situaciones sociales que requieren madurez de razonamiento y emotividad antes de que hayan madurado. Nuestra juventud sufre, y la sociedad sufre porque no se reconoce que la madurez emocional se adquiere solamente con el paso del tiempo.

En el desarrollo físico normal, vemos el progreso desde el nacimiento a la infancia, desde la niñez a la adolescencia y luego a la edad madura. Es imposible para un niño ser maduro en el crecimiento físico sin pasar el tiempo. Aunque la madurez espiritual puede seguir una línea lenta o acelerada. Físicamente, un niño está sujeto al tiempo para alcanzar la madurez. El bebé espiritual no está necesariamente sujeto al paso del tiempo, pero como veremos, el tiempo es un factor.

LA INFANCIA ESPIRITUAL

Al considerar el problema de la madurez en este pasaje, ante todo nos gustaría señalar las tres caracterizaciones de infancia que el apóstol menciona. En el versículo 11 el escritor dice: «Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír». La última parte de este versículo presenta la primera caracterización de la infancia espiritual —tardos para oír—. Hemos de recordarnos la verdad presentada en 2.^a Corintios 2, donde Pablo afirma que el hombre natural no puede recibir ninguna verdad divina. ¿Por qué le es imposible entender y apropiarse algo de la revelación divina? Porque le caracteriza cierta incapacidad. Porque carece totalmente de la capacidad para recibir verdades espirituales. Pero el apóstol dice que Dios nos ha dado a conocer las cosas que el ojo, el oído y la mente natural no puede apropiarse o entender, y estas verdades pueden ser recibidas cuando el Espíritu de Dios enseña al creyente las cosas profundas de Dios. Cuando un pecador cree en Cristo, y es nacido de nuevo, se le da una nueva capacidad —una capacidad para *recibir* la revelación que Dios ha hecho de sí mismo, para *comprender* esta revelación, y *asimilar* esta revelación y hacerla su propia verdad.

Cuántas veces has oído decir a alguien cuando la Palabra de Dios era enseñada: «¡Claro, ahora lo veo!» Este creyente testificaba de la obra del Espíritu de Dios el cual le iluminaba la verdad divina. En 1.^a Corintios 2:15, el apóstol no dice que el hombre espiritual, es decir, el hombre en cuya vida el Espíritu Santo obra como maestro sin impedimentos, tiene la capacidad de entender todas las cosas. El hombre espiritual discierne, o comprende todas las cosas porque tiene la mente de Cristo. En Hebreos 5:11, el apóstol dice que una de las primeras características de la falta de madurez espiritual o infancia, es la inhabilidad para recibir las profundas cosas de Dios. Esta inhabilidad no puede culparse ni a la falta de claridad en la presentación de la Palabra de Dios, ni a la ilógica presentación del Maestro. Para un hijo de Dios recién nacido esto es natural, normal y esperado. Uno no puede esperar que una persona reciba a Cristo como su Salvador personal y luego comprenda inmediatamente todas las ramificaciones de la elección y predestinación. Hay ciertas cosas que un bebé recién nacido es incapaz de comprender. Necesita crecer en la habilidad de percibir el significado de la Escritura y de comprender sus verdades.

Cuando esta condición existe en un creyente recién nacido, es fácil de comprender. Pero en 1.^a Corintios 3, el apóstol Pablo dijo que estaba hablando a los creyentes corintios «como a niños en Cristo». Este era un caso de reprender, porque la causa por la cual los corintios no crecían era debido a su carnalidad. La carnalidad puede reproducir en el creyente algunas de las mismas características de la infancia que vemos en el creyente recién nacido. Si eres salvo pero encuentras difícil de comprender la Palabra de Dios y aceptar sus verdades, entonces tienes que afrontar el hecho de que estás en un estado de infancia espiritual. Si, por otra parte, encuentras que la Palabra de Dios es tediosa, o que has perdido el apetito por ella, entonces bien puedes preguntarte si eres carnal.

La segunda característica de la infancia se encuentra en el versículo 12: «Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, *tenéis necesidad* de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios». La primera señal de que eran bebés era su falta de conocimiento. La segunda era que su infancia se manifestaba en su dependencia de alguien para enseñarles las verdades espirituales. Pues verás, el Espíritu Santo ha sido dado a todos los hijos de Dios. El Espíritu Santo que mora en nosotros, además de otros ministerios ha asumido el ministerio de maestro. El Espíritu Santo en el creyente suple esta necesidad de comprender la revelación divina y de apropiarla. Pero el creyente que no depende en la obra de enseñanza del Espíritu Santo de Dios, y no puede sin la dependencia descubrir las verdades de la Escritura sin que alguien le enseñe, entonces manifiesta falta de madurez, o infancia en Cristo. El hecho de que los cristianos a quienes Pablo escribía necesitaban ser enseñados mostraba su falta de madurez. Sería perfectamente normal, y de esperar que un creyente recién nacido en la fe dependiera de alguien para nutrirle en las verdades de la Escritura, de la misma manera que es natural para el bebé recién nacido depender de alguien para su alimentación. Esto es porque el Nuevo Testamento nos da abundantes enseñanzas para los que son pastores o maestros de la Palabra de Dios. Han de alimentar a los bebés. Esta era la comisión dada a Pedro: «Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas». La Palabra de Dios prevé esta necesidad. Pero si alguien que está en la familia de Dios por largo tiempo y todavía depende enteramente de otra persona, y no puede mediante su propio estudio de la Palabra, alimentar su alma, esta persona, prescindiendo del tiempo que haga que es creyente, manifiesta señales de infancia espiritual.

La tercera característica de la infancia espiritual se presenta en el versículo 13: «Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño». Tales personas carecen de juicio. Carecen de la habilidad de ver cómo ciertos pasajes de la Escritura se aplican a ciertas situaciones, cómo su conducta puede ser guiada a la luz de la Palabra de Dios. Si tienes que ir continuamente a un creyente y preguntarle si esto está bien o está mal, si eres incapaz de coger los principios de la Palabra de Dios y determinar por ti mismo lo que es correcto o incorrecto para el hijo de Dios, estás mostrando por tu falta de juicio que eres un bebé.

Resumiendo, este pasaje nos muestra que la persona que está pasando por la infancia espiritual, carece de la habilidad de sostenerse por sí misma, le falta juicio espiritual y discernimiento.

Hemos de notar que las personas a quienes He. 5 está dirigido no eran bebés porque eran creyentes recién nacidos. Habían sido creyentes desde hacía algún tiempo; por tanto, su caso era reprehensible. Recaía sobre ellos la responsabilidad de su condición espiritual. Primeramente, el apóstol dice en el versículo 12: «Porque debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, *tenéis necesidad...*». Aquí quiero enfatizar la frase «tanto tiempo». Esta frase puede traducirse de esta manera: «Considerando el tiempo transcurrido, deberíais ser ya maestros, pero *tenéis necesidad* de que alguien os enseñe de nuevo cuáles son los primeros principios de la Palabra de Dios [la revelación divina]». El apóstol enfatiza que estos hombres han sido salvados por un espacio de tiempo lo suficientemente largo, y oído la Palabra de Dios lo suficiente como para enseñar en lugar

de aprender. Deberían de poder mantenerse independientemente en lugar de depender de otra persona. El mero hecho de oír la predicación de la Palabra de Dios no nos llevará a la madurez espiritual, el oyente ha de apropiarse la verdad que ha estado escuchando. No pienses que porque hayas estado durante largo tiempo bajo sana enseñanza, puedes clasificarte como creyente maduro.

En segundo lugar, el apóstol muestra que aquellos que están en la infancia espiritual son responsables de ello porque sus vidas marcan un retroceso. Necesitan alguien que les enseñe de nuevo los primeros principios de la Palabra de Dios. Nota que se les dice: «...y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no alimento sólido». En otras palabras, os habéis convertido en algo que no erais antes. Las personas a quienes se dirigía habían nacido de nuevo en la familia de Dios; habían empezado a crecer en la madurez; habían entendido y apropiado la verdad divina. ¿Pero qué sucedió? Retrocedieron. Anteriormente estos creyentes habían salido de un judaísmo apóstata y corrupto. Habían decidido seguir como creyentes al Señor Jesucristo. Luego, cuando fueron perseguidos por la causa de Cristo, fueron tentados a volver al judaísmo de nuevo, creyendo todavía que Cristo murió para salvarlos, pero mirando de deshacerse del estigma de la cruz, por su comunión con los incrédulos en el templo. Esto es lo que el apóstol clasifica de regresión. ¿Podemos atrevernos a decir que aquellos que han alcanzado la madurez y luego retrocedieron a la infancia se han vuelto espiritualmente seniles?

LA MADUREZ ESPIRITUAL

En estos mismos versículos el apóstol nos da tres características de la madurez (Hebreos 5:12-14). Estas tres dan la respuesta a las tres deficiencias que caracterizan su estado infantil.

Primeramente, Pablo dice: «Porque debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo [considerando el tiempo transcurrido]». El apóstol está aparejando el conocimiento con la madurez. El apóstol decía en otras palabras que «entonces ya debían de haber apropiado y asimilado la verdad, lo suficiente como para poder impartirla a otros». La primera señal de la madurez es, pues, el conocimiento. Este conocimiento no se mide por el número de sermones que uno ha oído, la cantidad de apuntes tomados, ni el número de cintas de sermones que uno tiene archivadas, sino la cantidad de verdad que uno se ha apropiado para que pueda enseñarla a otra persona. Uno realmente no conoce un hecho hasta que puede declarar este hecho a otra persona. Tal conocimiento y habilidad de compartir responde a la deficiencia que se describe como tardos de oído.

La segunda característica de la persona madura la vemos en el versículo 14: «Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado la madurez, para que los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y el mal». Parafraseando el pensamiento, el apóstol nos dice que la persona madura es aquella que puede *hacer uso de* la verdad que conoce. Esta, en lugar de depender como un niño, depende de sus padres; es independiente en cuanto concierne a las cosas de Dios. Sabe cómo usar la Palabra; es experto en el uso de la Palabra. Cuando afronta una decisión, puede acercarse a la Palabra de Dios y discernir la voluntad de Dios y el propósito de Dios, y ver la verdad de la Escritura como se aplica a aquel problema que está afrontando. El apóstol dice que el hombre maduro es alguien que tiene la habilidad de enseñar, pero también es capaz de resolver sus propios problemas y dificultades, y así descubrir la voluntad de Dios por sí mismo. Esta habilidad responde a la dependencia que señala a aquellos que están en la infancia espiritual.

La tercera característica de la persona madura se encuentra en la última parte del versículo 14: «Para los que por el uso [de la Escritura] tienen sus sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal». El hombre maduro es capaz de juzgar, para discernir en su experiencia cristiana lo que está bien y lo que está mal. No necesita ir a alguien a quien respeta y preguntarle: «¿Le parece bien

que yo haga esto?» ¡No!, porque conoce la Palabra y la puede aplicar a esta situación, y como creyente sabe lo que está bien y lo que está mal, es capaz de discernir ambos, el bien y el mal. Esta habilidad de discernir está en contraste directo con la falta de juicio que caracteriza a los bebés.

Hagamos ahora el contraste entre el bebé espiritual y el hombre maduro. Primero, el bebé se caracteriza por su falta de conocimiento, y el hombre maduro se caracteriza por su conocimiento completo y amplio de manera que puede impartirlo a otra persona. Segundo, el bebé se caracteriza por su dependencia de alguien, y el hombre maduro por su independencia. Desde luego, y no hace falta decirlo, el hombre maduro no es independiente del ministerio de enseñanza del Espíritu Santo. Pero no tiene que depender de otra persona como un niño depende de un padre para su conocimiento o su discernimiento espiritual. Tercero, el bebé se caracteriza por su falta de juicio, y el hombre maduro por su juicio. Pueden discernir ambos el bien y el mal debido a su conocimiento de la Palabra de Dios. El apóstol ha puesto así delante de nosotros tres pruebas mediante las cuales tú y yo podemos determinar en cuál de las dos etapas de desarrollo espiritual nos encontramos —en la madurez o en el estado inmaduro—, en una manera muy práctica y sencilla. ¿Se caracteriza tu vida por el conocimiento o la falta del mismo? ¿Se caracteriza tu vida por la independencia o la dependencia? ¿Se caracteriza tu vida por la habilidad de poder usar la Palabra de Dios, o por la incapacidad de poder aplicar los principios y preceptos de la Escritura a tu conducta diaria? Si tú y yo evaluamos nuestras vidas a la luz de estas preguntas, podemos determinar si entramos en la categoría de un bebé espiritual o en la categoría de alguien que está madurando en su experiencia espiritual.

XXXII. PASOS A LA MADUREZ (Hebreos 6:1-12)

Después de presentar un contraste entre el cristiano maduro y el cristiano inmaduro (Hebreos 5: 11-14), el apóstol procede a dar instrucciones que conducirán al bebé espiritual a la madurez espiritual (Hebreos 6:1-12). Nota ante todo que el apóstol al escribir a estos creyentes puso sobre ellos la responsabilidad de progresar en su vida cristiana. Mientras que nadie puede alcanzar la madurez espiritual sin la gracia de Dios, y aparte de la obra del Espíritu Santo, la responsabilidad del crecimiento recae sobre los creyentes. Tal como descubrimos en estudios anteriores, a menos que el creyente se presente a sí mismo como un sacrificio vivo, a menos que el creyente presente sus miembros como instrumentos de santidad y justicia a Dios, no progresará hacia la madurez. El apóstol enfatiza en Hebreos 6 la parte humana en el logro de la madurez. Dios coloca la responsabilidad sobre el creyente de crecer de la infancia a la madurez. A menudo es verdad que físicamente ciertas personas nunca alcanzarán el estado adulto o la madurez debido a los resultados de la caída y las consecuencias del pecado. Pero en la familia de Dios no existen defectos natales ni deformidades congénitas que impidan que aquellos que han nacido de Dios alcancen la madurez. Todos cuantos han nacido en la familia de Dios poseen la capacidad de progresar de la infancia a la madurez en Cristo. El apóstol reconocía este hecho; por esto, al ver que aquellos creyentes estaban en peligro de volver a las cosas pasadas, con el fin de escaparse de la persecución, les dio una exhortación recordándoles que Dios había puesto una responsabilidad sobre ellos de conseguir la madurez.

PROGRESIÓN ESENCIAL

Cuando el apóstol usó la palabra que se traduce «perfección» en nuestro texto, no hablaba sobre perfección sin pecado en el sentido de no poder pecar. La palabra *perfección* significa más bien «madurez» o «estado adulto». En estos versículos el apóstol presentó varias claves para capacitar al hijo de Dios en su progreso de la infancia a la madurez. La primera se relaciona con el conocimiento. El apóstol exhorta a quienes escribía a alcanzar la perfección. ¿Cómo? «Dejando los rudimentos de la doctrina de Cristo.» ¿Qué quiere decir el apóstol? La frase es una frase difícil de traducir. Puede parafrasearse de esta manera: «Dejando la enseñanza elemental sobre las doctrinas en que vuestra vida se basa». El apóstol les dice que dejen la leche. Los principios elementales o doctrinas elementales eran doctrinas que el cristianismo tenía en común con el judaísmo. Había ciertos principios básicos que aquellos judíos mantenían porque habían sido instruidos en el Antiguo Testamento. Pero si continuaban solamente en aquellas cosas que el judaísmo tenía en común con el cristianismo, nunca se marcharían hacia la madurez.

Entre los principios elementales mencionados por el apóstol, el primero es el arrepentimiento de sus obras muertas. Porque estas personas habían aceptado a Cristo, habían repudiado los sacrificios de animales como carentes de valor delante de Dios. Habían aprendido el hecho de que el sacrificio de animales carecía de significado delante de Dios. Pero debían de ir más allá de la verdad de esta leche espiritual si querían alcanzar la madurez.

«La fe en Dios» entra en la categoría de verdad elemental. Reconocemos que el hombre se relaciona con Dios por la fe, pero si se para ahí después de haber asimilado este sencillo principio, nunca llegará a participar de la dieta de carne de la Palabra.

Estos creyentes también habían de dejar la «doctrina de bautismos», o el lavamiento (el lavamiento ceremonial que hacía que algo se convirtiera en aceptable a Dios) y «la imposición de manos», que tenía presente las ordenanzas judías de la identificación. Otras verdades consideradas «leche» eran «la resurrección de los muertos, y el juicio eterno» enseñado en el Antiguo Testamento.

Podemos resumir lo que el apóstol dice de esta manera: «Si tú, en tu experiencia cristiana estás todavía en estas enseñanzas elementales que has oído desde la niñez en el Antiguo Testamento, nunca saldrás de la infancia». Habían llegado a un punto en que habrían de haber dejado aquellos principios básicos y participar de la carne de la Palabra.

EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD

En nuestro estudio anterior contrastamos la leche y la carne. Señalamos que no podemos designar algunas doctrinas como leche y otras como carne.

La diferencia entre leche y carne no consiste en qué aspecto de la verdad divina tratamos, sino en la profundidad de la misma que podemos alcanzar. Puedes llegar a la conclusión de que las doctrinas de la salvación son leche, y las doctrinas de la profecía son carne. Esta es una falsa clasificación, porque hay profundidades insondables en las doctrinas de salvación que nadie ha comprendido porque es imposible para el hombre penetrar en la profundidad de la mente y el corazón de Dios. La salvación tiene su leche y su carne. Cualquier otra doctrina tiene ambos su leche y su carne.

Cuando el apóstol dice que los creyentes deben seguir adelante y dejar los principios elementales de la doctrina de Cristo, indica que la madurez está inseparablemente unida al conocimiento de la verdad divina. Es imposible que una persona que no conoce la verdad de las Escrituras sea madura. Sin la Palabra de Dios una persona permanecerá en la infancia espiritual no importa cuánto tiempo haga que ha sido salva.

El apóstol Pablo enfatizó la importancia del conocimiento de la Palabra de Dios en Romanos 10:17, donde dice: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios». Una persona no puede creer en algo que desconoce. Tiene que tener algún hecho en que creer. La Palabra de Dios nos da hechos que aceptar, y cuando creemos, aceptamos los hechos de la Palabra de Dios porque Dios los revela como verdad divina. Así la fe está relacionada con el conocimiento. Pablo, escribiendo en 2.^a Timoteo 4:1-2, exhorta a un joven pastor: «Te encarezco delante de Dios..., que prediques la Palabra». ¿Por qué fue Timoteo encargado a predicar la Palabra? Porque la Palabra sacaría a aquellos creyentes fuera de la infancia espiritual a la madurez en su experiencia cristiana. Pablo dice «que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo [siempre con la Palabra]; redarguye, reprende, exhorta [es decir, redarguye con la Palabra, reprende con la Palabra, exhorta con la Palabra] con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias». Pablo advierte a Timoteo de que cuando prepare la mesa para darles de comer, algunos vendrán y mirarán al filete que se les ha servido y dirán: ¿Dónde está mi leche? No quieren la carne de la Palabra; sin embargo, Timoteo ha de seguir predicando la Palabra, reprendiendo con la Palabra, exhortando con la Palabra, porque es la Palabra la que llevará a las personas a la madurez. Nuestra ferviente convicción es que una persona no puede alcanzar la madurez en la vida cristiana sin estar arraigada en la Palabra de Dios. Cuando un cristiano se satura así con la Palabra de Dios, que un versículo apropiado surge en su mente en cualquier situación, está en el proceso de crecer de la infancia a la madurez. Aunque no negamos que someterse a la enseñanza de una iglesia y de la escuela dominical donde se enseña la Palabra de Dios es una ayuda para la madurez. Pero no es la clave de la madurez. La clave es estudiar la Palabra misma, digerirla y asimilarla por ti mismo. Luego se convierte en tuya propia. Muchos de los mejores oyentes de sermones que se han conocido, todavía son bebés espirituales. No es hasta que penetramos en las Escrituras nosotros mismos y dejamos que éstas entren dentro de nosotros, que entramos en la etapa de alimentación sólida en el desarrollo espiritual. Si deseas alcanzar madurez en las cosas de Cristo, has de seguir algún plan de

estudio bíblico sistemático. La primera clave del apóstol para progresar de la niñez espiritual a la madurez espiritual es que hemos de dejar los principios elementales de la doctrina de Cristo y entrar en las profundidades de la verdad divina.

LAS BUENAS OBRAS

En los versículos 9 y 10 el apóstol nos da una segunda clave al progreso espiritual cuando dice: «Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación cuando hablamos así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra buena obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún». El apóstol indicó que las buenas obras hechas en el nombre del Señor Jesucristo daban evidencia de que aquella gente era gente salva. Las buenas obras que los creyentes hacen no son solamente evidencia de salvación, sino que son un medio para traer a una persona a la madurez. Si alguien alcanza la madurez, la Palabra que ha asimilado debe manifestarse en la vida práctica. Una ilustración de esto se encuentra en 1.^a Juan 3:17, donde el apóstol plantea esta pregunta: Si un cristiano «ve a su hermano pasar necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» Juan dice que si ves a un hermano en necesidad material y tienes los medios para ayudarlo pero no lo haces, entonces el amor de Dios no está perfeccionado en ti. No has alcanzado la madurez en el amor. La Palabra de Dios recibida por el hijo de Dios se ha de convertir en acción. Ha de haber una obra exterior producida por la obra interior de la Palabra. Esto es lo que el apóstol pensaba cuando se refería en Hebreos 6:10 al «trabajo de amor» que aquellos creyentes mostraban hacia el nombre de Cristo al ministrar a los santos. Cuando el hijo de Dios que ha sido bien enseñado en la Palabra de Dios ve la necesidad de responder a ella, manifiesta crecimiento, se está desarrollando en la madurez.

Por otro lado, ver una necesidad y no responder a ella es una señal de falta de madurez. Por ejemplo, si mi joven hija entra en la sala de mi casa y ve un periódico tirado en medio del suelo, pasa por encima de él en lugar de recogerlo, muestra falta de madurez. No esperaríamos de mi esposa que mostrara tal inmadurez. Si una de mis hijas pasa por el lado de una cama sin hacer, sin preocuparle que esté sin hacer, muestran falta de madurez. Pero si se paran y arreglan la cama, llegaré a la conclusión de que están haciendo algo de progreso hacia la madurez. Pues como ves, el responder a una necesidad manifiesta cierto grado de madurez.

La madurez es también algo relacionado con la dependencia o independencia. Si una madre tiene que decir a su hija: «Por favor, ¿quieres limpiar esto?», la hija es inmadura. Pero si sin ninguna incitación hace aquella limpieza, esto es una señal de desarrollo. Algunos cristianos revelan que son bebés porque no pueden usar la Palabra por sí mismos. Han de ser impulsados a la acción. Otros pueden usar la Palabra sin ninguna incitación exterior. Los cristianos empiezan a progresar hacia la madurez al hacer el bien a todos los santos. El poder aplicar la Palabra respondiendo a una necesidad, es un medio de llegar a la madurez.

PACIENCIA

En los versículos 11 y 12 encontramos otra clave de la madurez espiritual dada por el apóstol: «Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe heredaron las promesas». Lo que estos dos versículos implican es que no puede haber madurez sin el paso del tiempo. El apóstol se refería al factor del tiempo en el versículo 12 y capítulo 5, donde dice: «Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar». En alcanzar la madurez necesitamos paciencia. Por ejemplo, en la manera que subimos a

nuestros hijos, no tenemos derecho a esperar que actúen de forma distinta a la esperada de sus años. Lo que esperamos de un joven de diecisiete años será muy distinto de lo que esperamos de un niño de nueve años, porque cada uno está en una distinta etapa de desarrollo. El apóstol enfatiza así la necesidad de la paciencia. No hemos de ser indiferentes o perezosos en cuanto a nuestro crecimiento, sino que hemos de ser seguidores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. La promesa que queremos ver cumplida en nuestras vidas es la madurez, la conformidad a Cristo. No seremos hechos semejantes a El en un día. Esta vida, este crecimiento, este proceso requiere cultivo constante día a día, semana tras semana, año tras año. No existe un fin en el proceso de madurar en cosas espirituales. El que ha sido creyente por espacio de cincuenta años tiene todavía ante sí tierra por conquistar. Lo que el apóstol remarca es que nunca podemos sentarnos y con presunción y satisfacción propia decir: «Ya he llegado. Soy maduro». Hemos de procurar no hacernos perezosos. Necesitamos paciencia y diligencia mientras buscamos el crecimiento y desarrollo constante en nuestras vidas.

EL PELIGRO DE FALLAR

Este capítulo contiene un pasaje que quizá más que cualquier otro pasaje del Nuevo Testamento ha dejado perplejos a los creyentes. El escritor dice: «Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu. Y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio» (versículos 4-6). ¿Está el apóstol enseñando que un hombre que ha sido salvado y luego comete pecado pierde su salvación y no puede ser salvo? ¡Dios nos libre! Esto niega por entero la revelación divina. ¿Qué está diciendo el apóstol? Estos versículos que contienen el aviso más solemne para el hijo de Dios que encontramos en la Palabra de Dios, tiene que ver con el peligro de no progresar a la madurez. El apóstol nos muestra desde el punto de vista divino la seriedad que tiene para una persona el no hacer caso de la exhortación «vayamos adelante a la perfección». ¡Qué triste es para un hombre continuar como un bebé tomando leche cuando debería alcanzar la madurez! Dios no sólo desea salvarnos, sino que quiere traernos a la posición de hijos adultos en su familia. Es una cuestión muy seria para nosotros el no cumplir los propósitos de Dios para nosotros, y por esta razón el apóstol nos avisa de que aquellos que han sido salvos y no han progresado hacia la madurez están retrocediendo. Para asumir este argumento nos dice que es imposible borrar el registro de nuestras faltas e inmadurez perdiendo nuestra salvación, el ser salvos por segunda vez borraría nuestras faltas anteriores. Pero no podemos hacer esto. Suponed que yo vivo mi vida cristiana por espacio de veinticinco años como un bebé espiritual —en pereza, indiferencia y descuido— en una dieta de leche. Al fin de este tiempo me doy cuenta que mi historial consiste en una prolongada infancia, y quiero borrar el historial. ¿Cómo puedo hacerlo? Si pudiera perder mi salvación y luego salvarme de nuevo, todo mi historial de fracasos y continuada infancia sería eliminado. Esto sería una manera muy conveniente de eliminarlo, ¿no es verdad? El apóstol dice que esto es imposible. Una persona que tropieza no puede borrar el historial de su fracaso. Su historial debe permanecer y afrontar el juicio ante el trono de Cristo. Hemos de cuidar nuestra dieta espiritual, nuestro crecimiento espiritual, porque es imposible en modo alguno borrar el registro de nuestros fallos. Dios nos ha hecho responsables del crecimiento, y en el juicio ante el trono de Cristo seremos examinados en relación a nuestro crecimiento.

Las últimas palabras que Pedro escribió a aquellos que leerían sus epístolas son éstas: «Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo». ¡Creced en la gracia! Creyente, esta es tu responsabilidad. Los medios han sido provistos, pero nunca crecerás a menos que te apropiés diligentemente lo que Dios ha provisto. ¿Estás creciendo? ¿Eres más fuerte hoy de lo que eras ayer? ¿Sabes más de tu Señor hoy que ayer? Si no es así, presta atención a estas palabras y «vayamos... rumbo a la madurez».